

2.1 El tiempo más antiguo (Del paleolítico al siglo XI)

J. FRANCISCO FABIÁN GARCÍA
Centro de Estudios Bejaranos

1. EL ESCENARIO DE LOS HECHOS: CONDICIONES GEOGRÁFICAS Y AMBIENTALES

Para exponer el desarrollo de la historia más antigua de la comarca de Béjar, se ha prescindido de los argumentos administrativos actuales que definen lo que es esta comarca. Naturalmente, ni en la Prehistoria ni en la Historia Antigua tuvieron conciencia de lo que sería la situación administrativa que ha llegado a nuestros días. Por ello he considerado una zona aproximada de 600 km², que sería el área de influencia general más inmediata de las gentes que lo habitaron, considerando su territorio como común. De la misma forma hoy también, prescindiendo del concepto administrativo, consideramos ese mismo territorio teniendo en cuenta la accesibilidad, la proximidad, el paisaje, los propios habitantes que conocemos en ese espacio,... etc., criterios todos que provocan un sentido de asociación entre las personas por encima del límite eminentemente administrativo, que no es otra cosa que la forma de organizar el espacio para gobernarlo.

Es, pues, necesario establecer previamente de manera cautelara los límites geográficos que van a comprender este trabajo y la justificación de que sean esos y no otros los elegidos. Evidentemente situar estos límites es siempre una tarea de alguna forma arbitraria y más aún lo es cuando se trata de una forma de intervenir en los tiempos más antiguos, de los que conocemos sólo una parte de su contenido. Por delimitar nuestro territorio de trabajo con alguna justificación hemos considerado, en primer lugar, como circunstancia diferenciadora el hecho orográfico, es decir lo montañoso y su estricta inmediatez y, por contraposición, lo que no lo es. Por otra parte también hemos querido utilizar una circunstancia hipotética, potencial y con seguridad criticable, como puede ser el hecho de considerar un territorio en el que la comunicación más o menos cotidiana entre las zonas no tenga un obstáculo espacial demasiado extenso traducible a tiempo, es decir, se ha acotado un territorio en el que los habitantes se sintieran, suponemos, cercanos unos a otros y unidos por unas circunstancias económicas, paisajísticas y de vecindad.

Por el sur y sur-este el límite sería la enorme barrera física que supone la Sierra de Candelario-Béjar propiamente y sus estribaciones, separando lo que es la tierra extremeña de la Meseta Norte. La zona de Lagunilla, Baños de Montemayor, La Garganta y las alturas de la sierra serían el límite. Por el oeste, el arco Valdelageve-Colmenar de Montemayor-Cristóbal, hasta el extremo norte del Valle de Sanguisín, en las cercanías de Guijuelo. Por el este nuestro límite ocuparía las estribaciones de la Sierra de Candelario y sus valles en la zona ya abulense de Becedas, con el valle del río Becedillas y la desembocadura de éste en el Tormes entre los términos de Junciana y El Tejado. La línea del río Tormes, entre la desembocadura del Becedillas y las

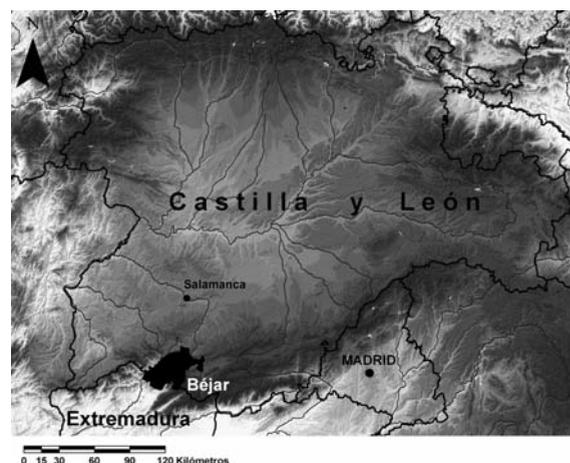


Fig. 1. La comarca de Béjar en el ámbito geográfico de la Meseta.

* NOTA: Las figuras de este capítulo y de las láminas 6 a 9 son obra del autor.



inmediaciones de Guijo de Ávila completarían finalmente el espacio físico que abarca este trabajo. El territorio a abordar comprendería por tanto tierras sobre todo de la actual provincia de Salamanca, pero también una parte de las de la inmediata provincia de Ávila.

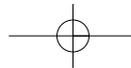
1.1. EL MEDIO COMO CONDICIONANTE DEL DESARROLLO HISTÓRICO

La historia de las gentes en los lugares es siempre, antes, la percepción de sus condiciones ambientales, la evaluación premeditada de los recursos que se ofrecen y el condicionamiento posterior que éstos le impondrán en la utilización del territorio. De ahí que lo primero que haya que analizar para abordar la Historia más antigua de la comarca de Béjar sean los condicionamientos geográficos y los recursos económicos potenciales que a lo largo de los tiempos posibilitaron y condicionaron la utilización y la vida en el territorio.

La definición esencial primera que cabe hacer sobre la comarca de Béjar es que se trata de una zona montañosa. Este aspecto por sí mismo es ya un condicionante económico y, previsiblemente también, una circunstancia limitadora de posibilidades con la que las diferentes culturas antiguas y modernas se encontraron.

A pesar de la aparente unidad ambiental que presenta en conjunto el territorio de la comarca de Béjar, con su carácter serrano predominante, mediatizado hacia el norte por la presencia de la llanura que se vislumbra a poco de descender el puerto de Vallejera, pueden distinguirse diversas subunidades con clara personalidad paisajística y económica, que sin duda no pasaron desapercibidas para las poblaciones de la antigüedad. En conjunto hay tres subunidades: la alta montaña, las sierras de mediana altitud con sus correspondientes valles y crestas que los definen y las zonas de transición a las tierras llanas del norte. La alta montaña, constituida por las Sierras de Candelario-Béjar y sus prolongaciones por el este hacia Becedas y Barco de Ávila, no debió ser sin duda un hábitat propicio estable en ninguna de las etapas más antiguas de la Historia de la comarca. Aunque esta consideración no puede darse del todo por segura, es posible que en épocas tan antiguas esos territorios, por sí mismos inhóspitos para ser habitados de continuo, sólo fueran utilizados como reservas circunstanciales, como por ejemplo para el aprovechamiento ganadero de pastos en zonas favorables durante la época estival, tal vez también para determinada caza y es posible así mismo que ligados también a las creencias, puesto que la altura puede identificarse como la proximidad a la morada de las divinidades. Sólo a cotas en torno a la que se asienta Candelario o poco más, pudieron darse condiciones propicias para la habitación, teniendo en cuenta la calidad de los espacios domésticos en la antigüedad. Aunque lo consideremos sólo como probable, es necesario tener en cuenta adversidades tales como la propia orografía, la vegetación supuestamente abundante y lo limitado de los recursos para que fuera un espacio de vida continuada y habitual. Por otro lado no parece probable que hubiera una presión muy fuerte por el territorio en todo el ámbito como para que fuera necesario habitar en zonas un tanto extremas. El hallazgo casual de un hacha de bronce mientras se construía una carretera, en





algún lugar a medio camino entre el pueblo de La Hoya y La Covatilla, supone una prueba a tener en cuenta de la utilización de esa zona en la segunda mitad del II milenio A.C., en la Edad del Bronce. Lo que no conocemos es en qué pudo basarse esa utilización, es decir si fue económica o de otro tipo, por ejemplo la simbólico-ritual. Muchos pueblos mitifican, adoran o asocian con divinidades las cumbres más altas de su territorio, creando mitos que se han transmitido hasta la actualidad. No pueden negarse tampoco los recursos cinegéticos que esta zona supondría, aunque resulta difícil considerar que fuera necesario subir tan alto para cazar, habiendo de transportar la caza después. En este sentido no debe olvidarse que la caza hubo de ser suficientemente abundante en zonas de más fácil acceso como para no precisarse un desplazamiento tan lejano. Tampoco pueden descartarse batidas para alejar o cazar animales con peligro potencial para las poblaciones próximas.

Las sierras de mediana altitud y los valles que se forman entre ellas, suponen un medio mucho más propicio que la alta montaña para desarrollar una vida sedentaria. Este tipo de paisaje tiene lugar al pie de la alta montaña como una degradación de aquel, con diferencias de altitud en torno a 1.000 m. Los llamados Picos de Valdesangil, el reborde oeste del valle de Sangusín, el propio valle de Sangusín, la sierra de Neila y Gilbuena con el valle del Becedillas, el valle del arroyo Valvanera, con los términos de Sorihuela y Santibáñez de Béjar y el pequeño valle donde está enclavado el término de Navacarros, estarían en este ambiente geográfico. Es una zona en la que se combina lo moderadamente escarpado de algunas altitudes con valles de diverso tamaño, cuyas posibilidades de explotación son esencialmente ganaderas en los casos de los valles de San Gil, Sangusín y Valvanera y agrícola en el del Becedillas, en la zona de Becedas, Gilbuena, Neila, San Bartolomé, Palacios y Junciana.

El tercer conjunto es el que implica, desde el paisaje anterior, la transición misma a las tierras llanas más puramente mesetarias, es decir la zona de contacto entre las últimas estribaciones montañosas y la levemente ondulada, ya al pie mismo de la llanura, que es el Valle del Duero. Se trata de tierras con menor presencia rocosa, en las que afloran de vez en cuando cerros testigo o cadenas de cerros que representan el arrasamiento antiguo de ancestrales estribaciones montañosas. Las zonas de Cabeza de Béjar, El Tejado, Puente del Congosto y La Nava de Béjar representarían a este conjunto geográfico. En él se encuentra enclavado el imponente yacimiento del Cerro del Berrueco, en el que están representados de forma continuada nada menos que unos 10.000 años de Historia. A este territorio le corresponde un aprovechamiento potencial de base fundamentalmente ganadera.

En todo este ambiente descrito las altitudes oscilan entre los 2.425 m., la más alta, correspondiente al Calvitero, en la Sierra de Candelario-Béjar y en torno a los 850 m., las más bajas, ya en los límites de la comarca por el norte. Puede decirse que la altitud media de los asentamientos humanos desde la Prehistoria hasta nuestros días en la zona de estudio está en torno a los 900-1.000 m., circunstancia que tiene relación directa con las condiciones de utilización y explotación del territorio.

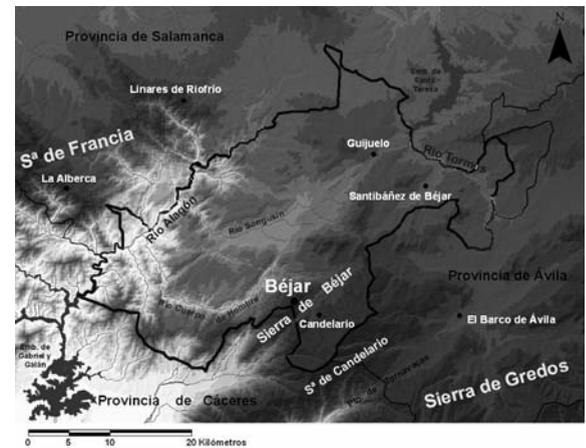
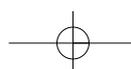
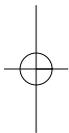
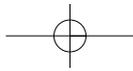


Fig. 2. Relieve de la comarca de Béjar como condicionante.



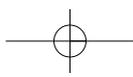


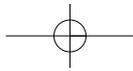
Las características montañosas aludidas de todo nuestro territorio le confiere una definición económica general que apunta, a la ganadería como la posibilidad económicamente más rentable. La abundancia de agua en las zonas más próximas a la sierra y su retención en los valles inmediatos, motivan tierras de pasto en las que la explotación ganadera puede haber primado sobre cualquier otra forma económica. Con esta esencialidad básica y teniendo como complementos la agricultura, la caza y la recolección de frutos silvestres, la ganadería debió suponer la base del modo de vida económico de los primeros pobladores de la comarca de Béjar desde la Prehistoria más reciente hasta al menos los primeros siete siglos de nuestra era.

La agricultura pudo darse fundamentalmente en función de las pequeñas zonas aptas para ello en los entornos de cada asentamiento. Así, observando la posición de los poblados desde la Edad del Cobre en adelante, se ve que en la inmensa mayoría de los casos existen zonas con posibilidades agrícolas en el entorno de los yacimientos. En estos puntos se practicaría la agricultura, hecho atestiguado por la presencia constante de piedras para moler y molinos barquiformes o de forma circular, cuando estos últimos se generalizaron en época ya protohistórica.

Un factor de cierta importancia que no debe dejarse de lado es el de la recolección de frutos silvestres en las variedades que pudieran darse en estas tierras. Desde el final del Neolítico en adelante no ha variado sustancialmente la vegetación de toda la zona, como indican los estudios climáticos y polínicos disponibles, lo cual implica la presencia de una serie de árboles cuyos frutos pueden suponer un complemento alimenticio de gran importancia. (El polen de cada primavera puede conservarse miles de años. Basta con recoger en una excavación una porción de tierra y examinarla por un especialista para que diga el ambiente floral que reinaba en cada momento, el grado de afectación de las actividades del hombre en cada sitio y el clima que hacía propicia la consiguiente vegetación). Uno de los frutos silvestres que pudieron ser de gran importancia en determinadas zonas de la comarca de Béjar pudo ser el castaño, que cuenta con buenas actitudes en buena parte de este territorio, cuyos frutos sin duda fueron aprovechados como un aporte a la dieta alimenticia por su gran valor energético. Sin duda en la antigüedad y hasta no hace mucho tiempo, todo lo comestible era aprovechado; sólo la vida moderna ha dejado en una posición de *hobby* el consumo de algunos estos recursos. Desconocemos si el bosque de encina que aparece en algunas zonas del valle de Sangusín estaba ya constituido en época prehistórica, así como el que encontramos actualmente en los límites de la zona acotada para este trabajo por el norte (zona de El Tejado, Cabeza de Béjar y Puente del Congosto). Si formaron parte del paisaje tuvieron que constituir una fuente de alimentación importante para el hombre y para el ganado, al que podían unirse otros del mismo tipo, como el nogal, avellano... etc., todos ellos ligados y propios de las condiciones ambientales de esta comarca.

En cuanto a la caza no es mucho lo que puede decirse. La excesiva acidez de los suelos en los yacimientos arqueológicos y la

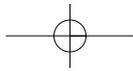




consiguiente voracidad con todo lo orgánico en lo que se ha trabajado, nos ha privado de datos que ilustraran sobre la presencia de las especies silvestres cazadas por el hombre prehistórico. Ni en lo aportado por el yacimiento de El Chorrillo, en Valdesangil, ni en las excavaciones llevadas a cabo en los poblados de la Edad del Cobre de La Solana, en Naval Moral-Fuentebuena, ni en el de La Teta, en Gilbuena, ni en ningún otro ha sido recuperada muestra paleontológica alguna que permita reconstruir el ambiente faunístico, doméstico y salvaje desde el final del Paleolítico hasta el final de la Edad del Bronce. Si tomamos como referencia los datos aportados por las excavaciones en zonas relativamente limítrofes, que participaron de un similar ambiente y donde sí se han conservado los huesos de los animales consumidos y por tanto es posible conocer las especies, podremos decir que también en nuestra comarca había animales tales como ciervos, una especie de toro salvaje llamado uro, caballos salvajes (antes de la domesticación de esta especie que se produjo hacia el 2700 a.C.), osos, cabras, jabalís, conejos y lobos principalmente. Todos ellos sirvieron al hombre prehistórico en mayor o menor medida, según los tiempos, para constituir o complementar su dieta. Anteriormente al Neolítico la diferencia de condiciones ambientales previsiblemente motivó que hubiera otras especies distintas a las que hubo después. Pero las excavaciones en el yacimiento del final del Paleolítico Superior de La Dehesa, en El Tejado, que podría haber arrojado alguna luz sobre este aspecto, tampoco lo han hecho a causa de la aludida alta acidez del suelo, que elimina cualquier resto orgánico.

Respecto a otros campos potencialmente económicos como la minería, hay que decir que la comarca de Béjar, hasta donde sabemos, no es una zona agraciada en ese aspecto. Los metales utilizados durante la Prehistoria y las fases iniciales de la Historia pueden resumirse esencialmente en cuatro: el cobre, utilizado en la Península Ibérica desde principios del tercer milenio antes de Cristo, el oro conocido con anterioridad, ya en el Neolítico, el estaño, aleado con el cobre para dar el bronce a partir del final de la Edad del Bronce (1400-800 a.C.) y el hierro cuya introducción en la zona pudo producirse aproximadamente hacia el siglo VIII a.C. El mapa geológico y minero actual de Castilla y León ilustra al respecto sobre la minería conocida de la zona. En el caso del cobre no se conocen yacimientos en la comarca, aunque se han detectado algunas vetas, al parecer de poca importancia, entre Santibáñez y El Tejado, vetas que no han sido objeto de explotación conocida en tiempos recientes. Si esta fue la misma situación que durante la Prehistoria, las gentes de la comarca de Béjar hubieron de importar mineral de cobre en bruto, planchas fundidas u objetos ya manufacturados de otras zonas relativamente cercanas para hacer frente a la demanda cada vez más creciente de este metal a partir de la Edad del Cobre. La existencia de mineral de cobre en las inmediaciones de la ciudad de Ávila, como punto conocido más cercano y su constatada explotación durante la Prehistoria, tal vez suponga su difusión hasta estas tierras a través de los intercambios a corta y media distancia que ya a partir del Neolítico se dieron con cierta intensidad, como ha demostrado la investigación





arqueológica. El hallazgo en un yacimiento de las inmediaciones de Ledesma de una placa de cobre (*torta*) fundida, debe ser interpretado como un indicio claro de la existencia de un comercio de materias primas preparadas para la fundición. En ese sistema de abastecer a las zonas donde no había mineral de alguna manera la comarca de Béjar debió participar.

La presencia más cercana de oro es conocida en El Cabaco, donde al menos en época romana hubo explotaciones. También se conoce su presencia en la zona de Guijuelo y en las arenas del Tormes. El estaño es probablemente el metal más abundante en las inmediaciones de la comarca de Béjar. Al norte, en la zona de Guijuelo, en Pizarral y La Tala hay varios puntos donde este mineral aparece, así como en la zona de Miranda del Castañar y El Cabaco. Pero el foco más importante es el que hay a 40 km. al norte, en las inmediaciones de Salamanca, por las tierras de San Pedro de Rozados y Martinamor. Finalmente hierro aparece en la Sierra de la Alberca, habiéndose detectado su presencia en principio en cantidades muy pequeñas en las inmediaciones de Valdesangil. Sino todos, una parte de estos yacimientos u otros desaparecidos debieron ser conocidos durante la Prehistoria, surtiéndose complementariamente del intercambio entre comunidades.

1.2. LOS ACCESOS COMO BASE DE LA RELACIÓN CON VECINOS Y LEJANOS

Como consideración general puede decirse que la proximidad a la sierra condiciona no sólo el carácter más o menos abrupto del paisaje, sino su accesibilidad y sus posibilidades de aprovechamiento dentro de una determinada economía. Si bien la zona de montaña y la estrictamente inmediata a ella muestran condiciones bastante difíciles de habitabilidad, fundamentalmente para las etapas más antiguas, el progresivo alejamiento de la zona más elevada mejora las condiciones al tratarse ya de elevaciones montañosas de menor envergadura, en ocasiones pequeños encadenamientos que conforman en su interior valles de fácil habitabilidad, como el Valle de San Gil.

La especial disposición de la Sierra de Candelario-Béjar como una gran barrera de este a oeste, interponiéndose entre una zona más alta (La Meseta) y otra más baja (Extremadura), supuso sin duda una frontera, un obstáculo natural que fue preciso salvar en el acceso a las tierras extremeñas y viceversa: desde allí a la Meseta Norte. La importancia creciente que fue cobrando la relación entre gentes a partir del Neolítico (6000 a.C. aproximadamente), ya fuera mediante intercambio de productos o por otras razones, harían de este factor geográfico un factor importante a superar. Con seguridad los valles de los ríos y arroyos fueron las mejores rutas posibles. Dos serían las vías posibles de penetración recíproca para salvar el duro escollo de la sierra: por una parte, el valle del Jerte, en el tránsito entre la zona de Plasencia y el Puerto de Tornavacas, enlazaba las tierras extremeñas con la comarca de Barco de Ávila, y desde allí con el Valle del Corneja y el del Tormes. Pero seguramente fue mucho más frecuentada otra ruta, la que con el tiempo terminaría conociéndose como Vía de la Plata, convertida y consagrada durante la dominación





romana en una de las *autopistas* de la antigüedad desde los primeros años de nuestra era hasta que el mundo moderno redibujó las vías de comunicación en función de las nuevas necesidades y quedó, en lo que afecta a nuestra comarca, como el testimonio arqueológico que se nos ofrece actualmente.

El acceso desde el norte no ofrece ningún obstáculo puesto que son las tierras llanas del Valle del Duero las que limitan. Por el oeste la sierra de Gata constituye una cierta limitación en el acceso, que se salvaría a través de las cuencas de los ríos Cuerpo de Hombre y Alagón. Por el este no hay apenas dificultad a través del valle del río Corneja, que por el Puerto de Villatoro enlaza con el Valle Amblés, desde donde los accesos a un territorio más extenso no tienen apenas dificultades.

2. HISTORIA DE LAS INVESTIGACIONES

Las aportaciones anteriores al siglo XX en el estudio de la etapa más antigua de la Historia de la comarca de Béjar son mínimas. Las que hay son fundamentalmente a base de noticias y conjeturas aportadas por eruditos que en ningún caso están basadas en investigaciones propiamente dichas y que son en realidad mera anécdota. Puede decirse que fue el agustino Padre César Morán, ya en el siglo XX, el primero en iniciar las investigaciones prehistóricas en nuestra comarca, si bien no se centrarán en ella primordialmente, pues las incluirá dentro del contexto salmantino que tanta literatura arqueológica le suscitó. Su incansable labor desde la segunda década del siglo XX en la investigación arqueológica salmantina le trajo también a esta zona, en la que tuvo como mecenas de muchos de sus trabajos a Juan Muñoz, financiando trabajos de campo y la edición de algunas de las publicaciones. Además de sus alusiones a la zona propiamente de Béjar, de la que menciona y estudia piezas ya conocidas entonces, como la estela romana hallada en la zona de Santa María de las Huertas, realiza excavaciones en 1922, 1923 y 1924 en el ya entonces importante yacimiento del Cerro del Berrueco, entre los límites provinciales de Ávila y Salamanca. De ellas publica los resultados en 1924 en un pequeño libro.

Después de la labor de este insigne precursor, las investigaciones son esporádicas y centradas fundamentalmente en la publicación de determinadas piezas o en la referencia y actualización de los datos aportados por el Padre Morán. Así, por ejemplo, la publicación del llamado *Jano de Candelario* por V. Bejarano en los años 50 del siglo XX.

También en esos años 50, el entonces catedrático de la Universidad de Salamanca Juan Maluquer de Motes llevó a cabo excavaciones en el poblado de *Cancho Enamorado*, dentro del complejo arqueológico conocido como *Cerro del Berrueco*, publicándolas en 1958. Este mismo investigador publica en 1956 la Carta Arqueológica de la provincia de Salamanca. En ella, a excepción de cuando se refiere al Cerro del Berrueco, las noticias sobre la comarca de Béjar son muy escasas. En 1971 el también profesor de la Universidad de Salamanca J. M. Roldán Hervás realiza una investigación sobre la

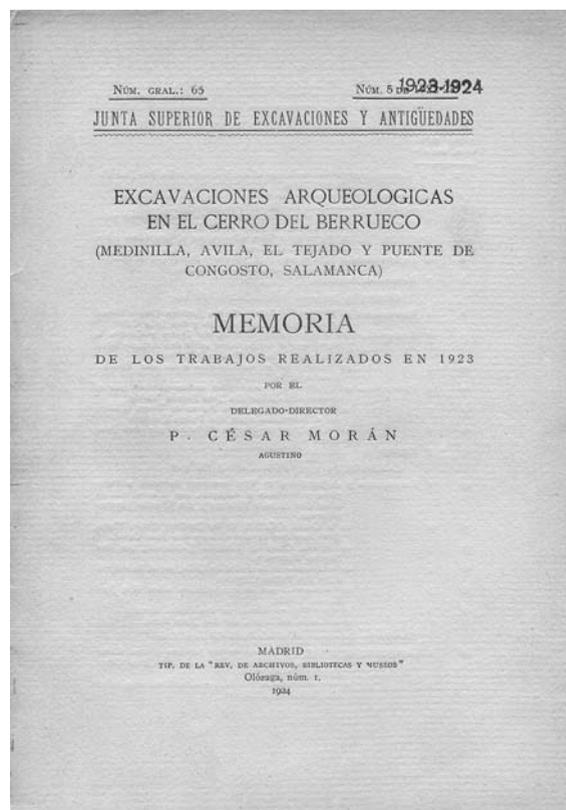
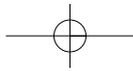


Fig. 3. Libro sobre el Cerro del Berrueco de 1924 por César Morán.



Vía de la Plata estudiando lo que concierne a la comarca de Béjar de este importante camino de la antigüedad.

A finales de los años 60 el Padre I. Belda, afincado en Alba de Tormes y frecuente visitador de estas tierras, realiza algunos descubrimientos que no publicará pero que supondrán el punto de arranque para investigaciones futuras por parte de otros arqueólogos. Por esa misma época y prolongándose a los inicios de los 70, M. Santonja Alonso y M. Santonja Gómez recogen algunos restos en los yacimientos de *El Tranco del Diablo* (Béjar), *La Cruz del Collado-Las Cabañuelas* (Valdesangil) y *La Teta* (Gilbuena), publicando, de este último un enigmático círculo de grandes rocas y algunos elementos de la cultura material del yacimiento. Por esos mismos años la existencia de un grupo de Misión Rescate en Valdesangil saca a la luz muchos datos del importante yacimiento de *El Chorrillo*, en la transición del Neolítico a la Edad del Cobre, cuyos datos no serán publicados debidamente hasta finales de los 90. A mediados de los 80 se lleva a cabo desde el Museo de Salamanca un inventario arqueológico de la provincia con trabajos de búsqueda de yacimientos municipio a municipio. Con él quedan catalogados buena parte de los lugares conocidos hasta ese momento, posibilitando con ello una base de datos a disposición de los investigadores, que será ampliada con nuevos trabajos de búsqueda de yacimientos a finales de los años 90.

Será a partir de 1984 cuando se inicie un programa de investigación arqueológica destinado a reconstruir la secuencia cultural del poblamiento prehistórico de la zona. La Junta de Castilla y León financiará excavaciones arqueológicas dirigidas por J. Francisco Fabián en el yacimiento correspondiente al final del Paleolítico Superior de *La Dehesa*, en el Tejado de Béjar y con posterioridad en los correspondientes a la Edad del Cobre de *La Solana* (Navalmoral de Béjar-Fuentebuena) y *La Teta* (Gilbuena, Ávila), así como en el de *La Corvera* (Navalmoral de Béjar), habitado intensamente durante el Neolítico, la Edad del Bronce, la del Hierro y brevemente también, en tiempo tardorromano-visigodo. A ello hay que unir el aporte en la publicación de algunas piezas halladas sueltas o fuera de contexto, como un hacha de bronce en la zona de La Hoya a La Covatiella o un cancel de época visigoda en Santibáñez y las referencias en la bibliografía a los datos conocidos de superficie respecto a algunos yacimientos del entorno.

Como complemento a estos trabajos eminentemente arqueológicos se han llevado a cabo otros que significan aportes de gran trascendencia, como los estudios polínicos a partir de muestras obtenidas en las excavaciones. El polen de las plantas no desaparece, dura miles de años, por eso basta recoger unas cuantas muestras de tierra prehistórica bien datadas para reconstruir en la medida de lo posible la vegetación y el clima de una zona en la época en que la población prehistórica habitó tal lugar. En este sentido los palinólogos Francesc Burjachs y J. Antonio López Sáez han analizado muestras procedentes de los asentamientos de El Chorrillo, La Solana y La Teta. Así mismo dataciones de Carbono 14 para averiguar la cronología de los yacimientos de La Teta, La Solana y La Corvera se han llevado a cabo en la Universidad holandesa de Gröningen.





A partir de todo ello hoy puede reconstruirse de una forma general y esencial la Prehistoria y la Historia Antigua de la comarca de Béjar, aunque no se dispone del mismo volumen de datos para todas las etapas. A pesar de ello es posible hoy escribir con datos fiables sobre la Historia más antigua de estas tierras sin tener que recurrir necesariamente a la generalización o a la asociación con lo mejor conocido de otros sitios. Aún así queda mucho por saber. Este intento de reconstrucción pretende ser tan solo una base.

3. LOS TIEMPOS MÁS REMOTOS.
CAZAR Y RECOLECTAR COMO ÚNICA ACTIVIDAD

3.1. HUELLAS DIFUSAS POR CONOCER: EL PALEOLÍTICO INFERIOR Y MEDIO (500.000 AL 50.000 a.C.)

El Paleolítico es el periodo más remoto de la historia del hombre y también el más extenso y más desconocido en muchos aspectos. En los más de dos millones de años en que puede calcularse todo él se produjo una lenta e interesante evolución del género humano hasta culminar en el llamado *Homo Sapiens Sapiens*, el hombre actual. Desde los *Australopitecus*, uno de los primeros homínidos en la cadena hacia el género *Homo*, el primero que utiliza artefactos, hasta ese momento de plenitud que representa el *Homo Sapiens Sapiens*, hay una larguísima evolución que dura varios cientos de miles de años. Buena parte de esa etapa la ocupará el Paleolítico.

Los prehistoriadores han dividido un tiempo tan amplio en varias etapas y, dentro de cada una de ellas en distintas subetapas que suponen cifras en miles de años, algo difícil de imaginar con exactitud desde nuestra corta perspectiva de vida. Así, después de la división en eras geológicas y de situar la *aparición* del hombre dentro de la última de ellas: la llamada Era Cuaternaria, dividen ésta en Pleistoceno y Holoceno. El primero iría aproximadamente desde el 2.500.000 hasta el 10.000 a.C., y a partir de esa fecha el segundo: el Holoceno. El Paleolítico sería la etapa que cubriría todo el Pleistoceno, siendo el Holoceno la de transición entre el Paleolítico y el Neolítico, es decir entre el tiempo en que el hombre es cazador recolector y en el que se hace productor, con todo lo que ello significará de revolucionario y trascendental desde ese momento hasta el presente.

Como ha quedado dicho anteriormente, la primera fase del Cuaternario es el Paleolítico y a éste lo subdividen los prehistoriadores en tres grandes fases: Paleolítico Inferior, Paleolítico Medio y Paleolítico Superior, basándose para ello en una serie de criterios en los que se mezclan variables como el tipo humano que existió, las fases climáticas que se dieron y la clase de artefactos que fabricaban para organizar su vida. A su vez cada una de estas etapas es dividida en diversas subetapas sucesivas en el tiempo, definidas también a partir del uso evolutivo de los distintos artefactos de piedra y hueso. Climáticamente se caracteriza el Paleolítico por el fenómeno de las Glaciaciones, que fueron grandes periodos fríos en alternancia con otros más cálidos. En ese ambiente difícil hubo de desenvolverse y adaptarse el hombre Paleolítico, practicando para su subsistencia una economía cazadora y recolectora.

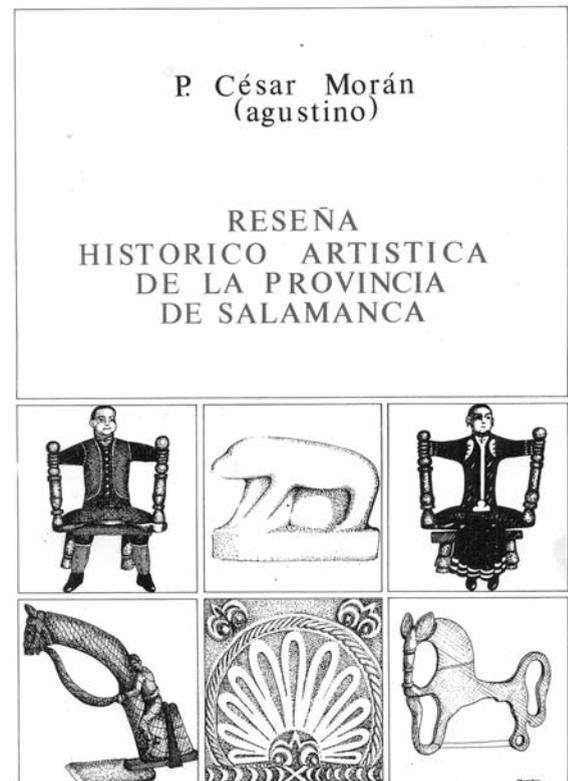


Fig. 4. Compendio de la arqueología de la provincia en 1946 por César Morán.

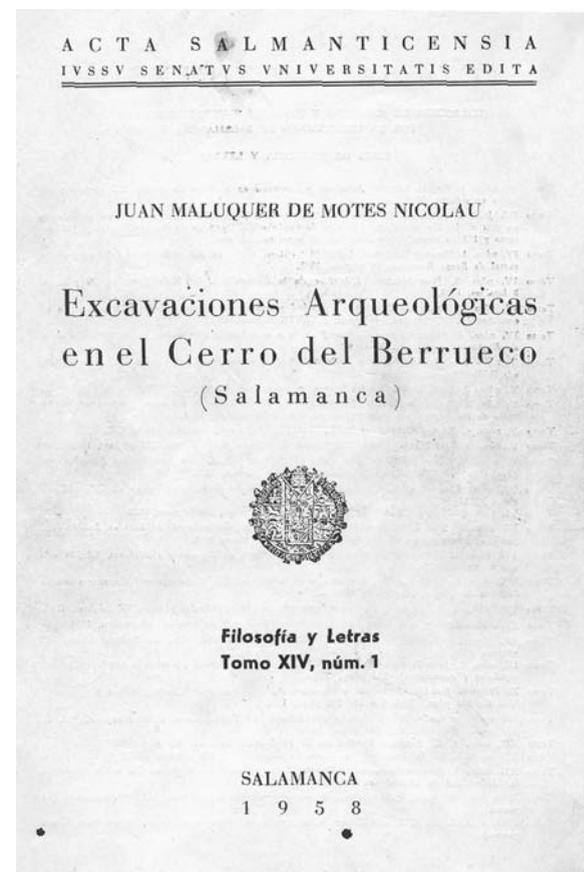
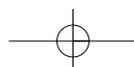
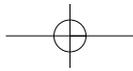


Fig. 5. Libro sobre las excavaciones en el Berrueco de J. Maluquer en 1958.





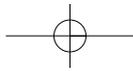
Son muy escasos los datos que tenemos actualmente sobre la ocupación de la comarca de Béjar durante el Paleolítico. No sabemos si ello se debe a la falta de investigaciones o a que fue una zona en realidad poco utilizada por aquellos hombres en función de lo que les ofrecía. La cierta diversidad en el paisaje de esta comarca, hacen albergar la esperanza de hallazgos futuros. Si bien en la zona del entorno serrano más inmediato a Béjar las condiciones que impone el relieve podrían haber sido difíciles, es cierto que existen otras zonas, como el Valle de Sangusín, el del río Becedillas desde Becedas hasta la desembocadura en el Tormes o en el valle del propio río Tormes, desde Barco de Ávila hasta Santibáñez de Béjar, donde se dan algunas de las condiciones que el hombre del Paleolítico Inferior y Medio prefería para organizar su vida. No será sin duda una equivocación suponer que toda la zona tuvo que ser habitada una y muchas veces por aquellos hombres, pero o bien han desaparecido sus huellas en tanto tiempo a partir de determinados procesos geológicos o las ocupaciones fueron muy breves y de ahí que hayan dejado pocas huellas. Nada menos que en unos 800.000 años, como poco, dio tiempo para muchas situaciones ambientales y, desde luego para que la zona fuera utilizada por aquellas gentes que vivían en función de las condiciones que imponía la presencia de caza y recolección de frutos silvestres.

Hay dos condicionantes importantes para intuir que no fue intensa la ocupación de la comarca durante, al menos, el Paleolítico Inferior y Medio: la presencia de un relieve no cárstico, es decir la ausencia de cuevas de las que se dan en los ambientes calizos, la ausencia también de grandes espacios abiertos, más propios del límite de la comarca por el norte y la ausencia, también, en muchos casos unida al factor anterior, de las materias primas por excelencia para la fabricación de herramientas que necesitaban, como fueron la cuarcita o el sílex. A este respecto la presencia de cuarcita en el valle de Sangusín y las propias características del valle, hacen albergar la esperanza de hallazgos futuros que aclaren esta cuestión. Por otra parte, hay que considerar también el factor climático alentado por la altitud media de toda la zona, factor que unido a los anteriormente expuestos tuvo que implicar sin duda un impedimento para el desarrollo cómodo de la vida. Sin embargo no será extraño encontrar alguna vez en la comarca herramientas de piedra que impliquen la presencia del hombre del Paleolítico Inferior y Medio. Lo que sí podemos asegurar es que la ocupación no tuvo las dimensiones de otras zonas, como las terrazas del río Tormes, desde la zona de La Maya hasta su desembocadura. La constatación tan cercana y tan importante de gentes del Paleolítico Inferior y del Medio en las riberas del río Tormes a la altura de La Maya hace suponer que la comarca de Béjar no pudo ser un lugar desconocido para ellos.

3.2. EL PALEOLÍTICO SUPERIOR. CAZADORES-RECOLECTORES EN UN AMBIENTE DIFÍCIL (50.000 AL 10.000 a.C.)

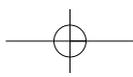
En el Paleolítico Superior parece que fue otra la situación. Los primeros testimonios claros y bien conocidos de la presencia del hombre en nuestra comarca provienen de este momento.





El Paleolítico Superior se inicia hacia el 35.000 a.C., situándose en torno al 10.000 a.C. su final. Es la irrupción del hombre antropológicamente moderno, el llamado Hombre de Cro-Magnon, en contraposición al Hombre de Neandertal, la especie que se corresponde con la etapa anterior, el Paleolítico Medio. Con él se va a dar una importante evolución manifestada en numerosos aspectos. Por ejemplo, es ahora cuando aparecen las primeras manifestaciones artísticas, tanto rupestres como de tipo mueble, es ahora cuando las herramientas talladas en piedra que utilizaba para organizarse la vida, se hacen muy pequeñas y más sofisticadas, cuando el hueso y el asta se constituyen como materias primas de primera utilidad y cuando parece que el hombre empieza a dominar y a desarrollar conceptos que hasta ese momento no habían sido objeto de un interés especial, como el culto a la muerte, la idea del más allá e incluso algunos relativos a la organización social que implican una significativa evolución con las etapas anteriores. Por otro lado, es también una etapa en la que se viven grandes diferencias climáticas entre unas épocas y otras. El ya aludido fenómeno de las glaciaciones que afectó a las etapas anteriores, tiene su prolongación en ésta también, dándose como en aquella, estadios donde el frío fue muy intenso, seguidos de otros más cálidos. En todo este ambiente general se desarrolló el Paleolítico Superior.

Durante mucho tiempo existió un concepto geográfico muy restringido para el estudio del Paleolítico Superior en la península Ibérica. Los investigadores creyeron que dada la intensidad del frío que dominó el ambiente en buena parte del Paleolítico Superior, al hombre no le había quedado más remedio que habitar en las zonas costeras, sobre todo en la cantábrica y en la levantina, donde la altitud, la influencia del mar y la presencia de relieves calizos que propiciaban la existencia de cuevas en las que habitar, habían hecho posibles condiciones de vida favorables para tiempos tan rigurosos. Quería decirse con ello que zonas como la Meseta, considerablemente más altas y por tanto más susceptibles de padecer los rigores del frío y, además, exentas en buena parte de este territorio de relieves con cuevas que garantizaran hábitats más confortables, habrían quedado al margen de la ocupación en el Paleolítico Superior. Esta idea venía propiciada también por la ausencia de pruebas en contra de esa teoría, es decir no aparecían datos que demostraran lo contrario. Sólo se conocían algunas manifestaciones artísticas aisladas, que en muchos casos eran tomadas por los investigadores con cierto escepticismo, aconsejando sólo conclusiones muy provisionales a la espera de testimonios más contundentes. Pero en las últimas décadas ese panorama se ha visto notablemente alterado por hallazgos en los que la comarca de Béjar tiene un gran protagonismo. Si bien queda mucho camino por recorrer para definir las claves del poblamiento en nuestra comarca durante el Paleolítico Superior, hoy puede asegurarse que al final del mismo, en algún momento entre el 12.000 y el 10.000 a.C. un grupo de cazadores-recolectores vivió en el término municipal de El Tejado, en las proximidades con el de Medinilla, en el ámbito de uno de los yacimientos arqueológicos más completos de la Meseta: el Cerro del Berrueco, cuyo protagonismo en la Prehistoria



y la Protohistoria de esta comarca va a ser constante, como iremos viendo a lo largo de las sucesivas etapas.

No hay otros indicios por el momento de ocupación durante el Paleolítico Superior en nuestra comarca que no sea la identificada y estudiada en el yacimiento de *La Dehesa*, correspondiente al final de la fase Magdaleniense, en algún momento de los dos mil años anteriores al 10.000 a.C. Sin duda no seguirá siendo mucho tiempo en el futuro el único yacimiento identificado. Sería equivocado pensar que un solo grupo humano, aislado, perdido y aventurero, llegó desde alguna parte hasta esa zona, habitó un tiempo y se marchó sin más. A una distancia relativamente cercana, como es el río Águeda, en el término de Villar de Argañán, en el lugar llamado Siega Verde, recientemente se han hallado impresionantes grabados rupestres al aire libre, al lado del río, que tampoco debieron ser realizados por excursionistas paleolíticos de fin de semana. Ese hallazgo y otros similares en Segovia (*Domingo García o Cueva de la Griega*), junto con los de Cáceres (*Cueva de Maltravieso*), Portugal (*Foz de Coa, Mazouco* y yacimientos de habitación de su entorno) están expresando que las teorías antiguas que hablaban de zonas al margen de la ocupación masiva en el Paleolítico Superior, no eran otra cosa que lagunas en la investigación prehistórica, posiblemente porque era más difícil buscar y encontrar los yacimientos de este tipo, al no estar como en el norte y en Levante asociados a cuevas. En las inmediaciones de la comarca de Béjar, por ejemplo en las cercanías de Alba de Tormes, el yacimiento de Carmelo o también en las terrazas del río Adaja, en el abulense Valle Ambles, poco después de rebasado el Puerto de Villatoro, se encuentran con frecuencia útiles que implican yacimientos al aire libre del Paleolítico Superior, similares al aludido de *La Dehesa*. Todo ello viene a demostrar que ya durante el Paleolítico Superior, el sur de la Meseta y sus inmediaciones no estuvieron al margen de las ocupaciones humanas. De momento afinar en la cronología de algunos de estos asentamientos y situarlos dentro de una determinada fase, parece tarea difícil porque no se ha emprendido ningún programa de investigación intensamente destinado a la unificación de los datos existentes y a la búsqueda de otros nuevos a base de tareas de campo. Lo que sí parece claro es que cronológicamente al menos las manifestaciones artísticas que se conocen en el sur de la Meseta Norte podrían estar entre el 25.000 y el 10.000 a.C., tiempo en el que en el tramo final se sitúa la ocupación de *La Dehesa*.

3.2.1. *La Dehesa (El Tejado). Un campamento de cazadores magdalenienses al final de la era glaciár*

Ya se ha dicho anteriormente que a *La Dehesa* se la sitúa en el periodo Magdaleniense Superior. El Magdaleniense se desarrolló durante unos 6.000 años, entre el 16.000 y el 10.000 a.C. En tanto tiempo se dieron etapas muy frías y etapas algo más cálidas. Todo ello en grandes grupos de años de tal manera que difícilmente sería percibido en una generación ese cambio climático, y más aún cuando una generación pasaba muy rápido porque la esperanza de vida era muy corta. Tal vez sea aprovechando la mayor suavidad del clima,



después de uno de los estadios fríos, el llamado Würm IV, cuando se produce la ocupación de La Dehesa. Esto sería en el Magdaleniense Superior, en torno al 12.000-10.000 a.C. Lo entendemos así como hipótesis por dos razones fundamentales: primero porque las herramientas de desecho en piedra y los restos de haberlas tallado que dejaron, son tipológicamente similares a las que se han encontrado y datado en otros yacimientos cantábricos y levantinos, cuyas investigaciones han proporcionado dataciones cronológicas muy precisas a través del Carbono 14. Es decir hay razones de índole cultural para fechar La Dehesa en ese momento. Pero también hay razones de índole intuitiva y deductiva, como puede ser el hecho posible de que sería más fácil habitar en esa zona en tiempos en los que se diera una cierta suavidad climática, mejor que en otros en los que el clima fuera riguroso. En un lugar a 1.140 m. de altitud, en las proximidades de la Sierra de Béjar, sin la posibilidad de un relieve que facilitara la existencia de grutas, la crudeza del clima en tiempos muy fríos, tendría que haber sido sin duda un obstáculo para la vida. Sería más fácil habitar en tiempos más cálidos. Sea como fuere, todo apunta a que culturalmente, es decir por el conjunto de los datos materiales que hoy conocemos sobre este yacimiento, un grupo humano habitó en el lugar denominado La Dehesa, en la zona limítrofe entre los términos municipales de Medinilla (Ávila) y de El Tejado (Salamanca). Eran gentes que se dedicaban a la caza y a la recolección y que no producían otra cosa que las herramientas para cazar. Tenían un aspecto similar al nuestro de ahora y ya se preguntaban por algunas de las cuestiones metafísicas que seguimos preguntándonos hoy.

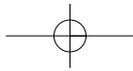
El paisaje actual en aquella zona no puede parecerse al de hace nada menos que unos 12.000-10.000 años antes de nuestra era. Muchos detalles deben no ser iguales por efecto del propio ambiente climático y por el transcurso de los siglos y sus efectos. Es posible que el paisaje estuviera poblado por una vegetación de carácter más húmeda que la actual, hoy poblada de encinas. Lo que no ha cambiado es la posición del lugar elegido, la cual parece que obedeció a una serie de condiciones del relieve favorables para lo que buscaban. Analizar esto tiene una gran importancia

Los restos de la ocupación magdaleniense de La Dehesa se encuentran en una plataforma sobre la base de la cara sur del imponente monte-isla conocido como Cerro del Berrueco, entre los términos municipales de Santibáñez de Béjar, Puente del Congosto, El Tejado y Medinilla. Este cerro es una referencia obligada en el paisaje para el viajero que se dirige desde Béjar a Madrid tras rebasar Santibáñez, o por el norte desde las inmediaciones de Salamanca. La monumental mole granítica que se alza a poco más de 2.000 m. de la carretera no es igual por su cara norte que por la sur. Por el norte tiene un aspecto convexo, mientras que por el sur todo lo contrario, es cóncavo, parece un segmento de círculo. Esta forma y el hecho de que se trate de la cara sur, provocan una situación de abrigo respecto del norte, lógicamente la más fría por la influencia de los vientos más fríos. Esa debió ser la primera circunstancia que aquel grupo de cazadores y recolectores valoró de la zona. La segunda y no menos importante, hubo de ser la del entorno: un paisaje de amplio dominio



Fig. 6. Vista de la zona de la Dehesa (El Tejado).

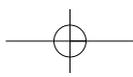




visual, surcado por un pequeño arroyo que desemboca en el Tormes, a unos 4.000 m. de allí. Seguramente entonces el arroyo de El Colmenar, como es conocido en la zona, era más caudaloso que en la actualidad, aunque no mucho más por la brevedad de su trayectoria y por no recibir aportes significativos de caudal que lo hicieran verdaderamente importante. La huella en el relieve del lecho del arroyo le confiere una importancia solamente como arroyo, o todo lo más de riachuelo de corto recorrido. A algo menos de 1.000 m. al norte del cauce se encuentra el asentamiento. Es un lugar a simple vista difícil de identificar por sus características particulares. De hecho su descubrimiento fue una casualidad que se le debe al padre Ignacio Belda, de los Padres Reparadores de Alba de Tormes, incansable *pa-teador* de nuestra comarca en los años setenta en busca de vestigios del pasado.

Parece que además de toda la protección general que por sí misma ofrecía la pantalla del Cerro del Berrueco, se buscó, además, otra protección más inmediata. Fue la del replano de poca pendiente que cae paulatinamente al cauce del arroyo del Colmenar, un terreno fácilmente transitable a modo de meseta y que se extiende paralelamente al arroyo, dominándolo visualmente. Al ser terreno granítico no puede haber cuevas, como las que se dan en el Cantábrico y en el Mediterráneo por sus ambientes calizos. A lo sumo se dan los típicos abrigos constituidos por dos grandes bloques volcados uno sobre el otro, que forman lo que se suele llamar un *covacho*.

Lo que sabemos con bastante seguridad es que allí un grupo de cazadores magdalenenses establecieron su campamento posiblemente porque el cauce del arroyo era frecuentado por la fauna de la zona: caballos, ciervos, cabras, uros... Algo muy poderoso tuvo que llevarles hasta allí, que no podía ser otra cosa que la caza al ser ella la base de su sustento, sobre todo teniendo en cuenta que no disponían de la materia prima elemental –el sílex– para fabricar sus herramientas y armas. Estuvieron protegidos ambientalmente al abrigo de las rocas que inician las faldas del Berrueco, manteniéndose a una distancia prudencial de algo menos de 1.000 m respecto del arroyo, de forma que no constituía su presencia disuasión directa para los animales que acudían al cauce de agua. Los restos de aquel campamento hoy aparecen esparcidos bajo la tierra acumulada desde que se fueron hasta hoy, en una zona en torno a 1 hectárea. Debió ser un campamento pequeño, correspondiente a un grupo poco numeroso, seguramente menor de 20 personas en total, sin duda un grupo humano de tipo familiar. Siempre se habla de nomadismo cuando los investigadores se refieren a las gentes del Paleolítico, sin embargo es preciso aclarar muy bien este concepto. En La Dehesa la cantidad de restos que se han hallado hablan de un lugar donde aquel grupo humano tuvo que permanecer durante un cierto tiempo. Puede que se tratara de un grupo que periódicamente volvía a ese lugar en determinadas épocas del año o puede que fuera un hábitat utilizado de forma continuada durante años. Será difícil saberlo, al ser tanta la cantidad de siglos transcurridos desde la ocupación hasta hoy y, sobre todo, tan considerable la cantidad de vicisitudes de todo tipo sucedidas en aquel lugar al aire libre. Lo que puede asegurarse por





el momento es que la riqueza de herramientas arqueológicas recogidas durante el estudio del yacimiento, tanto en lo que se refiere a las elaboradas como a los desechos para fabricarlas, es tanta, que la ocupación parece importante y ello podría interpretarse en directa relación con el tiempo de uso.

En 1984 llevamos a cabo un proyecto de investigación basado en excavaciones arqueológicas en La Dehesa, financiado por la Junta de Castilla y León. Por aquel entonces y aún hoy lo sigue siendo, La Dehesa era el primer yacimiento del Paleolítico Superior de habitación al aire libre descubierto en el sur de la Meseta Norte. La importancia del hallazgo merecía sin duda una investigación. Las excavaciones mostraron lo que era previsible en una estación de esta antigüedad al aire libre: que todo se encontraba desplazado de su lugar de origen y que sería muy difícil averiguar algo que no fuera la tecnología utilizada por aquellas gentes para fabricar sus herramientas de trabajo. Solamente en un punto de todo el terreno que ocupaba el yacimiento, que fue sondeado previamente, había una posibilidad de hallar algo *in situ*. Esto sucedía a partir de las esperanzas que daban las concentraciones de piezas talladas en piedra y de algunas manchas que podían estar indicando la existencia de materias orgánicas descompuestas o tal vez la presencia de los hogares en los que hicieron fuego necesario para calentarse. Pero esta zona y esta posibilidad fue destruida por las acciones furtivas de quienes, con total conciencia de lo que estaban haciendo, se dedicaron a desbaratar aquellas evidencias aludidas que iban a ser estudiadas con el detenimiento que merecían. La audiencia de Salamanca juzgó por estos hechos en 1986 a dos individuos dedicados a la docencia juvenil en un colegio religioso de Armenteros, uno de ellos conocido sacerdote. Pero lamentablemente los daños furtivos o negligentes en los yacimientos arqueológicos son siempre irreparables. Nunca pueden volver a reconstruirse las situaciones que han permanecido ocultas bajo la tierra durante tanto tiempo. Por eso con aquellas acciones ilegales perdimos la oportunidad de averiguar algo más sobre la ocupación magdalenense en La Dehesa. Una de las conclusiones de los trabajos realizados fue que, salvo en el punto señalado, no había más posibilidades de hallar otros similares donde estudiar la forma de las cabañas utilizadas, la distribución de las zonas de trabajo... etc. aspectos que han podido estudiarse en otros yacimientos con resultados muy importantes para la reconstrucción de la vida de aquellos cazadores de tiempos tan remotos.

Es sobre la tecnología para la fabricación de herramientas sobre lo que tenemos más datos. No así de sus hábitos alimenticios, ya que la gran acidez del suelo ha eliminado por completo los huesos procedentes del consumo de carne, tan útiles siempre para conocer la dieta y la fauna que habitaba en la zona. Ni un solo hueso o fragmento apareció en las excavaciones, todo fue devorado por la acidez del suelo y por el tiempo. Sin embargo los artefactos tallados en piedra se han contado por miles. Exactamente han sido estudiados 39.330 elementos de piedra. De ellos el 90% podrían ser los desechos en la fabricación de herramientas y el resto, las armas y las propias herramientas de trabajo. Teniendo en cuenta lo reducido del área





Fig. 7. La Dehesa. Raspadores de sílex.

excavada, vemos que los restos de la talla de herramientas y los útiles inservibles abandonados en el yacimiento suponen una ingente cantidad, lo cual está en relación con el tiempo de permanencia en el lugar o por lo menos con la recurrente frecuencia de uso del sitio. Vivieron allí mucho tiempo o volvieron muchas veces porque el lugar tenía posibilidades. Hay que resaltar una circunstancia importante: se trata siempre de restos de muy pequeño tamaño, tanto cuando se refiere a herramientas como si se trata de los restos de la talla, lo cual necesariamente tiene que tener alguna relación en la cantidad de materia prima importada cuando no se encuentra en el territorio. La falta de materia prima pudo condicionar el reaprovechado y el tamaño de las piezas, al tenerse que economizar el sílex. No sería descartable en este sentido que La Dehesa formara parte de un circuito de caza una de cuyas escalas estaba en zonas donde existía sílex, lo cual en cada temporada de paso por el sitio les hacía aprovisionarse. Aquellas gentes que vivieron en La Dehesa tenían bien organizada la vida, sabían donde estaban los recursos y tuvieron que organizar su explotación porque era la forma de vivir, no había otra y se jugaban nada menos que la vida equivocándose.

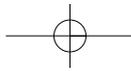
De toda esa ingente cantidad de pequeñas piedrecitas talladas o desechadas durante la talla, todas abandonados por los habitantes de La Dehesa, un tipo de material destaca por su importancia cuantitativa: el sílex, el material en piedra más utilizado por el hombre prehistórico antes de la generalización del uso de los metales. El 70% de los restos de piedra estudiados son de sílex, siguiéndole a cierta distancia los de cristal de roca (25%); sólo un 5% corresponde a otras materias primas como el cuarzo blanco, la cuarcita... etc. Todos ellos, excepto el sílex, son rocas locales. Necesariamente el sílex tuvo que ser llevado hasta allí desde algún punto de Extremadura, desde la zona del páramo en la cuenca del Duero o desde las inmediaciones de la capital abulense, en el Valle Amblés, como lugares más próximos. Es posible que viniera de Extremadura. Si llegó a través de intercambios, si lo portaban los propios usuarios en sus desplazamientos o en expediciones al efecto, no lo sabemos, el caso es que llegaba en bruto y de ello y con ello se fabricaban *in situ* las herramientas necesarias para procurarse la vida, lo cual ha provocado la acumulación de un volumen importante de desechos, un auténtico tesoro para el estudio arqueológico.

La recogida y el estudio minucioso de todo lo hallado en las excavaciones ha permitido conocer bastante bien las claves de las herramientas y armas que usaban. Por una parte tenían herramientas para fabricar armas de caza y por otra tenían las propias armas. Entre aquellas estaban los buriles, que servían para trabajar el hueso y la madera, los raspadores, previsiblemente para trabajar las pieles, los perforadores para perforar las pieles...etc. Entre las armas, además de las de hueso y madera, que no se han conservado, fabricaban otras en las que incrustaban pequeñas láminas de sílex en la zona de la punta, creando filos cortantes para que cuando se clavaran pudieran penetrar más dentro y crear una herida mayor.

Ya se ha dicho que una característica general de todas las herramientas de La Dehesa es la extrema pequeñez en todas ellas, si bien



Fig. 8. La Dehesa. Buriles de sílex para el trabajo del hueso y madera.



es verdad que muchas se abandonaban después de reafilarlas varias veces, es decir cuando no se podía más. A pesar de eso, las herramientas eran muy pequeñas. Llama la atención cómo podían manejar algo tan pequeño. En realidad no es una particularidad solamente propia de este yacimiento, es común a todas las estaciones de la época magdaleniense y a las etapas que siguen después. Pero podríamos decir que en La Dehesa es incluso un poco más extrema. Muchos de los raspadores, de los buriles o de los perforadores hallados tienen dimensiones que llaman la atención por su diminutez. La media de tamaños está en torno a 20 x 14 mm.

Anteriormente se ha señalado que el Magdaleniense es un periodo en el que se producen numerosas y variadas manifestaciones artísticas. Lo sabemos por los yacimientos cantábricos en cueva en los que se conservaron tanto las pinturas como los grabados parietales y, sobre todo, el arte mueble en hueso o en forma de grabados sobre plaquitas de rocas blandas. Todo ello denotando el mundo de magia, ritual y simbolismo, producto de sus creencias, que se dio en aquellos momentos y que a juzgar por las manifestaciones conocidas, era de gran trascendencia. Con seguridad los habitantes de La Dehesa no fueron diferentes en este tipo de costumbres a los cantábricos o levantinos contemporáneos. Ellos también debieron pintar o grabar en determinadas rocas de la zona animales o símbolos propiciatorios hoy difíciles de descifrar. Pero las características de fácil erosionabilidad de la roca dominante en el paisaje, el granito, han hecho que no se hayan conservado si las hubo. Tampoco se han conservado sus grabados en hueso y las estatuillas propias de ese tiempo y de esa cultura. Únicamente hay un testimonio y es tan sólo un fragmento. Se trata de un trozo de pizarra, que hubo de ser llevado desde otro lugar, porque en las inmediaciones de La Dehesa no existe esta roca. En él se aprecian entre muchas rayas que no parecen representar nada, unas líneas que podrían corresponder a una figura femenina estilizada, de las que se conocen como *venus claviformes*, habituales en ambientes magdalenienses.

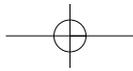
Con todos los datos expuestos hasta aquí podríamos reconstruir de una forma muy general lo que sucedió en algún momento entre el 12.000 y el 8.000 a.C. en La Dehesa y su entorno. Con seguridad este yacimiento forma parte de un complejo de campamentos magdalenienses que pudieron proliferar en un determinado territorio, al menos durante las etapas climáticas menos frías, permitiendo que en zonas a una cierta altitud, como es la de la comarca de Béjar y sin relieve calizo que posibilitara la existencia de cuevas, que pudiera habitarse en campamentos al aire libre. Estos campamentos constituirían una serie de bases de aprovisionamiento de caza y estarían en función de los movimientos estacionales de la fauna cinegética. De momento es La Dehesa el único testimonio encontrado, pero debió haber muchos más, desaparecidos algunos por la erosión y otros muchos más por descubrir.

Aquel grupo humano que frecuentaba La Dehesa vivió de la caza de determinadas especies no solamente allí, sino también en todo el amplio territorio de las riberas del Tormes y de la vega del río Becedillas, en la zona próxima a su desembocadura en el Tormes.



Fig. 9. La Dehesa. Pequeñas láminas de sílex.





Seguramente ciervos, caballos y grandes bóvidos constituían la fauna en esta zona, a semejanza de lo que sucedía en otras relativamente próximas del sur de la Meseta Norte, como Domingo García (Segovia) o Siega Verde (Villar de la Yegua, Salamanca), en las que representaciones en forma de grabados sobre la roca ilustran acerca de las especies preferidas, las que tenían que ver directamente con su subsistencia y eran representadas, quizá, como acto propiciatorio de buena caza sino también como una pista donde detenerse porque había lo que se buscaba.

Se conoce como Mesolítico a la etapa que siguió al Paleolítico Superior. Dejadas atrás definitivamente ya las glaciaciones, tuvo lugar un tiempo climático donde nunca más se produjeron los intensos fríos anteriores. Toda esta etapa duró unos 3.000-4.000 años. En ella el hombre fue evolucionando hacia nuevas formas de vida previsiblemente motivado por varios factores, uno de ellos el propio cambio climático, que provocó variaciones en la fauna, en la flora y en la elección de los hábitats, llevando al hombre a hacerse poco a poco más sedentario. Los datos aportados, también ahora, por las zonas cantábrica y levantina nos muestran patrones de vida similares a los paleolíticos en esas zonas, con hábitats fundamentalmente en cuevas y una economía basada en la caza y en la recolección de especies marinas.

No tenemos por ahora datos sobre la ocupación mesolítica en la comarca de Béjar. Ni uno solo. La causa es desconocida, aunque puede ser achacable a la falta de una investigación de campo intensiva, como lo era también la escasez de datos sobre la ocupación en el Paleolítico Superior hasta que apareció La Dehesa. El caso es que se produce de nuevo una gran laguna en un tiempo en el que debieron producirse muchas transformaciones en el ambiente de camino hacia el actual. Seguramente que como en la precedente etapa Magdaleniense, grupos humanos reducidos habitaron las inmediaciones de los ríos en espacios abiertos y en sus vegas espaciosas, cazando nuevas especies, a la vez que recolectando los nuevos frutos silvestres, producto del progresivo cambio climático. Aunque no se conozcan datos precisos todavía, lo más probable es que no dejaran de ser habitadas estas tierras ya nunca más desde este momento, pero para ratificarlo la arqueología deberá aportar nuevas pruebas.

4. LOS PRIMEROS PRODUCTORES. GANADEROS Y AGRICULTORES NEOLÍTICOS Y CALCOLÍTICOS QUE COLONIZAN ESTAS TIERRAS (4700-2000 a.C).

Rebasado el periodo Mesolítico (10.000-7.000 a.C.) como etapa de transición después de los tiempos fríos de las glaciaciones, el Neolítico supone un tiempo sumamente interesante en el que a través de la interacción de varias circunstancias y elementos de diversa índole, sucederá una etapa en la que el hombre pondrá los primeros cimientos de los tiempos modernos. Las antiguas bases de subsistencia –la caza y la recolección– se verán relegadas paulatinamente a un segundo plano en favor de la ganadería y la agricultura, más propias de un ambiente basado en la producción, favorecido todo





ello por las condiciones ambientales, ahora más favorables a ese tipo de actividades. El factor ambiental, por tanto, con la paulatina suavización del clima, ya iniciada durante el Mesolítico, debe considerarse vital para el cambio. De una forma siempre muy lenta y desigual en unas zonas del mundo respecto de otras, va a producirse un interesantísimo periodo en el que aparecerán transformaciones de índole económica, social, técnica... etc. de forma que algunos investigadores han denominado a este proceso *revolución neolítica* por lo que supuso de diferencia y gran adelanto sobre lo que había. En el Neolítico aparece la cerámica, fabricada a mano y el uso del pulimento de la piedra, al lado de la talla tradicional del sílex, que se mantiene, pero con nuevas herramientas y armas.

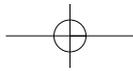
El Neolítico surgió en el Oriente Próximo hacia el 8.000 a.C. Algunos investigadores han creído que desde allí fue irradiando paulatinamente hacia el oeste durante los siguientes 3.000 años. Otros han preferido apostar por la evolución autóctona de los grupos sucesores del Paleolítico Superior favorecidos por las nuevas condiciones ambientales, sin descartar influencias que se les sumaran venidas por vía costera mediterránea y/o continental desde la Europa oriental. Sea como fuere, las fechas más antiguas para el Neolítico de la Península Ibérica están en el VII milenio. Al menos a partir de ese momento una serie de grupos humanos ubicados en la zona costera mediterránea y también en la portuguesa, habitantes todavía en un gran número de casos de cuevas, van a vivir de la agricultura y de la ganadería. Las excavaciones en algunos de los yacimientos de estas zonas han mostrado que cultivaban varias clases de trigo y que convivían con especies animales domésticas tales como la cabra, la oveja, el cerdo y la vaca, sin haber dejado la caza como forma de abastecimiento complementaria.

Puede que en todo este ambiente la Meseta Norte no haya tenido el protagonismo que en otras zonas de la Península Ibérica, pero tampoco se mantuvo al margen, como van demostrando cada vez con más datos las investigaciones. Ni lo estuvo la Meseta ni tampoco la comarca de Béjar. Aunque aquí no tenemos noticias de poblamiento anterior al 5000 a.C., si lo tenemos elocuentemente después de esa fecha. La ausencia de datos antes del 5000 a.C. puede que no sea otra cosa, una vez más, que falta de investigación, algo que cuando ha sido solventado en otras zonas meseteñas permitió saber que antes del 5000 a.C. ya se habitaba. Todo parece indicar que el acortamiento de distancias cronológicas llevará en no mucho tiempo a enlazar aquí y en toda la Meseta los yacimientos de finales del Paleolítico con los neolíticos, mostrando una continuidad del poblamiento que puede haber sido más o menos densa según los tiempos, pero que seguramente nunca mantuvo despoblada a la Meseta y en ella a la comarca de Béjar, durante largos periodos de tiempo.

4.1. LAS GENTES NEOLÍTICAS DE AQUÍ

Nuestro conocimiento aquí de la Prehistoria a partir del Neolítico es considerablemente más extenso que para las etapas precedentes. Los testimonios neolíticos conocidos no son muy abundantes, pero





los que hay sirven para ilustrar una serie de aspectos importantes, como por ejemplo algunos de los patrones de asentamiento que seguían, la utilización que hacían de los hábitats, una aproximación a su modo de vida y algunas de las herramientas y artefactos que utilizaban. Varios yacimientos conocidos en Valdesangil, uno en Vallejera, otro en El Tranco del Diablo, en Béjar, uno más en la zona de Horcajo de Montemayor y el de La Corvera, en Navalmoral de Béjar constituyen pruebas sobre la ocupación humana de la comarca de Béjar durante el Neolítico.

De los tres milenios aproximadamente que dura el Neolítico en la Península Ibérica, no sabemos todavía con precisión en qué momento habremos de situar buena parte de los yacimientos de la comarca de Béjar, aunque parece que fue a partir del 5000 a.C. Por las similitudes entre unos y otros, fundamentalmente en cuanto al hábitat, por la economía que pudieron practicar, teniendo en cuenta las posibilidades del entorno que les rodea y por la tipología de los artefactos hallados, parece que todos, excepto el de La Corvera, en Navalmoral de Béjar, podrían corresponder al mismo momento. Podría ser que la ocupación neolítica de esta comarca entrañe el paso por aquí de comunidades casi exclusivamente ganaderas y sea la Edad del Cobre y los interesantes yacimientos que conocemos en Gilbuena, Valdesangil, Santibáñez de Béjar o El Tejado la etapa en la que la agricultura se sume decididamente a las bases económicas, consolidando una economía mixta de producción basada en la agricultura y la ganadería. No lo sabemos bien todavía. Por ahora sólo es seguro que, avanzado el Neolítico, pequeños grupos de ganaderos ocuparon esta comarca buscando las zonas húmedas y de buen pasto.

Los yacimientos que dan base a lo que sabemos sobre el Neolítico en esta comarca son: *La Atalaya* (Vallejera), *El Tranco del Diablo* (Béjar), *la Mina* (Colmenar de Montemayor), los enclavados en el término de Valdesangil de *La Covacha*, *Los Cerraos*, *Las Cabañuelas* y *Peña Valdeama*, todos ellos de tipología similar, y el de *La Corvera*, en Navalmoral de Béjar, enclavado en lo alto de un cerro que sería ocupado tiempo después por otras culturas, seguramente que por su interés estratégico, dominando el Valle de Sangusín y lo que constituye de zona de paso entre Extremadura y la Meseta. De todos ellos *La Covacha*, *El Tranco del Diablo*, *La Atalaya*, *Las Cabañuelas* y *La Corvera* son los que más información han proporcionado.

Por otra parte hay que indicar que en el límite de la comarca de Béjar, ya en la zona de Guijuelo, hay un importante conjunto de testimonios monumentales de índole simbólico-ritual y funerario, todos ellos dólmenes, que implican la utilización de esa zona ya avanzado el Neolítico. En la comarca de Béjar, por el contrario, no hay ningún testimonio dolménico que asociar con los restos de hábitats. Desconocemos si no los hubo nunca, si no han sido hallados todavía o han desaparecido con el paso del tiempo.

Los dólmenes fueron grandes monumentos construidos hacia finales del V milenio antes de nuestra era, relacionados con rituales que permitían la congregación y el contacto de gentes que vivían dispersas. Debieron ser auténticos templos de la antigüedad en los que, además, se enterraba a determinados personajes. Se

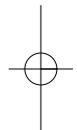


construyeron al final del Neolítico, se siguieron utilizando durante la Edad del Cobre y la del Bronce, aunque no sabemos si con cometidos iguales o simplemente parecidos a los originarios. Si no los hubo en la comarca de Béjar puede que se deba a varias posibilidades. Puede ser que no fuera utilizada esta zona por las gentes neolíticas en el momento en que empiezan a construirse esos monumentos simbólicos y funerarios o puede ser, también, que la utilización de la comarca de Béjar no fuera continuada y permanente, sino que tuviera lugar sólo en determinadas épocas del año o en ciertas circunstancias ahora difíciles de identificar. Ante una coyuntura así podríamos pensar que la utilización no permanente llevaba a no construir monumentos de este tipo destinados a perpetuar la memoria de las gentes que se enterraba en ellos y a inculcar, previsiblemente determinados conceptos sociales que interesaba dejar patentes ante la colectividad. Todo ello además de ser pretextos para reunirse las comunidades dispersas y para reivindicar seguramente un territorio del que se creían poseedores. Por otra parte, la presencia de construcciones monumentales como son los dólmenes, indica la estabilidad de las poblaciones en un determinado territorio. Evidentemente, un monumento mal podía hacer este papel en una zona poco utilizada, si es que ese era el caso de la comarca de Béjar. Ni la inversión del considerable esfuerzo que suponía construirlos, ni el mensaje que llevaba consigo su construcción tendrían una contrapartida. Es cierto que puede deberse la falta de estas construcciones a deficiencias en la investigación en la comarca de Béjar, pero no debe olvidarse que de la larga centena de dólmenes que se conocen en toda la provincia de Salamanca, no hay ninguno en tierras montañosas del tipo de la de Béjar. Siempre aparecen en penillanuras, en zonas llanas o que presentan paisajes ondulados, pero en ningún caso que sepamos en zonas montañosas o inmediatas a ellas. Los dólmenes que conocemos más próximos a esta comarca están en el límite mismo de nuestro territorio, son los de *El Torrión*, en Navamorales, al sur-este de El Puente del Congosto, en las cercanías del río Corneja y los numerosos de la zona próxima a Guijuelo, en tierras de Aldeavieja y Salvatierra de Tormes sobre todo. Después de esa zona, hacia el sur y sur-oeste, no hay ningún testimonio megalítico, pero sí lugares de habitación aunque, como ya se ha dicho, con utilizaciones que no han dejado muchos restos, circunstancia que previsiblemente indica una utilización poco intensa. Si los dólmenes tenían el cometido importante de ser lugares de reunión de gentes dispersas, ningún sitio mejor, ni por visibilidad ni por el acceso que las inmediaciones de los ríos donde fueron erigidos. Teniendo en cuenta el papel de los ríos en aquel tiempo como rutas de comunicación, no será nada extraño considerar que los construyeron en el mejor sitio posible para reunir a gentes diversas y que la comarca de Béjar, por quedar fuera de esas condiciones estuviera exenta de ellos.

Es necesario definir las características generales de la ocupación neolítica en la zona. La primera variable a estudiar es la del hábitat, el lugar en el que decidieron vivir valorando las características que presentaba. Sea porque sólo conocemos parcialmente la realidad o



Fig. 10. El Val de San Gil (Valdesangil), un lugar para vivir en el Neolítico.



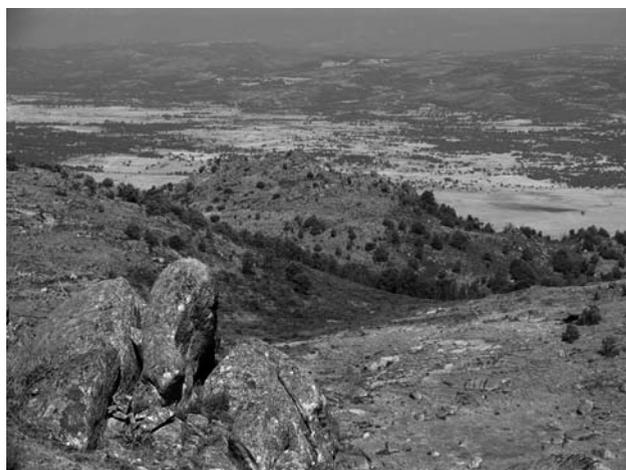


Fig. 11. Cerro de La Corvera y al fondo el valle de Sangusín.

porque fue solamente así, los asentamientos conocidos están en zonas rocosas frecuentemente ligados a promontorios graníticos bien visibles en el paisaje, en los que se forman pequeños abrigos. Esos abrigos los forman grietas entre rocas de gran tamaño o por desplazamientos de enormes bloques que caen sobre su vecino, provocando espacios de abrigo. Sólo el caso del cerro de La Corvera se sale de esos presupuestos, como vamos a ver después, posiblemente por ser algo más reciente.

En el caso de los abrigos aludidos, son sitios que, suficientemente acondicionados, resultan habitables. Basta cerrar los huecos con básicas construcciones de mampostería y/o con ramajes para que constituyan un lugar relativamente seguro y habitable para un grupo humano reducido. Harían el papel de una sólida cabaña. Hay que señalar que una parte de los yacimientos fechados en el Neolítico dentro de la Meseta se dan en cuevas o en abrigos, por lo tanto los de la comarca de Béjar se inscribirían en ese mismo marco en el que los poblados al aire libre son todavía poco frecuentes.

Salvo en el extraño caso de la llamada *Cueva del Tranco del Diablo* que luego trataremos, en los restantes, los asentamientos combinan dos características muy claras: el promontorio rocoso que ofrece abrigos e, inmediatamente a ellos, pequeños valles aptos para la práctica de la ganadería y de la caza. Hay que imaginar la vida de aquellas gentes que habitaron el valle de Valdesangil, el de la zona de Vallejera o el de Colmenar de Montemayor en forma de pequeños grupos emparentados entre ellos que vivían con sus ganados y quizá practicando una primitiva agricultura en sitios favorables, complementando su dieta con la caza y la recolección. Una vida dura sin duda en la que cada grupo era autónomo, obedeciendo de alguna forma para garantizar normas de relación entre los grupos, a un jefe de clanes, un individuo capaz de poner orden entre todos y crear un vínculo común que les uniera.

El hábitat neolítico de La Corvera es por ahora un caso aparte en la comarca, pero nada desconocido en otros puntos de la Meseta. Está enclavado en lo alto del cerro de difícil acceso que denominan en Naval moral *La Corvera*, un lugar que suscita la hipótesis de haber sido elegido por su preeminencia en el entorno, algo que pudo obedecer a varias razones y que no tienen que ser necesariamente defensivas. Desde allí se domina bien el valle de Sangusín y cualquier otro entorno en todas las direcciones. Esa tuvo que ser sin duda una de las razones para que los pastores neolíticos que frecuentaban la comarca de Béjar lo eligieran para vivir.

Hay por tanto dos tipos de asentamientos neolíticos: sobre cerros altos y en covachos. Este último tipo puede subdividirse en otros dos: los que se encuentran dominado vegas con agua frecuente y buenos pastos, que son la mayoría y el caso único de la *Cueva del Tranco del Diablo*, enclavado en un lugar absolutamente inhóspito, encajonado, escondido, en un medio cuya economía potencial parece difícil de averiguar, mostrando quizá que importaba mucho encontrar el continente en el que habitar.





4.1.1. *El valle de San Gil hacia el 5000 a.C.*

El término territorial de Valdesangil (*Valle de San Gil*) se compone de un reducido valle rodeado y definido en semicírculo por una cadena de montes de cierta altura, constituyendo una imponente barrera sólo abierta por el sur. Esta situación de cierta intimidad geográfica convierte a toda esa zona en un lugar abrigado respecto al norte, que es por donde suelen llegar los fríos más duros. La abundancia de agua, retenida a veces en el centro del valle por existir más potencia de suelo, da lugar a pastos frescos en buena parte del año. A ello hay que unir la frecuencia de promontorios rocosos en los que se producen abrigos habitables a causa del resquebrajamiento de la roca y el consiguiente desplazamiento de los bloques con el tiempo. Con todas estas circunstancias, al menos cinco puntos distintos del término de Valdesangil, fueron habitados por gentes neolíticas, siempre con patrones similares. Característica común de todos estos puntos es que se encuentran en la zona de contacto entre la ladera del reborde del valle y el fondo de éste. Son siempre promontorios fácilmente identificables en el paisaje, controlándose desde ellos visualmente toda la extensión del valle. La generalidad de estos asentamientos parece depender económicamente de los pastos, el aprovechamiento más favorable en toda la zona de Valdesangil. En cada uno de los puntos señalados hay uno o dos abrigos habitables, abrigos que con algún acondicionamiento ofrecen posibilidades sencillas de habitación, constituyen espacios iguales o más grandes que lo que será el área de las cabañas construidas al aire libre de la fase posterior al Neolítico, por lo tanto pudieron cumplir perfectamente el papel de cabañas.

De todos, los mejor conocidos arqueológicamente son el de La Covacha y el de Las Cabañuelas. El de La Covacha consta de tres abrigos, pero es el mayor el que ha proporcionado más datos. En éste, a finales de los sesenta y principios de los setenta del siglo XX, excavaciones no científicas pusieron de manifiesto una serie de materiales arqueológicos que son hoy la única fuente documental disponible. Se trata de un abrigo provocado por el desplazamiento de una enorme laja sobre un gran bloque granítico redondeado. Así se forma un abrigo orientado de norte a sur con dos accesos opuestos, que despejan una superficie aproximada de 33'5 m.² (11'7 m. x 2'85 m.) y una altura en torno a 4 m. Utilizado a modo de cabaña es habitable, si bien debió ser necesario llevar a cabo algún tipo de acondicionamiento en los accesos, de forma que no penetraran el frío y la lluvia por las grandes aberturas. La posición de La Covacha en el relieve es importante por el dominio visual que desde ella se ejerce, tal vez relacionada con los pastos en los prados cercanos, algo que pudo ser fundamental.

Los abrigos de La Covacha han estado siempre en Valdesangil envueltos en cierto misterio. En lugares así en todas las épocas ha existido una cierta curiosidad y una leyenda sobre existencia de tesoros. Eso ha llevado con frecuencia a buscarlos, naturalmente sin ningún éxito. Por ello el suelo del abrigo fue removido ya siglos atrás e incluso parece que registró la ocupación de algún pastor de la Edad



Fig. 12. Promontorio rocoso de La Covacha (Valdesangil).



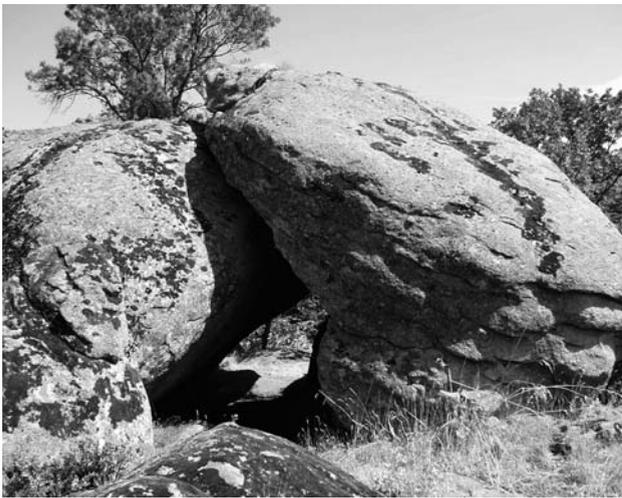


Fig. 13. Abrigo de La Covacha.

Moderna que cuidaba sus ganados en un ambiente que en poco se diferenciaría de lo sucedido allí mismo unos miles de años atrás. Se sabe esto porque cuando se excavó (sin criterios científicos) en el interior de la cueva a principios de los setenta, aparecieron algunos fragmentos de platos que lo indicaban.

Los objetos de las figuras 14 y 15 son todo lo que se conoce. Algunos son sobradamente ilustrativos de la época neolítica a la que corresponden, como las cerámicas decoradas. La técnica de decoración se conoce como de *acanaladuras*, por tratarse de surcos anchos y profundos. Con estas piezas aparecieron también un pequeño raspador de sílex y un precioso ejemplar de hacha votiva. Se conocen como hachas votivas a pequeños ejemplares que reproducen fielmente la forma de hachas, pero que por su tamaño parece que no pudieron ser utilizados en ninguna tarea productiva. Por su pequeñez, por su acabado siempre a base de un pulimento exhaustivo de toda la superficie y porque en algunos casos se las ha hallado con una perforación para ser suspendidas por medio de una cuerda, es por lo que se les atribuye una función votiva, es decir relacionada con los cultos, las creencias y sus rituales. De este mismo lugar podría proceder un recipiente prácticamente completo, a modo de tinaja, cuya misión pudo ser la de almacenaje de alimentos o de líquidos dada su capacidad. Este ejemplar se encuentra en el Museo de Salamanca, fue hallado en los años sesenta en un lugar no precisado con claridad dentro de la propia Covacha.

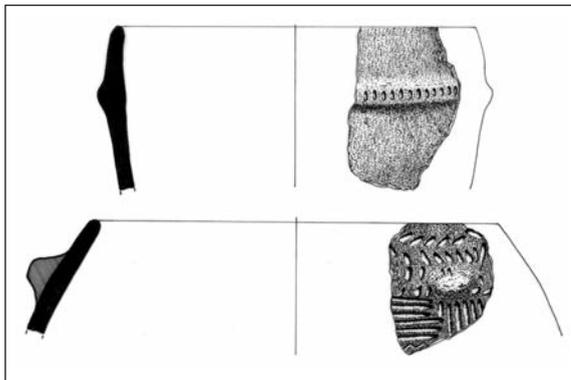


Fig. 14. La Covacha (Valdesangil). Cerámicas decoradas neolíticas.

Al lado de este abrigo hay otros de menor tamaño, pero con idénticas posibilidades para ser habitados dentro de las mismas condiciones que lo fue el mejor conocido. En ellos no se ha llevado a cabo ningún tipo de excavación. Superficialmente se hallan fragmentos de cerámica lisa similares a los hallados en el abrigo principal. Podría ser que hubieran sido habitados en este mismo momento o al menos utilizados por los habitantes de la zona principal como lugares subsidiarios.

El otro asentamiento neolítico del que se conocen más datos en el término de Valdesangil es el de Las Cabañuelas, en la zona este de los montes de este pueblo, donde finaliza toda la cadena rocosa semicircular que arropa y conforma el valle y al pueblo actual. Las Cabañuelas es un gran roquedal compuesto por varios abrigos desperdigados entre los enormes bloques graníticos. Uno de ellos tiene posibilidades para ser habitado, si se le acondiciona para ello, como sucedía en La Covacha. Se trata también aquí de una gran lancha granítica que ha caído sobre un bloque y que se prolonga a través de una grieta dando salida por el otro extremo del promontorio. Allí M. Santonja Gómez encontró superficialmente en los años setenta algunas cerámicas decoradas, que por su tipología parecen ser neolíticas. Como en La Covacha, no se trata de lugares en los que por la frecuencia de restos superficiales pueda intuirse una ocupación dilatada en el tiempo. Al contrario, parecen ocupaciones esporádicas, totalmente diferentes a lo que se aprecia en los yacimientos en los que sabemos con seguridad que fueron poblados estables, dejando como consecuencia de ello un buen número de restos, que hoy son nuestros elementos de juicio y de valor para estudiarles.



Fig. 15. La Covacha. Herramientas de piedra.





Otros tres puntos más en el término de Valdesangil completan la información neolítica allí. En todos la parquedad de los datos conocidos impide decir muchas más cosas que no aludan a la similitud física con los más claramente identificados como neolíticos. En todos ellos apenas unos fragmentos de cerámicas de características muy toscas, unas pocas lascas de sílex y algún fragmento de pizarra traída a la zona desde las comarcas cercanas, sirven de alguna ayuda. Siempre la misma parquedad de datos, seguramente indicativa de la utilización esporádica y puntual de estos lugares. Es interesante por su habitabilidad el de *La Peña de Valdeama*, en el que no sólo se han hallado en su interior algunas cerámicas toscas fabricadas a mano, sino también en sus inmediaciones la apertura de caminos ha puesto al descubierto manchas oscuras en las que aparecen cerámicas igualmente toscas, algún percutor y pequeños fragmentos de pizarra. La frecuente asociación de fragmentos de pizarra con estos lugares neolíticos y la asidua utilización de collares con cuentas de este material en ese tiempo, hace pensar que las gentes de tales asentamientos llevaban consigo pizarras con las que fabricar las cuentas de sus collares y los colgantes tan característicos.

Sin mucho esfuerzo podemos imaginar el paisaje de Valdesangil que vieron aquellos neolíticos de hace unos 6.000 años o más. Se sabe que el clima no era muy diferente al de hoy, por tanto el paisaje no sería muy diferente tampoco, algo que en toda la zona de Valdesangil pudo dificultar la utilización del territorio por la presencia de abundante vegetación, al proliferar el agua y quedar abrigado. Debíó ser preciso abrir claros en el bosque de robles y fresnos, algo que se hacía a través de los incendios. Sólo así los habitantes de *La Covacha*, *La Peña de Valdeama* y *Las Cabañuelas* podían crear prados en los que pastara el ganado y abrir tierras para el cultivo en los sitios más favorables, algo que controlarían ellos desde las cuevas-abrigo que habitaban, siempre en sitios un tanto elevados, con una cierta preeminencia sobre el llano que constituye el fondo del valle.

4.1.2. *La Atalaya, en Vallejera*

Físicamente similar a lo que se ha dicho de Valdesangil es el asentamiento del *Alto de La Atalaya*, en Vallejera. Se trata de un promontorio granítico separado ligeramente y diferenciado de lo que es la pequeña cadena de monte conocida como los Picos de Valdesangil, en su vertiente este, dentro ya del término de Vallejera. Como en los casos de Valdesangil, su posición en el relieve le hace preeminente (unos 50 m. de diferencia) sobre un entorno suavemente inclinado que cae hacia el valle en el que se encuentra el pueblo de Navacarros. Son en todos los casos terrenos con suelos húmedos que producen pastos durante todo el año, terrenos cuyo mejor aprovechamiento tiene que ser el ganadero y el cinegético.

También como en los casos de los asentamientos de Valdesangil, las fracturas y desplazamientos antiguos del granito en estos promontorios han propiciado desde muy antiguo varios abrigos de distinta envergadura, susceptibles de ser habitados por grupos humanos muy reducidos. En uno de ellos se hallaron restos que por



Fig. 16. La Peña de Valdeama (Valdesangil).



Fig. 17. La Atalaya (Vallejera) desde el sur-este.



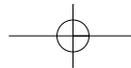


Fig. 18. La Atalaya (Vallejera). Cerámica con decoración neolítica.

su tipología, parecen corresponder al periodo Neolítico. El elemento más claro es un fragmento de cerámica correspondiente a un pequeño recipiente semiesférico decorado toscamente con tres líneas de improntas desordenadas hechas con un punzón bien afilado, que se aplicó sobre el barro fresco. En el labio mismo del vaso, es decir en la zona del borde que se ve verticalmente, fue decorado con una serie de trazos cortos incisos. Además de este fragmento se conoce también otro con un pequeño mamelón o abultamiento redondeado que resalta en la superficie del recipiente y un fragmento cerámico más con un arranque de asa, elemento éste muy característico de las culturas neolíticas. Son siempre recipientes elaborados a mano y de aspecto muy tosco. En piedra se han encontrado algunos fragmentos de cuarzo seguramente desechados de la fabricación de herramientas y, también, lo que se denomina un *elemento de hoz*, que es un fragmento rectangular de sílex al que se le ha tallado para adaptarle a un soporte de madera, de forma que una cadena de piezas de este tipo constituyeran un filo cortante dentado a modo de hoz. El uso de esta pieza por el filo dentado quedaría atestiguado a partir del típico brillo producido por la continua fricción contra algo blando, presumiblemente contra algún material vegetal. A este tipo de piezas se las asocia con la práctica de la agricultura, en concreto con la siega. No sabemos si a una economía fundamentalmente ganadera acompañaba también alguna práctica agrícola complementaria.

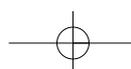
Restaría hablar en este grupo de casos similares de un yacimiento en los límites de lo que hemos marcado como el territorio de este trabajo, por encontrarse en la zona montañosa del entorno oeste de la sierra de Candelario-Béjar. Se trata del sitio denominado *La Mina*, en Colmenar de Montemayor, un pequeño valle provocado por el ahora arroyo del Castañar. Es un lugar un tanto apartado, como tantos sitios neolíticos similares de la zona. Allí hay numerosos covachos que se ocasionan en el paisaje por las mismas razones que todos los aludidos anteriormente. Aunque en la mayor parte de ellos han desaparecido los rellenos de tierra que nos permitirían estudiarlos mejor, aún pueden recogerse fragmentos cerámicos, de sílex y de pizarra (nuevamente de pizarra) que parecen identificarlos con una ocupación neolítica basada en la ganadería y también en la caza, cuya abundancia en esos lugares en época prehistórica está fuera de duda. De nuevo pequeñas poblaciones en lugares un tanto perdidos, denotando un primitivismo digno de mención, pero conectados con las formas de cultura que se daban en la Meseta, lo cual indica sin duda que existían contactos suficientes entre comunidades y que estos se producían en el seno de una sociedad de tipo tribal.

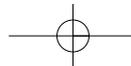
4.1.3. La cueva del Tranco del Diablo (Béjar)

Si todos los yacimientos neolíticos citados hasta aquí muestran un determinado patrón en cuanto al entorno ambiental del asentamiento, el caso de la *Cueva del Tranco del Diablo* es claramente otro tipo. Si bien la tipología concreta de hábitat es la misma, el entorno es totalmente diferente. A las praderas húmedas con pastos frescos inmediatas y visibles desde las cuevas en los asentamientos de



Fig. 19. Promontorio granítico conocido como las Cuevas del Tranco del Diablo (Béjar).





Valdesangil, Vallejera o de Horcajo de Montemayor se contraponen ahora un modelo en el que el asentamiento está en el encajonadísimo valle de un arroyo que desemboca a menos de 500 m en el río Cuerpo de Hombre. No hay praderas inmediatas, ni desde el lugar se avista un territorio económico potencial que se parezca a los ya conocidos. Está completamente escondido al lado mismo del cauce actual del arroyo. Es un promontorio granítico cuyo resquebrajamiento ha provocado la formación de varios abrigos habitables, aunque aquí, si cabe, con mayor rudeza que en los casos ya descritos anteriormente. Sólo una posibilidad parece que podría enlazarle con los asentamientos ya mencionados: la participación en un mismo patrón económico enfocado hacia la ganadería, tal vez de ganado caprino y posiblemente con la caza como complemento, ello relacionado con los prados situados a menos de 1.000 m al este y nor-este del hábitat. Indudablemente si el patrón del hábitat en este momento neolítico era este tipo de abrigos, debían amoldarse a la ubicación de los promontorios favorables allí donde los hubiera. No quedaba más remedio que tomar lo que la naturaleza ofrecía, si su modo de vida no contemplaba la posibilidad de organizar poblados al aire libre, fuera por la provisionalidad impuesta por un modo de vida ganadero trashumante o por otras razones.

Tradicionalmente esta cueva del Tranco del Diablo motivó en Béjar no sólo una cierta intriga sino también leyendas misteriosas en las que, como en La Covacha de Valdesangil, se mezclan historias de tesoros ocultos y otros misterios que han llevado a ese lugar a numerosos curiosos, algunos dispuestos a remover el suelo creyendo ingenuamente que encontrarían algo que no encontraron, teniéndose que conformar, a lo sumo, con algunos fragmentos de cerámicas muy toscas sin aparente valor para ellos. Al ser bastantes los curiosos y de varias generaciones, los datos arqueológicos robados sin criterio científico al interior de la tierra y a la Historia se han dispersado e incluso perdido, de forma que no es posible contar hoy con todos los elementos que serían precisos para definir mejor lo que sucedió hace seguramente más de 6.000 años allí. Lo que ha quedado de todo ese expolio tradicional son un puñado de cerámicas y el recuerdo o la leyenda de determinados objetos que hubiera sido muy interesante poder estudiar para saber hoy más de lo que sabemos.

La cerámica de las cuevas de El Tranco del Diablo es generalmente de aspecto tosco y tiene tonos marrones y rojizos. En las superficies externas de algunos recipientes se les aplicaba al barro todavía fresco el trabajo de una espátula de hueso, quedando así alisadas. En casi todos los recipientes, se aprecia una gran tosquedad. Los habitantes de esos abrigos utilizaban vasijas con formas tanto abiertas como cerradas, suponemos que dependiendo de la función que tuvieran. Los recipientes con alguna decoración parecen minoría. Conocemos varios fragmentos, algunos con decoración típica e inequívocamente neolítica como el de la figura 21. Las decoraciones eran tanto en forma de incisiones sobre la pasta húmeda, como a base de aplicaciones plásticas sobre la superficie lisa, lo cual daba un resultado de cordones en relieve a los que se les hacía un rehundido espaciado con el dedo para darle mayor profundidad estética. Estos



Fig. 20. Pieza de una hoz procedente de la cueva del Tranco del Diablo.

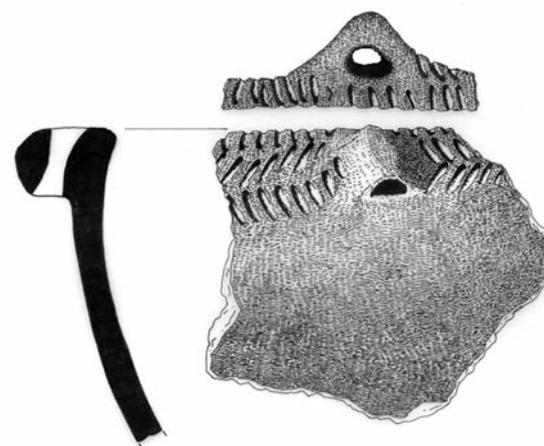
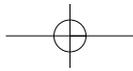


Fig. 21. Cerámica neolítica del Tranco del Diablo.



motivos eran iguales para toda la Península Ibérica, probándose una vez más las relaciones que había entre poblaciones.

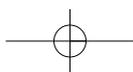
No son tan prolíficos los datos que tenemos sobre las herramientas utilizadas en piedra allí, seguramente porque no utilizaban demasiado la talla de la piedra, bien porque la trajeran al sitio elaborada ya o porque la talla se llevara a cabo en otro lugar que no fuera la cueva-abrigo. Sólo un fragmento de una lámina de sílex, que podría identificarse como un cuchillo cortante y un elemento de hoz, es lo que conocemos. Suponemos que hubieron de utilizar hachas de filo pulido, como suele ser habitual, pero no hay noticias de hallazgos de ese tipo.

La Cueva del Tranco del Diablo supone un lugar enigmático por lo oscuro y escondido, por lo reducidas de las posibilidades económicas de su entorno más inmediato y por el conjunto de circunstancias propias que componen el sitio en sí donde se encuentran las cuevas.

Finalmente hay que decir respecto a este tipo de yacimientos que las características de la zona, con frecuentes promontorios graníticos, en lento proceso de fractura desde hace miles de años, ampliará sin duda en el futuro el número de casos cuando se registren adecuadamente las zonas de El Puerto de Béjar, Cantagallo, Baños de Montemayor... etc. constituyendo con todos una base muy amplia para estudiar más concienzudamente este interesante Neolítico en cuevas o covachos de poca capacidad.

4.1.4. *Una atalaya de pastores neolíticos en lo alto de La Corvera (Navalmoral de Béjar)*

Finalmente hay que hablar del asentamiento neolítico de La Corvera, en el cerro que domina el valle de Sangusín por el este. Algo ha tenido que tener este sitio para que cuatro culturas bien separadas cronológicamente entre sí lo hayan elegido para asentarse allí arriba, a pesar de lo costoso que es su acceso. Es un prominente cerro granítico, salpicado de rocas, continuación y final por el oeste de los Picos de Valdesangil. Si es alto por el sur, su cara más accesible, por el norte lo es aún más, al estar más baja la llanura inmediata del valle de Sangusín. En lo alto hay una pequeña meseta con capacidad suficiente para ser habitable. Desde ella se domina un entorno amplio, sobre todo la vega del valle de Sangusín, por el que tradicionalmente han pasado las gentes que accedían a la Meseta desde Extremadura y viceversa. Pero no sabemos si ésta fue la causa o una de ellas de la ocupación del sitio en el Neolítico, es decir si esa ruta ya era lo suficientemente importante como para quererla controlar de alguna manera. Cuando sí lo debió ser fue durante el final de la Edad del Hierro, tiempo en el que los conflictos con invasores de la talla de romanos o cartagineses obligaba no sólo a ocupar sitios altos, sino a controlar los movimientos de las tropas invasoras e incluso de los pueblos vecinos. La forma de vida, de organización y los conflictos derivados de ello durante el Neolítico, no hace suponer que las causas de la elección fueran las mismas que las de las etapas posteriores. Debemos entender que se trató de razones de tipo económico y estratégico con relación a sus recursos o como defensa más segura de





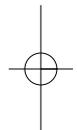
determinados animales que pusieran en peligro sus rebaños. No siempre que un poblado fue construido en lo alto de un cerro tenía que obedecer a razones defensivas, hay muchas otras razones para ello. Hasta hace muy poco tiempo en comarcas cercanas a la nuestra, como la de La Vera en su zona más pegada a la montaña de Gredos por su cara sur, los pastores vivían en lugares muy altos establecidos en pequeños poblados familiares. Para nada la elección del lugar respondía a intereses defensivos, sino exclusivamente operativos para con la actividad que desarrollaban en las empinadas laderas de Gredos. La ocupación neolítica de La Corvera sin duda obedeció a algo parecido. Una pequeña comunidad de pastores estableció allí una de sus bases, fuera para mucho tiempo o con carácter estacional. Estaban más a salvo de los peligros que acechan a los ganados y controlaban su territorio.

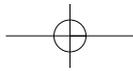
En La Corvera llevamos a cabo investigaciones arqueológicas en la década de los 80 y parte de la de los 90, de ellas se irá dando cuenta a medida que abordemos sobre todo la Edad del Bronce y del Hierro. Fueron numerosos los restos neolíticos que hallamos. Estaban bastante alterados porque después de ellos se sucedieron otras ocupaciones que alteraron lo que habían dejado los anteriores. Fragmentos de cerámicas lisas y decoradas, algunas piezas de sílex muy características de la cultura neolítica, como los microlitos geométricos, similares a los encontrados en el ya aludido poblado de La Covacha, colgantes fabricados en pizarra... etc. La ausencia de restos óseos correspondientes al consumo de carne, eliminados por la alta acidez de los suelos, hace que no podamos decir mucho sobre sus actividades, aunque podemos suponer con muchas garantías que eran pastores, dado el medio en que se desenvolvían y las posibilidades de éste. Ello no quiere decir que no llevaran a cabo cultivos también, aunque en menor escala, posiblemente en las zonas cercanas a Fuentebuena, con buena tierra, agua y bien abrigadas.

No sabemos cuanto tiempo estuvieron viviendo allí en endebles y pequeñas chozas, construidas buscando el abrigo de los bloques graníticos. Ya hemos dicho antes que no es posible conocer si este era uno de los lugares que frecuentaban en determinadas épocas o se trató de una habitación continuada. Lo que sí sabemos es cuándo se produjo la ocupación. Lo han determinado los seis análisis de Carbono-14 sobre las muestras obtenidas en las excavaciones. Se han llevado a cabo en los laboratorios de la Universidad holandesa de Groningen. Cinco de ellas han dicho que entre el 3640 y el 3340 a.C. estuvieron allí viviendo. La datación de una quinta muestra adelanta en 1.000 años (4769-4548 a.C.) la primera ocupación del sitio. Seguras son las primeras por la cantidad de dataciones y por la coincidencia entre todas ellas, respecto a la segunda, que por ser una sola, hace albergar alguna duda, ya que a veces el Carbono-14 puede dar errores. En cualquier caso no sería extraño creer en la validez de la fecha más antigua también y con ello situar la inicial ocupación neolítica de La Corvera en un tiempo tan remoto como el 4500 a.C., fecha en la que ya otras comunidades neolíticas deambulaban por zonas limítrofes construyendo dólmenes por tierras de Guijuelo.



Fig. 22. Colgante antropomorfo neolítico de La Corvera (Navalmoral de Béjar).





Lamentablemente los datos de que disponemos no nos permiten saber si el tipo de yacimientos en covacho es anterior, coetáneo o posterior al que denota La Corvera. La falta de estudios más profundos en aquellos hace que no podamos saber todavía con seguridad, si como suponemos es una fase anterior que da paso a otra, la de La Corvera, donde se habita ya al aire libre, como va a ser la constante en tiempos sucesivos.

El final del Neolítico no se produjo ni en un año ni en una década. Fue algo paulatino que duró muchos años y muchas generaciones, como todo en la prehistoria. Cuanto más atrás se va en el tiempo, los cambios son procesos más paulatinos y lentos en los que los historiadores intervienen poniendo fronteras y estableciendo divisiones con las que quieren ordenar y hacer la Historia más didáctica y asimilable. El Neolítico en nuestra comarca no terminó de golpe, no se enteraron una mañana de que ya estaban en la fase siguiente por las noticias. Todo fue un proceso lento por el que generación tras generación, casi imperceptiblemente, fueron pasando a otro estadio más evolucionado, pero sobre aquella economía basada en la producción de alimentos. El mayor y mejor dominio de esas técnicas de producción generó, por ejemplo, un aumento demográfico y significó el cambio de preferencias en los sitios para establecer los asentamientos. Pero a ello se unieron otras circunstancias muy características, como por ejemplo la obtención del cobre por primera vez en la Historia. A esta situación es a la que conocemos como *Calcolítico* o *Edad del Cobre*.

De la etapa de transición entre el Neolítico y la Edad del Cobre mucho tiene que decir un yacimiento arqueológico que existe en Valdesangil en el lugar llamado *El Chorrito*. Representa el paso entre las gentes que vivieron en La Covacha, El Tranco del Diablo o en lo alto de La Corvera y las que vivirán en La Solana, La Teta o La Mariselva que vamos a estudiar a continuación dentro de la Edad del Cobre.

4.1.5. *El enigma de lo simbólico-ritual*

El tema funerario es siempre una fuente de información de gran utilidad por cuanto que significa indagar en el mundo de las ideas y creencias de las poblaciones primitivas. Pero lo funerario no es fácil de abordar porque los testimonios al respecto nunca son abundantes, cuando se trata de tiempos prehistóricos todavía remotos, como no dejan de serlo el Neolítico y también los que le siguen. En el Neolítico se dieron formas de enterramiento individuales y colectivas. Pero con ellas también tuvo que haber otras que ni siquiera implicaban el enterramiento (quizá la desaparición del cadáver mediante el fuego, la exposición simbólica a los carroñeros o el arrojamiento a las aguas...) porque nunca cuadra el número de individuos posible en muchos cientos de años y los enterramientos que aparecen. Algunos investigadores creen que los dólmenes que se construían al final del Neolítico, usándose también mucho tiempo después, eran el cementerio de todos los habitantes, pero esa interpretación choca con muchos interrogantes que más bien inducen a creer que esos lugares, además de cementerios más o menos ocasionales, tenían otras





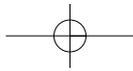
funciones y que los que se enterraban allí o bien eran todos los que morían en un determinado tiempo muy puntual o eran sólo ciertos personajes que ostentaban el privilegio de yacer en un lugar tan importante.

En nuestra comarca no conocemos ni casos individuales ni colectivos, no sabemos ni qué hacían con los muertos ni que podían pensar del más allá. No parece fácil creer que fueran gentes al margen de las costumbres generales de construir dólmenes que se dieron en el final del Neolítico y menos aún cuando en los límites de la comarca sí se construyeron, como ha quedado patente en la zona de Guijuelo con los casos de Salvatierra de Tormes y Aldeavieja o en las proximidades del Puente del Congosto con el caso del dolmen de *El Torrión*, en el término de Navamorales. En la comarca de Béjar o no los construyeron o no los hemos encontrado. Desconocemos la realidad. Sólo un indicio: en Valdesangil, nada lejos del asentamiento de La Covacha, hay algo que llama la atención por su tipología y por el nombre que le han dado las gentes del lugar: *La Mora*. Casi siempre los nombres que implican a los moros son la interpretación que dan las poblaciones rurales a los sitios que se entienden antiguos al observar indicios claros de presencia humana, de la que no quedan más que ruinas. Este puede ser el caso. En La Mora hay un enorme montículo muy similar a lo que son los dólmenes. Está cubierto de piedras de pequeño y mediano tamaño arrojadas en los últimos 400 años por los campesinos en la tarea de despejar los campos para facilitar el cultivo. La cuestión es si se trata de un *majano* o de un túmulo dolménico reutilizado como majano para no utilizar nuevos espacios que mermaran la superficie para el cultivo. No lo sabremos mientras no se lleve a cabo una investigación puntual, pero hay posibilidades de que se trate de algún tipo de monumento megalítico. Su exploración científica y la ratificación de que lo fuera en realidad implicaría un avance considerable. Éste es el único testimonio posible, sólo posible. Pero no es de extrañar que algún día en la exploración de abrigos rocosos o de grietas cercanas a los yacimientos neolíticos encontremos alguno de sus cementerios puntuales, como ha sucedido en otros lugares, constituyendo la prueba de la existencia de una forma alternativa de enterramiento a los dólmenes que implicaría una interpretación de lo funerario tal vez desde una clave social.

4.2. LA CONSUMACIÓN DE LA ECONOMÍA DE PRODUCCIÓN Y LA PRIMERA UTILIZACIÓN DEL COBRE: LA EDAD DEL COBRE (2800 AL 2000 a.C.)

Como ha quedado dicho antes, desde las mismas bases económicas y seguramente también desde las mismas bases sociales que presidieron el Neolítico, se inicia, en algún momento difícilmente precisable de la primera mitad del tercer milenio antes de nuestra era, la Edad del Cobre, también llamada Calcolítico (*calcós*= cobre) porque es en esta etapa cuando empieza a utilizarse el cobre por primera vez. Parece obvio que realmente el día que se utilizó por primera vez el cobre en un periodo o el día que llegó por primera vez a un asentamiento no fue diferente del día anterior, no constituyó una revolución tal que se notara con claridad la diferencia inmediatamente. La

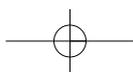


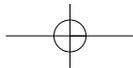


presencia del cobre no es otra cosa que uno más de los elementos que aparecen en un determinado momento como consecuencia de un tiempo que tiene su base fundamental en las esencias del Neolítico y que constituye una evolución a partir de él. Aspectos tan importantes como el funerario, con el uso todavía en el Calcolítico de los dólmenes construidos durante el Neolítico, constituyen buena prueba de la continuidad que existe entre las dos etapas. El Calcolítico o Edad del Cobre supuso con seguridad un aumento demográfico general, provocado por los progresos en el control de la economía productiva, basada fundamentalmente en el cultivo de la tierra y en la producción ganadera. El mejor dominio y gestión de las técnicas ganaderas, la mejor explotación de todos los recursos producto de la ganadería, como por ejemplo de la leche para hacer queso (aparecerán las queseras de barro que lo atestiguan), la utilización de animales de tiro antes no utilizados, como el caballo, serán los responsables de este aumento demográfico, que parece evidente a partir de la mayor profusión de asentamientos ahora, de su tamaño mayor y de la colonización de todo tipo de zonas, fundamentalmente de aquellas en las que es factible llevar a cabo explotaciones agrícolas, símbolo de que esa base económica había adquirido una gran relevancia.

En todo este contexto cobran también gran importancia las relaciones entre poblados, entre clanes y tribus, estableciéndose una red de intercambios que constituyen la base del comercio futuro. Sólo por medio de esta forma de relación entre las gentes podemos explicar la presencia en la comarca de Béjar y también en toda la Meseta Norte de cuentas de collar de una roca llamada variscita, de color verde muy llamativo, cuya procedencia manifestada a través de los análisis realizados por especialistas, sitúan su origen en el municipio zamorano de Palazuelo de las Cuevas. Seguramente también tenga mucho que ver con estos intercambios entre poblaciones la similitud de las decoraciones cerámicas entre zonas alejadas muchos kilómetros, como también ciertos objetos de adorno personal o determinados artefactos de piedra enteramente similares. Todo este contexto general se encuentra inmerso en un ambiente de aumento de la complejidad social esbozada ya en el Neolítico, con consecuencias que van a ir determinando de una forma lenta pero segura la aparición de jerarquías sociales basadas en determinados tipos de riqueza. Todavía una riqueza muy exigua, pero riqueza. Como es lógico, el desarrollo de la producción de alimentos tuvo que significar diferencias entre las gentes sobre todo a la hora de producir o no excedentes, es decir todo aquello que sobraba del consumo básico. El contar con excedentes de producción era clave para ser más en todos los aspectos, lo que empezó a significar diferencias sociales, con todo lo que ello ha provocado desde entonces hasta ahora. En ese panorama va a desarrollarse la Edad del Cobre durante todo el III milenio antes de nuestra era.

En la comarca de Béjar un buen número de datos nos sirven de referencia para definir de una forma suficiente esta interesante etapa. Una parte de esos datos proceden de las excavaciones arqueológicas que hemos llevado a cabo en dos poblados: *La Teta*, en Gilbuena, próximo a Becedas, ya en la provincia de Ávila y *La Solana*, en el término





de Navalmoral de Béjar. A ellos hay que unir lo que aporta el asentamiento de *El Chorríto*, en Valdesangil, aunque no sean procedentes de excavaciones científicas, y los hallazgos superficiales de los poblados de *La Mariselva* (El Tejado de Béjar), *Las Zorreras* (Becedas), *El Risco* (Santibáñez) y algún otro menos estudiado en la zona de Medinilla, pero cuyas características apuntan cronológicamente a la Edad del Cobre. Con todos ellos como base, tendremos un elenco de datos más que suficientes para definir la vida y el uso de este territorio desde ese impreciso momento en que finaliza el Neolítico, después del cambio del IV al III milenio, hasta la transición del III al II antes de nuestra era como final y consecuente principio de la Edad del Bronce.

4.2.1. Continuidad o discontinuidad de habitantes

La primera cuestión que hay que dilucidar es la que afecta a la continuidad o discontinuidad entre aquellas poblaciones neolíticas que vivieron y explotaron los pastos del valle de Valdesangil, de la zona de Vallejera, que habitaron las cuevas del Tranco del Diablo y esas otras gentes ya calcolíticas posteriores que eligieron sitios distintos para vivir. De entrada esa es la primera característica que les separa: el lugar que se elige para habitar no es el mismo, el criterio de elección difiere en todo su conjunto, lo cual indica ineludiblemente algo. Los abrigos naturales, formados en promontorios rocosos agrietados, que fueron cobijo de las gentes neolíticas, darán paso ahora a poblados al aire libre que buscan como protección ambiental el resguardo respecto del norte, es decir las solanas bien abrigadas, laderas con buena orientación. Con ello las gentes que habitaron estas tierras a finales del IV milenio y principios del III antes de nuestra era, se liberaron de la imposición de espacio doméstico que ofrecía la naturaleza, para extenderlo y organizarlo más a su modo.

¿Fueron aquellas mismas gentes neolíticas que solían habitar los abrigos citados de nuestra comarca las que evolucionaron en el mismo territorio hacia formas de vida propias de la Edad del Cobre, en definitiva las que sobre su misma base cultural conocieron ese aumento demográfico paulatino que junto con otros condicionantes les llevaron a inaugurar una nueva etapa? ¿Llegaron poblaciones de fuera que se sumaron a las que ya había, aportando las novedades que encontramos ahora respecto a lo anterior? La realidad es que no conocemos con exactitud la etapa intermedia que suponemos hubo entre un tiempo y otro. De momento podemos decir con cierta seguridad que el poblado de *El Chorríto*, en Valdesangil es uno de los que tienen la clave, junto con el de *La Teta*, en Gilbuena, aunque éste podría ser inmediatamente posterior. Muchas de las cerámicas decoradas, herramientas y armas de *El Chorríto* muestran gran similitud con las neolíticas, lo cual hace pensar que se trate de uno de los asentamientos puente entre un tiempo y otro, puesto que no se pasa de una etapa a otra con una renovación total del bagaje material. Aunque es precisa una investigación más intensa, manejando lo disponible, parece lo más acertado pensar que esta comarca no fue nunca deshabitada durante largos periodos.

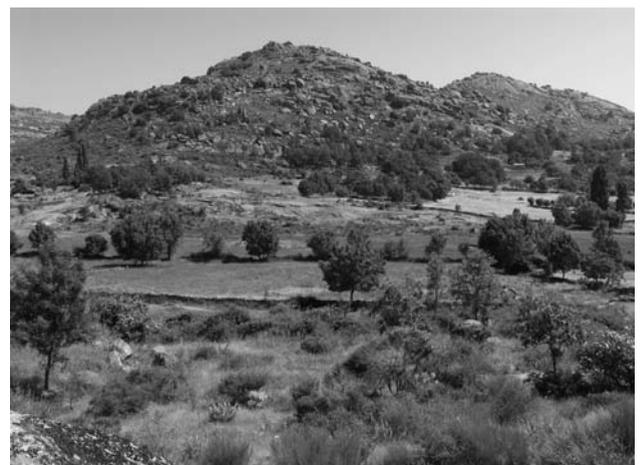


Fig. 23. El Chorríto (Valdesangil) desde el sur.

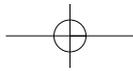


4.2.2. *Lo que el medio ofrecía*

¿Qué posibilidades ofrecía la comarca de Béjar ante la intensificación de la producción agraria basada en las formas económicas que se produjeron en la Edad del Cobre? En principio las mismas que para el Neolítico, ya que suponemos que no sucedió un cambio ambiental drástico que diferenciara las dos etapas. Sólo podría haber una diferencia posible: los pequeños hábitats neolíticos más antiguos, los que estaban en covachas, parecen enfocados, por el territorio que ocupan, hacia una explotación ganadera; los poblados calcolíticos, sin embargo, parecen tener un espectro de posibilidades algo más abiertas, como si al factor ganadero le hubieran añadido una mayor dedicación agrícola. Ya hemos dicho que ni dentro de lo que es el territorio de la comarca de Béjar, ni en las zonas aledañas a la parte montañosa, ni en ésta misma, hay grandes posibilidades para el desarrollo de la agricultura. Sólo zonas muy reducidas permiten cultivos que sean rentables dentro de una agricultura primitiva. Eso sería suficiente para las poblaciones prehistóricas, compuestas por pequeños grupos organizados en una estructura de tipo familiar y marcados por una economía de pura subsistencia.

Por otro lado, dentro de las posibilidades inauguradas por la Edad del Cobre, como es la metalurgia, poco debió ofrecer esta comarca a juzgar por lo que hoy vemos y sabemos. Con toda probabilidad las gentes calcolíticas debieron importar el cobre de las cercanías, tal vez de las inmediaciones de la ciudad de Ávila, donde se sabe fehacientemente que se explotaba. El cobre les llegaría ya en forma de productos manufacturados o en tortas de metal dispuestas para el fundido. Un pequeño horno hallado en el poblado de La Solana, al que luego aludiremos, parece que da buena cuenta de la práctica de la fundición en este poblado. En otros yacimientos de esta zona y también en territorios cercanos, han aparecido restos de fundición en forma de gotas de cobre y crisoles donde el metal era fundido antes de verterlo en el molde. Esta frecuencia de manifestaciones implica que era de dominio general la práctica de la metalurgia, destinada en parte al consumo interno y quizá también a los intercambios, puesto que en un principio los objetos de cobre debieron ser más elementos simbólicos que funcionales. Hay que tener en cuenta que el cobre funde a 1.083° y que tal temperatura no se alcanza con un simple fuego. Quiere decirse que las gentes calcolíticas de los lugares que estamos tratando manejaban conocimientos considerables para algo nada fácil como era la metalurgia del cobre.

Con fases más o menos frescas, prácticamente como en la actualidad, el clima no supuso una gran variación en este tiempo respecto al de hoy. Pudo tratarse de un clima tipo mediterráneo continental y subhúmedo, por lo menos en la zona más cercana a la Sierra de Béjar, es decir en el entorno inmediato de Béjar. Ello condicionó el paisaje, como es lógico. Nos lo han ratificado los estudios polínicos realizados a partir de muestras procedentes de los yacimientos de La Solana (Navalmoral de Béjar), El Chorrillo (Valdesangil) y La Teta (Gilbuena). El hecho de que el polen se mantenga entre la tierra sin



desaparecer durante miles de años, nos ha permitido estudiar el paisaje y acercarnos al clima. El ambiente general no difería en mucho del actual. En los tres casos estudiados hay masas de bosque cercanas a los lugares de habitación y extensas zonas deforestadas como consecuencia de la presencia humana. Naturalmente, el hombre para llevar a cabo sus actividades agrarias precisaba talar el bosque en su entorno económico más directo y luego mantener que no se regenerara. La forma de intervenir serían los incendios más o menos controlados, ya que si no era así les iba en su negligencia el peligro que quedarse sin uno de los recursos esenciales, como era la leña para el fuego. Un dato interesante es que vemos en esos ambientes de hace 5.000 años algunas especies que ya no existen en nuestra comarca, como el acebuche. Había encinas en la zona de Valdesangil y Fuentebuena y los pinos poblaban las alturas. Por lo demás los robledales parece que predominaban en parte del paisaje, con las habituales especies de ribera en los cauces fluviales. En definitiva, no había muchas diferencias, al menos cualitativas, con respecto a lo que tenemos hoy.

4.2.3. *Los sitios elegidos para vivir y sus circunstancias*

Como hemos dicho anteriormente, los poblados durante el Calcolítico son al aire libre, siempre buscando lugares abrigados, a ser posible de espaldas a los rigores que entran por el norte en las tierras de la Meseta. En principio este hecho no significa otra cosa que la aplicación del sentido común, pero también tiene que ver con la precariedad de las cabañas que habitaban y de las que hemos tenido información a través de lo excavado en los poblados de La Solana y La Teta. El poblado de El Chorrillo está orientado hacia al sur, el de La Solana, como su propio nombre indica, lo está también hacia la zona más soleada, en la base del cerro de La Corvera. Siempre dando la espalda al norte. Otro tanto sucede con el de La Teta o La Mariselva, éste en El Tejado. Hay, por otra parte, casos donde no se da esto mismo, como en El Risco (Santibáñez de Béjar) un cerro granítico, bien visible en las cercanías del cauce del río Tormes, con total preeminencia sobre los alrededores. No es fácil saber el significado de la elección de este sitio. Puede que tuviera un carácter defensivo puntual o que se buscara con su ocupación algún tipo de criterio jerárquico de los que se dan en las sociedades primitivas, el caso es que su preeminencia y exposición visual destaca sobre la sencillez de El Chorrillo o La Solana.

A excepción de El Risco y de algún otro en las proximidades, pero ya fuera de lo que hemos fijado como límites de este trabajo, el emplazamiento de los restantes casos citados no parecen obedecer a un interés defensivo, sólo la protección ambiental sumada a las condiciones favorables de explotación económica del entorno, parecen ser la causa de la elección. Se trata casi siempre de las bajas laderas de lomas escarpadas, cadenas de sierra baja o cerros graníticos, lugares salpicados de rocas de todos los tamaños, a menudo de difícil tránsito interior, denotando un carácter agreste y primitivo que probablemente sirva como primera definición de la vida y el carácter de

aquellas gentes. Incluso en algunos casos, como La Mariselva, resulta complicado averiguar los puntos en los que pudieron situarse las cabañas, porque apenas hay espacios para ellas entre el impresionante roquedal. El hecho de la variedad en el hábitat que vemos para algunos casos, probablemente tenga su explicación en el propio desarrollo de la Edad del Cobre en la zona y en el largo tiempo en que tiene lugar. Es decir en casi 1.000 años que dura esta etapa necesariamente tuvieron que darse distintas coyunturas sociales y en ellas el hábitat tuvo que variar en función de las circunstancias y los acontecimientos, de tal forma que determinados lugares pudieron ser habitados y deshabitados poco tiempo después y rehabitados de nuevo varias décadas más tarde, sin que ello haya dejado demasiados reflejos perceptibles para los arqueólogos. Evidentemente tuvo que haber conflictos entre grupos, tuvieron que darse llegadas de gentes nuevas y la previsible presión sobre ellas de la población autóctona, reacia a compartir el territorio. Todo ello y otras muchas circunstancias posibles, pudo motivar que determinados grupos tuvieran que buscar la protección de la altura al menos hasta que se calmara la situación, siendo esa la causa de la existencia de tales poblados ubicados en lugares altos, como el de El Risco y otros en el cercano del valle del río Corneja, en la zona de Piedrahita. Pero también puede tener causas del todo diferentes, relacionadas, como se ha señalado anteriormente, con la propia idiosincrasia de las poblaciones primitivas, inmersas en un mundo y en una mentalidad particular que no es fácil desentrañar desde el nuestro.

En ninguno de los yacimientos citados hay indicios de construcciones defensivas como murallas o fortines de los que se conocen en algunas zonas de la Península Ibérica, por ejemplo el sur-este o la zona de la desembocadura del Tajo, en Portugal. Seguramente la situación de complejidad social que se dio en aquellas zonas no fue la misma que para la comarca de Béjar y para toda la Meseta, de ahí que no hicieran falta tales construcciones. Salvo en coyunturas muy concretas, los hábitats de la Edad del Cobre en esta zona parecen mostrar un ambiente de cierta tranquilidad, de lo contrario se hubieran elegido lugares más apropiados para canalizar la defensa y, sobre todo, se les hubiera dotado de defensas artificiales complementarias que no se ven por ninguna parte. El número reducido de habitantes de cada asentamiento y la escasa competencia que parece haber por los recursos, tuvo que ser la causa de la elección de los emplazamientos. Apoya esta hipótesis el hecho constatado de que no haya un gran número de asentamientos que manifiesten una posible competencia entre ellos. Los que conocemos están bien separados los unos de los otros, cosa que no hubiera dado lugar a conflictos en el caso de ser todos contemporáneos. Por otro lado lo más probable es que las poblaciones de un territorio reducido tuvieran una relación de buena vecindad para garantizar con su unión la fuerza con la que oponerse a los problemas, fueran estos del tipo que fueran. Esa agrupación de tipo tribal del conjunto de gentes de una zona, manifiesta un tipo de sociedad que es la que se daba en estas poblaciones: multitud de segmentos unidos entre ellos por determinados vínculos comunes.



Fig. 24. La Solana (Navalmoral de Béjar) desde el este.



Fig. 25. El Risco (Santibáñez de Béjar).

Evidentemente en la elección de estos hábitats tuvo una importancia básica el componente económico. Los recursos de la zona en la que se asentaron fueron un factor primordial para elegir el mejor sitio. Ya se ha señalado el carácter potencialmente ganadero del territorio. Con todo ello debe mencionarse también el hecho de que la comarca de Béjar tenga el sitio que tiene en la comunicación entre Extremadura y la Meseta. Sin duda la que luego sería conocida como Vía de la Plata, el camino oficial entre las ciudades romanas de Emérita y Astúrica Augusta, ya funcionaba en esta época como ruta de comunicación. Algunos objetos y materias primas hallados en yacimientos de un lado y de otro de la barrera montañosa, plantean la posibilidad de relaciones de algún tipo. Por ejemplo el sílex con el que fabricaban las herramientas en los asentamientos de El Chorrillo o La Teta, parece similar al que se encuentra en la alta Extremadura. Dado que parece no existir sílex en esta comarca, evidentemente debía llegar hasta aquí desde algún sitio a través de cierto tipo de intercambios entre poblaciones. Pero si nos fijamos en el conjunto de la cultura material de los poblados de un lado y de otro que separa la montaña, y si nos fijamos también en algunos de los elementos que parecen definir a cada sitio, observamos que no existen en realidad muchas semejanzas. Las investigaciones han demostrado que dos de los elementos más significativos de las culturas extremeñas, como son las puntas de flecha con la base cóncava y unas cazuelitas de barro con carena, es decir con un cambio de dirección en el desarrollo del cuerpo del recipiente, no se dan aquí o son muy raras. Quizá datos como estos dos, que no son aislados en el conjunto de las características entre ambos lados, estén significando que los contactos e intercambios podían producirse en lo que interesaba exclusivamente, pero que no hubo un traslado de población entre unos lugares y otros.

Parece que eran poblados en los que no vivía mucha gente. Es cierto que no se ha excavado lo suficiente en ninguno de ellos como para saberlo a ciencia cierta, pero los indicios con entidad así parecen apuntarlo. Por la extensión en la que aparecen los restos, por el espacio disponible y apto para ubicar cabañas y por la organización del espacio allí donde se construían esas cabañas –constatado por ejemplo en las excavaciones de La Solana– da la sensación de que la población que podía ocuparlos podía estar en torno a las 15-20 personas como mucho. En La Teta, Gilbuena, los restos están distribuidos por un área mayor, pero desconocemos si ese espacio fue ocupado todo simultáneamente o es la consecuencia de mucho tiempo de habitación en el mismo sitio. Si los asentamientos calcolíticos de la comarca de Béjar no son diferentes en lo básico a los de la Meseta Norte y en concreto a los bien estudiados de la zona en torno a Ávila, cosa que es muy probable, los nuestros no debieron sobrepasar en mucho 1'5 hectáreas de superficie. En ese espacio parece que no se apiñaban las cabañas unas al lado de las otras. Eran pocas y tenían en torno a ellas un espacio de influencia, probablemente acotado, en el que se compartía espacio con determinados animales y en el que estaba a mano lo inmediato. Lo hemos estudiado en La Solana. Así las cosas cada poblado era un pequeño grupo de cabañas,



Fig. 26. La Teta (Gilbuena) desde el nor-oeste.



Fig. 27. El valle de Sangusín.

dispersas y distanciadas entre sí ocupando entre todas un espacio breve. O quizá más que poblados debamos hablar de granjas por el hecho de que lo poblaran unidades familiares.

4.2.4. *La vida en las aldeas calcolíticas*

Los numerosos datos de todo tipo procedentes de las excavaciones en La Solana y La Teta, además de los aportados por los restantes yacimientos que no han sido excavados, pero de los que se conocen muchos detalles por hallazgos antiguos y modernos, permiten una aproximación al desarrollo de la vida aquí durante el III milenio antes de nuestra era.

No hemos encontrado hasta la fecha resto humano alguno que nos permita saber algo de la tipología física de aquellas gentes, es decir de su aspecto. Por una parte, la rareza de encontrar enterramientos de este momento (solamente uno, en La Solana) es ya una dificultad y, por otra, aunque los hubiéramos encontrado, la acidez del terreno habría hecho desaparecer los huesos, privándonos de ese dato tan importante. Así se ha visto en el enterramiento de La Solana, en el que no quedaba nada del cadáver o cadáveres enterrados en una cista o caja hecha a base de lajas de piedra alineadas, como más tarde explicaremos cuando se aborde el aspecto funerario. Si adoptamos –con buen criterio porque no habría apenas diferencias– los datos antropológicos aportados por un cierto número de enterramientos bien conservados en zonas relativamente próximas, como el valle abulense de Amblés, el que se extiende desde Villatoro hasta la ciudad de Ávila, o la información procedente de excavaciones en otros de la zona de Madrigal de las Altas Torres, también en Ávila, a poco más de una centena de kilómetros de esta comarca, podremos suponer que los habitantes de los poblados en la comarca de Béjar en esta época que tratamos, fueron gentes cuyo aspecto físico era similar al nuestro. Únicamente su estatura era sustancialmente inferior, existiendo diferencias claras entre las mujeres y los hombres a favor de estos últimos. La estatura de los hombres oscilaba en torno a los 160-165 cm y la de las mujeres solía tener una media de 147-152 cm. Si hay que hacer caso de lo manifestado por las dimensiones en la cista funeraria hallada en La Solana, suponiendo que la persona allí enterrada lo fuera en posición de decúbito supino, por el largo de la fosa la estatura no sobrepasaba los 1'60 m. Por tanto, salvo sorpresas nada previsibles, serían de baja estatura. La esperanza de vida era corta, si recurrimos de nuevo a los datos de los enterramientos abulenses. Aproximadamente sólo uno de cada 10 individuos llegaba a la edad de 40-60 años. La mortalidad infantil era muy alta, como parece lógico, sobre todo en lo que tenía que ver con los niños de menos de 2 años, lógicamente los más expuestos a determinadas enfermedades de difícil curación. La dureza de la vida, la exposición a enfermedades de todo tipo, unidas a otras muchas circunstancias, debían crear un ambiente precario de esperanza de vida, lo cual por falta de individuos era un obstáculo para el crecimiento económico.

Hemos de suponer que por cada poblado que conocemos pasaron varias generaciones. Por la potencia del nivel de ocupación, es



decir, de la cantidad de tierra y desechos que fue aportándose al suelo original producto de la ocupación del sitio, al menos en La Teta y en El Chorrillo se pudo vivir, con los índices de esperanza de vida señalados, entre 150 y 300 años como mínimo, lo que equivale a unas 5 a 13 generaciones. No sabemos si fue continuado o espaciado, pero pudo estar en torno a esos años.

Vivían en cabañas pequeñas de forma circular o ligeramente ovaladas, con un diámetro en torno a 6 m. Seguramente estas cabañas eran lugares con uso muy limitado, para el descanso sobre todo. Además de estas cabañas principales tenían otras pequeñas construcciones para determinados trabajos y como establos para el ganado, habilitadas en abrigos rocosos. Si bien la forma de las cabañas principales en todos los poblados donde ha sido posible estudiarlas parece similar, dentro y fuera de esta comarca la forma de construirlas podía variar. Por ejemplo, en La Solana las cabañas eran de una cierta endeblez, como denotando provisionalidad. Por lo hallado en la excavación de una de ellas, se trataba de una construcción en forma circular, de 6-7 m de diámetro, compuesta por una estructura general sustentada por unos cuantos troncos, separados unos de otros y clavados en el suelo formando en conjunto un círculo. Algunos de estos iban enterrados en parte y sujetos al suelo por calzos de piedra para garantizar su estabilidad. Los espacios irían cubiertos por una sucesión de otros troncos que no iban enterrados y que quedaban unos al lado de los otros, posiblemente atados y cubiertos con elementos vegetales, pieles secas... etc. La escasa presencia de fragmentos de barro con las improntas de estos troncos en las excavaciones de La Solana puede estar indicando que toda la estructura levantada no fue recubierta posteriormente de barro para aislarla de los rigores climáticos que pudieran venir del exterior, cómo se ha constatado en otros poblados contemporáneos de esta zona y del entorno. Previsiblemente toda la estructura de madera sería recubierta por retamas o, como en algunas tribus africanas, por estiércol de vaca mezclado con arcilla. El suelo, podría haber sido todo o en parte de barro apisonado. De ello sólo se han encontrado retazos que no permiten conclusiones generales. Hacia el centro de la cabaña estaba el hogar, el sitio en el que se hacía el fuego. De los restos de tres cabañas estudiadas en La Solana, sólo en una, en la que apareció completa, se constató un hogar central construido con barro cocido. Era de forma ligeramente oval y con un reborde peraltado a modo de anillo para que no se esparcieran las brasas interiores. Curiosamente dentro de este hogar y también en sus inmediaciones, aparecieron muchas bellotas carbonizadas que habrían estado siendo tostadas (¿para eliminar el amargor del tanino, si eran de roble?) en el momento inmediatamente anterior al abandono. Dentro de la cabaña había un silo excavado en el suelo con la vasija completa de tamaño considerable en su interior. Tal vez servía para contener cereal o quizá agua. El día del abandono la vaciaron de su contenido y la dejaron con la boca hacia abajo, como esperando volver y así resguardarla. Pero ya no volvieron nunca más por alguna razón imposible de conocer.

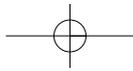
No puede saberse con exactitud pero algunos indicios estudiados en La Solana hacen pensar que fuera un lugar recurrente al que



Fig. 28. Investigaciones arqueológicas en La Solana (Navalmoral de Béjar) en 1990.



Fig. 29. La Solana. Restos de una cabaña con el hogar de barro en el centro.



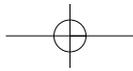
acudía en determinado momento y por algo muy concreto. No sería raro por esto considerar que las tres cabañas conocidas no fueran del mismo momento, sino sucesivas y de ahí que la tumba encontrada allí fuera situada precisamente en el ámbito de uno de los lugares habitados con anterioridad.

En El Chorrito, La Teta y La Mariselta no ha sido documentada con claridad ninguna cabaña a la que se le pudiera seguir toda su traza, como en el caso de La Solana. En La Teta las excavaciones han permitido estudiar restos de construcciones que podrían haber correspondido a cabañas, pero nunca casos completos. La erosión, por una parte, unida a la actividad agrícola hasta hace pocas décadas en el lugar que realizamos las excavaciones y quizá fundamentalmente también el carácter endeble de las propias cabañas que quedaban muy alteradas al poco de su abandono, ha hecho desaparecer buena parte de los restos que permitirían documentarlas en toda su extensión, quedando solamente indicios que no siempre permiten la reconstrucción total. Para verificar los indicios hallados en La Teta, hubiera sido preciso excavar mucho más de lo que se excavó y estudiar con ello en extenso lo que apareció en las excavaciones. Tres campañas de investigación realizadas entre 1985 y 1988 sirvieron, fundamentalmente, para conocer sus trazas culturales más generales y con ello sus semejanzas con el entorno. Con esos posibles restos de cabañas mencionados se hallaron también las fosas u hoyos que excavaban en el suelo virgen para guardar entre otras cosas el cereal. Se estudiaron restos de pavimentos que debían corresponder a suelos de cabañas, zonas cuidadosamente empedradas con lajitas de piedra que podrían ser estancias de chozas o lugares en los que desempeñaban determinadas funciones y, con todo ello, un gran número de artefactos que componían el bagaje de aquellas gentes en la vida diaria.

En el entorno de las cabañas habría también otras construcciones que servirían de complemento. Nuevamente el poblado de La Solana ilustra de ello. Dejando al margen algunas construcciones difíciles de interpretar, otras parecen más evidentes. Por ejemplo un pequeño horno excavado en un hueco de la roca recubierto con barro. Un estudio hecho sobre el barro para determinar con lo qué estuvo en contacto ha determinado que se trataba de un horno para fundir cobre. Tan solo un pequeño hueco excavado en la roca y forrado de barro en el que conservar mejor el calor buscando alcanzar los 1.083° necesarios para la fundición. En él se introducirían las brasas, soplándose con algún tipo de fuelle de forma que el metal contenido en un crisol se hiciera líquido antes de pasar al molde definitivo. Este hallazgo evidencia también la producción local de objetos de cobre en nuestra zona, al menos de los objetos básicos que eran las herramientas de trabajo. Otro tipo de objetos metálicos de mejor calidad y de más complicada elaboración, destinados a marcar la distinción y el prestigio, con carácter simbólico o de adorno, de cobre o de oro, venían por cauces de intercambio, más que a través de producciones locales como las que denota el horno de La Solana.

Todos los poblados calcolíticos de la Edad del Cobre que se conocen en la comarca, al menos de los que se pueden manejar un buen número de datos, han aportado algún objeto de cobre que quedó



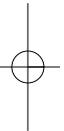
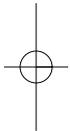


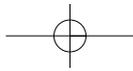
abandonado por desuso o por extravío. Es el caso de La Solana, La Teta, El Chorrito y de La Mariselva. En todos ellos, como en otros muchos asentamientos calcolíticos de zonas cercanas, se trata de pequeños punzones de cobre o de *gotas* de metal procedentes del primer paso para la reducción del mineral hasta el metal. Conocemos, a través de los testimonios que han dejado, cual era el proceso para la fundición del cobre. Al no existir mineral en bruto en el territorio, imaginamos que lo obtendrían a través de intercambios o por comercio organizado con las zonas más próximas a los asentamientos donde sí hay mineral de cobre, que se encuentran a unos 100 km al este. El procedimiento era el siguiente: en una vasija de paredes algo más gruesas de lo normal colocaban el mineral de cobre molido y mezclado con carbones vegetales incandescentes. Todo ello lo exponían a una hoguera bien alimentada, de forma que alcanzara una temperatura de más de mil grados centígrados. A esa temperatura el cobre contenido en la vasija se fundía en pequeñas gotitas de metal que quedarían entre los carbones. Cuando se entendía terminado el proceso, eran recogidos de entre los restos de la vasija las pequeñas *gotas* de metal fundido. (En La Teta hemos encontrado esas gotas evidenciando que allí se dio el proceso). Se juntaban dentro de un crisol. Era acondicionado entonces un pequeño horno como el hallado en La Solana y se exponía a las brasas. El cobre líquido resultante se volcaba después sobre un molde con la forma de lo que se quería obtener. En otros casos puede que la labor se llevara a cabo por simple martillado de una pepita grande de las obtenidas en el primer paso. Cuatro muestras de La Solana, tres de La Teta y una de El Chorrito representan suficientemente todo este proceso. En La Solana los hallazgos metálicos fueron dos *gotas* procedentes de la primera fase del proceso, además de un trozo de pequeña chapita y un pequeño punzón con doble punta. En La Teta, dos punzones y un resto de fundición y en El Chorrito, un fragmento de chapita de cobre que no está claro si es un fragmento de alguna herramienta o se abandonó sin terminar su elaboración. La homogeneidad en todos los casos indica que se encontraban en el mismo estadio metalúrgico, estadio en el que, por las razones que fuera, aún no existía una masiva profusión de objetos de cobre, mucho menor que el muestrario disponible en piedra.

Fuera por las dificultades que entrañaba la búsqueda de mineral o por las derivadas de la fundición, cuyo proceso no debía ser en este momento muy perfeccionado, el caso es que el uso de la piedra parece primar todavía con diferencia sobre el metal, ya que se siguen fabricando asiduamente puntas de flecha, hachas, azuelas, azadas, perforadores... etc. sin que fueran sustituidas por formas metálicas hasta más adelante. Tal vez en este tiempo circularan de forma restringida a través de intercambios muy especiales entre poblados otros objetos de cobre, que por su importancia dentro del contexto social en que tenían lugar, no se extraviaban nunca, de ahí que no los encontremos con la facilidad que lo hacemos con punzones o leznas. El caso es que la metalurgia que conocemos de los poblados de la comarca se reduce a las pequeñas herramientas mencionadas, aunque lo más probable es que utilizaran también hachas y pequeños



Fig. 30. La Mariselva (El Tejado) desde el este.





puñales que en muchos casos no han quedado porque fueron reciclados para fabricar otras piezas, dada la escasez de mineral de cobre.

Al final de esta etapa, posiblemente cuando ya al menos los poblados de La Solana, La Teta y El Chorrillo habían sido abandonados, se produce una situación en la que los metales entran dentro de un contexto socio-económico muy importante y diferente. Entonces es cuando se fabricarán determinadas flechas y puñales que, unidas a determinadas piezas en oro, van a significar la presencia en la sociedad de ciertas élites que estarán manifestando su poder económico y social a base de la ostentación de determinados atributos propios de su condición.

Aunque no se han hallado objetos de oro, se sabe de su uso en este tiempo y del evidente cuidado que ponían en no perderlos. No es habitual encontrarlo dentro del bagaje de desperdicios que son los poblados cuando los excavamos. La dificultad mayor que entrañaba su obtención y sus singulares cualidades, hacían que fuera más codiciado y por tanto más difícil de extraviar. A lo sumo, a determinados personajes se les acompañaba en la tumba de algún diminuto objeto de oro, muestra en cierto modo de la importancia del individuo y su entorno, que con ello hacía una exhibición de lo que poseía y permitiéndose el lujo de desprenderse de ello. Pero esos personajes no abundaban, ni conocemos la mayor parte de sus enterramientos, por lo tanto nuestra información sobre el uso de tales objetos es escasa.

4.2.5. *Los artefactos para la vida diaria*

Desgraciadamente sólo podemos hablar de una parte de los artefactos que componían el bagaje de las gentes que vivieron en los poblados de la comarca de Béjar durante el III milenio a.C. Como en el caso de los huesos desechados correspondientes a la fauna consumida por los habitantes de los poblados y devorada por la alta acidez de los suelos de Gilbuena, Valdesangil y Naval Moral de Béjar-Fuentebuena, los artefactos de hueso que fabricaban y manejaban, además de los de madera y otros también de origen vegetal, como los de esparto, no se han conservado. En los lugares donde el suelo preserva este tipo de materiales, ha podido comprobarse que las cabañas de cada poblado constaban de un completo elenco de artefactos y recipientes, que junto con los cerámicos y los de piedra, servían como base para desarrollar las actividades cotidianas. Una vez más podemos recurrir a lo conocido en las inmediaciones de la ciudad de Ávila para este momento, donde el suelo, con menos acidez, ha conservado al menos los artefactos de hueso, no así los de madera y esparto. Recurriremos cuando sea necesario a esta zona abulense porque es conocida bastante bien y porque los poblados de este momento en la comarca de Béjar se encontraban en un estadio tecnológico similar, por tanto usaban las mismas herramientas. Con seguridad el utillaje en hueso de los poblados de La Solana, El Chorrillo y La Teta sería abundante, componiéndose de punzones de varios tipos, espátulas, buriles, cinceles, cuentas de collar, adornos y amuletos. Generalmente los punzones eran un instrumento abundante,





de distintos tipos y se fabricaban sobre los metápodos (huesos de la zona del pie) de las ovejas y cabras que habían consumido. Las espátulas se fabricaban sobre costillas o fragmentos de huesos largos de vaca o uro, este una especie de toro salvaje que frecuentaba los campos meseteños entonces y que hoy se encuentra desaparecido de nuestros campos desde hace algunos siglos.

La madera debió ser muy importante también, para la fabricación de útiles de trabajo, así como los contenedores de mimbre y esparto que se conocen con seguridad en las culturas prehistóricas desde al menos 3.000 años atrás. Sí han quedado, sin embargo, los que se tallaron en piedra y los modelados en barro y metal. Los restos cerámicos constituyen en cualquier poblado de este momento uno de los testimonios más importantes numéricamente hablando. Aparecen por miles los fragmentos, debido a la cantidad del tiempo de vida en los poblados y también a la fragilidad de los propios recipientes cerámicos, fabricados siempre a mano y en general aceptablemente cocidos después, pero frágiles. El estudio de las formas de las vasijas es fundamental para calcular algunas actividades y para establecer asociaciones entre zonas. Así, cuando encontramos o están ausentes determinadas formas cerámicas podemos suponer que existían o no relaciones entre territorios. La comparación de las cerámicas en todos sus aspectos de nuestra comarca con las de la zona en torno a Ávila que hemos utilizado como referencia para determinados aspectos, muestra diferencias apreciables. Aunque en general se asemejan, el acabado, que supone en cierto modo la tecnología empleada, la presencia / ausencia de determinados tipos de formas y algunas decoraciones, indican diferencias cuyo valor es preciso esclarecer. Tampoco parece que hay mucha similitud entre nuestras cerámicas y las de los poblados coetáneos de la alta Extremadura. Ello puede estar indicando una cierta idiosincrasia cultural, lógica por otra parte, entre unas tierras y otras. El cuidado externo con el que se fabricaban generalmente los recipientes en el abulense Valle Amblés, conectado culturalmente a lo que sucedía en el Valle del Duero, no es el mismo que lo que se aprecia en La Solana, en El Chorrillo, en La Teta o en La Mariselva. En estos poblados la tecnología cerámica es más semejante a la que encontramos en los poblados vecinos de la zona del entorno de Guijuelo, donde las similitudes culturales, al menos en algunos aspectos, parecen asociarles. Esto en principio no tiene que ser indicativo de una distinción radical entre unos y otros, pero indudablemente evidencia algo que les diferenciaba. No podemos deducir estrictamente de ello que se tratara de otras gentes y por tanto, por ejemplo, de pueblos que hablaran lenguas distintas. Sin duda podría ser esta la causa aunque hay más posibilidades.

Las estructuras sociales en las que todas aquellas gentes estaban integradas eran de tipo tribal, es decir muchos poblados con todos sus habitantes se consideraban emparentados de alguna forma entre sí, invocando para ello a antepasados comunes, de forma que se sentían unidos y de alguna manera hermanos. Ello les llevaba a relacionarse con frecuencia entre ellos, a construir monumentos comunes, a frecuentar determinados espacios y a intercambiarse continuamente

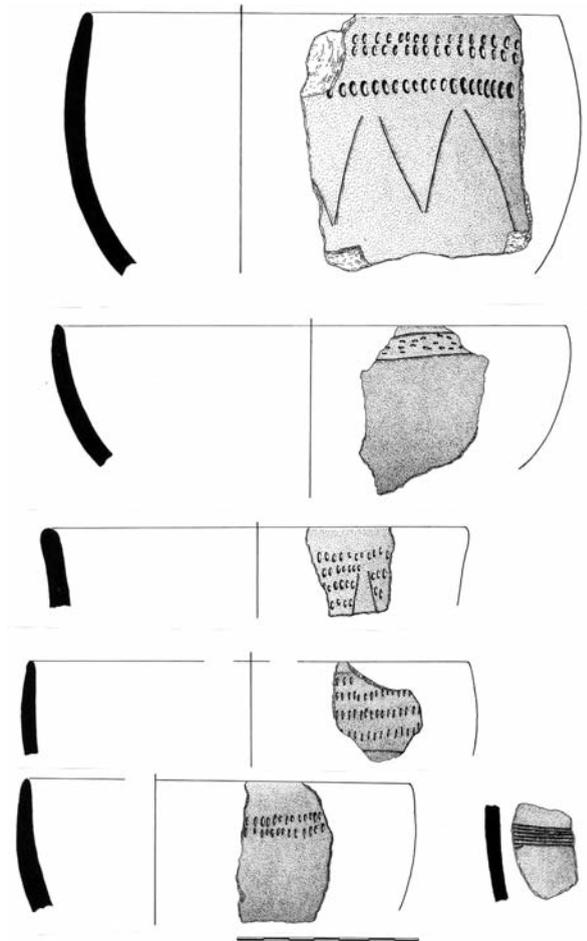


Fig. 31. Cerámicas decoradas de El Chorrillo (Valdesangil).

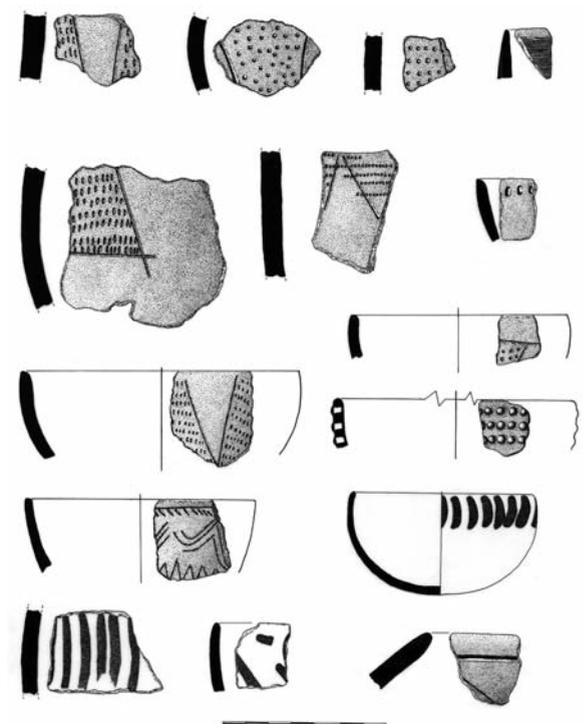


Fig. 32. Cerámicas decoradas de El Chorrillo.



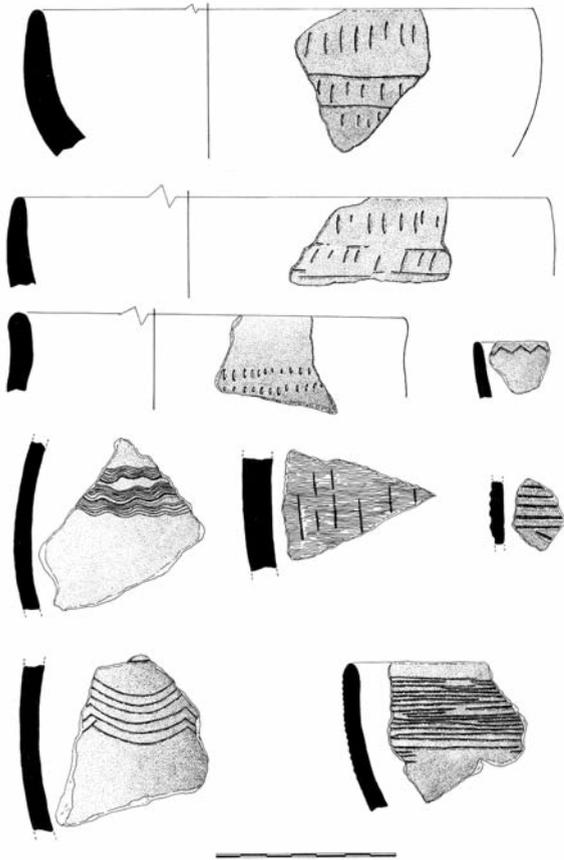


Fig. 33. Cerámicas decoradas de El Chorrito.

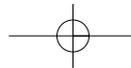


Fig. 34. Pequeña hacha votiva con surco para el empuje (El Chorrito).

mujeres y también objetos especiales como señal de amistad. Puede que inmersos en ese sistema, los habitantes de nuestra comarca no tuvieran una relación intensa con sus vecinos del Valle Amblés, si tenemos en cuenta las diferencias señaladas. Y por tanto puede que sus afinidades o contactos fueran más intensos con las gentes de los poblados del valle del Tormes a la altura de la zona de Guijuelo, con los que muchos detalles son enteramente semejantes. Este aspecto tiene que constituir una interesante investigación para el futuro.

La vajilla cerámica de los poblados de la Edad del Cobre de nuestra comarca presenta esencialmente formas sencillas basadas en tipos esféricos y semiesféricos. Evidentemente las formas estaban en relación con el cometido que desempeñaban. Los más comunes y abundantes son los recipientes llamados cuencos semiesféricos y las ollas esféricas (figura 40).

Muy importante es el estudio de las decoraciones cerámicas, siempre indicativas de los estadios culturales a los que corresponden y de las particularidades de cada zona. En La Solana la cerámica es muy tosca en relación a la de El Chorrito, La Teta o La Mariselva. No hay allí mucha preocupación por el acabado del vaso, ni las cocciones son tampoco de lo mejor; las decoraciones son también muy toscas, nunca tienen la delicadeza que muestran en general las de La Teta o El Chorrito, a veces con motivos cuya elaboración debía llevar muchos cuidados. En el poblado de La Teta y también en El Chorrito, encontramos las decoraciones más cuidadas: en unos casos simplemente se hace pasar por la superficie del barro todavía fresco el punzón dejando sus marcas, ya sea en forma de punzadas alternas o de líneas incisas; en otros casos se diseñan triángulos invertidos rellenos de puntos que algunos investigadores han querido ver como símbolos femeninos. Muy abundante fue en La Teta y El Chorrito la decoración denominada de *pastillas repujadas en relieve* que consiste en introducir pequeños trozos de palos dentro de la pasta, de forma que sobresalgan un poco en la superficie; este saliente se recubría después con barro, quedando finalmente una sucesión de una o varias líneas de pequeños y cuidados abultamientos, cuyo efecto decorativo es muy singular. En otras ocasiones se arrastra por la superficie del vaso, todavía húmeda, una especie de peine provocando ondulaciones. Lo curioso y lo importante es que determinados motivos decorativos se dan en este tiempo en puntos muy alejados entre sí, denotando no solamente que existió una relación fluida entre los territorios, sino también que esos motivos o símbolos tenían un significado concreto aceptado y válido para los habitantes de zonas muy amplias. Una especie de escritura de símbolos que todos comprendían. Decoraciones iguales a las de estos poblados aparecen, por ejemplo, en poblados portugueses de las comarcas de Tras-os-Montes o de las Beiras o en puntos tan alejados como la actual provincia de Almería o en la de Sevilla, por poner sólo algunos ejemplos. Son las decoraciones cerámicas, pues, una forma muy útil de entender que por más que estemos en un tiempo todavía remoto, había una intensa relación entre las gentes incluso a mucha distancia. El hecho de que sólo una ínfima parte de los recipientes cerámicos estuvieran decorados, indica la especialidad y distinción de estos con



respecto a lo que sería la vajilla de uso común. Decorar la cerámica no era una mera intención estética, sin duda era algo simbólico, a lo que además, según la destreza del ceramista podía concedérsele mayor o menor arte. El simbolismo de muchas o de todas las decoraciones sin duda está hablando de que esos vasos estuvieron dedicados a determinada actividad difícil de averiguar, pero relacionada con actos que no eran los de todos los días.

La decoración pintada fue utilizada con cierta frecuencia, sobre todo en La Teta, también en El Chorrito y en menor medida en La Solana. Se trataba de aplicar pintura negra sobre la superficie de determinados vasos generalmente después de cocido el recipiente. Líneas horizontales, a veces líneas que se entrecruzan, conjuntos de segmentos de círculo formando columnas... etc. Motivos que no son nunca figurativos y cuyo significado real es difícil de descifrar. Los análisis de determinación de componentes realizados sobre la pintura utilizada en las cerámicas de La Teta y El Chorrito, indican que usaban fundamentalmente el carbón machacado junto con resina posiblemente de pino y agua. Además de todas estas decoraciones, en El Chorrito y en La Teta, sobre todo en éste último, se da otro tipo de decoración que consistía en pintar todo el vaso de color rojizo, algo que hacían reduciendo a polvo trozos de pizarra roja o de óxido de hierro (ocre). Este tipo de decoración fue muy propia de la etapa precedente, del Neolítico y debe considerarse en los poblados de Valdesangil y Gilbuena como un residuo del pasado y posiblemente como una prueba del contacto con la vecina Extremadura donde esto se da también al menos en los primeros tiempos del Calcolítico.

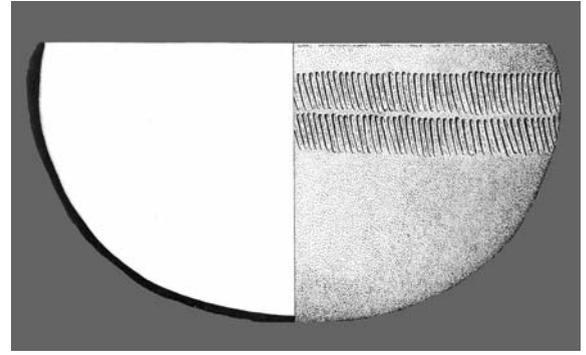


Fig. 35. Cerámica decorada de La Teta (Gilbuena).

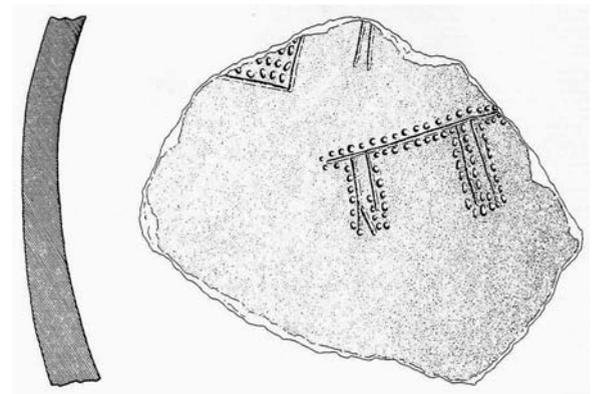


Fig. 36. Cerámica decorada representando un cuadrúpedo esquematizado. La Marisvela (El Tejado).

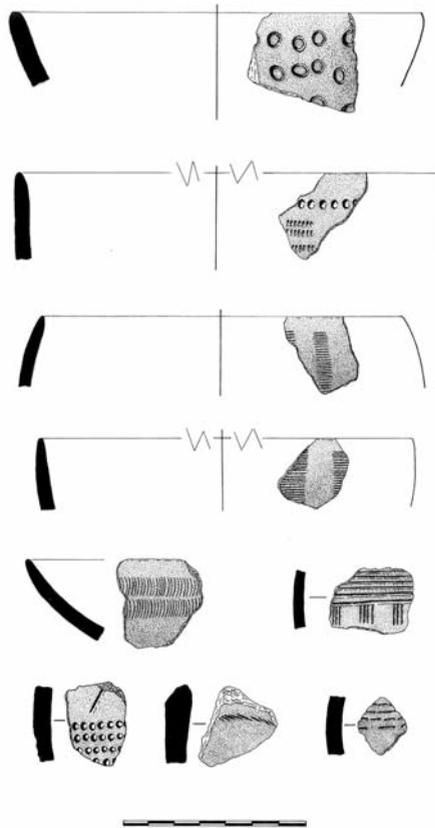


Fig. 37. Cerámicas decoradas de El Chorrito (Valdesangil).

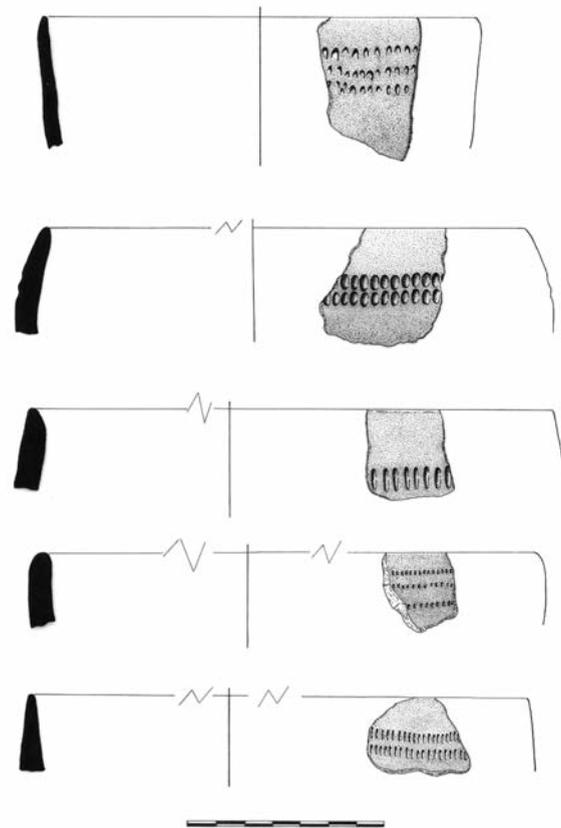
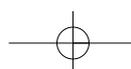
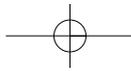


Fig. 38. Cerámicas decoradas de El Chorrito.





Otros objetos fabricados en arcilla fueron cucharas, cucharones y las pesas de los telares, que eran piezas rectangulares con una o dos perforaciones en los extremos o curvadas en segmento de círculo (*crecientes de barro*). El hallazgo frecuente de pesas de telar de barro en todos los poblados mencionados, pone de manifiesto la utilización de una industria textil artesanal para confección de tejido usando el esparto fundamentalmente y basada en el uso de primitivos telares verticales o telar-lizo y también telares horizontales de madera en los que estas placas de barro servían bien para mantener tensa la urdimbre con su peso o bien como separadores de los hilos de la urdimbre.

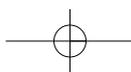
Aunque durante esta época empezaba a ser conocido el cobre y se fabricaron ya los primeros objetos en este metal, fue la piedra la que se utilizó fundamentalmente para la fabricación de determinados artefactos. Las rocas empleadas fueron diversas. Unas eran de procedencia local y otras foránea. La roca más utilizada para la fabricación de muchas pequeñas herramientas como flechas, hojas-cuchillo para cortar, hoces... etc. fue el sílex. No existe, que se sepa, este material en nuestra comarca. Los lugares más cercanos conocidos donde lo hay son Extremadura, el Valle Amblés (desde Villatoro a la ciudad de Ávila) y en la provincia de Valladolid. El aspecto del sílex que se encuentra en El Chorrillo, La Mariselta y La Teta se parece mucho al que se encuentra en la zona cacereña de Navalmoral de la Mata y bastante menos al abulense y al vallisoletano. Este parece un detalle valioso si además constatamos las diferencias claras de la cultura material de la zona sur salmantina y la vallisoletano-abulense. Quizá se producían contactos con Extremadura a través de los pasos naturales de Montemayor-Puerto de Béjar-valle del río Cuerpo de Hombre. Puede ser que los contactos se limitaran a intercambiar determinados objetos o materias en el marco de relación de buena vecindad, cosa que en las culturas primitivas suele darse. No puede descartarse que los antiguos extremeños ascendieran a estas tierras en época estival con sus ganados, en una forma de trashumancia arcaica. Algunos detalles en las cerámicas del poblado de La Teta o la tipología de alguno de los ídolos hallados en la excavación de M. Santonja en el dolmen de la Ermita, en el municipio salmantino de Galisancho, cerca de Alba de Tormes, podrían responder a estos contactos, bien como producto de intercambio o por la imitación de lo que habían visto los viajeros que llegaban a aquellas tierras en busca o portando el sílex. Lo que parece evidente es que el sílex era importado en bloques que luego eran desvastados en los poblados, fabricando los útiles necesarios, como por ejemplo las puntas de flecha. Además de los bloques de sílex debieron importarse también grandes láminas de sílex (hojas-cuchillo), ya que no aparecen en los poblados restos de los núcleos de los que se extraían o las vistosas cuentas de collar de color verde fabricadas en una roca denominada variscita, que han aparecido al menos en La Teta, aunque sabemos que su área de dispersión incluía toda la Meseta Norte. Ya hemos dicho anteriormente que el análisis de la composición química de estas cuentas ha permitido saber que proceden de la comarca zamorana de Aliste, donde se encuentra un importante filón de esta roca



Fig. 39. Valle de Becedillas con el yacimiento de La Teta al fondo a la derecha.



Fig. 40. Fragmentos de una olla decorada con triángulos rellenos de incisiones, probable símbolo femenino. La Teta (Gilbuena).





que abasteció ya desde época neolítica a un amplio territorio del Valle del Duero. No sabemos cual fue el simbolismo de estas piedras verdes, lo que sí está claro es que se trataba de un valor universalizado para todas las poblaciones de la Península Ibérica puesto que aparecen por doquier, procedan de la provincia de Zamora o de otro de los focos emisores, Gavá en Barcelona, que surtió a buena parte de su territorio próximo.

Las excavaciones en La Teta y lo que sabemos de El Chorrillo y La Mariselta, por ejemplo, han evidenciado que se tallaban buena parte de las herramientas y las armas en los poblados, quedando los desperdicios de la talla esparcidos por el suelo. Tallaban flechas de distintas formas, lascas cortantes que para su mejor manejo las acomodaban a los dedos o a un mango, raspadores previsiblemente para el trabajo de las pieles o delicados perforadores, como el de la figura 41 a base de adelgazar primero y apuntar finalmente una hojalcuchillo. Los ejemplares de estos perforadores hallados en El Chorrillo de Valdesangil, evidencian el cuidado con el que se llevaban a cabo. Probablemente no eran elementos funcionales, es decir no se fabricaban para trabajar con ellos, sino como elementos de prestigio, para los intercambios simbólicos entre aldeas, para actos determinados en el marco de los frecuentes regalos que se daban entre pueblos prehistóricos (sucede en la actualidad con las tribus todavía en estadios primitivos) en una relación de reciprocidad y buena vecindad que les hacía amigos y aliados y permitía a la vez un tipo de intercambio muy importante: el de mujeres a través de políticas matrimoniales, muy necesarias para garantizar el crecimiento poblacional. La presencia frecuente de este tipo de perforadores en tierras extremeñas y en nuestra comarca parece una prueba más de las relaciones entre unos y otros.

Las hachas, azuelas y azadas ligadas a los trabajos agrícolas parece que se fabricaban en materiales locales, sin necesidad de ir buscar la materia prima lejos. Lo que no sabemos es si eran fabricadas en cada poblado o existía algún tipo de comercio de este tipo de piezas, el caso es que la enorme proliferación de hachas en La Mariselta, en contraposición a la presencia más bien escasa en el resto de los poblados, podría implicar que allí se tallaban y pulían en mayores cantidades para intercambiarlas con los poblados cercanos.

En las excavaciones de todos estos poblados hemos encontrado también elementos de adorno. En Gilbuena aparecieron en forma de cuentas de collar de pizarra o de la ya mencionada variscita zamorana. Al menos las de pizarra eran fabricadas en el poblado tras importar la materia prima de las tierras aledañas, seguramente de la vecina zona de Guijuelo. El más elocuente en este aspecto es el poblado de La Solana. Allí el número de colgantes es relativamente alto y variada su tipología. Se fabricaban cuentas y colgantes en pizarra cuya tipología no se conoce para los restantes poblados de la comarca.

Además de todo lo dicho hasta aquí aparecen con gran frecuencia en los asentamientos molinos y molederas, junto con percutores (martillos) aprovechados sobre cantos rodados de río. La abundancia de molinos (pequeñas lanchas de piedra recortadas, con una hondonada para depositar el cereal) y molederas (un canto circular

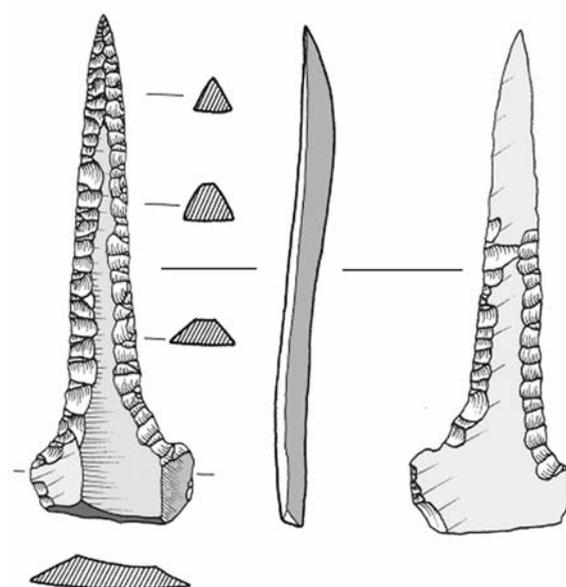


Fig. 41. Perforador de punta destacada. El Chorrillo (Valdesangil).

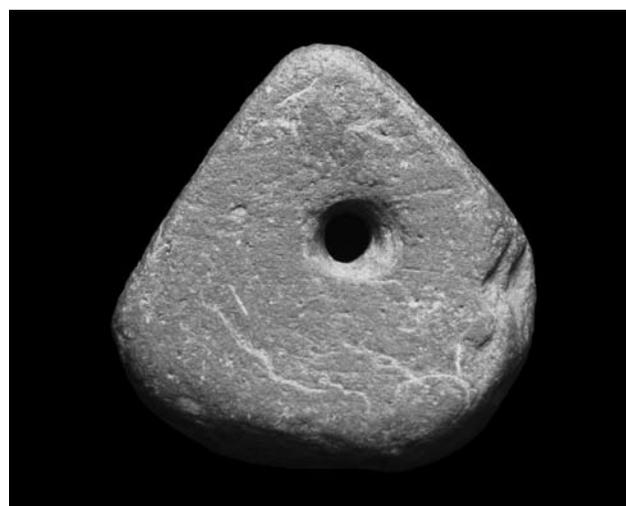


Fig. 42. Colgante de pizarra. El Chorrillo.

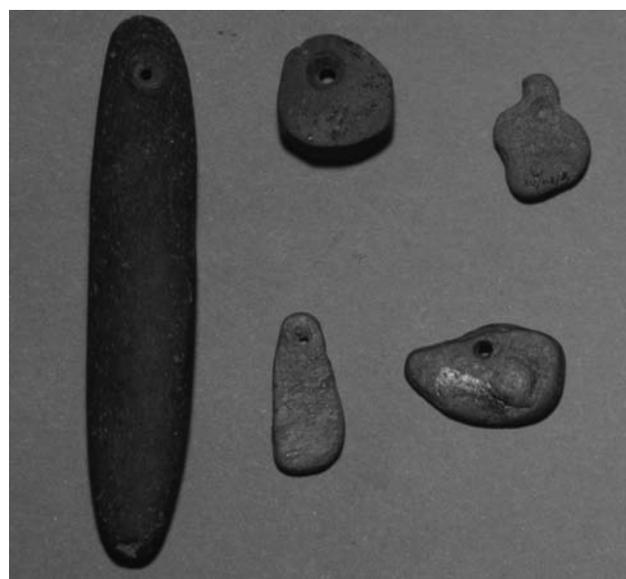


Fig. 43. Colgantes de pizarra de la Solana (Navalmoral de Béjar).



Fig. 44. Molino o mortero de la Solana (Navalmoral de Béjar).

adaptable a la mano para moler sobre el molino) evidencia el cultivo de gramíneas en las zonas próximas a los yacimientos, manifestando que aunque la base económica fuera pastoril, la agricultura suponía un complemento muy importante, constituyendo una economía mixta que se veía completada con la caza y con la recolección de frutos salvajes, como las bellotas. La presencia cercana de campos de cereal, ha sido certificada por los estudios del polen fósil. Sólo en el asentamiento de La Solana, entre Navalmoral y Fuentebuena, no pareció polen de cereal, pero sí abundante polen de leguminosas. Lo que no puede saberse por el momento es si eran leguminosas cultivadas o silvestres, ya presentes en la dieta de las poblaciones de la Edad del Cobre en otros lugares cercanos. Curiosamente las inmediaciones del pueblo de Fuentebuena es un lugar apto todavía para estos cultivos por la presencia frecuente de agua. No en vano a los habitantes de Fuentebuena se les conoce con el sobrenombre de *fregoneros*, corrupción lingüística de frejoleros.

4.2.6. La muerte

Son pocos los datos que tenemos sobre las costumbres funerarias para este momento en nuestra comarca, pero sí algunos indicios que permiten avanzar ciertas hipótesis. Sabemos que el uso de los dólmenes construidos al final del Neolítico en las inmediaciones de Guijuelo (Salvatierra, Aldeavieja...) o en la zona de el Puente del Congosto eran utilizados todavía como lugar de enterramiento, posiblemente solo para determinados individuos, mientras estaban habitados los poblados de la Edad del Cobre de la comarca de Béjar. Desconocemos lo que se hacía con la mayoría de los muertos. Sabemos que a veces se improvisaban enterramientos, que otras los cadáveres eran abandonados en pudrideros para luego ser enterrados en una especie de osarios colectivos, que otras veces servía la grieta de una roca para alojarlos allí y suponemos que también harían desaparecer los cadáveres quemándolos, arrojándolos a las aguas o de alguna otra forma. Es posible que dentro de una mentalidad general para el tratamiento de la muerte se dieran distintas formas de manipularla.

Como no sabemos aún el cometido y todas las posibilidades de utilización de los dólmenes en los casi 3.000 años en que fueron utilizados, no sabemos tampoco qué puede significar el hecho de que aparezcan tumbas de otro tipo al margen de aquellos monumentos. Lo cierto es que durante la Edad del Cobre se entierra a gente en los dólmenes, pero también fuera de ellos, algo que tal vez pueda interpretarse como una cuestión de prestigio social, es decir de la existencia de minorías con algún tipo de importancia mayor que la del resto. Y puede que hacerse enterrar en un monumento como un dolmen supusiera un prestigio mayor para el muerto y su familia que hacerlo en otro sitio. El prestigio, entonces como ahora, no sólo había que tenerlo sino también mostrarlo. Enterrarse en un lugar sagrado como era un dolmen, construido y venerado desde mucho tiempo antes, símbolo de la vinculación de las gentes y sus antepasados a un territorio, debía significar mucho.

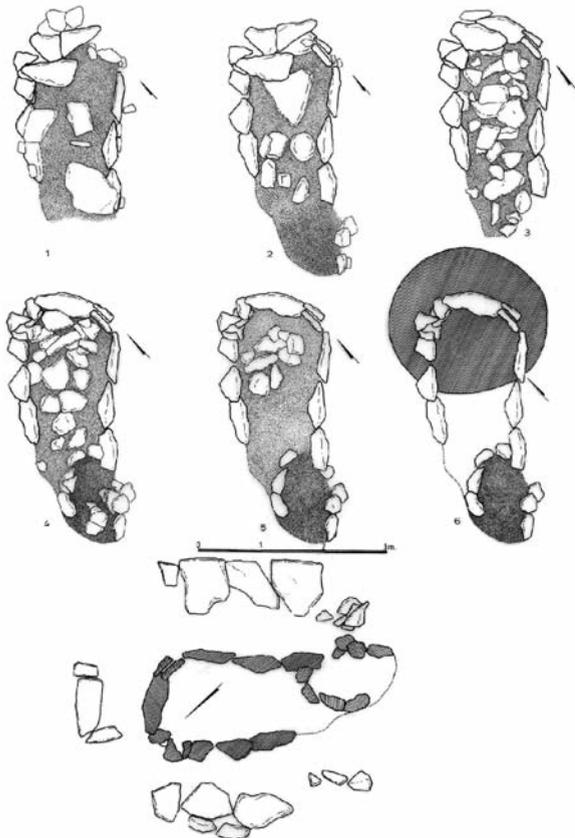


Fig. 45. Distintas plantas, sección y proyecciones de la cista funeraria de La Solana.



Seguramente uno de los habitantes del poblado de La Solana, en Navalморal de Béjar, no tenía la categoría necesaria para yacer eternamente en un gran monumento o puede que fueran otras las circunstancias como la del fallecimiento fuera del lugar habitual donde residían, pero sucedió que le enterraron dentro del mismo poblado, en una zona donde antes había habido cabañas. Allí le hicieron un enterramiento a base de lajas de granito hincadas y sobre todo ello construyeron un pequeño abultamiento de tierra para destacar en el suelo el sitio concreto donde estaba. La tierra desapareció con el tiempo, pero en el interior quedó la *cista* de piedras, que es como se llama en arqueología a este tipo de construcciones funerarias. En el interior colocaron el cadáver y sobre él, cuidadosamente, varias capas de pequeñas piedras hasta cubrirle. Por casualidad o intencionadamente, la cabecera de la tumba se hizo coincidir con un enorme y perfecto silo en forma de bolsa globular excavado en el duro granito, al que previamente le habían rellenado con tierra, seguramente como amortización. Este silo les habría servido para almacenar grano a la población de La Solana. Debió costar mucho excavarlo en el granito, quedando inutilizado por la construcción de la tumba. Es difícil saber con exactitud cual fue la razón de este gesto, tal vez signifique el final de la ocupación del sitio, cuando ya no importaba inutilizar obras como ésta porque no se pensaba volver. A aquel difunto parece que no le adjuntaron otro ajuar que unas lascas de sílex en la zona de los pies que ni siquiera sabemos si iban con la tierra o eran una forma de ajuar. No es descartable que hubiera elementos perecederos acompañando al cadáver que hayan desaparecido con la acidez de la tierra, como desapareció también por la misma razón el propio cadáver. Desconocemos quien pudo ser el enterrado allí, ni cual era la circunstancia que les llevó a construir la tumba en el mismo asentamiento. Lo que parece evidente es que un único enterramiento no cuadra con todas las muertes que se producían en los poblados, sabiendo como sabemos que la mortalidad era alta y las esperanzas de vida se quedaban en la treintena de años. Tal vez fue uno de los últimos fallecidos antes de la partida y con su enterramiento allí se le quería dejar ligado al lugar, que fue su lugar durante toda la vida; también es probable que tuviera algún cierto rango entre su gente y se le quisiera tener más cerca, el caso es que le enterraron sólo a él y allí quedó hasta que lo encontramos en las excavaciones de 1986, para que constituyera uno de los testimonios más interesantes e ilustrativos de las costumbres funerarias de nuestros antepasados hace nada menos que 4.700 años.

En La Solana, en La Teta, en El Chorrillo o en La Mariserva debieron morir cientos de individuos a lo largo de toda su historia, pero no sabemos qué fue de ellos después. Estarán hacinados en cualquier pequeño abrigo a una cierta distancia de los poblados o se les haría desaparecer de otra manera considerando que los huesos eran solo un mero contenedor, una carcasa circunstancial del espíritu, huido del cuerpo al producirse la muerte. Algunos se salían de esa norma, sin que fueran tan importantes, como para hacerlos enterrar en monumentos funerarios o crear tumbas expresamente para ellos. Ese fue el caso del enterrado en La Solana.



Fig. 46. Puntas de flecha de La Teta (Gilbuena).

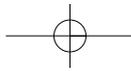


Fig. 47. Fusayola de barro integrante de una ruesa de hilar. La Teta (Gilbuena).



Fig. 48. Puntas de flecha de El Chorrillo (Valdesangil).





4.2.7. Creencias

Poco podemos decir sobre otro de los aspectos que ilustran acerca del mundo social y de las ideas de aquellas gentes: el arte rupestre, frecuente por otra parte en este tiempo, allí donde ha sido posible que se conservara. No se conocen hasta el momento ni pinturas ni grabados rupestres, aunque sin duda los debe haber habido, porque las poblaciones prehistóricas los utilizaron como forma de expresar su concepción de determinados aspectos de la vida. Las representaciones rupestres de todas las épocas prehistóricas no han sido una expresión meramente estética, sino social y simbólica, ligada en muchos casos a los mundos que imaginaban existentes como complemento de éste. Pero las malas condiciones de conservación, con la frecuente exfoliación que presenta la roca local, el granito, pueden ser un duro obstáculo para hallar testimonios de este tipo, puesto que muchos de los casos habrán desaparecido. Sin duda debieron existir lugares especiales o santuarios rupestres en los que se pintaba y en los que se celebran rituales, pero o bien porque han desaparecido o porque no los hemos identificado hasta ahora, no sabemos nada de ellos. Muchas veces el investigador y hasta el paseante anónimo por cualquiera de los parajes rocosos de esta comarca, estará pasando, sin reconocerlos, por lugares que fueron en otro tiempo sitios destinados a determinadas ceremonias, lugares a los que se acudía para calmar a los espíritus, para estar en contacto y complacer a la divinidad que tanto podía beneficiar o perjudicar a sus vidas e intereses. En esos lugares, muchas veces personalizados por una roca rara y especial, más grande o más pintoresca, incapaces de interpretarla desde nuestro conocimiento científico actual, pintaban figuras muy simples que presentaban códigos religiosos, metafísicos... formando parte consustancial con sus vidas y sus concepciones del mundo. Sobre algunos de esos lugares podemos sospechar ceremonias y ritos acordes con la mentalidad de otro tiempo, porque aún

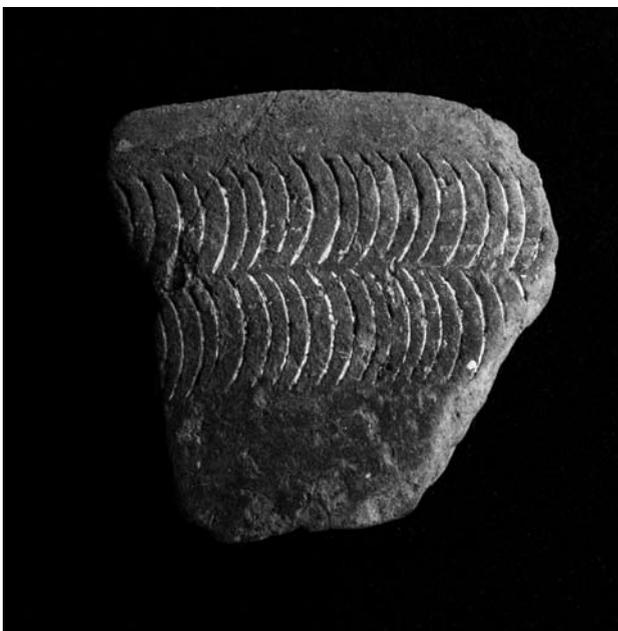
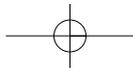


Fig. 49. Cerámica decorada del Chorrito (Valdesangil).



Fig. 50. Fragmentos de cucharas de barro. La Teta (Gilbuena).





hoy, con otros códigos religiosos y metafísicos, nos sentimos atraídos, como lo hicieron ellos, por la peculiaridad de ciertas rocas –por ejemplo las llamadas *peñas caballeras*– o por pequeños covachos que a ellos y a su mundo, más que a nadie, debieron atraer, por aquello de la simbología de la oscuridad y su relación con la propia oscuridad de lo que no se conoce y se teme y a lo que es necesario colmar. En la comarca de Béjar el granito forma paisajes tan caprichosos que sin duda debe haber dado lugar en tiempos tan remotos a la recreación de mundos simbólicos y mágicos.

4.3. EL FINAL DE LA EDAD DEL COBRE Y EL PRINCIPIO DE LA EDAD DEL BRONCE

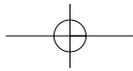
Como sucedió con el final del Neolítico no hay una fecha concreta que marque el final de la Edad del Cobre y el principio de la Edad del Bronce porque ese tránsito no se produjo nunca de una forma rotunda, ni consciente. Las etapas de la prehistoria no tienen una fecha concreta de inicio ni de final. Se puede decir que hacia el 2000 a.C., es decir hace 4.000 años, había cristalizado plenamente un proceso iniciado unos 3.500 años antes, cuando los habitantes del Neolítico en la península Ibérica descubrieron la producción de alimentos a través de la agricultura y la ganadería. Si se puede decir que el Neolítico fue la etapa inicial de esa trascendental decisión del género humano, y que el Calcolítico o Edad del Cobre supuso un gran avance respecto a lo anterior, tal vez podría decirse que el final del Calcolítico y el principio de la Edad del Bronce implican algo muy importante y con mucho futuro: la aparición de las consecuencias sociales de ese sistema de producción creado. Por decirlo de una forma resumida y sencilla: el proceso de desarrollo que se había venido dando, provocará los primeros destellos de acumulación y posesión de riqueza en forma de excedentes de lo que producían, constituyendo una forma esencial de distinción social, algo que ya no desaparecerá nunca. En un tiempo tan remoto en que la economía era puramente de subsistencia, el que tenía excedentes de producción, se convertía al menos ocasionalmente en un rico y, ya se sabe cómo somos los humanos cuando tenemos más que el resto: nos mueve un afán desmedido de demostrarlo a nuestros vecinos.

¿Cómo se manifiesta tal cosa para que pueda ser reconocido por arqueólogos e historiadores? No son fáciles de detectar este tipo de procesos en sociedades primitivas. En la comarca de Béjar, si manejamos los datos disponibles hasta este momento, no podremos ser muy elocuentes. No parece que a pesar de la parquedad de los datos esta zona se mantuviera al margen del proceso, aunque pudo darse que ciertas zonas, en función del desarrollo de las gentes que lo habitaban, alcanzaran mayores o menores cotas de desarrollo. La falta de investigaciones intensas puede ser una de las razones de la pobreza de datos. Lo que parece claro es que a partir del cambio del III al II milenio antes de nuestra era las sociedades calcolíticas habían evolucionado en cuanto a los procesos de producción y con ello de acumulación. Una serie de personajes empezaron a destacarse sobre el resto por su mayor prestigio, con seguridad basado en la riqueza,



riqueza que no sería tampoco gran cosa en este momento, pero era lo suficiente como para controlar los excedentes de la producción y administrar los privilegios que derivaban de ello. Esto les permitió destacarse de los demás e ir constituyendo una élite que debía manifestar su prestigio social de la forma que los tiempos y las circunstancias lo hicieran posible. El desarrollo que iban adquiriendo los intercambios entre poblaciones fue uno de los recursos captados por estas élites de nuevos ricos, valga la expresión. Estos intercambios en la mayoría de los casos se basaban en la distribución de determinados productos de lujo, más que en bienes subsistenciales, que ellos adquirían, precisamente para mostrar su diferencia sobre el resto y para perpetuarla. A través de la forma de hacerse enterrar, no sólo con el ajuar que se adjuntaba al muerto, sino también a través del sitio o del esfuerzo que se empleaba en realizar el mausoleo de un personaje o de una familia, eran otra forma de manifestar y perpetuar su poder económico sobre el resto y su influencia social. Los historiadores creen que uno de los símbolos de ese momento y de esa coyuntura, son determinados objetos y armas de cobre, ciertas piezas de oro o plata y determinados recipientes cerámicos, los llamados *vasos campaniformes*, unos recipientes cuya forma de campana invertida y sus decoraciones inundaron casi toda Europa, lo cual da idea del contenido ideológico o simbólico que ese tipo de vasos podían llevar consigo para que fueran utilizados y fabricados de forma similar en territorios tan alejados. Algunos prehistoriadores, basados en estudios complejos, han interpretado que estos vasos campaniformes están relacionados con la ingesta de sustancias psicotrópicas y con los primeros usos del alcohol, usos que estarían restringidos o capitalizados por esas élites sociales emergentes, deseosas de mostrar su prestigio controlando lo más codiciado y ostentar todo aquello que les hiciera diferentes.

Al contexto general definido anteriormente debieron llegar los pueblos de la comarca de Béjar. No sabemos todavía sin embargo en qué medida, ni cómo pudo desarrollarse. Si uno de los detectores de ese momento son precisamente los vasos campaniformes antes citados o los testimonios funerarios y lo que contienen, poco podemos decir para esta zona, ya que de los primeros apenas conocemos testimonios y de los segundos no se sabe ninguna manifestación funeraria. Hay que preguntarse hasta dónde llegaron los poblados de la Edad del Cobre que hemos visto en el apartado anterior y si su abandono se debió a un cambio en las tendencias de todo tipo o fueron razones de pura coyuntura interna. Parece muy difícil averiguarlo por el momento. Por ahora sabemos que al menos La Mariselta llegó, como mínimo hasta el umbral de la Edad del Bronce, pero de los demás carecemos de indicios. Un fragmento de cerámica con decoración campaniforme hallado en ese yacimiento hace casi medio siglo, que no ha sido dibujado en ninguna de las publicaciones sobre ese yacimiento, es uno de los escasos testimonios. Otro fragmento hallado en un pequeño yacimiento del término de Becedas, en las inmediaciones del cauce del río Becedillas, constituye por ahora otro testimonio. Ningún caso más. Ambos, y la constatada presencia de cerámica campaniforme en algunos yacimientos del inmediato Valle



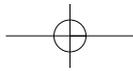
del río Corneja, inducen a pensar que en conjunto la comarca de Béjar no se mantuvo al margen de este momento y de las circunstancias de fondo que propiciaron el uso de tan vistosa cerámica. En realidad no se debió producir ningún tipo de convulsión como para que los poblados fueran abandonados. La idea general es que aquí y en cualquiera de las zonas limítrofes, los poblados habitados hasta los umbrales del 2000 a.C. fueron abandonados y podría haber sucedido esto por un cambio de rumbo en los patrones económicos. Los estudios de polen fósil hablan de una crisis de gran aridez que podría haber determinado un cambio en la economía, derivando hacia una importancia mayor de la ganadería y por tanto de un tiempo en que las gentes del final de la Edad del Cobre y del principio de la Edad del Bronce optaron por una vida con más movilidad, buscando los pastos allí donde los había.

Como resumen podemos decir que lugares como La Solana, La Teta o El Chorrillo fueron abandonados antes del año 2000 antes de nuestra era y no se vuelve a vivir en ellos nunca más. Lo que ofrecieran cuando estuvieron habitados, no vuelve a interesar ya. Es muy probable que la causa fuera la aludida de un cambio de rumbo económico propiciado por una crisis de sequedad. La movilidad que siguió durante décadas no deja las mismas huellas arqueológicas que la que deja la estabilidad, de ahí que no las hallemos con la misma facilidad que para la Edad del Cobre.

5. LA EDAD DEL BRONCE. Campesinos y primeros guerreros (2000 al 1000 a.C.)

Aunque no pueden darse fechas concretas que enmarquen la Edad del Bronce, sobre todo para su origen, puede decirse que se trata de una etapa que abarca algo más de mil años, extendiéndose entre los primeros siglos del segundo milenio y los primeros también del I milenio a.C. Dentro del conjunto de la Edad del Bronce los historiadores la han dividido en tres fases denominadas Edad del Bronce Antiguo, del Bronce Medio o Pleno y Edad del Bronce Final. Con ello han querido distinguirse los distintos momentos, cada uno de ellos caracterizado por presentar diferencias apreciables respecto a los demás, pero siempre en medio de un clima de continuidad y evolución. No cabe duda que según las zonas de la Península Ibérica los procesos históricos han sido sensiblemente distintos. En esta ambientación general vamos a ceñirnos fundamentalmente a lo más inmediato a nuestra zona de estudio, que es la Meseta Norte. Expresándolo de una manera resumida puede decirse que la primera etapa, el llamado Bronce Antiguo implica la transición del Calcolítico a la Edad del Bronce, con el abandono de aquellas primeras aldeas de campesinos seguramente propiciadas, como ya se ha señalado, por una crisis ambiental que provoca un giro en el enfoque de la actividad económica, primando en el principio de la Edad del Bronce una economía fundamentalmente ganadera. Hacia el 1700 a.C. dará comienzo una cultura de gran trascendencia con la Meseta Norte, es la llamada *Cultura de Cogotas I*, que llegará hasta el inicio de Edad del





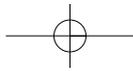
Hierro. Será durante la Edad Bronce y a medida que ésta vaya avanzando, cuando se desarrollen algunos avances técnicos, como una nueva forma de metalurgia basada en el uso del bronce, cuyas primeras manifestaciones, al principio muy tímidas, se darán a partir del 1500 antes de nuestra era, generalizándose plenamente a partir del 1200. Con ello la presencia de armas cada vez mejor elaboradas (hachas, espadas, puñales, hoces) o de adornos (fíbulas, colgantes, brazaletes...) van a conocer un impulso muy notable con respecto a la timidez con que hasta ese momento se habían manifestado tipológica y tecnológicamente. Todo ello va directamente relacionado con el grado de complejidad alcanzado por la sociedad y la correspondiente demanda que iba generando. Después de un periodo de predominio de la ganadería, parece que la agricultura vuelve a tener la importancia que había tenido durante el Calcolítico. Se habita ahora tanto en zonas bajas cercanas a los ríos, como en cerros muy altos que controlan rutas de comunicación y que seguramente guardan implicaciones dentro de una estructura jerárquica de lugares, propia del tiempo en el que se vive. A todo ello no va a ser ajena la comarca de Béjar.

Pero a pesar de los muchos avances que la Edad del Bronce significa, también se advierte un gran peso de la tradición anterior, como si todo se debiera a sucesores de sucesores, que aunque viven cambios, son los habitantes de estas tierras desde mucho tiempo atrás y así se consideran. Posiblemente una prueba de ello es que siguen frecuentando el uso de los dólmenes, denotando que se consideran herederos en ese territorio de una tradición ancestral que les liga a esa tierra y que les hace propietarios de ella. Lo funerario no parece experimentar grandes cambios ahora. Como se veía ya para el Calcolítico, tampoco a lo largo de la Edad del Bronce vamos a ver muchos testimonios funerarios, probablemente por las mismas circunstancias que entonces, porque ese ritual implica la desaparición física del cadáver. Sólo algunos merecen ser enterrados, unos porque tienen más importancia que el resto y otros por circunstancias quizá muy puntuales que desconocemos. Pero a la inmensa mayoría se les hace desaparecer.

5.1. FRECUENTANDO LAS ALTURAS EN EL PRINCIPIO (2000-1750 a.C.)

No es fácil abordar el momento inicial de la Edad del Bronce a causa de la escasez de datos en nuestra zona. Desconocemos con exactitud si los procesos evolutivos dados con el tiempo suponen la permanencia de las gentes calcolíticas, evolucionando *in situ* sin demasiadas progresiones desde el 2000 a.C. hasta el 1500 a.C. aproximadamente, o se produjo un uso intermitente del territorio por parte de las mismas gentes que habían frecuentado la zona. Sólo tenemos datos, con dataciones cronológicas fiables, para los poblados de la plena Edad del Cobre, como La Solana o La Teta, todos ellos de la segunda mitad del III milenio, y para los que se sitúan hacia el 1800-1600 a.C. Lo que sucedió en los aproximadamente 300 años intermedios entre unas y otras fechas no lo sabemos, sólo disponemos de algunas pistas, pero interesantes. Sabemos que en torno a la transición





entre el III y el II milenio algunos grupos humanos ocupan ocasionalmente lugares altos, rocosos y escarpados con forma cónica. Resulta una circunstancia muy repetida que sea en estos lugares, cuyo estereotipo es inconfundible dentro de la orografía granítica de la zona. Tal vez se buscó un simbolismo que hoy parece difícil de desentrañar en todos sus aspectos. Apenas hay indicios de vida en lugares más llanos, tal vez porque se habita poco tiempo y el número de restos-pistas que se dejan son más escasos. Si es como se piensa, aquellas gentes ganaderas del principio de la Edad del Bronce, inmersas en una crisis ambiental donde la aridez era la tónica, fueron grupos muy móviles con sus ganados, buscando inevitablemente agua y pastos en los tiempos de mayor dificultad. En medio de aquella problemática es posible que los cerros con forma cónica, enclavados la mayor parte de las veces en lugares altos donde hay agua y pastos, representaran sitios con un determinado simbolismo acorde con una nueva ideología surgida de la forma de vida y de sus consiguientes creencias. Pudieron significar también marcadores territoriales, es decir formas de delimitar el espacio económico de cada uno de los grupos que utilizaran los territorios. Pudieron ser también sitios con una connotación especial en los que se llevaban a cabo determinados actos de los que no es fácil concretar las huellas y menos aún los significados.

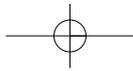
El yacimiento del Berroquillo, una vez más dentro del complejo arqueológico del Cerro del Berrueco, es uno de esos lugares. El Berroquillo es el cerro anexo por el este al Berrueco. Consta de una plataforma amesetada en lo alto, que remata en una especie de picacho cónico formado por bloques de piedra apiñados. Aunque no se ha investigado a fondo en este lugar, los restos conocidos parecen indicar, formalmente, que tras el abandono del poblado calcolítico de La Mariselta se produjo la ocupación de este lugar, constituyendo allí un hábitat o al menos un lugar frecuentado para algún tipo de actividad. Las cerámicas que utilizan los habitantes de este sitio, en consonancia siempre con las de los otros lugares similares de la Meseta Norte, han dejado atrás los motivos que decoraban las cerámicas calcolíticas de La Solana, La Teta, La Mariselta o El Chorrillo. Ahora apenas se decoran las cerámicas, a lo sumo organizan en la zona cercana al borde decoraciones en forma de cordones de barro pegados a la pasta, a los que les aplican los dedos cuando están frescos para romper su monotonía decorativa. Cambian también las formas de los recipientes, seguramente porque cambian también las necesidades. Al lado de vasijas de tamaño diverso, pero suficientemente válidas para afrontar la vida diaria, proliferan los pequeños recipientes, tan pequeños que hacen pensar más en vasos de ofrendas que en algo funcional. Esta última circunstancia se añade a lo apuntado anteriormente sobre el carácter simbólico de los cerros cónicos y su presunta relación con determinadas creencias o actos en el tiempo en el que fueron habitados o frecuentados.

Otro de estos lugares, parece ser el alto de *Peña Negra*, en Béjar, la majestuosa altitud que se alza sobre la popular *Peña de la Cruz*. Allí se han encontrado determinados restos que hacen pensar que ese sitio pudo ser frecuentado en el principio de la Edad del Bronce.



Fig. 51. El Berroquillo (El Tejado de Béjar) en el complejo arqueológico del Cerro del Berrueco.

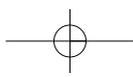




Pero es que, además, Peña Negra es un cerro con forma cónica, con las mismas características físicas que otros muchos cerros iguales en los que se conocen materiales arqueológicos que permiten definir mejor la cronología dentro del principio de la Edad del Bronce. Explicarse la vida en un lugar tan alto como Peña Negra no es fácil. Tal vez, si el sitio fue lo que parece, más que un lugar donde buscar pastos, fue frecuentado por su simbolismo. No en vano en la zona más alta de Peña Negra hay una roca con pequeñas oquedades o cazoletas. Este tipo de oquedades, que no hay que confundir con las habituales *marmitas de gigante*, tan propias de los paisajes graníticos, suelen ser testimonios enigmáticos de difícil interpretación, ligados tanto a rocas elegidas con criterios desconocidos, como a construcciones puntuales, por ejemplo dólmenes y otros testimonios simbólico-rituales. Llama la atención la presencia de pequeños grupos de estas cazoletas en las zonas más altas no sólo de lugares como Peña Negra, sino también de las altitudes más representativas de los Picos de Valdesangil (algunas con forma cónica, como Cabeza Gorda, también igualmente con restos cerámicos esparcidos), entre otros muchos lugares dentro y fuera de la comarca, y siempre precisamente en la zona más elevada, sin que ello tenga una explicación geológica.

No es fácil conocer y documentar todos los gestos rituales de los pueblos del pasado, pero es bien sabido el carácter que las montañas han tenido siempre para los pueblos antiguos como lugar próximo al cielo, morada de dioses y misterios. Muchos pueblos actuales anclados en costumbres antiguas, ascienden a las montañas para llevar a cabo rituales. Pero además de eso, como ya se ha señalado, la alta representatividad espacial de muchos de estos sitios puede que haya servido para identificarlos como marcadores territoriales, lugares donde la ritualidad y el marcaje de la propiedad son algo que va unido. En este sentido no sería extraño considerar que Peña Negra, Cabeza Gorda o el punto más alto del Berroquillo fueran lugares que por su altura y por su significación en el paisaje, además de otros muchos aspectos menos identificables, fueran utilizados por las gentes que habitaron estas tierras entre el 2100 y el 1800 a.C. aproximadamente, y lo fueran más que por su aprovechamiento económico, por su carácter espacial y simbólico.

Respecto a lo que hemos dicho antes resulta tentador imaginar el solo hecho del acceso a Peña Negra en tiempo prehistórico, sin carreteras ni caminos como los actuales. El tiempo invertido en ello, las dificultades y la propia escena de lo que allí ocurriera, seguramente en una plataforma húmeda que hay previa a la máxima altura, pueden ponernos un poco en el ambiente de aquel tiempo tan distinto. No tenemos elementos para asegurarlo, pero es muy probable que el lugar de la Peña de la Cruz tuviera también algo que ver con ello. Allí, como es bien conocido, hay una roca impresionante, que llama la atención se la mire desde donde se la mire. No es casual que ahora haya una cruz en esa roca, cruz que será la heredera de otra cruz anterior y aquella, posiblemente, la heredera de un rito no cristiano que finalmente fue sustituido por uno cristiano, con su símbolo por excelencia bien visible, cuyo objeto no era otro que cristianizar lo que había sido pagano, el culto a esa roca, algo más





propio de lo anterior al cristianismo que de él. No en vano en los primeros siglos del cristianismo algunos obispos reunidos en los concilios que buscaban ordenar el cristianismo, se quejaban de que los hispanos seguían dando culto a las rocas y eso no les cuadraba con el enfoque que querían darle a la nueva religión. Desconozco de cuando data la costumbre de la romería al lugar, pero tal vez sea la heredera de una tradición ancestral de visitar el sitio con su gran roca, donde miles de años atrás los habitantes de la zona acudían porque pensaban que tal mole, con esa forma y esa envergadura, sólo podía haber sido obra de los dioses y si lo había sido, no andarían lejos para comunicarse con ellos. En ese ambiente tal vez Peña Negra tenga algo que ver. De momento son conjeturas, pero con la seguridad de que los restos cerámicos y las cazoletas excavadas en la roca denotan la utilización del sitio y no parece que sea precisamente con un interés económico, dadas las circunstancias.

5.2. LA CORVERA Y EL TRANCO DEL DIABLO. VIVIENDO EN SITIOS ESCARPADOS (1750-1500 a.C.)

Dos yacimientos de gran importancia van a informarnos sobre lo que sucedió en esta comarca hacia el 1700-1600 a.C. Se trata del cerro de La Corvera, en el término de Naval Moral de Béjar y del Tranco del Diablo, en Béjar, yacimiento éste que no tiene nada que ver con la llamada *Cueva del Tranco del Diablo*, que ha sido abordada a propósito del Neolítico. Ambos yacimientos –la cueva y el cerro del Tranco– muestran una cierta proximidad física entre ellos, pero no guardan relación, tanto en la cronología (pueden separarles nada menos que unos 2.000 o 3.000 años) como, lógicamente, en todos los rasgos culturales asociados a cada uno de ellos. Es, por tanto, el topónimo de toda una zona lo único que les une.

En La Corvera hicimos excavaciones arqueológicas durante los años 1985, 1986 y 1988. En El Tranco del Diablo los datos conocidos se deben a los hallazgos superficiales en los años setenta de M. Santonja Gómez. Aunque la desproporción entre los datos de un lugar y los de otro es grande, ambos unidos sirven para plantear las bases de un estudio esencial de la plena Edad del Bronce en esta zona de la Meseta.

La primera característica que presentan ambos poblados es que los dos son de nueva fundación, es decir no proceden de la evolución *in situ* desde un momento anterior. Como dijimos más atrás cuando fue abordado el Neolítico, hay restos en la cima del cerro que hablan de una ocupación en época neolítica en el IV milenio y posiblemente también en el V a.C. Mucho tiempo después de eso, en algún momento comprendido entre 1740 y 1530 a.C. se producirá una segunda ocupación en el mismo sitio, sin nada que ver con aquella primera.

Otra de las características de estos yacimientos en nuestra comarca es que se trata de poblados situados en lugares elevados y escarpados, de difícil acceso, cuya preeminencia sobre el paisaje del entorno es clara, sobre todo en el caso de La Corvera. Desde su cima amesetada se domina con autoridad el valle de Sangusín y por tanto la arribada a la Meseta Norte desde las tierras extremeñas, una ruta fundamental de acceso que tiempo después va ser una de las vías de



Fig. 52. Detalle de la elevación en forma cónica de Peña Negra (Béjar).



Fig. 53. Peña Negra (Béjar). Cazoletas talladas en la roca.





comunicación fundamentales de la Península Ibérica. La diferencia de altitud de La Corvera sobre el fondo del valle de Sangusín, al oeste, es de 350 m. de media y de 150 m. sobre la base sur del cerro, en la meseta sobreelevada donde se encuentra el actual pueblo de Fuentebuena. Ello da idea de la preeminencia y del dominio del poblado sobre todo el entorno. Desde el valle de Sangusín se presenta en el paisaje con un majestuoso carácter de abrupta atalaya, al final de la cadena de sierra que compone con los *Picos de Valdesangil*, ejerciendo un control visual muy evidente. Con todas estas circunstancias no es extraño que desde que empezó a ser frecuentada la ruta Extremadura-la Meseta por el oeste, seguramente como poco desde el Neolítico, muchas culturas hayan elegido este punto de La Corvera para controlar el paso.

El Tranco del Diablo, sin ser tan evidente en el paisaje como es La Corvera, resulta también una referencia visual en el paisaje, tanto desde el norte como desde el sur. Es un cerro granítico cuya pendiente por el sur cae directamente al río Cuerpo de Hombre, una zona fuertemente escarpada en la que parece difícil cualquier tipo de aprovechamiento económico. Por el norte, el cerro granítico destaca sobre una meseta inmediata y sobre un entorno de prados. Por el este, en la ladera se han excavado bancales que descienden hacia el sur, cuyo origen (los que se pueden ver actualmente no deben exceder en 300-400 años de antigüedad) puede que fuera prehistórico y constituyera, dado su abrigo, una de las zonas de cultivo de los habitantes del poblado. En conjunto puede decirse que se trata de un territorio fundamentalmente ganadero. La Corvera se encuentra también en un territorio potencialmente ganadero, aunque en la cercana zona del actual término de Fuentebuena pudieran darse cultivos aprovechando la presencia de agua frecuente, como también en la zona norte, al pie del cerro, donde incluso hoy se cultiva. Pero aunque existan estas zonas potencialmente cultivables, es probable que se trate de un lugar con vocación ganadera, previsiblemente pastoril.

¿Cuál pudo ser la causa de que se eligieran estos lugares? Es indudable que el esfuerzo que supone vivir en ellos debe responder a una necesidad o al menos a una circunstancia con valor importante para aquellas sociedades. Sobre todo en La Corvera. Podría intuirse la posibilidad de que la causa fueran los peligros habituales derivados de la proximidad a la ruta que desembocaba en la Meseta desde Extremadura. Tampoco puede desecharse la posibilidad de que se trate de una especie de fortaleza a la que se acudía en determinados momentos, cuando existía peligro o que constituyera un poblado con alguna categoría jerárquica sobre otros menos importantes o que fuera un pequeño poblado pastoril, circunstancial o temporal que aprovechaba la altura no desde un punto de vista militarmente estratégico, sino en función de determinados intereses económicos, constituyendo una estación en el tránsito con los rebaños de ovejas y cabras y un punto de dominio visual de los intereses económicos. Muchos de estos lugares resultan complicados para la vida desde nuestra perspectiva actual, pero en absoluto lo eran para pueblos pastoriles antiguos acostumbrados al continuo trasiego y a la vida dependiente del campo en condiciones difíciles.



Fig. 54. La Corvera (Navalmoral de Béjar) desde el Sur.





El hallazgo de cerámicas a mano, similares a las que aparecen en lo alto, en varios puntos de la zona norte y oeste próximos a la base de cerro, hace concebir la posibilidad, todavía sin confirmar, de que esos sitios fueran los lugares de habitación de una parte de la población de La Corvera, ya fuera de manera estacional o no. Parece lógico pensar que si uno de los puntos de explotación económica más importantes en el área de este poblado fue el Valle de Sangusín, fuera necesario establecer una serie de bases en las que guardar los ganados, estar cerca de las tierras cultivadas y, construyendo con ello los consiguientes puntos de habitación que garantizaran su custodia. En ese orden de cosas el poblado de La Corvera pudo funcionar como un fortín, un referente defensivo al que recurrir en los previsibles peligros que llegaban a propósito del paso obligado de gentes entre la Meseta y Extremadura o pudo ser también, un lugar en el que habitaba una parte de la población, la que se dedicaba a trabajos que no requerían permanecer cerca de las zonas de explotación agrícola. Un detalle al respecto es el hecho de que La Corvera, además de ser un lugar alto y de difícil acceso, estuvo rodeado de una cerca artificial de piedra de la que no es posible discernir si se trata de una cerca defensiva o es, simplemente –debido a la poca entidad como muralla–, la forma de delimitar el espacio de habitación, entre otras razones de cara la custodia del ganado. Si tuvo carácter defensivo, la propia fisonomía del cerro y de su cima amesetada hizo que no fuera precisa la construcción de una fuerte muralla. Por sí sola la pendiente de casi el 30% era ya un impedimento suficiente como para que, además, hubiera un obstáculo de ese tipo que rematara la dificultad. Sea como fuere, la cerca fue construida estudiando con precisión lo que quería cercarse, de forma que el acceso o la salida, si es que se admite la posibilidad de que también pudo responder a otra cosa, tuvieran una cierta dificultad. Allí donde existían grandes bloques de granito eran aprovechados, no sólo como apoyo, sino también como complemento, evitando esfuerzos y en muchos casos constituyendo puntos elevados de preeminencia, que de ser para la defensa del sitio, facilitarían la labor. Los cortes arqueológicos realizados en distintas zonas han aportado datos de importancia sobre su construcción. Fundamentalmente los de la zona norte han deparado hasta la base materiales relacionables con la ocupación de la Edad del Bronce, circunscribiéndose otros de la Edad del Hierro a la zona más alta de los niveles estratigráficos. Esto tendría que indicar que la ocupación de la Edad del Hierro, que mucho tiempo después devolvió la vida a la meseta de La Corvera, aprovechó lo que aún quedaba en pie para organizar –entonces parece seguro que lo fuera– la defensa del lugar.

En el poblado del Tranco del Diablo no se aprecia ningún derumbe que pueda identificarse con una muralla. Es un lugar abrupto, difícil, en el que es preciso un estudio detallado para averiguar las zonas de habitación, si estaban entre las rocas de lo alto o en las bases del promontorio granítico. De La Corvera sabemos más a este respecto. Consta de una parte más alta, una especie de acrópolis, y de una meseta llana inmediatamente debajo, con una superficie de poco más de 1 hectárea en la que aparecen numerosos afloramientos de regular y poca entidad. En los bordes de la meseta,



Fig. 55. Cerro del Tranco del Diablo (Béjar).



la cerca de piedra une grupos de grandes bloques definiendo mejor el espacio amesetado. Las excavaciones realizadas allí no pudieron documentar completamente ninguna de las construcciones domésticas que supuestamente existieron. Se comprobó que se trata de un yacimiento muy alterado por las sucesivas ocupaciones que ha sufrido. Responsables principales de esa alteración serían en primer lugar los cultivos de centeno que se dieron en aquel lugar hasta menos de medio siglo antes de las excavaciones y, antes que esto, los restos de época visigoda, muy escasos pero presentes y aún antes la ocupación de la Edad del Hierro, que si bien parece que se circuncribió fundamentalmente a las inmediaciones de la cerca, también está constatada en determinadas zonas centrales del poblado. Sea como fuere han quedado en La Corvera numerosos restos que permiten entender las pautas de su cultura material.

Lo primero que llama la atención es que dos yacimientos supuestamente contemporáneos como La Corvera y El Tranco del Diablo no se parezcan mucho en algo que debía presentar muchas semejanzas como son las decoraciones cerámicas. Llamamos poderosamente la atención las diferencias entre las de un sitio y las de otro, a pesar de estar tan próximos ambos yacimientos, hecho tal vez atribuible a diferencias cronológicas. En cualquier caso hay que resaltar otro detalle además del citado: se trata de las diferencias entre estos dos poblados y los del centro del Valle del Duero, estos muy estereotipados y semejantes en cuanto a la vajilla cerámica, mostrando con ello seguramente las relaciones frecuentes entre todos ellos o tal vez factores que impliquen un entronque étnico semejante que les asocie en lo anterior y en lo presente.

Las cerámicas decoradas de La Corvera y del Tranco del Diablo se parecen sólo relativamente a las de aquella zona. Algunas decoraciones, algunos patrones, las formas en las que se suelen dar las decoraciones recuerdan, pero no son semejantes y ello constituye un hecho de singular importancia, aunque sin una explicación clara por el momento. Podría ser que zonas como la comarca de Béjar quedaran un tanto arrinconadas respecto al Valle del Duero, evolucionando desde el Calcolítico un poco por su cuenta. Como no conocemos por ahora suficientemente las claves del poblamiento aquí durante el principio de la Edad del Bronce, no es fácil establecer las semejanzas. Puede ser, también, que la recepción de influencias en esta zona, situada en la embocadura de la ruta de acceso a la Meseta desde el sur-oeste, haya posibilitado la adopción de influencias venidas de Extremadura y del bajo Guadalquivir, como quizá esté indicando la frecuencia en El Tranco del Diablo de decoraciones denominadas puntilladas, es decir decoraciones realizadas con peines o ruedecillas de púas, cuya aplicación en la superficie aún húmeda del recipiente cerámico dejaba series de improntas cuadradas; esta decoración pervivía desde el final de la Edad del Cobre y desde los inicios de la del Bronce en el bajo Guadalquivir. Teniendo en cuenta la proximidad de El Tranco del Diablo a la zona de paso entre Extremadura y la Meseta, no sería extraño pensar que algún grupo se hubiera asentado en la zona de contacto de unas tierras y otras, tal vez obligado y relegado a quedarse en un sitio un tanto apartado como es el cerro de El Tranco del Diablo.



Fig. 56. Meseta en lo alto de La Corvera donde estuvo el poblado.

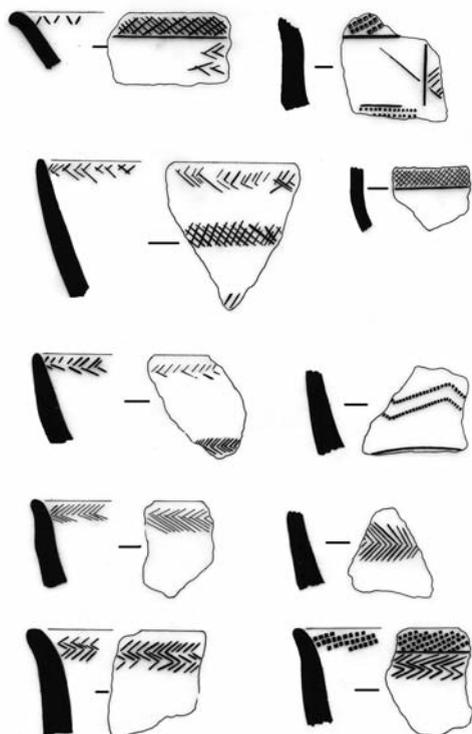


Fig. 57. Cerámicas decoradas del cerro del Tranco del Diablo (Béjar).

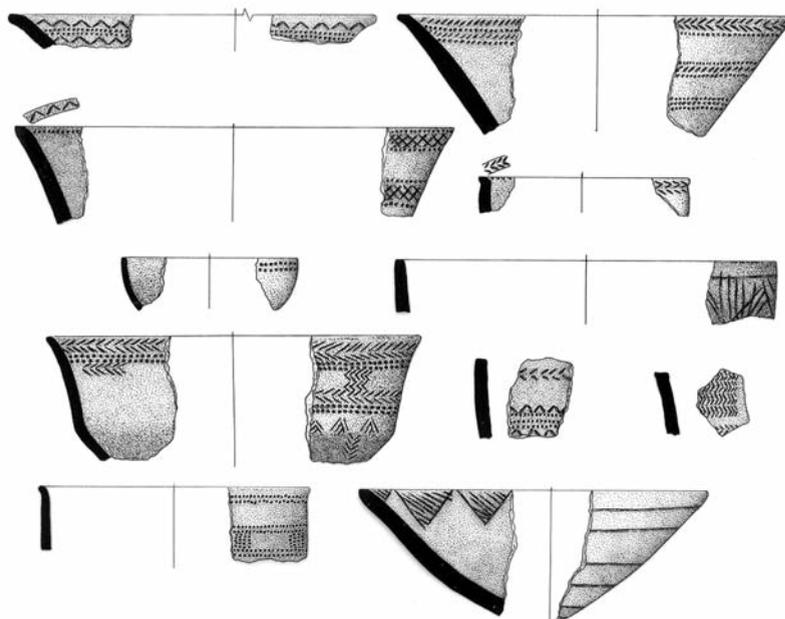


Fig. 58. Cerámicas decoradas de La Corvera (Navalmoral de Béjar).

Menos pistas hay para suponer la idiosincrasia de las decoraciones de La Corvera, cuya originalidad merece un estudio profundo que aún no se ha hecho para averiguar su filiación. Sea como fuere estos dos asentamientos constituyen un aparte de lo conocido para la Meseta que deberá ser estudiado en profundidad para esclarecer el verdadero motivo de su diferencia con respecto a lo que parece ser la norma general y sobre todo esclarecer si en verdad constituyeran una población residual, procedente inicialmente de otra parte, quizás del sur y relegada a esta zona de contacto geográfico por las presiones de las poblaciones autóctonas.



Fig. 59. Cerámica decorada de La Corvera (Navalmoral de Béjar).



Fig. 60. Cerámica decorada de La Corvera.





5.2.1. La estela-menhir de Valdefuentes de Sangusín símbolo de la nueva situación social

Con los datos aportados por La Corvera y El Tranco del Diablo por sí solos no sería suficiente como para decir algo seguro sobre la organización social de las gentes de la Edad del Bronce en esta comarca. Es a través del singular hallazgo de Valdefuentes de Sangusín como podemos acercarnos a ello. A finales de los años 60 del siglo XX el grupo de Misión Rescate del Colegio Filiberto Villalobos de Béjar, dirigidos por el profesor Joaquín Sierra, localizó en una tapia de las inmediaciones de Valdefuentes una extraordinaria estela-menhir aparecida algunos años antes al labrar las tierras inmediatas, sin que se le hubiera dado la importancia que en realidad tenía el hallazgo. Poco después fue publicada por M. Santonja Gómez y M. Santonja Alonso. Desde entonces se encuentra en el Museo de Salamanca y ha constituido una referencia obligada para el estudio de las cuestiones sociales, artísticas y tipológicas en la Meseta Norte en los inicio de la Edad del Bronce.

Se trata de un bloque troncocónico alargado de granito local en el que se ha esculpido de forma muy básica, pero evidente, una figura humana esquematizada casi a tamaño real. Tiene una longitud de 1'65 m y una anchura máxima en la zona que representa a los hombros de 0'47 m, estrechándose paulatinamente hasta llegar a 0'13 m en la base. Claramente se trata de una pieza concebida para permanecer hincada en el suelo. La cabeza aparece marcada a base de dos pequeñas escotaduras laterales. En la cara se esquematizan nariz, boca y ojos buscando evidenciar que se trata de una figura humana. La concepción del tórax es más complicada, no aparecen los brazos, quizá ocultos debajo de una especie de capa. En los dos bordes una serie de acanaladuras han sido interpretadas como la esquematización de las costillas. Sin embargo este detalle parece que no está del todo claro. En una pieza que tiene todos los detalles esquematizados, pero muy claros, resulta difícil creer el olvido de los brazos forzando sin embargo la inclusión de elementos tan aparentemente insignificantes como las costillas. Tal vez se esté indicando una prenda de cubrición que oculta los brazos y sobre la que resaltan, para hacerlas bien visibles y ostentosas, las armas que caracterizaban al individuo representado. Apoyaría esta hipótesis la línea transversal que marca la finalización de las acanaladuras laterales y que parece estar sobre otra prenda a modo de falda o capa que cubre hasta media pierna. Sobre el pecho lleva dos armas: una espada y una alabarda (arma ofensiva terminada en punta enmangada perpendicular al mango) y sobre ellas, en el centro del pecho, un elemento semicircular que seguramente representa una especie de collar llamado en arqueología *lúnula*. La fiel representación de las armas, sobre todo de la espada, reproduciendo un tipo bien conocido en la Península Ibérica a través de los hallazgos, permite fechar esta importante estela-menhir. Ambas armas son propias de la plenitud de la Edad del Bronce, aproximadamente del momento en el que El Tranco del Diablo y La Corvera estaban siendo habitados e incluso abarcando a parte de la etapa inmediatamente anterior, de la que hemos visto que tenemos tan pocas noticias.

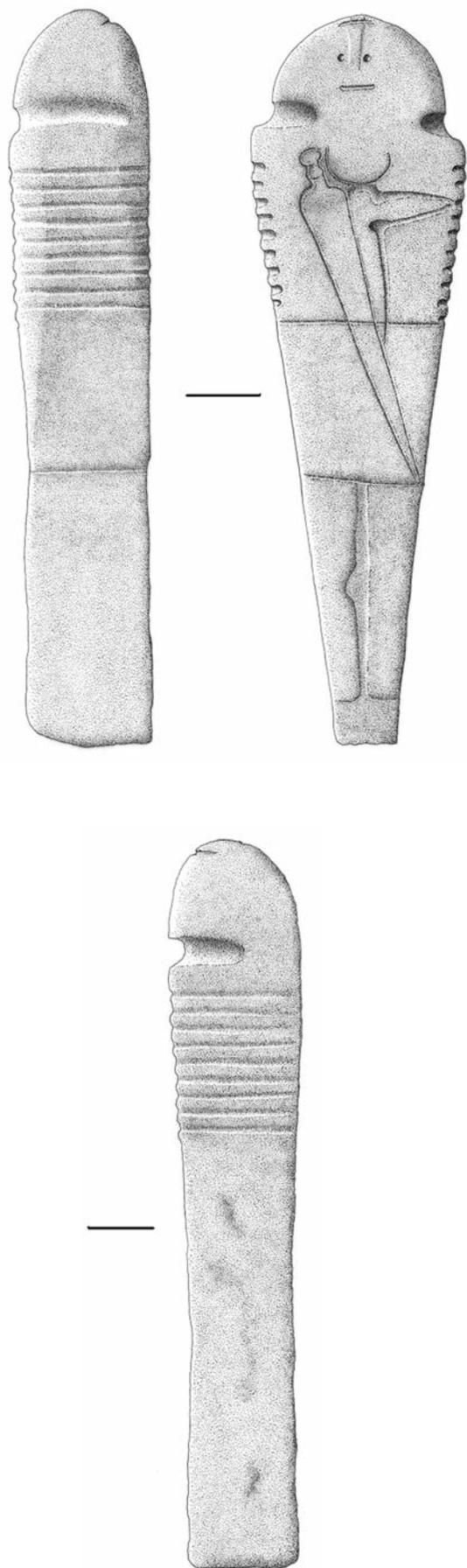
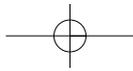


Fig. 61. Estela-menhir de Valdefuentes de Sangusín.

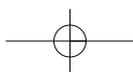




El lugar donde se produjo el hallazgo se encuentra en frente de La Corvera, al oeste de ésta, al otro lado del valle de Sangusín. Los estudios realizados sobre la estatua-menhir de Valdefuentes encuentran paralelismos formales entre ella y las que son frecuentes en Córcega. Pero territorialmente más cerca, hay notables semejanzas con las que se tallaron dentro de la península Ibérica en la zona norte y en el Alentejo portugués y con otras, menos monumentales, que se encuentran con frecuencia en la alta Extremadura. Incluso en la provincia de Salamanca se ha hallado otra bastante similar en el término de Tremedal de Tormes, al oeste de Ledesma. En realidad la presencia de este tipo de estelas-menhir durante el final de la primera etapa y la plena Edad del Bronce, sin ser abundante, es frecuente según las zonas. La de Valdefuentes constituye un ejemplar de gran calidad y originalidad.

No sabemos cual era la utilidad de la estela de Valdefuentes. En todos los casos conocidos, sean de la tipología que sean, estaban fuera del lugar exacto en que fueron erigidas, probablemente porque al haber estado verticales terminaron molestando al cultivo y fueron retiradas hasta las tapias más cercanas. Ello hace que no pueda ser excavado su entorno exacto, clarificando si se trataba de tumbas, marcas territoriales o formaban parte de determinados lugares sagrados. Cualquiera de todas las posibilidades puede haber sido la verdadera e incluso las tres conjuntamente. Algunos autores han creído ver en este tipo de manifestaciones, por la posición geográfica que se advierte en sus áreas de máxima dispersión en la Península Ibérica –Extremadura y bajo Guadalquivir, de nuevo el sur en su relación con la comarca de Béjar– hitos o mojones simbólicos relacionados con la propiedad de los pastos a los que aparecen asociadas, todo ello en un tiempo en que se produjo un auge notable de la ganadería, induciendo con ello a movimientos de trashumancia de mayor o menor envergadura. Lo cierto y lo importante es que la estela de Valdefuentes representa símbolos que indican poder, nada que tenga que ver con la vida cotidiana.

Se trata de un personaje ataviado con sus mejores atributos, ostentando las armas de su rango, armas que no aparecen prácticamente nunca entre los bagajes arqueológicos que hallamos al excavar los poblados, aunque sabemos que se utilizaban. Naturalmente no serían fáciles de conseguir y quienes las tenían eran los jefes de determinados poblados o de cada zona territorial, individuos que por su prestigio social, asentado en bases económicas, tenían que mostrar su posición a base de exhibir no sólo los símbolos de su fuerza, sino también de las piezas que ellos podían conseguir y que estaban vedadas para el resto de la sociedad, tanto por insuficiencia económica, como por el propio obstáculo que estos personajes podían ofrecer al hecho de que alguien se les equiparara en los elementos ostentosos. La espada representada en la estatua-menhir de Valdefuentes es semejante en cuanto a su tipología a una, excepcional por su belleza, encontrada en Guadalajara. Ésta tenía la empuñadura de oro y era, sin lugar a dudas, además de un arma útil, un elemento simbólico de poder y ostentación de alguien que con tales atributos estaba mostrando su superioridad social sobre el resto.

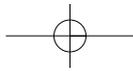


La estatua-menhir de Valdefuentes, como se ha señalado, pudo estar dentro de un santuario, pudo ser el hito que marcaba la tumba de un personaje que representaba poder y atribución militar en los conflictos o también pudo significar la marca territorial que indicaba la zona de control, el territorio de un determinado personaje o personajes cuyos atributos y símbolos de poder tenían que ver con la fuerza. Prueba de ello es que portaba espada y alabarda, armas que sabemos estaban presentes en las sociedades de este momento, pero que no encontramos en las excavaciones de los poblados precisamente porque eran elementos codiciados, que raramente se extraían o desechaban, a lo sumo acompañaban a esos personajes en tumbas ostentosas, donde querían marcar también con la muerte su diferencia y de paso, nuevamente, su territorio. Todo ello evidenciaría un tipo de sociedad jerarquizada y estructurada en torno a una serie de personajes que ostentan el poder en base al control de los excedentes de la producción y también de los productos que llegaban desde otros sitios, como podía ser, entre otros, la sal, ya conocida y explotada desde mucho antes, determinadas armas, adornos y otros productos de alguna manera exóticos a los que no tenía acceso toda la población. Su posesión por si misma indicaba prestigio.

5.3. EL FINAL DE LA EDAD DEL BRONCE. LOS ARTISTAS ALFAREROS DE LA CULTURA DE COGOTAS I

La mayoría de los historiadores consideran que el final de la Edad del Bronce en la Meseta Norte no es otra cosa que la plenitud de la fase anterior, fase en la que se pusieron las bases para que a partir del 1500 a.C. se desarrollara sobre todo en la Meseta la plenitud de una importante cultura, conocida como *Cultura de Cogotas I*, denominación procedente del poblado abulense de Las Cogotas (Cardenosa), el primero en aportar datos sobre ella. Así, entre el 1400/1300 y el 1000/900 a.C. va a desarrollarse esta etapa fundamentalmente en la Meseta Norte, irradiando también a otros puntos de la Península Ibérica, algunos de ellos muy alejados, como la provincia de Granada o a determinados puntos de la costa levantina o del valle del Guadalquivir. Se trata de una cultura con gran personalidad, ligada en determinados aspectos a las corrientes que circulaban por toda la costa atlántica, muy relacionadas con las culturas de las islas Británicas, como se aprecia en la metalurgia prácticamente similar para todos.

Dicho de forma general, el final de la Edad del Bronce en la Península Ibérica es un momento de crucial importancia por la llegada de trascendentales influencias. Mientras que determinadas zonas, manteniendo su personalidad propia heredada del pasado, reciben influencias procedentes del norte atlántico, que serán especialmente determinantes en cuanto a lo metalúrgico, otras zonas van a recibir influencias, de forma aún más decisiva, procedentes del Mediterráneo. A la vez, a tierras como el Valle del Ebro y el norte de Cataluña llegarán claras influencias de la Europa continental. La Península Ibérica se convierte por tanto en un mosaico de influencias, mostrando su propia personalidad en función del origen de las mismas



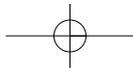
y de la base autóctona preexistente. Seguramente nunca como ahora las dificultades orográficas son salvadas, llegando las influencias y determinados productos hasta tierras muy lejanas y distanciadas de su origen. Con ello asistiremos a una etapa en la que a pesar de la personalidad propia que presentan las diferentes zonas, hay una interrelación entre ellas más o menos importante. La metalurgia recibe un decisivo impulso, tanto en lo que se refiere a tipos de armas y herramientas de trabajo como a la tecnología, empleándose el bronce ya de forma habitual para armas, herramientas y adornos, algo que como ya se ha visto en la fase anterior, no fue un hábito general en la Península Ibérica, como quedó demostrado a través de los hallazgos de leznas en La Corvera, todavía empleando el cobre prácticamente puro en el siglo XVI a.C.

La Cultura de Cogotas I tendrá como eje principal las tierras sedimentarias del valle del Duero, aunque llegando con todas sus características hasta los rebordes montañosos. La presencia de un poblado de esta cultura en las inmediaciones de Plasencia indica que rebasó incluso la barrera montañosa que constituía la Sierra de Béjar por el sur y que por tanto la comarca de Béjar formaba parte de ella en su territorio más inmediato a la villa. Entre los numerosos poblados que se conocen de este momento por toda la Meseta Norte los hay ubicados en zonas llanas, en las riberas de ríos y arroyos pero también en lugares altos, manifestando aparentemente una preocupación defensiva. Precisamente muchos de los poblados de este momento del sur de la Meseta Norte se encuentran en lugares elevados. Entre ellos destaca el poblado abulense epónimo de esta cultura –Las Cogotas–, el de la Mesa del Carpio y Carpio Bernardo en las inmediaciones de Alba de Tormes y el de Cancho Enamorado, en lo alto del ya aludido Cerro del Berrueco, dentro del término municipal de El Tejado.

5.3.1. *El poblado de Cancho Enamorado (El Tejado). ¿Símbolo de jerarquía o miedo?*

Muchas veces habrá que citar obligatoriamente al Cerro del Berrueco abordando la Prehistoria de la comarca de Béjar. El Cerro del Berrueco es uno de los complejos arqueológicos más importantes y completos de la Meseta. No sólo se encuentran en él los yacimientos citados de La Dehesa, La Mariserva y el de Cancho Enamorado, sino que a la hora de abordar la Edad del Hierro, la época romana, tardorromana y la visigoda encontraremos también en este inmenso yacimiento manifestaciones que interpretan el acontecer histórico de estas tierras. Casi 10.000 años de Historia en una superficie de unos 12 km² presidida por un imponente cerro granítico (*El Berrueco*) y otro más pequeño que se le adosa por el este (*El Berroquillo*) y las respectivas mesetas que aparecen en su base, en contacto inmediato con el cerro, por todos lados. El cerro principal, El Berroquillo y las plataformas amesetadas que se le adosan constituyen en conjunto el complejo arqueológico conocido como *Cerro del Berrueco*, entre los términos municipales de Puente del Congosto, Santibáñez de Béjar, El Tejado y Medinilla, es decir una parte dentro del territorio



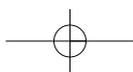


provincial de Salamanca y otra, menor, de la de Ávila. De todos los momentos culturales allí representados, sólo en uno de ellos la cima del cerro fue elegida como emplazamiento de un poblado, que se extiende también por la ladera sur hasta la base, donde se supone que se habitó o se aprovechó también de alguna manera (figura 62).

Quien haya subido alguna vez a lo alto de este lugar, al punto denominado *Cancho Enamorado*, se preguntará sin duda por el interés que movió a los que lo eligieron para emplazar allí un lugar donde vivir. De ello da buena cuenta la diferencia de altura entre la base del cerro y el punto más alto. Hay una diferencia de altitud de 260 m.; la cara norte tiene una pendiente del 34% y todo ello sobre una enorme masa granítica cuyo proceso de degradación desde hace muchos miles de años le ha dado el aspecto especial e inquietante que le caracteriza. El ascenso es muy duro por cualquiera de sus caras, en especial por la norte. No hay apenas veredas, ni caminos, ni zonas más favorables para ascender, aunque sin duda debieron existir en otro tiempo, al menos cuando era habitado el poblado de Cancho Enamorado. Sólo por las caras sur-oeste y por la este, sin dejar de ser complicado el ascenso, puede ser algo más suave. Pero la dificultad que entraña su ascensión y su tránsito compensa con la gran belleza del lugar, salpicado de enormes y pintorescas rocas, a veces unas encima de otras en difícil equilibrio, con innumerables abrigos y covachas, conformando hoy un paisaje nada diferente al que se dio en la Prehistoria. La zona alta del Cerro del Berrueco es, por otra parte, una perfecta atalaya para dominar visualmente un extenso y bello territorio en todas direcciones. Este carácter de atalaya defensiva, majestuosa y prepotente sobre un entorno muy amplio, seguramente tiene mucho que ver con la decisión de instalar un poblado a tal altura y con tales dificultades.

Hacia mediados de los años 50 del siglo XX, el entonces catedrático de la Universidad de Salamanca Juan Maluquer de Motes, llevó a cabo excavaciones en lo alto del Berrueco, en la zona conocida como *Cancho Enamorado*, publicando una memoria de aquellos trabajos en 1958. A través del resultado de sus estudios conocemos hoy mejor lo que sucedió allí arriba hace 3.000 años. En lo alto, el cerro remata en una meseta en la que hay varias plataformas, todas ellas escoltadas por bloques graníticos de todos los tamaños, entre los que los habitantes del asentamiento ubicaron sus cabañas. Se ha dicho que además de todas las dificultades naturales que suponía el empinado acceso, la cima del cerro era coronada por una muralla, pero este detalle no ha sido ratificado. En alguna zona, por ejemplo en la norte, hay aparentemente derrumbes en los sitios de más fácil acceso, que de ser verdaderamente antiguos habrían sido, más que murallas, propiamente a modo de barbancas capaces de constituir impedimentos en el acceso y de provocar el desgaste del visitante incómodo.

Si todos los lugares reconocidos con restos de este momento, es decir la cima, la ladera sur, los inicios de la sur-este y el piedemonte sur implican gentes viviendo simultáneamente allí, tenemos que hablar de un extenso poblado, tal vez con bastantes habitantes para lo que parecía ser habitual en otros asentamientos similares.





El incendio devastador de Agosto del 2003 limpió El Berrueco completamente de vegetación dejando ver todas las huellas de la utilización del cerro a lo largo de los tiempos. En realidad un paisaje espectacular en el que se veía la intensidad de la vida económica de la zona a lo largo de los siglos, la escasez de los recursos y cómo, motivado por la necesidad, se obtenía un palmo de tierra allí donde era posible. Así las cosas el cerro se encuentra abancalado por casi todas partes. Lo que es difícil, sin llevar a cabo excavaciones, es conocer cuales de estas construcciones abancaladas corresponden a la Edad del Bronce y cuales a todos los tiempos que vinieron después. Puede que muchos de los bancales de la zona alta tengan su origen en los aterrazamientos de la Edad del Bronce para la construcción de las cabañas, otros es posible que fueran pequeñas parcelas en las que plantar cereal, como hicieron los habitantes de El Tejado hasta mediados del siglo XX.

Las excavaciones de J. Maluquer se centraron en la cima únicamente. La primera conclusión a la que llegó fue que aquel sitio sólo fue ocupado durante el final de la Edad del Bronce. Las investigaciones posteriores sin embargo remontan a tiempos más atrás la frecuentación del sitio, fuera como lugar de habitación o para otros usos. Maluquer identificó seis cabañas construidas al abrigo de los bloques graníticos. Eran cabañas circulares u ovals, con un diámetro en torno a 6 m, construidas con materiales muy básicos a base de entramados vegetales recubiertos con barro y con un pavimento de tierra apisonada o de barro. En realidad no se diferenciaban mucho de las que ya cobijaban a las gentes de la Edad del Cobre 1.500 años atrás en los poblados de esta misma zona citados en apartados anteriores. No en vano las gentes que habitaron en lo alto de Cancho Enamorado eran los herederos de aquellas primeras culturas productoras de esta comarca. No sabemos si fue la propia orografía del lugar o la misma despreocupación heredada de momentos anteriores, el caso es que no existió ningún tipo de urbanismo que ordenara las cabañas. Reconociendo con detenimiento el lugar, se aprecian, sobre todo en la alta ladera sur, numerosos espacios aterrazados que tal vez puedan corresponder a aquel tiempo, siendo el espacio creado y acomodado para la ubicación de las cabañas. Aparentemente así lo parece, aunque no puede descartarse que tenga que ver con los cultivos que se han dado allí hasta los años 40-50, desafiando a la dificultad de acceso y a la baja producción propiciada por la altura. Aún pueden verse los restos de dos eras circulares construidas con lanchas que servían para el trillado del cereal y que han levantado los furtivos ocasionales pensando que debajo de ellas había ridículos tesoros.

Entre los numerosos restos hallados en Cancho Enamorado destaca el hallazgo de un puñal de bronce en el interior de una de las cabañas y en otra, aparentemente escondido bajo el pavimento, un enigmático lote de hierros y bronce que constituye hoy una cuestión difícil de interpretar por cuanto que no se tienen evidencias claras del uso del hierro en la Cultura de Cogotas I. Puede que se trate de un uso muy antiguo del hierro, de un lote llegado allí como algo exótico desde otra zona (de ahí que pudiera ser escondido bajo el



Fig. 62. El Cerro del Berrueco. En su cima estuvo el hábitat de Cancho Enamorado.



Fig. 63. Cerámica con decoración excisa procedente de Cancho Enamorado.

suelo de la cabaña), cuando este metal era todavía algo raro, algo que llegaba sólo a determinados sitios y a individuos muy concretos. Podría ser, asimismo, que la ocupación de Cancho Enamorado hubiera perdurado hasta los tiempos en que el hierro empezó a llegar a la Meseta o podría ser también, que se tratara de un escondrijo de materiales procedentes del momento posterior, cuando ya la población se había trasladado a la base del cerro o era muy residual allí arriba. En cualquier caso el hallazgo de otro lote similar en el poblado abulense de Los Castillejos de Sanchorreja, en la fase del asentamiento que se corresponde culturalmente con Cancho Enamorado, inclina a pensar que tal vez a finales de la Edad del Bronce podrían haberse conocido los primeros hierros y no unos siglos más tarde como se ha estado creyendo hasta ahora.

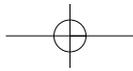
Pero si hay un elemento que ayuda como ninguno a identificar a este momento y a esta cultura meseteña del final de la Edad del Bronce, ese es la cerámica. La abundancia de vasos decorados permite hoy conocerla e identificarla bien. Ya fuera sobre cazuelas de diversos tamaños o sobre cuencos semiesféricos, los habitantes de Cancho Enamorado realizaban laboriosas y vistosas decoraciones, cuyos motivos les emparentaban con las culturas anteriores de esta misma zona, por ejemplo, con la que se dio en los momentos finales del Calcolítico e iniciales de la Edad del Bronce, en concreto con los llamados *vasos campaniformes* y sus cuidadas decoraciones incisas e impresas realizadas entre el 2500 y el 1800 a.C. Ello sin duda debe indicar una continuidad cultural entre los dos momentos, una evolución de las mismas gentes en el mismo territorio, aspecto éste de gran importancia.

Las cerámicas de Cancho Enamorado eran moldeadas a mano, con buena calidad, en pastas oscuras y bien cocidas, decorándose vistosamente muchas de ellas a base de líneas entrecruzadas, con aparentes espigas, triángulos invertidos, guirnaldas... etc. Pero si hay algún tipo de decoración por excelencia de esta cultura y de este momento sería la llamada *técnica del boquique*, técnica que ha tomado el nombre de una cueva en las inmediaciones de Plasencia, donde parece ser que se identificó por primera vez. Se trataba de crear una línea a base de aplicar la punta del punzón sucesivamente y de forma oblicua, encadenando unas punzadas a las otras. Con esa técnica decorativa se daba otra también definidora de esta cultura: la excisión. Consistía en la eliminación de parte de la pasta fresca de la cerámica en favor del motivo que estaba a su lado, resaltándolo de esa forma más. Además, la zona donde se había eliminado el barro era rellenada de pasta blanca o roja dando mayor contraste y colorido a la decoración. Dichas decoraciones cerámicas caracterizarán las cerámicas en toda la Meseta durante este mismo momento, irradiando incluso a algunos puntos distantes de la Península Ibérica en los que el ambiente cultural no era el mismo, algo que ha sido interpretado de diversas formas, como por ejemplo de trashumancias o también como evidencias del intercambio de mujeres, algo muy propio de los tiempos en los que se vivía.

Además de las vistosas cerámicas, Maluquer publicó otros hallazgos de gran importancia para la interpretación del yacimiento.

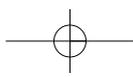


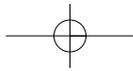
Fig. 64. Paisaje abrupto y rocoso en las inmediaciones de Cancho Enamorado.



Algunos de esos hallazgos procedían de encuentros casuales que en ocasiones los cazadores hallaban cada vez que las aguas del invierno o de las tormentas avivaban las cárcavas en El Berrueco. Junto con *asadores* de bronce y unas curiosas agujas con un extremo afilado y el otro enrollado, que pudieron haber servido para el pelo, hay un hallazgo de singular importancia que sirve para entender mejor el mundo de las relaciones a larga distancia que se dieron en este momento: se trata de una *fibula de codo*. Una *fibula* era el imperdible destinado a sujetar un manto o una capa. Se llaman *fibulas de codo* a determinados imperdibles de estos cuya particularidad estriba en que el arco que se superpone al alfiler, en lugar de ser continuo, forma una línea quebrada; el quiebro es el codo que define literalmente a la *fibula*.

Las primeras *fibulas de codo* aparecen en la Península Ibérica como consecuencia de la presencia fenicia y de su comercio mediterráneo. Su clara y estereotipada tipología las hace similares e inconfundibles. La presencia fenicia se dio en la costa levantina y en la andaluza, penetrando algo más hacia el interior en la zona de la desembocadura del Guadalquivir, donde la mezcla de la cultura indígena existente y la influencia de lo fenicio, más adelantada, potenció la riqueza minera y la utilizó como trampolín para constituir una importante cultura, la tartésica, cuyo renombre parece que llegó hasta los escritos de la Biblia. La posición de esta cultura en el bajo Guadalquivir la ponía de alguna manera en disposición de influenciar a los territorios inmediatos. Uno de esos territorios es la ruta de norte a sur que más tarde sería bautizada como Vía de la Plata y que, como ya hemos dicho, era la forma de comunicación de Extremadura y la Meseta Norte por el oeste. Todo ello quiere decir que piezas como la *fibula de codo* hallada en El Berrueco, cuya procedencia es inequívocamente a partir del comercio fenicio, debió llegar por esa vía desde Oriente Medio. El comercio fenicio parece que no fue intenso en estas tierras de la Meseta hacia el final del Edad del Bronce, o por lo menos no lo fue con la intensidad que lo era en las tierras andaluzas. Aquí llegaban productos, ya fuera de manera directa a través de mercaderes, de forma secundaria a través de trashumancias ganaderas, por conflictos, alianzas tribales... etc., a partir del hecho de que Tartessos se iba convirtiendo en un foco cultural que irradiaba su influencia fuera del territorio propio. Cancho Enamorado y Tartessos pudieron haber coincidido cronológicamente en algún momento, lo cual sería la causa de la presencia de la *fibula*. Lógicamente tierras como las del interior, con un componente claramente indígena, menos propicias por su posición a los contactos con las zonas más civilizadas del Mediterráneo y también menos *modernas*, eran más susceptibles de ser influenciadas por territorios y culturas más a la última. Este hecho haría que productos llegados a la zona de Tartessos y siempre con un carácter exótico, fueran difundidos a través de antiguas rutas relacionadas con la ganadería. Y sin duda serían las élites, los pequeños grupos de poder que controlaban poblados como Cancho Enamorado, los destinatarios de estos y de otros productos de lujo que contribuían a marcar formalmente las diferencias y a buscar la forma de afianzar el poder de los que ya lo

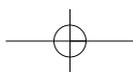


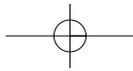


ostentaban. El caso es que hasta Cancho Enamorado llegaron productos como éste y otros muchos que se descubrirán algún día, intensificándose su comercio a medida que iban avanzando los tiempos.

Así, zonas como la Meseta, fueron incorporándose a una decidida apertura cultural que propició poco a poco el fin de un mundo tradicional, puramente indígena, legado de una evolución de muchos siglos, quedando en cierto modo más a merced de influencias venidas por vía continental y mediterránea, como veremos en la fase siguiente.

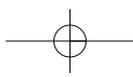
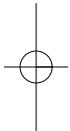
Hay una problema que sería interesante aclarar para entender mejor el importante yacimiento de Cancho Enamorado: ¿cuál pudo ser el motivo para que fuera elegido lo alto del Berrueco como lugar de habitación, un sitio expuesto a todos los inconvenientes que la altura plantea, desde los de tipo climático hasta los de pura comodidad?. La respuesta más simple sería que fue la seguridad la que les llevó a elegir ese lugar. No puede negarse esa posibilidad rotundamente, sobre todo si consideramos que otros poblados de ese mismo momento en zonas cercanas, como por ejemplo en los alrededores de la ciudad del Ávila (Los Castillejos, en Sanchorreja o Las Cogotas, en Cardeñosa) o en la zona de Alba de Tormes (La Mesa del Carpio y Carpio Bernardo) están asentados sobre lugares escarpados que implican dominio visual y también facilidad defensiva respecto al entorno. Algunos autores creen que estos poblados en lugares elevados obedecen al control de determinadas rutas muy frecuentadas. En este caso Cancho Enamorado pudo ser la referencia básica para el control de la ruta de acceso a la Meseta desde Extremadura, por más que no se encuentre al pie mismo del acceso principal. La referencia visual que es el poblado desde un amplísimo entorno, en el que se incluye la zona de paso a la Meseta por este lado, hace que ese protagonismo visual se tradujera en un protagonismo real: controlar la ruta. Los casos de poblados en altura son minoría respecto a los de llanura, que no muestran ninguna preocupación defensiva y que parecen sólo ocupados de buscar las tierras al lado de los ríos y arroyos para el desarrollo de una economía en la que el componente agrícola era fundamental. Esta dualidad en los tipos de asentamientos podría estar significando algún tipo de jerarquía entre poblados, jerarquía en la que Cancho Enamorado supondría preeminencia sobre otros de llanura que existen en su entorno. No será nada descabellado considerar la validez de esa hipótesis valorando las condiciones extremas del poblado de Cancho Enamorado. Sin duda no era necesario subir tan alto para organizar una buena defensa. Quizá se trataba, habiéndolo de una forma permanente o cíclica, de manifestar poder, a la vez que un sistema de seguridad acorde con la importancia de alguno de los personajes que tenían poder en la zona. El poblado de Cancho Enamorado sería una referencia visual para todos los poblados de una amplia zona, tratándose con ello y por ello, tal vez, de un centro de determinado poder, desde el que se administraban, irradiaban u ordenaban ciertos aspectos de la vida de las gentes del final de la Edad del Bronce en la zona de la comarca de Béjar y los vecinos valles del Tormes y Corneja, que tienen siempre como referencia visual este impresionante cerro.

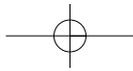




En Cancho Enamorado habitó una sociedad pastoril que sabía de conflictos bélicos y de élites guerreras, que manifestaban su poder haciendo alardes de sus armas y ostentaciones y de los bagajes asociados a ellas. Sabemos por vecinos suyos –los habitantes de la alta y baja Extremadura un poco después– que el carro era conocido, que utilizaban escudos, espadas largas con puntas afiladas e instrumentos musicales. Estos primitivos extremeños a veces marcaban sus territorios con grandes lajas de piedra, en las que grababan muy estilizadamente a un guerrero con todos sus atributos, sin duda un deseo de ostentación, de poder y una forma de infundir temor, parecido, aunque con otra tipología a la estatua-menhir hallada en Valdefuentes de Sangusín, de la que ya hemos hablado. Tal vez estas grandes piedras eran, además de marcas territoriales, las tumbas de esos jefes. Los contactos entre vecinos a través del camino natural que luego sería la Vía de la Plata debe hacernos suponer que las gentes de nuestra comarca se encontraban en un estadio tecnológico similar, estadio tecnológico en el que la metalurgia del bronce tuvo su máximo impacto. El hecho de que todas esas piezas o casi todas –espadas, hachas, hoces, puñales– tuvieran una tecnología y tipología similares en lo que es la mitad atlántica de la Península Ibérica, indica con claridad la frecuencia de los contactos que debían darse entre zonas. Incluso la similitud con las armas y herramientas que aparecen en los poblados ingleses e irlandeses y la costa atlántica francesa, son un claro exponente de los contactos organizados que existían entre tierras alejadas. Estamos en un momento en que la frecuencia y la intensidad de los contactos es máxima y no será más que el principio de lo que va a suceder en las etapas sucesivas.

Con los datos que tenemos hasta el momento y observando detenidamente la orografía del lugar, tal vez podamos acercarnos a una reconstrucción del poblado de Cancho Enamorado hacia el año 1000 antes de nuestra era. La presencia masiva y frecuente de roquedal granítico imposibilitaba el urbanismo, por tanto las cabañas surgían allí donde era posible construirlas, al amparo y abrigo de rocas, en zonas más abrigadas respecto del norte. Por doquier en las mesetas que conforman el cerro y en la ladera Sur, surgirían, humeantes, pequeñas cabañas circulares, construidas a base de mampostería y mantenido de barro, con el techo de entramado vegetal de piornos dispuestos de forma que hicieran impermeable el interior. Previsiblemente, como sucedía en los poblados de la Edad del Cobre mil años atrás, las cabañas tendrían un área de influencia inmediata en la que habría otras construcciones, por ejemplo para guardar la leña (indispensable para el hogar), como zona de taller o donde tener, cercanos, determinados animales domésticos. Aunque el poblado debió estar concentrado en la zona alta o por lo menos allí estarían las construcciones más importantes, en la ladera que mira hacia el sur debió haber también un cierto número de cabañas. Lo dicen los restos que aparecen en esas zonas. El abrigo debió ser un factor tentador, aunque estuvieran menos protegidas estratégicamente en caso de peligro. El poblado tuvo que estar bien organizado para funcionar, ya que las dificult-

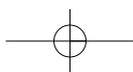




tades que su orografía plantea tenían que ser solventadas suficientemente. Por ejemplo, tuvo que existir una zona en la que guardar el ganado. Sin duda esto tuvo que ser algo indispensable. La observación detenida de las condiciones del cerro en la zona más alta permite advertir una explanada favorable en la zona norte, antes de la caída casi vertical que supone la ladera por este lado. Debidamente acondicionada la explanada con una cerca sencilla, sería un buen lugar para esa necesaria logística cuando fuera preciso echar mano de ella.

Hay otro dato curioso que posiblemente sirva para entender algo de las creencias. En lo más alto de Cancho Enamorado existió hasta los años 40 o 50 del siglo XX una ermita dedicada a San Cristóbal a la que acudían en romería el día correspondiente los habitantes de los pueblos vecinos, con el fin de mezclar el hecho religioso con la fiesta y todos los componentes asociados a ella que tan peculiar y típicamente han definido a este tipo de rituales festivos. Sin duda la ubicación del templo cristiano no es casual ni de nueva fundación. Muchas de las ermitas actuales tienen su origen, miles de años más atrás, en templos o lugares sagrados venerados antes del cristianismo. La orientación religiosa de los pueblos nunca ha sido definitiva. A lo largo de los tiempos ha variado, se ha transformado por vocación propia de los pueblos o ha sido impuesto el cambio, pero ninguna religión ha sido eterna hasta ahora. Posiblemente en el lugar donde se alzó la ermita cristiana de San Cristóbal, hasta que un rayo la destruyó por los años 50 del siglo pasado, existió muchos antes un templo destinado a venerar determinada divinidad de aquel tiempo. Con el abandono de Cancho Enamorado hacia el 900 antes de nuestra era, la pervivencia del culto continuó en los poblados que surgieron, ya en la Edad del Hierro, en la base de El Berrueco. Cuando un lugar es sagrado difícilmente se abandona su memoria y el culto que en él se profesa. Eso debió suceder en la *Casa del Santo*, que es como se conocía hasta hace poco al lugar en los pueblos cercanos. Posteriormente, cuando fue romanizada esta zona de la Meseta, sería una divinidad romana equivalente a la indígena la que ocuparía su sitio, como sucedió en muchos otros lugares similares. Y, finalmente, cuando el cristianismo terminó por sustituir al paganismo romano, sitios como éste hubieron de ser cristianizados sustituyendo la advocación de un dios pagano por uno cristiano. Y así permaneció hasta los años 40-50 en que un rayo destruyó la ermita y el culto, permaneciendo el significativo topónimo de *La Casa del Santo*. Hoy en ese lugar no queda otra cosa que algunos restos de tejas correspondientes a la cubrición de la ermita en el punto más alto posible. Rodeando a esta roca se aprecia una cerca construida con grandes piedras que delimita y corona esta zona del cerro. Tal vez sean las huellas del espacio sagrado que fue el primero en conocer cultos y ritos en el lugar.

Nada sabemos de las costumbres funerarias de este momento en nuestra comarca. Cancho Enamorado no ha dado ningún dato al respecto. En realidad son bastante raros los testimonios funerarios de la Cultura de Cogotas I en toda la Meseta Norte. Se sabe que la frecuencia de restos en los dólmenes correspondientes a este tiempo po-





dría estar indicando que estos eran aún utilizados como lugares sagrados y simbólicos, si no lo eran también funerarios para determinados personajes. Como en las etapas precedentes, no parece que todos los individuos, fuera por la causa que fuera, tuvieran acceso a enterramientos. Por alguna razón desconocida sólo algunos individuos eran enterrados, de la mayoría nada sabemos. Puede que los cuerpos fueran quemados, abandonados en osarios colectivos al aire libre para que fueran comidos por los carroñeros, arrojados a las aguas... Muchas tribus primitivas creen que tras la muerte, una vez que el espíritu ha abandonado el cuerpo, éste no tiene ya demasiado valor, por lo que puede ser desestimado sin más, salvo que ese cuerpo cumpla una función social que deba perpetuarse, entonces es cuando un monumento destacado en el paisaje, una referencia visual de su memoria sirve para evocar y conmemorar el poder y la influencia de ese personaje en la sociedad en la que viven sus sucesores, que con ello se benefician de la posición de privilegio de ser sus descendientes.

Cancho Enamorado es el único poblado de este momento hallado por ahora en nuestra zona. Seguramente no hubo muchos más en la comarca o fueron de mucha menor entidad, de lo contrario tendríamos algún indicio para haberlos reconocido. Una cerámica decorada con la mencionada técnica de Boquique hallada superficialmente en el yacimiento de El Risco, en Santibáñez de Béjar, yacimiento citado como testimonio de la Edad del Cobre, parece indicar una ocupación allí, aunque al parecer de pequeña entidad.

5.3.2. Otros indicios del final de la Edad del Bronce en la comarca de Béjar

Hay que señalar, por otra parte, determinados hallazgos que indican el trasiego de las gentes del final de la Edad del Bronce y de los inicios de la Edad del Hierro por esta comarca. Un ejemplo de ello es el hallazgo casual de varias hachas de bronce de las llamadas de *talón y anilla* (por lo destacado del talón trasero y la presencia de uno o dos apéndices perforados o anillas para la fijación en el mango) en las inmediaciones del pueblo de Cristóbal, cuando hacían una carretera a principios del siglo XX. Hoy se encuentra una de ellas en la colección de los herederos de don Juan Muñoz. No sabemos por qué estaban en ese lugar las hachas, ya que no se conoce ningún poblado de ese tiempo en los alrededores. El trasiego de gentes en la prehistoria por los lugares no siempre deja huellas visibles capaces de ser detectadas con el tiempo, o están demasiado enmascarados. Ocupaciones breves, expediciones a la búsqueda de determinadas materias primas o productos, rutas comerciales, viajes de índole ritual o religioso... no dejan muchas huellas, y sin embargo debieron ser de gran importancia y trascendencia en aquel tiempo. Una muestra de esto debe ser el hallazgo de Cristóbal. Seguramente se trataba de un escondrijo de bronce no recuperado, algo que parece frecuente en otras zonas montañosas meseteñas, como por ejemplo la del Bierzo en la provincia de León. El hecho de que aparecieran al reformar la carre-



Fig. 65. Cancho Enamorado, en el Cerro del Berrueco. Una atalaya con dominio visual en un amplio territorio.

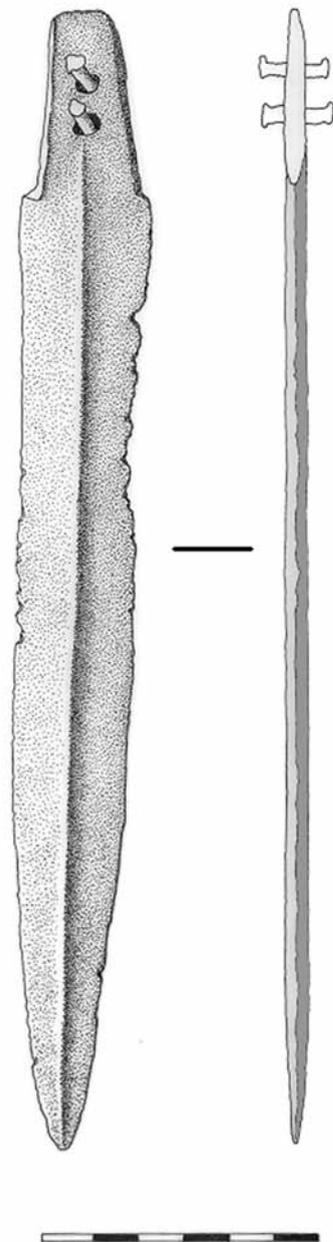


Fig. 66. Puñal de bronce hallado en una de las chozas excavadas en Cancho Enamorado.

tera –con seguridad un antiguo camino en origen– podría estar significando la ocultación de piezas en lugares seguros por parte de primitivos mercaderes que se movían transportando sus mercancías y que dejaban pequeños depósitos en sitios seguros para evitar perder ante circunstancias adversas todo lo que llevaban. Tal vez, también, estuvieran en un sitio sagrado, constituyendo alguna forma de ofrenda. Otra de estas hachas apareció en algún sitio en el término de Los Santos, en los límites de la comarca de Béjar.

Además del hallazgo aislado de Cristóbal hay otro, también muy curioso por el lugar de su aparición: se trata de un hacha de bronce muy simple encontrada casualmente a principios de los años 80 al hacer la carretera entre La Hoya y La Covatilla. No sabemos cómo es que llegó hasta allí, puesto que no se encontró dentro de un yacimiento arqueológico. Alguien debió perderla en aquel paraje más de 3.000 años atrás. La altura a la que apareció sugiere, en primer lugar, la presencia de gentes en sitios que no son muy aptos para la vida corriente, sobre todo cuando hay otros más favorables y no existe una presión demográfica que lo obliga, como parece que no existió en este momento en la comarca de Béjar. Pero muchas costumbres de entonces se nos escapan. Hace algún tiempo en el valle austriaco de Ötzi, cerca de Innsbruck, en la frontera austro-italiana, apareció el cuerpo de un hombre prehistórico que había permanecido congelado desde unos miles de años atrás. Aunque sigue siendo enigmática su presencia en un lugar tan inhóspito, puede que haya que interpretarlo como un suceso motivado por alguna costumbre religiosa o ritual, puesto que no parece habitual realizar alguna actividad productiva a tal altura y en un medio nevado como el que tenía que existir para que nada más morir quedara el cuerpo cubierto de nieve y congelado. No es más que una hipótesis entre otras muchas posibles pensar en la posibilidad de un suceso parecido para explicar la aparición del hacha de La Covatilla. Las montañas han ejercido una gran atracción siempre en las poblaciones prehistóricas, como tantos otros fenómenos naturales. El carácter sagrado de muchas montañas llevaba a organizar expediciones a ellas con objeto de colmar las exigencias de las divinidades que se creían moradoras de esos sitios, incluso como ritos de iniciación. Puede que alguna relación con lo anterior tenga la presencia del hacha, ya que no parece muy probable que se llevaran a cabo expediciones a lugares alejados de los puntos de habitación con fines habituales, es decir talas de árboles, caza de subsistencia... Aunque no pueden descartarse batidas de animales peligrosos para los intereses de los habitantes de una zona o cacerías con algún cometido simbólico, de osos por ejemplo, puesto que animales de estos debía haber en parajes como el que apareció o cercanos.

Este tipo de artefactos de bronce, junto con espadas, hoces, puñales (como el hallado en Cancho Enamorado en una de las cabañas excavadas por J. Maluquer) fueron utilizadas en toda la fachada atlántica, desde Irlanda hasta el sur de Portugal.

Tal vez fuera en este momento cuando se inició la ocupación del cerro en el que se encuentra la ciudad de Béjar. No hay ningún

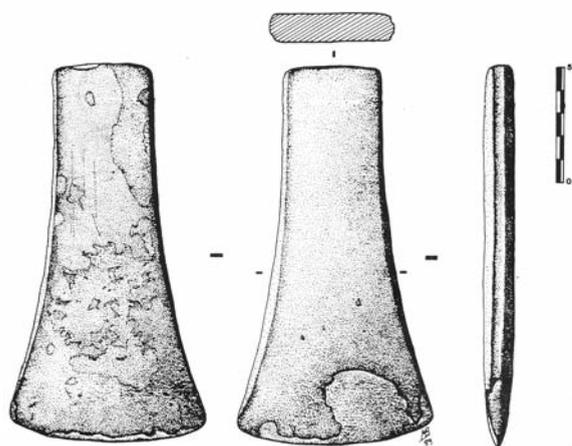
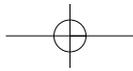


Fig. 67. Hacha hallada en las inmediaciones de La Covatilla (según Jiménez Árias y Martín, 1988-1989).



testimonio directo que lo haga ni siquiera suponer, sólo la propia configuración del sitio (escarpado, abrupto, alto, rocoso). Ni siquiera sabemos si constituyó un castro prerromano, como luego veremos, aunque responda también a las características físicas de los habituales castros vettones prerromanos del final de la Edad del Hierro. La falta de investigación, pero también de datos donde se ha vigilado el interior de la tierra, es la causa de que no sepamos si todo empieza en el final de la Edad del Bronce o fue después.

5.3.3. *El fin de Cancho Enamorado y el principio de otros tiempos*

No se sabe cómo fue el final de Cancho Enamorado. Sabemos por la tipología de uno de sus componentes culturales más característicos –las decoraciones de las cerámicas– que este poblado estuvo ocupado en los últimos momentos de la Edad del Bronce, es decir que pudo alcanzar los momentos de la transición a la Edad del Hierro. Buena parte de los asentamientos correspondientes al final de la Edad del Bronce en la Meseta ubicados en lugares altos, serán abandonados sin que se adviertan elementos propios de lo que va a ser la fase siguiente.

Sabemos que desde los inicios del primer milenio penetran decisivas influencias por el nor-este de la península llegando hasta el valle del Ebro. Todo ello mientras se vivía en Cancho Enamorado. Esas influencias venían del centro de Europa y suponían la extensión hacia el sur-oeste de culturas de gran proyección e importancia. Podríamos decir que se trataba de una serie de innovaciones culturales que en muchos casos pudieron venir acompañadas de aportes humanos. Quizá el avance o la influencia de estas gentes y/o de estos nuevos patrones culturales sean los responsables del fin de una cultura que era la consecuencia evolutiva de un patrón cultural nacido al final del Neolítico, evolucionando paso a paso durante 3.000 años sobre un mismo territorio. El caso es que con el fin de la cultura de Cogotas I, la que corresponde a Cancho Enamorado, se inicia otro tiempo en el que una de las renovaciones importantes o por lo menos más llamativas, va a ser la de la decoración de las cerámicas. Aquellos motivos recargados a veces hasta el exceso, utilizando técnicas muy particulares o las propias formas de las cerámicas, serán sustituidas radicalmente por algo completamente nuevo que supondrá el inicio de la Edad del Hierro, hacia el año 900-800 a.C. Y de esa forma aquel poblado majestuoso y agreste de las alturas, el que sin duda causaba respeto desde todo el entorno, del que harían ostentación sus habitantes por su jerarquía respecto a los del entorno, fue abandonado. Puede que por la fuerza, como supuso algún autor, o tal vez cuando se fue instaurando un nuevo ambiente en el que los valores, las bases sociales o puede que las económicas, fueran otras, vivir en aquel lugar ya no tenía el mismo sentido que tuvo cuando fue elegido para organizar el poblado. La historia de las gentes está hecha de innumerables testimonios, de esa manera se asciende y se cae, se renace después o se desaparece, ningún sitio parece que sea eterno.



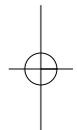
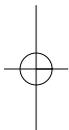


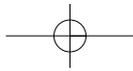
6. LA EDAD DEL HIERRO

Algunos autores hacen coincidir el final de la Edad del Bronce y el principio de la Edad del Hierro con un cambio climático muy significativo a mediados del siglo VIII a.C., cuando comienza en periodo llamado Subatlántico, en el que la temperatura media podría haber descendido en 2°, provocando por tanto un ambiente más frío que sólo se suavizará en los siglos siguientes. Aunque este proceso climático es más intenso en el centro de Europa, en la Península Ibérica debió dejarse sentir con claridad. Sin duda zonas altas y montañosas como la comarca de Béjar tuvieron que verse afectadas directamente por el cambio climático. Tal vez el paisaje de zonas como la del entorno de Béjar se convirtieran en lugares más abiertos, con menos vegetación.

Culturalmente se producen ahora una serie de transformaciones que venían anunciándose ya en el final de la Edad del Bronce y que habían ido calando más en las zonas periféricas de la Meseta como consecuencia de la llegada de decisivos contactos. El desarrollo de los centros de influencia mediterráneos será vital, así como la paulatina extensión de otras ideas nuevas que llegarán por vía continental desde el centro de Europa. La Península Ibérica entrará, más que nunca lo había hecho antes, en una red de influencias e intercambios comerciales a larga distancia que van a ser los responsables de grandes transformaciones de todo tipo, desde las tecnológicas, con el uso novedoso del hierro como material poco menos que revolucionario, hasta la aparición de nuevos sistemas sociales propiciados y amparados por cambios en el modo de producción y en un aumento demográfico. Aparecerán sociedades fuertemente jerarquizadas, en las que el poder será ostentado por individuos pertenecientes a grupos dominantes. Este nuevo orden, cuyas bases nacen en el final de la Edad del Bronce, tendrá un gran impulso en el primer tramo de la Edad del Hierro (se la conoce como *Edad del Hierro I*) culminando definitivamente a partir del siglo V a.C. durante la llamada *Edad del Hierro II*, en las que estas tierras aparecen en las crónicas romanas como ocupadas por el pueblo vettón. Hoy los historiadores admiten que buena parte de la responsabilidad de las transformaciones culturales que se dieron al inicio de la Edad del Hierro se deben a un proceso de indoeuropeización, más intenso o menos según las zonas, por el que la península Ibérica adquirirá una nueva idiosincrasia. Pero el desigual calado de las influencias externas según las zonas, las particularidades concretas de las influencias y el grado de la aculturación que se produjo, también según los lugares, será el responsable de la situación que irá acrecentándose a lo largo de los siglos VIII, VII y VI para dar, a partir del 450 a.C. aproximadamente, el mosaico cultural y étnico que va a ser el paisaje de fondo de la etapa inmediatamente anterior a la conquista romana.

Zonas limítrofes a la comarca de Béjar presentan a partir del siglo VIII a.C. un tiempo nuevo en el que determinados elementos de la cultura material de los poblados se verá sustituida por otros. En el centro del Valle del Duero o en zonas algo más a desmano





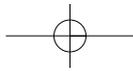
como Ledesma, se ha comprobado que la sustitución cultural implica también a aspectos como el doméstico: se construyen ahora cabañas de adobe, de forma circular, con bancos corridos interiores y con las paredes pintadas. La manera de decorar la cerámica es sustituida drásticamente por otras formas que no se le asemejan a las anteriores, ni parecen ser consecuencia de ellas. Esas evidentes novedades han dado origen a diversas especulaciones sobre gentes venidas del centro Europa, que serían las responsables del cambio. Otros autores, sin negar que se pudieran haber producido movimientos de gentes, apoyan la idea de que estos no fueran de gran intensidad, aunque su influencia innovadora supondría tal progreso ante una cultura ya desgastada, que la sustituyó casi de inmediato.

Poco podemos decir por ahora sobre la Primera Edad del Hierro en la comarca de Béjar. La falta de investigaciones en los poblados situados al pie del Cerro del Berrueco impide contar con las precisiones necesarias para definir lo sucedido. En el entorno inmediato de la ciudad de Béjar, propiamente del momento que va entre finales del siglo IX y el siglo VI a.C., no conocemos ningún testimonio seguro. Nada en la ciudad de Béjar nos indica, ahora tampoco, que hubiera población en un cerro tan estratégico como el que ocupa la ciudad, pero no sería nada extraño que lo hubiera habido y encontrarlo algún día.

Donde es más previsible que continuara la vida sin interrupción es en las inmediaciones del Cerro del Berrueco, en el poblado de *Las Paredejas*, también llamado de *Santa Lucía*, dentro del término municipal de Medinilla. Allí, determinados hallazgos cerámicos y algunas fíbulas hacen sospechar que al abandono de Cancho Enamorado pudo seguirle la ocupación de este sitio, al pie mismo del cerro, en un lugar de fácil acceso, más cómodo en todos los sentidos que aquel. Sin duda fueron ya otros tiempos, y los criterios para ocupar aquella cima escarpadísima ya no eran los mismos que inmediatamente después. Los hallazgos en las inmediaciones de Alba de Tormes, de Ledesma y de las cercanías de Piedrahita, semejantes a los que se han producido en Las Paredejas, implican directamente a este poblado en el momento del que estamos hablando y seguramente, que de una forma sustancial. Algunos fragmentos de cerámicas pintadas en tonos amarillos y rojizos propias de este tiempo hallados en Las Paredejas, además de ciertas fíbulas y otros artefactos y adornos, son los únicos testimonios que lo apoyan por ahora.

En cualquier caso lo que interesa resaltar es que esta comarca no debió quedar al margen de la apertura que se vivía y menos aún cuando su posición geográfica era propicia para el trasiego de gentes, y el consiguiente cambio paulatino con la llegada de nuevas influencias a través de la Vía de la Plata, que en este momento funcionará de una forma aún más decidida que lo hubiera hecho antes como ruta de comunicación entre Extremadura y la Meseta. Buena parte de Extremadura conocerá de forma directa la importante cultura de Tartessos, ahora en toda su plenitud, por lo que esta ruta y la proximidad de nuestra comarca a ella tienen que haber supuesto una relación importante que está por investigar.





6.1. ENTRE LOS SIGLOS VI AL II a.C.: LOS VETTONES PRE ROMANOS

Los historiadores denominan a esta época II Edad del Hierro o Protohistoria, por tratarse del tiempo inmediato a lo que consideran Historia, cuyo inicio será la conquista romana de la Península Ibérica y la introducción de la escritura como frontera tópica utilizada durante mucho tiempo para marcar lo que es Historia y lo que parece que lo fuera menos.

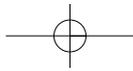
La II Edad del Hierro es en muchos aspectos un tiempo crucial. Supone la cristalización de la etapa anterior, en la que habíamos visto que se producía una sustitución cultural de suma importancia, promovida y alentada por las influencias externas que llegaban a la Península Ibérica. Será ahora cuando las sociedades tribales en evolución den paso a otras sociedades con una organización estatal, como se desprende de la forma en que los pueblos de la Península Ibérica van a relacionarse con cartagineses y romanos. Los nuevos tiempos tendrán entre las manifestaciones características de su complejidad el hecho de la fortificación de los poblados, ubicados siempre sobre lugares elevados, producto de una novedosa e interesante estrategia territorial y de la presencia de conflictos a una escala inaudita hasta ese momento. Es, pues, esta etapa aquella en la que en la que los antiguos hispanos, constituyendo un mosaico de pueblos, van a conocer la llegada de dos culturas decisivas a la Península Ibérica, máximas potencias occidentales del momento, los cartagineses primero y los romanos después, resultando sometidos por los segundos finalmente, tras dos siglos de paulatino avance conquistador. Antes de ellos fenicios y griegos habían sido los primeros en saber que esta tierra contenía materias primas que les interesaban poderosamente.

Al principio de la II Edad del Hierro la Península Ibérica parece configurada como un mosaico de pueblos, un interesante espectro que conocemos mejor gracias a las informaciones de los cronistas romanos, que, como los españoles mucho tiempo después, durante la conquista de América, dejaron escritas sus experiencias y visiones de forma que hoy podemos conocer mejor las costumbres, las circunstancias y los hechos. Ese gran mosaico de pueblos fue la consecuencia de todo el proceso anterior. Se agrupaban por etnias y posiblemente con una lengua particular, así como unidos por un origen mítico similar, aunque dentro de ellos cada castro, que es como denominamos a los asentamientos, fuera autónomo, constituyendo una ciudad-estado.

6.1.1. *Tierra de los vettones*

Nuestra zona queda incluida dentro de los pueblos de la Meseta cuyo territorio se repartían los vacceos, pelendones, berones, celtíberos, arevacos... y vettones. Geógrafos e historiadores romanos, como por ejemplo Estrabón o Tito Livio, dejaron escritas precisas descripciones sobre todos ellos que hoy nos ayudan a conocer aspectos muy interesantes. Según las crónicas romanas el pueblo vettón se extendía en una franja longitudinal de norte a sur que implicaba a las actuales provincias de Cáceres, parte de la de Toledo, la de Ávila





propios del pueblo vetón y dentro de él de los habitantes de las provincias de Ávila y Salamanca y en menor medida de los de parte de las provincias de Toledo, Cáceres y Zamora, con alguna débil proyección en Portugal. No se sabe bien cual fue el significado de estas esculturas, que comenzaron tallándose hacia el siglo IV-III a.C. prolongándose su talla y su utilización hasta el siglo III de nuestra era, aunque a partir de la conquista romana ya fue con fines funerarios, lo cual redujo su volumen.

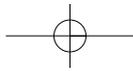
El hallazgo de estas esculturas en su fase pre-romana en contextos diferentes ha contrariado a los investigadores, que no han dado con la solución definitiva al enigma. Aparecen a veces en caminos o rutas ganaderas, a la entrada y dentro de asentamientos o a distancias prudenciales de estos e incluso en parajes un tanto perdidos y ajenos a poblados. Algunos historiadores creen que eran representaciones que protegían el ganado, otros que eran símbolos culturales que les identificaban y los hay también que sostienen la posibilidad de que significaran propiedades territoriales. Otras veces se sospecha su uso funerario toda vez que en época romana ese será el uso que se le dé como consecuencia de una prolongación en el tiempo de lo que hubiera sido antes. Lo que parece más claro es que toros y verracos de piedra definían la actividad económica del pueblo que los construía, en la que la ganadería fue su modo básico de subsistencia. En nuestra comarca, como veremos en su momento, hay testimonios en este sentido.

Los vettones fueron conquistados por los romanos oficialmente entre el 193 y el 139 a.C. que es cuando de forma global pierden la independencia lusitanos y celtíberos, aunque puede decirse que no será hasta las guerras civiles romanas, entre mediados y finales del siglo I a.C., cuando dé comienzo su lenta integración dentro de la estructura político-administrativa del imperio romano. Desde el 139 a.C. los vettones ya no combatirán ni independientemente ni aliados con otros pueblos contra los romanos, serán un pueblo dominado e incluso las circunstancias económicas propias de un territorio pobre como el suyo y, también, lo impuesto como *derecho de conquista*, obligarán a muchos de sus jóvenes a alistarse como tropas auxiliares de las legiones romanas, hecho reflejado en las fuentes, que citan por su renombre un ala de la caballería compuesta por soldados mercenarios vettones, de los que se dice que sus caballos eran también famosos por su valía. Antes de eso los vettones habían participado en otros conflictos bélicos, como el que tuvieron con los cartagineses, que atravesaron una parte de su territorio castigando a algunas de sus ciudades, por ejemplo Salmántica, la actual Salamanca, sitiada por Aníbal hacia el 220 a.C. A Salmántica Aníbal debió llegar a través de la que luego sería la Vía de la Plata, cruzando por tanto nuestra comarca a través del valle de Sanguisín.

6.1.2. Los vettones de la comarca de Béjar

Hasta aquí he expuesto una idea general sobre el pueblo vetón con el fin de situar el ambiente general que les rodeó y en el que se desarrollaron. A partir de ahora seguiré definiendo sus particula-





ridades pero centradas en los testimonios concretos que han quedado de su paso por esta comarca. No hay muchos pero los que hay son decisivos e ilustran bien lo que fue la segunda fase aquí de la Edad del Hierro.

Que sepamos con seguridad, hasta el momento sólo hay tres yacimientos que constituyeron en su día tres poblados. Dos de ellos se encuentran en la base del omnipresente Cerro del Berrueco, se trata de Los Tejares, perteneciente al municipio de El Tejado y Las Paredejas o Santa Lucía, en el de Medinilla. Uno al sur-este y el otro al norte del Cerro del Berrueco, pero ambos al lado de su base. El tercer yacimiento está en lo alto del cerro de La Corvera, lugar ya mencionado cuando se abordó el Neolítico y la Edad del Bronce. Los dos primeros constituyen sendos poblados con una ocupación larga en el tiempo, el de La Corvera, en cambio, parece una ocupación temporal, seguramente relacionada con algún acontecimiento determinado que se produjo ligado al Camino de la Plata. Cuestión interesante al margen es el caso de Béjar, del que se han dicho muchas cosas, aunque hoy por hoy muy poco puede atestigüarse al respecto que no sean hipótesis con más o menos visos de resultar acertadas. Más adelante dedicaremos un apartado a analizar este aspecto concreto.

Como ya se dijo en páginas anteriores, el origen del poblado de Las Paredejas o Santa Lucía hay que ligarlo a la despoblación de Cancho Enamorado en los finales de la Edad del Bronce e inicios de la Edad del Hierro, aunque no esté constatada con claridad toda la cadena de enlaces. La falta de investigaciones en este importante poblado impide ratificar tal hipótesis con pruebas evidentes. Lo más probable es que a partir de la despoblación de Cancho Enamorado surgiera, sobre las mismas bases económicas, fundamentalmente ganaderas, que habían mantenido a aquel, un nuevo poblado al que llegaron con más contundencia las nuevas corrientes que habían irrumpido en la Península Ibérica, propiciando el fin de la Edad del Bronce a favor de un tiempo nuevo. Este poblado fue evolucionando poco a poco hasta llegar al siglo VI-V a.C. en que como todos los semejantes de la Península Ibérica conocieron un tiempo y una evolución máxima que llegará a su máximo exponente en los siglos IV-III a.C. Fue pues en ese tiempo cuando surgió allí lo que ha dado en llamarse un *castro*, que no era otra cosa que un asentamiento del final de la Edad del Hierro, situado en un lugar favorable y fortificado.

Las investigaciones arqueológicas en el poblado de Los Tejares, al otro lado del Berrueco, han sido escasas, pero de más calado que las de Las Paredejas. Por las breves excavaciones practicadas allí a principios del siglo XXI por Óscar López y a través de la tipología de las numerosas piezas conocidas a través de hallazgos casuales al cultivar los campos, parece que su origen no fue tan antiguo como el de su vecino. Es posible que surgiera paralelamente a la última etapa de Las Paredejas, a partir del siglo III a.C., teniendo su apogeo después de la conquista de esta zona por los romanos, es decir durante los siglos I a.C. al I d.C. Hoy Las Paredejas y Los Tejares son sólo campo, nada visiblemente hace pensar que allí existieron dos poblados, seguramente fortificados, que conocieron un sinnúmero de sucesos de gran importancia, como por ejemplo, la llegada, los avatares

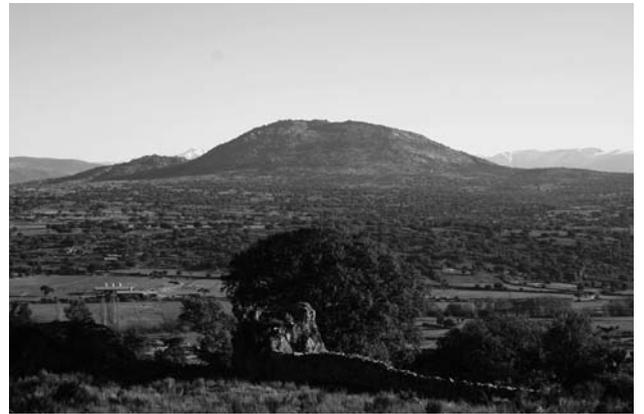
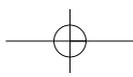
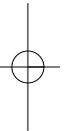
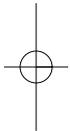


Fig. 70. El Cerro del Berrueco desde el nor-oeste.



de la conquista y el consiguiente dominio de los romanos. Nada que no sean algunos fragmentos de cerámica, testimonio de los desechos producidos durante bastantes siglos de habitación, atestiguan allí tanto trasiego histórico y tanta vida esfumada en el tiempo y sólo rastreable de una forma muy genérica a través de la investigación arqueológica.

6.1.3. *Los Castros de Las Paredejas y de Los Tejares (Medinilla-El Tejado)*

El nombre de *Las Paredejas* es ilustrativo de lo que los agricultores de Medinilla y El Tejado encontraron en ese lugar cuando ya hacía bastantes siglos que había sido abandonado el poblado de la Edad del Hierro que allí existió. Con seguridad este topónimo tiene relación con las alineaciones de piedras que encontraban al labrar el campo y que no eran otra cosa que los restos de los muros de las casas arruinadas con el tiempo que constituyeron el poblado. A pesar de ser terrenos pobres, esos mismos campos han sido, intensamente cultivados de tal manera que ha desaparecido toda huella visible de la causa que motivó el topónimo. La intensa parcelación que desde la Edad Moderna ha conocido esa zona demandó mucha piedra para la construcción de cercas, propiciando con ello la desintegración de las ruinas visibles, que tiempo antes habían sido paredes ruinosas, en realidad *paredejas*, como las denominaron los campesinos que las encontraron, o hallaban al cultivar. También se conoce al lugar como *Santa Lucía*. Este topónimo es posible que tenga su origen en la cristianización de algún templo pagano existente en el asentamiento que se mantuvo en pie no mucho tiempo después de cristianizado, puesto que no queda otra cosa que el topónimo, ni siquiera el recuerdo lejano de su existencia. Es decir algo similar a lo que vimos para la ermita de San Cristóbal en lo alto de Cancho Enamorado, aunque en este caso se mantuvo el culto hasta mediados del siglo pasado.



Fig. 71. El poblado de las Paredejas en la base norte del Cerro del Berrueco.

El topónimo *Los Tejares* también es significativo de lo que los agricultores de El Tejado hallaban al cultivar las tierras. Ellos identificaron como *tejas* y *tejones* a la multitud de fragmentos cerámicos y de ladrillos de barro que aparecían al cultivar y que son la prueba irrefutable de que allí se vivió durante mucho tiempo.

Prácticamente todos los poblados habitados de este momento estaban fortificados. El monumental conjunto de castros en la zona oeste de la provincia de Salamanca, lindante con Portugal, así como el importante foco vettón en el entorno de la ciudad de Ávila, lo dejan claro. Las murallas eran una forma de defensa en caso de problemas bélicos, pero también una forma de inhibición para quien pudiera concebir alguna idea poco amistosa. Por lo tanto, Las Paredejas, como también sucedería con Los Tejares, estarían dotados de una muralla o de varias, algo patente incluso en los castros más pequeños. Pero sucede que no hay huellas visibles de ello, como tampoco las hay de los frecuentes fosos y de los siempre presentes *campos de piedras hincadas*, que eran construidos delante de las puertas como obstáculo para quien osara acercarse y atacar los puntos más vulnerables del castro. El padre Morán recogía en su publicación sobre el



Cerro del Berrueco una antigua creencia de los actuales pueblos limítrofes en la que se aseguraba la existencia de una muralla rodeando todo el cerro, algo imposible de admitir, entre otras cosas porque lo que era preciso proteger eran las dos zonas puntuales donde se encuentran los castros que estamos tratando. Un esfuerzo tan colosal no parece justificado. Pero sí es posible que, como todas las leyendas, tenga algún atisbo de realidad y ésta esté en la existencia de restos de muralla en las zonas de Las Paredejas y Los Tejares, e incluso que pudiera haber habido fortines en determinados puntos como avanzadillas de los poblados, reducidos después a grandes amontonamientos de piedras, induciendo a pensar que se trataba de murallas también. Aunque los campesinos del lugar no lo vieran, la fantasía popular seguramente unió unos y otros puntos y construyó la teoría de la muralla perimetral al cerro escuchada por el padre Morán.

Ambos poblados estaban sobre plataformas más o menos horizontales, algo elevadas sobre el entorno, que facilitan su preeminencia sobre el paisaje circundante y con ello su defensa natural, reforzada, además, con murallas bien adaptadas a las condiciones puntuales del terreno. Lo importante era no ponerlo fácil a nadie, ni a los propios vecinos, con los que muchas veces surgían problemas y ni mucho menos a las dos grandes potencias del momento que venían acercándose amenazadoramente: los cartagineses primero y los romanos después.

El padre Morán, hacia 1920, llevó a cabo algún tipo de trabajo arqueológico poco concretado, al menos en Las Paredejas, del que no han quedado otra cosa que noticias a partir de los restos que recuperó excavando y también de algunos de los objetos que le mostraron los campesinos de la zona, procedentes de hallazgos casuales al labrar los campos. Después de eso las investigaciones que se han hecho han sido a partir del reconocimiento superficial de ambos yacimientos y de determinados hallazgos que sirven en líneas generales para concretar el tiempo y el nivel que conoció el poblado. El cultivo de los campos de Las Paredejas y Los Tejares desde la Edad Media ha puesto al descubierto un ingente número de piezas arqueológicas, que a la vez de aportar datos independientes también han supuesto un grave deterioro del yacimiento y un ingente saqueo, reduciendo la capacidad futura para ser estudiado. Los arados paulatinamente han destruido construcciones domésticas y, por lo menos en Las Paredejas, también, toda o buena parte de la necrópolis de incineración, el ritual que sabemos se practicaba con los muertos. En los museos de Salamanca y Ávila existe un gran número de objetos de este lugar que ayudan a definir su trayectoria. Otros muchos, desgraciadamente están en manos de coleccionistas particulares, aún siendo estas piezas, por herencia cultural, Patrimonio Histórico de todos.

A fíbulas (imperdibles para sujetar las capas), anillos, apliques de todo tipo, pulseras, pendientes, agujas, colgantes, figuritas votivas y armas de hierro, se unen piezas de otro tipo, como cuentas de collar azules y verdes fabricadas en pasta vítrea, vasos cerámicos lisos y decorados e incluso piezas de oro, como es el caso de una arracada

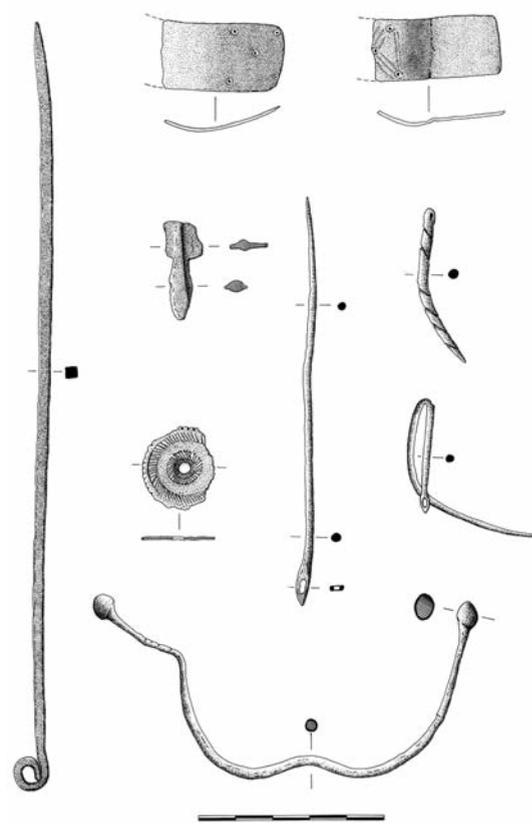


Fig. 72. Las Paredejas. Agujas, pulsera, fragmentos de brazaletes y adornos procedentes de la necrópolis del castro.

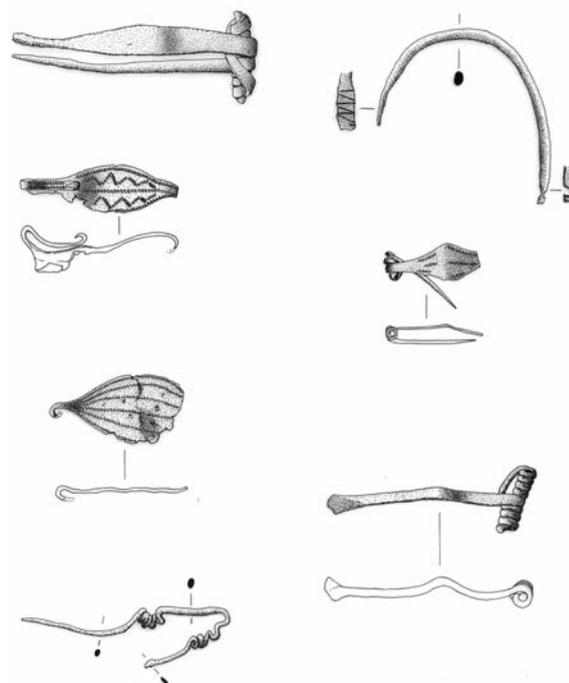


Fig. 73. Fíbulas procedentes de la necrópolis del castro de Las Paredejas.

(un pendiente) componen algunos de los hallazgos de Las Paredejas. Todos ellos muestran que aquella sociedad vivía al día dentro de las constantes de la vida en los castros del final de la Edad del Hierro. Con todos ellos hay también algunos objetos muy interesantes procedentes de lugares lejanos y cuya presencia aquí constituye una prueba del comercio exótico desde el sur de la península, donde estos productos llegaban procedentes de distintas zonas del Mediterráneo. Lo que no sabemos es si todos esos objetos, entre los que hay vistosos frascos de vidrio adornadas con franjas de color, cerámicas griegas, representaciones en bronce de diosas orientales como As-tarté o braseros de bronce de procedencia oriental, venían de un comercio estable entre el sur y sur-este o procedían de las campañas de saqueo citadas por las fuentes romanas, las que los vettones, aliados en muchos casos con sus vecinos los lusitanos, llevaban a cabo contra los habitantes del rico y adelantado Valle del Guadalquivir. Al parecer las llevaban a cabo como consecuencia de la pobreza de su territorio, de las desigualdades sociales que existían aquí y de determinadas situaciones coyunturales, como por ejemplo sequías o malas cosechas. Incluso algunos autores han citado que tales objetos pudieron ser portados como elementos exóticos por los mercenarios de esta zona alistados en los ejércitos romanos y cartagineses, que mantenían continuamente campañas militares en el Mediterráneo. En Las Paredejas han aparecido, al menos, restos de dos frascos de vidrio decorados con bandas horizontales y motivos ondulados en colores vistosos, como azul claro o amarillo sobre fondo azul oscuro muy vivo. Estos frascos, denominados *aryballos*, que se identifican como contenedores de perfumes, circulaban por todo el Mediterráneo desde el siglo VIII a.C. Tipológicamente los de Las Paredejas corresponden a los distribuidos entre los siglos V al III a.C. Aunque puede que muchos de ellos procedan de saqueos o de *souvenirs* de mercenarios, también debieron llegar a través de un comercio bien organizado por rutas ya conocidas desde antes, como el Camino de la Plata, que en estos momentos continuaba con el importante apogeo iniciado en los siglos anteriores, cuando sirvió para la circulación del estaño del nor-oeste, camino de los talleres metalúrgicos tartésicos de la desembocadura del Guadalquivir. Todo ello queda demostrado ahora con la presencia de armas, joyas y objetos exóticos cuya procedencia es claramente sureña. Seguramente, prueba del auge que tuvo en este momento esa ruta es la consideración que para los romanos, poco después, les merecerá convertirla en una de las principales vías de comunicación de Hispania. El comercio en general, del que lo exótico es sólo una pequeña parte, es ya en estos momentos una forma de relación entre pueblos y, más que nunca, de economía.

Hace muchos años apareció en Las Paredejas uno de los inequívocos testimonios de la cultura vettona: una figura en piedra representando a un cerdo, de las que se conocen como *verracos*, característicos del pueblo vettón. Al parecer fue encontrado en una de las tapias de piedra del yacimiento partido en dos trozos. Hoy se encuentra en la plaza del Puente del Congosto. Si sucede como en otros castros, sin duda hubo más en origen y estarán completos o



fragmentados en alguna parte. En cualquiera de los caminos que partían del asentamiento, a las puertas de él o en otros lugares donde su simbolismo tenía efecto, tuvo que haber más esculturas de estas que, como hemos dicho en páginas anteriores, representan exponentes culturales inequívocos de las gentes vettonas, simbolizando uno de los pilares de su sustento y economía: la cría de cerdos. El hecho de que las representaciones en piedra de ese tipo se circunscriban a toros y a cerdos (excepcionalmente hay también algún jabalí) ha hecho pensar a algunos investigadores que ambos constituían elementos esenciales en la economía de un pueblo enclavado en una zona con recursos limitados.

Sobre la organización social que hubo de darse en lugares como Las Paredejas las investigaciones llevadas a cabo arrojan ya muchos puntos de luz. La forma habitual era el régimen gentilicio. La característica fundamental que define a ese régimen es que los individuos se sentían unidos entre sí en función de los lazos que establece la consanguinidad, o sea el parentesco entre unos y otros, independientemente de los vínculos adquiridos por habitar el mismo territorio. La unidad de todo ello era la llamada *gens*, que suponía un grupo de consanguíneos descendientes de un antepasado común, nominados y distinguidos por un nombre gentilicio y ligados por afinidades de sangre. En algunas necrópolis de este momento, como la del castro de la Mesa de Miranda, en Chamartín (Ávila) o en el de Las Cogotas (Cardeñosa), las tumbas se agrupaban constituyendo zonas separadas entre sí, algo que se ha interpretado como testimonio de la existencia y el deseo de separación funeraria de cada uno de esos grupos gentilicios. Varios clanes de estos constituían la población de un castro. A propósito de esta organización y considerando como la unidad más básica a la familia, cuenta el historiador greco-romano Estrabón que los vettones construían en sus casas, en la habitación central y principal, que era la cocina, un banco adosado a una de las paredes en el que solían sentarse a comer ordenados por edades, pasándose los alimentos de unos a otros del más antiguo al más joven. Con seguridad todo esto sucedía también en Las Paredejas. Allí, como en los restantes poblados vettones, una aristocracia militar gobernaba los castros y se hacía enterrar después con todos sus atributos, a diferencia de la mayoría, que enterraban sus cenizas en una simple vasija dentro de un hoyo. A determinados personajes les exponían durante un tiempo a las aves de rapiña creyendo que con ello sus almas llegarían antes a lo alto. Incluso en pueblos limítrofes a los vettones se consideraba una deshonra morir de muerte natural. La muerte digna de un guerrero era en la lucha y su premio entregar el cuerpo a los buitres, que lo llevarían de inmediato al mejor destino en el más allá. Para los demás la ceremonia consistía en quemar el cadáver con sus armas y ciertos objetos valiosos, mostrando así su poder frente al resto, probando con ese gesto que los sucesores del difunto no se quedaban sin riquezas y armas. Esa aristocracia militar que gobernaba poblados como Las Paredejas o Los Tejares eran los destinatarios principales del comercio aludido de objetos exóticos. Lo eran precisamente porque con la posesión de esos objetos se consolidaba aún más su prestigio y su poder. Pero no a todo el mundo



Fig. 74. Figura de bronce de origen fenicio representando a la diosa de la fertilidad Astarté.

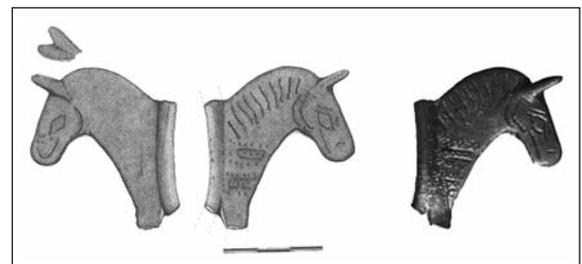


Fig. 75. Prótomo de un caballo de bronce hallado en Las Paredejas.

se les quemaba y enterraba con sus antiguas armas y objetos valiosos. No todo el mundo podía permitirse ese lujo: la mayor parte de las tumbas investigadas en las necrópolis tienen un mínimo ajuar o carecen de él, lo que da a entender que una minoría ostentaba el poder y se permitía tal amortización de bienes, para magnificar así su poder.

Aunque Las Paredejas y también Los Tejares tuvieron en la antigüedad un nombre, éste no lo conocemos. Algunos historiadores latinos, como por ejemplo un tal Ptolomeo, en el siglo II d.C., citan en sus escritos varias de las ciudades vettonas que luego los historiadores actuales han querido identificar con determinados yacimientos arqueológicos conocidos. En algunos casos afortunados han aparecido inscripciones romanas con nombres identificativos, porque esos mismos poblados fueron romanizados después y mantuvieron su nombre antiguo. Uno de los nombres aportados por Ptolomeo es el de *Okelon* u *Ocelon*, que el historiador J.M. Roldán Hervás sitúa en algún punto de la comarca de Béjar. Otra ciudad vettona que Roldán sitúa también en las inmediaciones de Béjar es *Lama*. Puede que alguna de éstas fuera Las Paredejas o Los Tejares, o puede también que se trate de la ciudad de Béjar, pero para asegurar esto último primero deberemos demostrar que Béjar fue un asentamiento vetton pre romano, cuestión difícil como veremos.

Sólo la investigación arqueológica podrá en su día aportar datos precisos sobre la génesis, el desarrollo y fin de Las Paredejas y Los Tejares, así como sobre las vicisitudes y hechos que les tocó vivir. Algunos de estos hechos es posible mencionarlos, porque los conocemos a través de las fuentes históricas. Podemos empezar por uno de los conocidos con más antigüedad. Corresponde a la época de los cartagineses cuyo apogeo como potencia mediterránea se produce entre finales del siglo V y el III a.C. La presencia cartaginesa en las tierras interiores y por tanto en esta zona, no fue continua ni directa. Ya bastante avanzada su presencia en la península Ibérica se produjo una incursión de Aníbal hacia el 220 a.C. a la Meseta, que tiene un episodio importante en el asedio a Helmántica (Salamanca). Sin duda los castros de la comarca de Béjar no estuvieron al margen de estos hechos, sobre todo porque la penetración fue a través del Camino de la Plata procedente del Valle del Guadalquivir. Tal vez los restos hallados en lo alto del cerro de La Corvera, como luego veremos, tengan alguna relación con este episodio, al tratarse de un asentamiento esporádico y al parecer puntual, avistando el Camino de la Plata, por donde penetró el ejército de Aníbal. Puede suponerse que la llegada de un ejército como el cartaginés movilizaría a todas las poblaciones en un radio de acción amplio en el que tendrían su aportación las gentes de Las Paredejas, la de Los Tejares y, si existía, también de Béjar. Incluso no puede negarse que se vieran afectados directamente por las operaciones militares. Sin duda las excavaciones que se lleven a cabo algún día en Las Paredejas dirán si existió una fase de destrucción y cuando se produjo ésta o si por el contrario la solución al problema se zanjó negociando. Algunos historiadores actuales han atribuido la campaña de Aníbal a una operación de castigo por las incursiones vettonas a los pueblos del sur, donde



Fig. 76. Verraco de granito hallado en el poblado pre-romano de Las Paredejas (Medinilla).



aquellos tenían importantes intereses. Otros historiadores hablan de operación de sondeo para saber el potencial militar de estas tierras y su capacidad económica e incluso como paso previo para aprovisionarse del cereal necesario con el que emprender la campaña militar de Italia. Interesante y complementaria también es la hipótesis del historiador J. Mangas que piensa que la citada campaña de Aníbal tenía como trasfondo el importante comercio de la sal, producto que consumían abundantemente los pueblos de la Meseta. Aníbal pretendería así asegurarse el intercambio de la sal del sur y sur-este por los productos agropecuarios de la Meseta, además de asegurar la colaboración militar de esta zona en las tropas cartaginesas frente a su enemigo más importante: los romanos. Para J. Mangas la expedición de Aníbal cumplió sus objetivos. En todo ello Las Paredejas y puede que también Los Tejares tuvieran algo o mucho que ver. Sin duda entre todos los poblados de una zona había relaciones de vecindad basadas, por ejemplo, en el hecho de la lengua común, en intereses económicos y sociales comunes... algo que en determinados momentos era la base para unirse ante peligros que afectaban a todos, como por ejemplo que un ejército poderoso como el de Aníbal les invadiera, poniendo en peligro su independencia y lo que poseían. Por otra parte los pactos y alianzas entre ciudades les garantizarían la unión en caso de peligro. Quiere decirse con esto que la campaña de Aníbal a estas tierras probablemente les unió a todos, fuera preventivamente o combatiendo contra él. Y en todo ello los habitantes de nuestra comarca seguramente no vivieron ajenos ni a lo sucedido en Helmántica ni al paso de las tropas cartaginesas por su territorio.

6.1.4. El enigma del origen pre romano de Béjar

El origen de la ciudad de Béjar, como el de tantos otros sitios, ha sido durante mucho tiempo objeto de teorías más o menos científicas y también de algunas elucubraciones. Hace tiempo algunos autores mencionaron incluso nombres posibles para personalizar el pasado vettón de la ciudad, tales como *Mirobriga Vettonum* o *Veccor*. Lo cierto es que siendo rigurosos no solamente no constan tales nombres en nada relacionado con Béjar, sino que además en Béjar tampoco hay constancia de ningún hallazgo claro que la relacione con un antiguo asentamiento del final de la Edad del Hierro, es decir con un castro vettón. Más que otra cosa, existe hoy la sola suposición de que Béjar, por su emplazamiento, características orográficas y por algunas connotaciones de su historia posterior, tuviera su origen en la época pre romana, prolongándose a partir de entonces la habitación en el mismo emplazamiento en la romana y desde ahí hasta la actualidad ininterrumpidamente. A día de hoy la realidad es que existen pruebas, aunque sean escuetas, de un establecimiento romano, pero del momento anterior no se conocen.

Favorable a la posibilidad de un castro vettón es la ubicación de la ciudad antigua. Toda la villa medieval tuvo su asiento sobre el cerro granítico escarpado que se yergue, por el norte, entre el cauce encajado del río Cuerpo de Hombre y, por el sur, por la vaguada que nace en La Corredera, discurriendo, después, entre las Olivillas y el

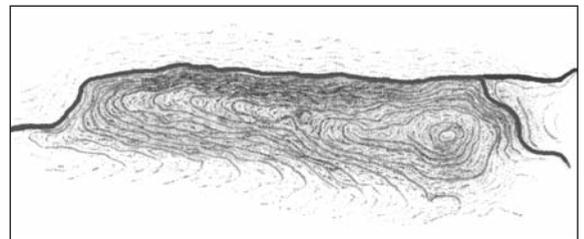


Fig. 77. Plano de la orografía natural de Béjar.

inicio de la ladera del Castañar/La Centena. Aunque algunas villas medievales se instalaron sin antecedentes históricos previos sobre lugares altos fácilmente defendibles, son muchos más los casos en los que la villa medieval es la continuidad de un poblamiento que nace en el final de la Edad del Hierro, continúa en la época romana y, tras la visigoda, alcanza la época medieval, continuando desde ahí hasta el presente. Intuitivamente, cualquiera que observe el emplazamiento del Béjar antiguo y medite las condiciones del cerro, apostaría con pocas dudas por un origen en la Edad del Hierro. Son numerosísimos los poblados de esa época contruidos aprovechando la *horquilla* que se forma entre la confluencia de dos cursos de agua que han excavado sus cauces con profundidad. Si esa horquilla era escarpada y presentaba condiciones de inexpugnabilidad, más apropiado resultaba el sitio para ser ocupado en el final de la Edad del Hierro. Los ejemplos en territorio vettón son muy numerosos tanto en la zona salmantina como en la abulense. A estos lugares, obsesionados siempre por la defensa, como no podía ser de otro modo dado los tiempos y algunos de los peligros que podían amenazarles, se les denomina comúnmente *castros*. Muchos de estos no continuaron habitados en la época plenamente romana. Son frecuentes los casos en los que la población autóctona, forzada por determinados acontecimientos de la conquista, fue obligada a dejar lugares que siempre era costoso reducir si se producían rebeliones. En otros casos el abandono era voluntario, decidido por la población, que, superadas las condiciones que habían obligado a la elección de tales emplazamientos, prefería sitios más llanos, mejor comunicados, donde era posible el desarrollo de las actividades económicas sin límite de espacio y sin la imposición forzada que imponía la elección de un estereotipo adaptable a las exigencias de la defensa.



Fig. 78. Cerro de Béjar desde el oeste.

Si Béjar fue uno de esos castros, lo fue en las zonas altas del cerro que ocupa la ciudad antigua y, por lo menos, en sus laderas más elevadas. Este cerro, con forma extraordinariamente alargada y estrecha, se extiende a través de una longitud de 1.550 m de este a oeste, desde el borde del escarpe de *Las Cuestas de los Perros* hasta la *Puerta del Pico*. Las condiciones generales son inmejorables: el río Cuerpo de Hombre excava una profunda fosa con una diferencia de altura entre el lecho del río y la zona más alta del cerro en el extremo este de 120-130 m y con una pendiente del 60%. Si a esto se une la presencia del cauce de agua, nada fácil de salvar y, además, el hecho de que las laderas de la pendiente son granitos desnudos, muy resbaladizos en invierno, tendremos que la posibilidad de acceso por ese lado es francamente dificultosa. Esas mismas condiciones o muy parecidas las presenta el lado este. La pendiente actual de la calle de la Libertad, es la subida al cerro desde el río en la zona del Puente Viejo. Lo costosa de esta subida, mitigada en la actualidad por su condición de calle, puede dar idea de las dificultades de acceso, parecida a la de la cara norte. Por el oeste, la pendiente, sin dejar de ser abrupta, es más suave que por el norte y similar a la de la calle de la Libertad. El mejor acceso es el sur y aún así no es cómodo, ya que el valle o vaguada descendente de las Olivillas excava una fosa de unos 40 m de desnivel que va creciendo de este a oeste. Esta circunstancia



se advierte comprobando la pendiente que existe entre la zona de La Solana y la de la iglesia de San Juan. Sin duda el punto más accesible, si es que no ha sufrido transformación desde aquel tiempo, sería el ángulo sur-este desde la zona de La Corredera, justo antes de que se inicie la vaguada descendente de Las Olivillas. Desde ese punto, la ascensión vertical hasta lo más alto del cerro de Béjar, tiene un desnivel de unos 20 m sin necesidad de atravesar ningún obstáculo fluvial que lo hiciera más difícil.

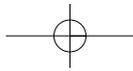
Valorando estas circunstancias naturales, el cerro en el que se encuentra Béjar tendría unas condiciones favorables para su elección como emplazamiento pre romano. Podría decirse que coincide plenamente con los estereotipos de hábitats para ese momento. Sin embargo hay alguna otra circunstancia que no sería en principio tan favorable, como la capacidad del cerro en la zona en teoría más habitable, si pensamos que la ocupación tuvo que darse en la meseta culminante. En este sentido hay que decir que el cerro es extraordinariamente estrecho en buena parte de él. En teoría hay dos zonas posibles para un asentamiento: la más elevada, que es la de San Juan y sus inmediaciones y por otro lado la meseta que existe entre la plaza Mayor y la iglesia de Santa María. La zona en torno a San Juan puede considerarse una meseta que iría entre el punto culminante del cerro, a 963 m de altitud, situado en torno a la plazuela del Solano, hasta las inmediaciones de la torre de San Gil, descendiendo bruscamente hacia la Plaza Mayor, en el último tramo de la calle Mayor de Pardiñas. En la zona de la Plaza Mayor y en su continuación hacia Santa María, se inicia la otra meseta que podría ser susceptible para organizar un asentamiento allí. La meseta en torno a la Iglesia de San Juan, es decir entre la calle 28 de Septiembre y la zona de San Gil tiene una superficie aproximada de unas 8-9 hectáreas, superficie que pudo dar para un núcleo de población relativamente pequeño. A ella habría que añadir la alta ladera que mira hacia el sur, especialmente habitable por su protección ambiental, donde también hubiera sido posible construir cabañas realizando abancalamientos.

La zona posible entre la Plaza Mayor y la Iglesia de Santa María, que puede prolongarse hasta la iglesia de Santiago si se quiere, tiene una superficie aproximada de 9 hectáreas. A ello hay que añadir el inicio de la ladera sur, como en la zona de San Juan, muy favorable igualmente por su carácter de solana. En la citada zona entre la Plaza Mayor y Santa María hay una parte más elevada, dominante con autoridad sobre el entorno, que es la del actual asiento del Palacio Ducal, cuya posición de preeminencia, como es lógico, es propicia para la edificación de determinados edificios destinados a lo religioso o a la élite. Por algo allí se situó el Palacio Ducal y, antes, la legendaria alcazaba árabe. La superficie del conjunto de esta parte no es muy grande en comparación con la que suele ser habitual en los castros pre romanos abulenses y salmantinos, pero podría resultar suficiente para albergar un poblado de este momento. Las dos zonas señaladas tienen, pues, posibilidades orográficas *a priori* para haber sido un castro pre romano y las tienen juntas o por separado.



Fig. 79. Cerro de Béjar desde el norte.



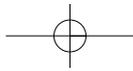


Un argumento parece de gran importancia para clarificar más este tema: la villa medieval parece concederle mayor importancia a la parte más occidental del cerro. Los edificios aún en pie de época medieval así lo evidencian y también algunos de los inmediatos sucesores de estos, como el Palacio Ducal, ubicado en el punto más alto de esa zona, un lugar codiciado. La iglesia de Santiago, la más antigua en pie de Béjar, está también en esa zona. La de San Juan, también medieval, debió estar en una zona con vida en los siglos XIII y XIV, pero al parecer menos intensa que la de la zona occidental del cerro. Parece más probable que si hubo un poblamiento anterior a lo medieval éste estuviera en la zona donde floreció más intensamente la villa medieval.

Desgraciadamente no se ha investigado a fondo para esclarecer estas cuestiones que son de gran importancia para la historia de Béjar, investigaciones que necesariamente tendrían que basarse en lo arqueológico. Pero es cierto que no es fácil llevar a cabo investigaciones en la ciudad, porque no debe haber muchos estratos bajo el suelo actual en los que investigar. Lo hemos comprobado observando el subsuelo de algunos edificios sustituidos en el casco antiguo o durante la remoción de los pavimentos en alguna calle principal, como la calle Mayor de Pardiñas. La roca está al nivel de los pavimentos actuales. Ni siquiera se ven estratos correspondientes a la época medieval, de la que no hay duda para Béjar. Las excavaciones de M. Jiménez en el 2003 en la zona del Palacio Ducal no han dado con ningún elemento que hable de algo más atrás que no sea la Edad Media. Como esperanzas posibles quedan el subsuelo de las iglesias medievales y algunas huertas en la zona de La Antigua. La desaparición de estratos investigables encima de la roca madre debe obedecer al hecho de la superficialidad de la roca de base que constituye el cerro y a la continua secuencia de las construcciones sobre el mismo sitio, que siempre han buscado un firme sólido apoyando en la roca, por saberse ésta a muy poca profundidad. Por ello, de buscarse indicios en alguna zona deberá ser en laderas o en zonas donde se hayan registrado acumulaciones.

Particularmente me inclino, aunque con menos argumentos que intuiciones, por considerar que el origen de Béjar es pre romano, si es que no es algo más antiguo. La falta de indicios arqueológicos que lo avalen puede ser sólo una cuestión de falta de investigaciones en lugares puntuales y de la desaparición de restos producto de la intensa vida de construcciones y destrucciones con la roca madre tan cercana a la superficie. Pero cualquier intuición en el sentido de lo dicho como posible hasta aquí, cobra visos de fiabilidad cuando hay un testimonio firme y claro de época romana que atestigua la existencia de una ocupación en época imperial. El testimonio es tan escueto y tan único que si no existiera, si antaño nadie se hubiera dado cuenta de recoger esa simple piedra con una inscripción, ahora estaríamos planteándonos, igualmente, la posibilidad o imposibilidad de un asentamiento romano, como hacemos con el pre romano, y sin pruebas para ello. Lo cierto es que en Béjar tuvo que existir un asentamiento romano. Evidentemente esa estela funeraria no puede ser otra cosa que un testimonio de la vida y la muerte en época romana

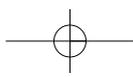
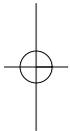




en alguna parte del cerro. Y siendo así, no puede ser única, debe haber más con otras inscripciones, como es lógico. Pero a pesar de esta prueba inequívoca no se conocen los habituales restos de cerámicas y otros utensilios de ese tiempo que acompañan a la ocupación de un lugar. Sin duda en alguna parte deben quedar más testimonios.

No parece muy probable en principio que se tratara de un asentamiento romano de nuevo cuño en un lugar tan escarpado y tan escondido, entre otras razones porque las nuevas fundaciones de época romana, tenían lugar en sitios menos complicados. La lógica, basada en gran cantidad de casos similares, indica que a un poblado pre romano le sucedía su romanización *in situ* o por el contrario, era definitivamente abandonado por causas intrínsecas a la propia conquista romana o por razones de operatividad. Esta lógica, bien constatada a través de la arqueología en numerosos casos, tendría en Béjar su aval testimonial en la estela romana, hoy expuesta en el convento de San Francisco, hallada entre los muros de la desaparecida iglesia de Santa María de las Huertas, en la zona sur de la ciudad. Aunque esta lápida se encontró fuera de su ubicación original, formando parte al parecer de los muros de la iglesia, no pudo haber llegado desde muy lejos. Sin duda su ubicación primera fue cercana, siendo incorporada como un elemento constructivo cualquiera a la iglesia medieval, ya que en el momento de su construcción ni se entendía lo que significaba su texto, ni merecía consideración especial alguna. Es más que probable que existiera un cementerio de época romana por esa zona tal y como sucede en otros casos, fuera del lugar de habitación, pero inmediato, en las proximidades de alguno de los accesos al núcleo urbano, que por esa zona de Béjar sería perfectamente posible.

Un lejano fundamento más para apoyar el pasado pre romano de Béjar podría ser la legendaria existencia de un toro o verraco de piedra que se ha dicho existió en las inmediaciones de Palomares de Béjar, aunque nadie sepa desde hace mucho qué fue de él, ni siquiera si el dato es real. El padre Morán recoge esta noticia en su reseña histórica y arqueológica de la provincia de Salamanca, pero desconfía de su veracidad. Sin embargo sería raro que fuera una invención popular sin más, sobre todo porque la descripción coincide con las de toros o verracos tan propios de la cultura vettona que continúan tallándose durante una parte de la época romana. La situación en un lugar como el término de Palomares no sería en absoluto sorprendente ya que este tipo de esculturas, aparecen entre los sitios ligados a los caminos antiguos y en lugares ricos en pastos. Podría ser que lo que fue la carretera N-630 en el tramo entre Vallejera y Béjar y luego entre Béjar y Puerto de Béjar, fuera un antiguo camino. Parece el acceso más fácil a Béjar desde el oriente, de la zona de Piedrahita es decir desde el Valle del Corneja y por tanto desde el también abundante Valle Amblés. Si esto fue así la existencia de un toro o verraco en ese camino podría haber tenido el mismo sentido que otros hallados en similares circunstancias e interpretados como protectores de caminos. No se descartaría tampoco, como sucede en las inmediaciones de la ciudad de Ávila, que en la red de caminos que llegaban a la ciudad, ya en sus proximidades, hubiera monumentos





funerarios donde estas esculturas representando toros y cerdos tenían un protagonismo máximo.

En definitiva, resulta probable considerar que el origen de Béjar pueda remontarse, como mínimo, a algún momento a partir del siglo V a.C.

6.1.5. *La atalaya vettona del cerro de La Corvera (Navalmoral de Béjar)*

Ya había mencionado que en lo alto del cerro de La Corvera, entre Navalmoral de Béjar y Fuentebuena, habían aparecido en las excavaciones realizadas allí en los años 80 del siglo XX restos que implicaban la existencia de un asentamiento pre romano. Ese mismo lugar había sido utilizado en el Neolítico y en la Edad del Bronce no sabemos si guiados por los mismos intereses. Sin que las diversas ocupaciones supusieran una continuidad lineal en el poblamiento de este cerro desde el Neolítico hasta la época visigoda, parece con los datos arqueológicos a la vista muestran un lugar muy frecuentado, algo impropio de la prehistoria de esta comarca, acostumbrada a que se den diferentes tipos de hábitats según las épocas y a que por tanto no se superpongan unos a los otros sobre el mismo punto, al menos entre el Neolítico y el final de la Edad del Hierro. La posible explicación a todo esto en el cerro de La Corvera debe tener alguna relación con el Camino de la Plata y su control desde una atalaya privilegiada como es La Corvera, que se alza, preeminentemente, sobre el antiguo camino a 380 m de altitud de diferencia. Desde allí se controlaba el paso por el Camino de la Plata dirigido en línea recta hacia el norte, desde Extremadura y también, con mayor proximidad, una variante de él que, tras bifurcarse nada más irrumpir el camino en el valle de Sangusín, tomaba dirección hacia el este. Se trata del que luego sería denominado Camino Real de Calzada de Béjar, probable itinerario que, cruzando la sierra de Ledrada por alguno de los pasos sencillos, se dirigía a Fresnedoso y desde allí hacia el Valle del Corneja y el alto Tormes y por tanto a las inmediaciones del Cerro del Berrueco, donde se encontraba el poblado pre romano de Las Paredejas.

Ya se ha mencionado que el cerro de La Corvera termina en una meseta. En el inicio de la pendiente se observa un derrumbe correspondiente a una cerca, más que a una muralla propiamente dicha y que resulta más consistente según los puntos de la meseta de que se trate. La abundancia de rocas de gran tamaño hizo que lo necesario fuera cercar sólo los espacios entre rocas. Allí donde había un espacio entre dos grandes canchales la fortificación era de menor envergadura, dado que podía defenderse ese tramo desde lo alto de las rocas. Sólo en la zona que mira para el oeste la cerca fue de mayor consistencia, sin que lo fuera en gran medida. Lo empinado del acceso al cerro unido a la calidad del asentamiento, previsiblemente circunstancial, hicieron que la cerca fuera sólo un ligero impedimento para que el acceso no resultara fácil, para que supusiera un obstáculo más al alcanzar la cima o como parapeto defensivo detrás del que simplemente repeler proyectiles. Aunque no está del todo determinado que la cerca fuera construcción por entero de la Edad del



Fig. 80. La atalaya de La Corvera dominando el valle de Sangusín.



Fig. 81. Desde lo alto de La Corvera se controlaba el acceso a las tierras llanas desde el sur.





Hierro, parece que por lo menos durante ese momento se utilizó, como se deduce de la presencia más frecuente de restos cerámicos típicos de ese momento en la inmediatez de ella y de una fíbula, todo ello de la segunda Edad del Hierro. En el lienzo oeste y sur los restos hallados parecen evidenciarlo con mayor claridad. En el norte es más dudoso, allí los cimientos parecen asociados a restos de la Edad del Bronce. Con todo ello podemos pensar que quizá hubo una cerca de protección en ambos momentos, fuera defensiva o como forma de contención del ganado. Dado que entre uno y otro median un buen número de años (1.000), tendremos que pensar que pudo haberse dado una reedificación en época pre romana. El caso es que los restos hallados allí son inequívocos y corresponden en líneas generales al siglo V-IV a.C. Son, sobre todo, cerámicas fabricadas a mano, decoradas con la técnica denominada *a peine*, que consistía en arrastrar por la superficie todavía tierna del vaso un peine que provocaba un haz de líneas paralelas formando ondulaciones u otros motivos muy característicos de este momento, pero distintos de cerámicas con una decoración similar en el Calcolítico. La mayoría de los restos han aparecido ligados a la cerca, no son muy abundantes y no estaban asociados a alguna construcción doméstica de la que podría haber quedado algún cimiento en caso de haberlo habido. Únicamente en las excavaciones encontramos un indicio de construcción muy simple. Se trataba de una mancha circular en cuyo centro había un círculo acondicionado para hacer un fuego. Parecía el hogar de una cabaña muy simple, algo que hubiera durado poco tiempo, en realidad una pequeña choza. Muestras de madera carbonizada tomadas en el hogar han proporcionado una datación de carbono¹⁴ en Gröningen (Holanda) que sirve para situar muy *a grosso modo* la fecha en que se produjo la hoguera, entre el 542 y el 44 a.C., espacio de tiempo muy amplio, que cuadra perfectamente con todos los sucesos que se produjeron en época prerromana y que pudieron tener como uno de los canales de comunicación el Camino de la Plata.

La endeblez de las estructuras localizadas parece dar idea de la provisionalidad del sitio, utilizado sólo coyunturalmente y para el que no sería necesaria otra cosa que diversos cobertizos, algunos de ellos o todos, adosados a la cerca. Probablemente un grupo de vettones estuvieron apostados en ese lugar controlando la desembocadura del camino a La Meseta desde el sur e informando de la llegada prevista de invasores a los poblados cercanos. Desde allí les verían llegar y atravesar el valle de Sangusín.

No sabemos si La Corvera fue el observatorio de una sola ocasión o lo fue de más veces. Los restos hallados en las excavaciones no son muy abundantes ni explícitos para concretar si fue un punto de observación frecuentado siempre que se producían problemas, o por el contrario ocurrió una sola vez. Entre el año 400 a.C. y las guerras civiles del siglo I a.C. debieron darse muchos acontecimientos utilizando el Camino de la Plata como vía de comunicación. En alguno de todos esos conflictos o en varios el cerro de La Corvera pudo ser un observatorio desde el que confirmar la llegada a la Meseta de alguien no habitual procedente del sur. No puede descartarse tampoco que se tratara de un establecimiento para vigilar el paso de mercaderes



Fig. 782. Derrumbe de la muralla oeste de La Corvera.





Fig. 83. El cerro de La Corvera desde el valle de Sangusín.

o de determinadas mercancías, ni que se tratara de un puesto frecuentado por asaltadores de caminos y mucho menos de guerrilleros, de los que se hace mención en las fuentes romanas como una de las formas de combate que utilizaban los pueblos de La Meseta y que tanto molestaron a las tropas romanas antes y durante la conquista de esta zona.

6.1.6. *Del mundo de las creencias y las costumbres*

Sobre las creencias que pudieron practicar las gentes vettonas de la comarca de Béjar, podemos hablar sólo en general, ya que no conocemos otros datos que no sean los aplicables a la generalidad de los vettones. La mayor parte de los datos proceden de las inscripciones halladas en diversos puntos de Vettonia, por supuesto con grafía latina, cuando ya estos pueblos llevaban dos o más siglos bajo la dominación romana. Prueba de la tolerancia romana con la religión autóctona es que perduraban las divinidades vettonas. Con el tiempo los dioses indígenas fueron asimilados a los del panteón romano por la afinidad de unos y otros en sus propiedades y beneficios.

A través de las inscripciones sabemos de la existencia de más de 40 divinidades en el territorio vettón, que en muchos casos podían tener un carácter comarcal e incluso local. Sin duda hubo muchas más que iremos conociendo cuando aparezcan nuevas inscripciones, aunque muchas otras habrán desaparecido para siempre al no haber quedado plasmadas en ninguna inscripción. El caso más cercano a la comarca de Béjar es el de la inscripción de Baños de Montemayor, donde se cita una divinidad denominada *Salus*, previsiblemente venerada en toda esta zona.

Una anécdota curiosa conocida sobre los antiguos habitantes de *Bletisa* (Ledesma) tal vez pueda servirnos para entender una práctica habitual en toda la zona vettona. Se trata de la prohibición que hizo Craso a los bletonenses relativa a los sacrificios humanos que allí se practicaban y que no iban con la ética romana del momento. La talla en la roca granítica de un altar con doble escalinata y con varias oquedades para recoger previsiblemente líquidos en el castro abulense vettón de Ulaca (Solosancho), puede ser otra prueba de que este tipo de prácticas se llevaban a cabo con naturalidad dentro del mundo vettón.

Es necesario citar también en este sentido un testimonio importante hallado, una vez más, en el Cerro del Berrueco. Se trata de lo que se conoce en el lenguaje arqueológico como un *altar rupestre*, por tratarse de una manifestación aparentemente no funcional ligada a la presencia de rocas en las que se ha producido alguna alteración significativa no natural. El lugar donde se encuentra es la primera circunstancia a tener en cuenta. Se trata de *La Atalaya*, dentro del término municipal de El Tejado, un promontorio rocoso de forma triangular ligado al Berrueco en su cara este. Allí, en la zona más alta, donde se apiñan grandes rocas graníticas, alguien labró sobre una de ellas cuatro toscas escaleras que permiten el acceso a una pequeña plataforma en la que hay a su vez tres nuevas oquedades de pequeño



tamaño, pero claramente talladas, como las escaleras. En el resto de la plataforma no hay visiblemente nada más. Desde ella se contempla una vista de gran superficie, quedando debajo el ya mencionado castro de origen pre romano de Los Tejares. Tal vez la visión del castro desde el altar rupestre le identifiquen cronológicamente con este lugar, pero es sólo una conjetura. No es el primero de este tipo que se conoce en la península Ibérica, e incluso en las inmediaciones de La Atalaya, ya en la provincia de Ávila. Hay muchos más y en todos la función parece complicada de averiguar por la falta de indicios claros que permitan detectar pruebas contundentes. En algunos, como el de Ulaca (Solosancho, Ávila), determinadas coincidencias les asocian con el conocimiento y la observación astronómica, en otros tal vez el sentido pudo tener que ver con prácticas entre las que estarían las de los sacrificios, tomando estos como parte de rituales más amplios en los que la relación con la divinidad era un elemento primordial para interpretar la realidad pasada, la presente y la futura. El hecho de que en la villa portuguesa de Vila-Real uno de estos lugares llegara a tiempos romanos y en ellos se llevaran a cabo inscripciones detallando los rituales de sacrificio con animales, ha hecho sospechar que estos lugares, siempre con escaleras más o menos toscas presentes, pudieran relacionarse con sacrificios propiciatorios de los que en la antigüedad, hasta el cristianismo, hay testimonios en todas las culturas.

Finalmente hay que abordar el tema de la lengua, de la que desgraciadamente no existen muchos datos, puesto que la lengua que se hablaba por aquí desapareció completamente en favor del latín, como sucedió con todas las de la Península Ibérica a excepción del vascuence, único superviviente de aquella situación. El hecho de que los vettones pre romanos no supieran escribir es la causa de nuestro desconocimiento actual. Cuando aprendieron, utilizaron la lengua y la grafía latina. Sólo a través del estudio detenido de los nombres de personas y de lugares que aparecen en esas inscripciones con grafía latina –pero que son ajenos a esa lengua y se interpretan como testimonios de lo anterior– han podido averiguarse algunos aspectos. Los investigadores han determinado que contiene componentes indoeuropeos antiguos remontables como mínimo al primer cuarto del primer milenio a.C., todos ellos mezclados con rasgos de origen céltico, de alguna manera un exponente de las interrelaciones que se dieron en Europa Occidental en general y en la península Ibérica en particular durante el primer milenio a.C.

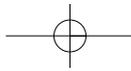
En Candelario se guarda en el ayuntamiento una curiosa escultura bifronte, es decir dos caras opuestas talladas en piedra con una especie de canal que separa a ambas. Apareció embutida en una tapia claramente reaprovechada, pero fuera de lo que en otro tiempo hubo de ser su ubicación original. En una de las caras está tallado un rostro en que aparece un significativo bigote muy poco común en representaciones pre romanas de la península Ibérica. En esa misma cara hay grabadas dos inscripciones donde se lee: *IOVA* y, debajo, *1683*. En la otra cara sólo aparece un signo de difícil interpretación. Naturalmente lo grabado corresponde a un tiempo muy posterior al de la fabricación de la pieza y a la talla de las caras. Se trata en realidad



Fig. 84. Altar rupestre de La Atalaya (Cerro del Berrueco).



Fig. 85. Los Tejares (El Tejado).
Lezna de hierro enmangada en hueso.



de una maza de minero prehistórica, como otras muchas aparecidas en el territorio ibérico, con la particularidad original en este caso de que le fueron talladas las caras, como si hubieran querido dotar a una herramienta habitual de un carácter simbólico al margen de lo funcional. El hecho de que se haya encontrado otra más en Candelario podría estar hablando de algún tipo de explotación minera pre romana en este lugar de la que por ahora desconocemos su ubicación y lo que era el objeto de la explotación.

Desde su aparición esta interesante pieza ha motivado más de una opinión científica. El primero en opinar fue el erudito bejarano Juan Muñoz que lo interpretó como una representación del dios Jano romano, sobre todo interpretando que la inscripción *IOVA* quería significar Jano. Posteriormente otros autores han abordado el tema interpretando que se está más cerca del arte céltico pre romano que no del romano, como sería si fuera en realidad una representación del dios Jano. Aunque las esculturas de cabezas exentas se han dado a lo largo de varios periodos históricos, por ejemplo en el románico, la mayor parte de las opiniones coinciden en que se trataría de una pieza de época pre romana adscrita a los conceptos célticos en los que muchos casos podrían tener que ver con la interpretación céltica de que el alma reside en la cabeza. No sería el primer caso en este sentido, si bien asociado a una maza de minero parece que es el primero. Por ejemplo en el castro, luego romanizado de Yecla de Yeltes, en la zona de Vitigudino, hay una representación muy similar, aunque no sea bifronte. Los bigotes que luce parecen muy típicos del arte céltico sobre todo centroeuropeo. Uno de los últimos estudios realizados sobre esta presentación, que ya ha pasado a la historia como *el Jano de Candelario*, es la de Savirón y Mayoral, que recogiendo todas las opiniones dichas hasta el presente, concluyen en que se trataría de un testimonio pre romano adscrito a lo céltico, tal vez relacionado con el tema tan típico de las cabezas cortadas, cuyos testimonios son bien conocidos en las culturas de la segunda Edad del Hierro de toda esta zona de la que son partícipes los vettones. Savirón y Mayoral piensan que dada la asociación con un martillo de minero podría estar hablando el ejemplar de Candelario de una deidad pre romana asociada a la minería. En cualquier caso queda descartado que se trate de un Jano romano, al que parece que tampoco conduciría por derivación la inscripción posterior de *IOVA* que aparece en la pieza.

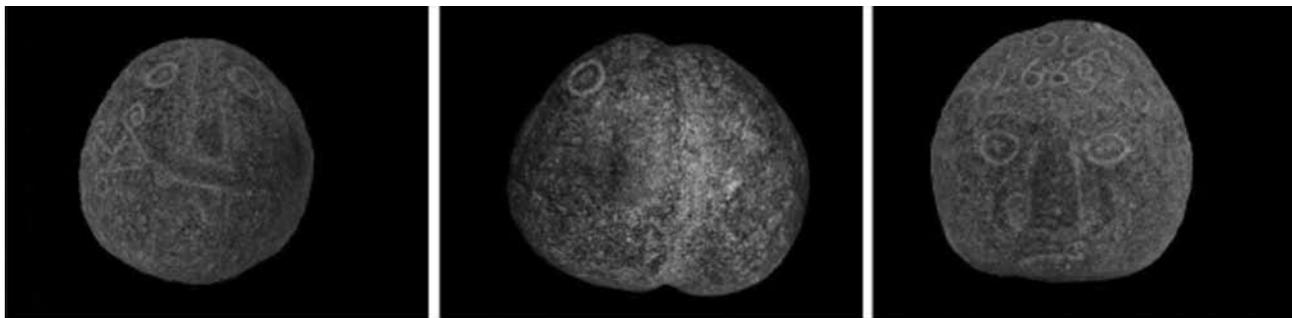
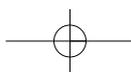
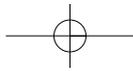


Fig. 86. Tres imágenes del «Jano de Candelario».





Si todo es como parece, la cuestión es saber cual fue el contexto en el que se encontraba esta pieza. En Candelario no se conoce el más mínimo indicio de castro pre romano, que por otra parte no es necesario que hubiera para que pudiera existir algún tipo de culto asociado a un lugar considerado sagrado. Los castros no suelen pasar desapercibidos nunca en medio del campo por el gran número de restos que dejan a la vista y por la cantidad de noticias de ello que dejan en las tradiciones orales, topónimos... etc. Por tanto esa posibilidad parece descartable. Las condiciones de Candelario, con buenos pastos estivales y agua abundante, pudo ser un atractivo para las gentes que habitaban en las inmediaciones, como por ejemplo las de Béjar, aunque hasta aquí podían llegar en régimen de trashumancia de otros lugares más lejanos. Con frecuencia, cuando se dan estas circunstancias se solían erigir pequeños lugares sagrados que servían para buscar la protección de las personas y los intereses que visitaban tales pagos, a la vez que era una forma de reivindicar la propiedad del lugar. Ese pudo ser el caso de Candelario, sin descartar que hubiera algún tipo de venero mineral que fuera atractivo para las gentes de la prehistoria y de ahí que no sea uno sino dos los mazos de minero hallados, sin duda un detalle significativo y nada casual.

6.2. LA CONQUISTA ROMANA Y LA PERDIDA DE LA INDEPENDENCIA

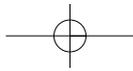
La causa más lejana de la conquista de la Península Ibérica por los romanos fue la 2ª Guerra Púnica, que estalló entre las dos potencias militares del momento, Roma y Cartago, enfrentadas por el control del Mediterráneo occidental. Lógicamente detrás de este afán había un fundamento económico: las materias primas y los esclavos que una sociedad evolucionada necesitaba para seguirlo siendo. La conquista romana se produjo en diversas fases, con numerosos acontecimientos que han llegado a nosotros a través de los cronistas romanos. Todo ello desde el 218 a.C. en que desembarcan en Tarraco, hasta el 25 a.C., en el que con la reducción de los cántabros consuma la conquista de toda la Península Ibérica.

Que sepamos, cuando las gentes vettonas de nuestra comarca entran en confrontación directa con los romanos es a partir del 194 a.C. en que lusitanos y vettones hacen una campaña de saqueo en la Bética, según escribió el historiador Tito Livio. La generalización bajo el nombre *vettón* no tiene que indicar necesariamente a todos los vettones desde el principio hasta el fin de Vettonia, por tanto no es posible saber si las gentes de esta zona participaron en aquella o en otras expediciones de saqueo. Hay que tener en cuenta que dentro de la organización de los pueblos de entonces cada unidad, cada asentamiento era una ciudad independiente, aunque se sintiera unida por diversos motivos a sus vecinas. Por ello puede que un grupo de determinadas ciudades vettonas se unieran para algo muy concreto y que otras no participaran de ello. Los cronistas romanos, sin embargo, citan a los vettones genéricamente como si hubieran actuado todos unidos por un espíritu comunitario general, algo que no es posible asegurar sabiendo lo que sabemos. En teoría,

si tenemos en cuenta el bajo potencial económico de esta tierra en situaciones de crisis (sequías, epidemias del ganado... etc.) no será extraño pensar que participaron en alguna de esas expediciones de saqueo aparentemente *forzados* por las circunstancias. El caso es que a partir de aquel suceso, al año siguiente, según sigue contando T. Livio, el pretor M. Fulvio llevó a cabo una expedición de castigo derrotando a una coalición de vettones, celtíberos y vacceos, lo cual supuso una garantía temporal de tranquilidad para los territorios bajo el dominio romano. No sabemos con exactitud qué participación pudieron tener estas tierras en aquellas expediciones de saqueo y las de castigo romanas, pero suponemos que alguna tuvieron. Tampoco sabemos la relación que puede haber entre determinados objetos exóticos hallados en nuestros yacimientos y estas acciones.

La conquista efectiva de esta comarca y de toda la Meseta central se iniciará a partir de las llamadas guerras lusitanas y celtibéricas que se desarrollaron entre los años 154 y 133 a.C. En algún momento de este espacio de tiempo estas tierras pasarán a ser de dominio romano. Durante toda o buena parte del conflicto lusitanos y vettones fueron aliados, algo que venía sucediendo con frecuencia. Sin duda ante el peligro de la dominación defendían lo mismo. Muchos historiadores actuales piensan que los vettones fueron aliados del famoso caudillo lusitano Viriato durante las guerras contra los lusitanos. El cronista romano Apiano relata que hacia el fin de esta guerra, cuando Viriato, muy debilitado militarmente se retiró al Mons Veneris, el procónsul Cepión, en torno al 139 a.C. se dirigió contra los vettones y galaicos devastando sus campos. Ello sugiere que ambos eran aliados y, debilitados los lusitanos, fueron objeto de un ataque que pudo suponer el fin de su resistencia. Poco tiempo después, en el 133 a.C. con la caída de Numancia se consuma la conquista de la Meseta central. Desde ese momento o algo antes el territorio vettón pasará a ser zona de influencia directa romana, comenzará la llamada *romanización* por la que estos pueblos proceden a una transformación en la que van a ir perdiendo su personalidad, integrándose en lo que fue la modernidad, la que entrañaba pertenecer al mayor imperio europeo del momento. Desde entonces estas tierras van a pertenecer, dividida Hispania en dos partes –Ulterior y Citerior–, a la Ulterior.

Puede que fuera en ese momento cuando se produce el fin del poblado de Las Paredejas o por lo menos el momento en que entra en una decadencia inevitable. La escasa presencia de elementos romanos entre los hallazgos conocidos de este sitio hace pensar que el abandono pudo iniciarse ahora, ya fuera a partir de los efectos de una escaramuza bélica y sus consecuencias, o producto de la decadencia y el cambio que podían suponer este tipo de sucesos en la antigüedad. Ocurrió en otros muchos lugares, cosa que se ha comprobado a través de las investigaciones arqueológicas: tras la conquista, los castros son abandonados, bien por la fuerza (César mandó abandonar algunos de ellos tras la segunda guerra civil, ya en el siglo I a.C.) o paulatinamente en poco tiempo, dado que ya la nueva situación no favorecía la vida en lugares altos ni compensaba



el mantenimiento de estructuras costosas, como las murallas, que habían servido de contención en los tiempos inmediatamente anteriores. Englobados todos bajo la misma dominación, tampoco parecía probable que fuera haber conflictos entre ellos, por tanto vivir en esos sitios dejaba ya de tener sentido. Las poblaciones se trasladarán a otros sitios más habitables, surgiendo con ello un nuevo concepto de poblamiento que veremos en el capítulo siguiente. En Las Paredejas han aparecido algunos fragmentos de cerámica romana, de la llamada *terra sigillata*, característica de este pueblo y sus dominios. Pero lo conocido es tan escueto y escaso que obliga a pensar que no sobrevivió mucho tiempo a la conquista romana. No puede darse por seguro a falta de investigaciones directas y profundas, pero es muy probable que la decadencia de Las Paredejas no fuera paralela ni proporcional a la del poblado de Los Tejares. Seguramente la situación de mayor continuidad del poblado de Los Tejares se debe a la explotación directa de las riberas del río Tormes, cuyo territorio no es del todo favorable para la agricultura, pero entraña las ventajas de la proximidad a un cauce de agua estable y, también, mejor protección respecto a las inclemencias climáticas que en estas tierras vienen sobre todo del norte, a las que Las Paredejas estaba completamente expuesto.

Durante el siglo I a.C. Los Tejares era un poblado vetton con las mismas gentes que habían vivido en aquellas tierras antes de la conquista, pero ya bajo el dominio romano y por ello con las consiguientes ventajas y desventajas que eso llevaba consigo. Con toda seguridad jóvenes de este poblado, que por la poca riqueza de las tierras que explotaban tenían la vida difícil y sin muchos alicientes, se alistarían en las tropas romanas constituyendo, como ya hemos señalado, un ala del ejército, la llamada *Ala hispaniorum Vettonum civium romanorum*, constituida por unos 300 jinetes adquiriendo fama en muchos puntos de Europa, allí donde ejército romano mantenía frentes de guerra.

Con seguridad aquí también debieron vivirse en la medida que fuera las consecuencias de las guerras civiles romanas. En las primeras de éstas, llamadas Guerras Sertorianas (82 al 72 a.C.), se enfrentaban los partidarios de Sila y los de Mario. Sertorio, partidario de Mario llegó a Hispania y organizó un ejército mixto de romanos y lusitanos. Aunque no se cita expresamente, la proximidad entre lusitanos y vettones y sus tradicionales relaciones de amistad y cooperación en empresas militares, seguramente propició que gentes de estas tierras formaran parte también de los ejércitos de Sertorio, cuya cooperación con los pueblos de la Meseta Superior parece que fue mucho más importante a partir del 77 a.C. Algunos historiadores mantienen que el secreto del apoyo indígena a Sertorio se basó en la esperanza de respiro que éste representaba para los dominados, asfixiados por el abuso de los sucesivos gobernadores romanos, explotadores sin piedad de los pueblos recién conquistados, entre ellos los vettones. Sertorio constituyó para ellos una esperanza de alivio, por ello estuvieron a su lado. Pero Sertorio fue traicionado, su causa a pesar de ser legítima fue presa de otros intereses y con su asesinato estas tierras quedaron de nuevo a las



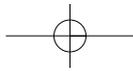
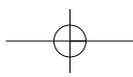


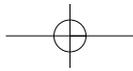
Fig. 87. Meseta de los Tejares (El Tejado), donde se vivió el ambiente de las guerras civiles romanas del siglo I a.C.

expensas abusivas del conquistador al conquistado. Con lo cual poblados vettones como el de Los Tejares, tal vez también Las Paredejas y posiblemente también el que pudo haber en el cerro donde se encuentra Béjar, debieron seguir soportando los excesos de los gobernadores romanos, excesos que entre el 72 y el 49 a.C. van a traer algunos enfrentamientos y sublevaciones, como el que se cita en el año 61 a.C. entre las tropas de César y vettones y lusitanos, una vez más coaligados.

Sin duda los abusos continuaron y el descontento de la población indígena se mantuvo. Un importante hallazgo se produjo en el poblado de Los Tejares que viene muy a propósito de lo que acaba de decirse. Se trata de un conjunto de monedas halladas dentro de una vasija a principios del siglo XX por los vecinos de El Tejado Emilio Sánchez Izquierdo y Luciano Izquierdo Frutos. La vasija estaba oculta y cuidadosamente colocada entre dos piedras. Contenía, según el padre Morán, unas doscientas monedas que desgraciadamente fueron vendidas en varios lotes a diversos coleccionistas de Béjar, Barco de Ávila y Salamanca. De todas ellas el padre Morán estudió un pequeño lote de dieciocho, de las cuales había una de bronce y diecisiete denarios de plata. Dos tenían inscripciones en alfabeto ibérico, el resto en latino. Todas ellas habían sido acuñadas en el Valle del Ebro, según constaba en la inscripción. El alto valor de estas monedas en el momento de ser escondidas indica que fue un gesto forzado, propio de quien quiso poner a salvo su patrimonio monetario en un momento de dificultad. Puesto que conocemos un hallazgo similar ocurrido en la ciudad de Salamanca, el historiador J.M. Roldán cree que ambos deben ponerse en relación con la presencia de tropas vettonas en los ejércitos de Sertorio, que tenía en el Valle del Ebro su núcleo principal. Este mismo autor cree, además, que deben estar en relación con el pago que Sertorio hizo hacia el 75 a.C. a los mercenarios lusitanos y vettones cuando se dirigió a su territorio para reclutar tropas indígenas con las que paliar las pérdidas que su ejército había sufrido en Itálica (Sevilla). Los ocultamientos monetarios o de determinados objetos son bastante frecuentes en tiempos inseguros. Posiblemente aquella familia habitante de Los Tejares había atesorado todo ese dinero y, sintiéndose en peligro inminente, lo ocultaron en un lugar que creyeron provisional a la espera del paso del peligro. Pero el peligro debió terminar con ellos, de forma que ya no volvieron para recuperarlo. Esta guerra civil sertoriana y la que viene después, protagonizada por Pompeyo y César, crearán un clima de inseguridad grande en los poblados vettones en vías de romanización, de forma que su decantación por un bando tuvo que suponer muchos problemas en el curso de las campañas militares y también después, cuando resultó vencida la facción por la que habían apostado, la sertoriana y después la pompeyana, como veremos a continuación.

Hasta el año 49 a.C. en que comienza otra nueva guerra civil, ahora entre Pompeyo y César, no se sabe mucho de lo que sucede en Hispania. Probablemente poblados vettones como Los Tejares y Las Paredejas, y quizá Béjar, como venimos diciendo, pudieron



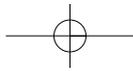


vivir un tiempo de transición relativamente pacífico, pero siempre bajo la tutela romana y bajo su atenta observación, puesto que hay constancia de que grupos de vettones y lusitanos continuaban atacando por su cuenta ciudades ricas de la Bética en busca de botines que les hicieran aumentar su poco favorecida calidad de vida. Algunos autores piensan que la ambición de César por alcanzar el poder le llevó a poco menos que inventarse una guerra con la que adquirir el prestigio suficiente en Roma para escalar a lo más alto. Y esa guerra fue la campaña contra lusitanos mencionada por el historiador romano Dión Casio, en la que se refiere también a las tribus vecinas, sin duda los tradicionalmente aliados vettones. Se trataba de forzarles a dejar sus asentamientos en lugares altos y fácilmente defendibles, que obligaban a las tropas romanas a emplearse a fondo e incluso a perder contiendas cada vez que había una sublevación. Porque hemos de entender que poblados como Los Tejares eran lugares donde esencialmente vivían vettones, es cierto que bajo el dominio y el control romano, pero no dejaban de ser los habitantes de esas zonas, antes independientes y ahora ya no. Esas gentes no se sentirían miembros de la estructura romana hasta tiempo después, cuando las sucesivas generaciones nacieron y dieron lugar a otras, todas bajo el dominio romano, cuando incluso fueron perdiendo su lengua en favor del latín. Pero esto puede que no fuera conocido en Los Tejares. Será precisamente al abandonarse este tipo de poblados cuando el sentimiento de dominación ya no sea el mismo que antes, cuando los habitantes de esta zona se consideren parte del imperio romano, integrándose poco a poco en su estructura política, social y administrativa, por más que se encuentren lejos del núcleo del poder, Roma.

César pacificará a los lusitanos y a sus aliados y promulgará una serie de medidas encaminadas a solucionar los conflictos que venían sucediéndose desde la conquista.

A partir del 49 a.C. César y Pompeyo se enfrentan en una nueva guerra civil en la que no sabemos si la comarca de Béjar va a ser escenario bélico directo. La toma de postura por el lado pompeyano de los vettones parece evidente toda vez que uno de los generales de Pompeyo, llamado Petreyo, estuvo en el territorio de los lusitanos y en el de los vettones, a través del Camino de la Plata, buscando tropas auxiliares. A finales del año 44 a.C. finalizará esta contienda en Hispania, aunque siguió en otros escenarios durante trece años más, hasta terminar con un vencedor: Cesar, que instaurará un nuevo orden, integrándose estas tierras más decidida y definitivamente en el ya en el dominio romano. Será en este momento cuando poblados vettones como Los Tejares y Las Paredejas, si es que en éste quedaba todavía alguna población, sean abandonados en favor de nuevos establecimientos en lugares llanos, más propicios y adaptados a la nueva etapa que se inicia, la que tiene que ver con el Imperio Romano, en el que Hispania es una provincia. Desde ese momento podremos hablar de hispano-romanos, de vettones-romanos para el caso de esta zona de la Península.



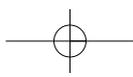
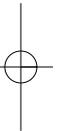


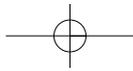
7. LA ROMANIZACIÓN DE ESTAS TIERRAS.

LA LENTA LLEGADA DE NUEVOS TIEMPOS

En el 31 a.C. Octavio, futuro Augusto, afirmaba su poder en Roma tras vencer a Marco Antonio y Cleopatra. Completada la conquista de Hispania ya en el 19 a.C. por Augusto, fue necesario organizar todo el territorio para su explotación. Se trataba de organizar un territorio heterogéneo, con un pasado inmediato lleno de rebeldías y sublevaciones. Una tarea en realidad nada fácil.

Lo que conocemos como *Romanización* no es otra cosa que el largo proceso iniciado en época republicana con la conquista de la Península y que se mantendrá durante largo tiempo después de iniciada la conquista. En definitiva, fue el proceso por el que se trató de homogeneizar las estructuras indígenas a las romanas. En esta tarea en principio la política romana fue mantenerse como dominadores por *derecho de conquista*, por lo que respetaban costumbres, ritos y religiones de los indígenas, siempre que a través de ellos fuera posible llevar a cabo su gobierno y las tareas que éste imponía de recaudación de impuestos y explotación de los recursos a favor del imperio. Mantener esta distinción probablemente no era otra cosa que una forma de desconfianza e inseguridad, ya que los pueblos hispanos representaron durante mucho tiempo una constante amenaza de rebelión. En este sentido hay que recordar, por ejemplo, que aunque oficialmente fueron sometidos los pueblos de la Meseta desde algo antes del 133 a.C. hubo numerosos problemas con ellos mucho tiempo después. Sucedió esto hasta tal punto que algunos investigadores piensan que su verdadero sometimiento será sólo después de las ya mencionadas guerras civiles. Por decirlo abreviadamente y en síntesis: los pueblos hispanos y con ellos los vettones, debieron mantener su personalidad íntegra mientras se sintieron como pueblo dominado. Cuando a través del tiempo la presencia romana se hizo habitual y cotidiana y la estructura romana fue calando en aquella vieja idiosincrasia poco a poco más, fue cuando perdieron una dosis mayor de personalidad. Un detalle puede ilustrar con cierta evidencia esto: en la ciudad de Ávila, de fundación romana al poco de finalizada la conquista total de Hispania, tuvo a la puerta de entrada del recinto amurallado un verraco de piedra, símbolo por excelencia de la cultura vettona. Pero no solamente era esto, en un momento posterior, dos y tres siglos después, muy romanizado ya todo en teoría o al menos con tiempo para ello, algunos personajes de la ciudad hacían enterrar sus cenizas en una urna de piedra sobre la que colocaban una de éstas esculturas representando un toro o un cerdo, pero de tamaño generalmente más reducido respecto a lo que habían sido sus antecesoras prerromanas. Ello tiene que indicar a través de esta circunstancia y de otras muchas, que los pueblos de esta zona mantuvieron su personalidad propia durante bastante tiempo y más aún cuando estas tierras, por su pobreza y aislamiento no conocieron una influencia romana de primera magnitud, ni un interés por ellas del nivel que hubo en otros puntos de Hispania. Estudiosos de este momento y de este proceso, como J.M. Roldán piensan que en zonas como la vettona el impulso colonizador romano fue muy débil,





mostrando las estructuras organizativas indígenas una tenaz pervivencia, aunque tuvieran que adaptarse al modelo romano. Otra prueba de esta pervivencia es, también para Roldán, la continuidad de la antigua organización social indígena, basada en unidades ligadas por parentescos que actuaban también como unidades sociales dentro de los límites territoriales definidos. Este tipo de pervivencias son fácilmente identificables a través de las estelas funerarias. En ellas a menudo se nombra a la persona fallecida citándose, además, a la familia y al clan al que pertenecía. Desgraciadamente no es el caso de la hallada en Béjar, en la que la información que aparece es muy parca, citando únicamente el nombre del difunto y el de sus padres. Cuando dispongamos para esta zona de más testimonios funerarios, que indudablemente debe haber, podremos saber con más seguridad la intensidad real de la romanización sobre las gentes indígenas.

La organización del territorio conquistado comienza con la denominación como provincia de toda un área geográfica donde se incluían comunidades diversas, todas sometidas al dominio romano. Lo administraba un magistrado romano con mandato anual a menudo prorrogable. El gobernador provincial tenía poderes civiles, judiciales, religiosos y militares compartiendo con el cuestor las responsabilidades financieras que obligaba a las provincias a pagar el 5% de la producción y a contribuir al mantenimiento del ejército. Se pagaba en especie o en dinero. En otro orden de cosas los romanos fueron tolerantes en lo religioso. Los indígenas mantuvieron sus propios dioses e incluso tenían sus particulares sacerdotes. Eso nos hace pensar que los habitantes de la comarca de Béjar de aquel momento debieron mantener, como tantos pueblos de las inmediaciones, sus dioses tradicionales e ir adoptando y adaptando las divinidades romanas muy poco a poco. Como en tantos otros aspectos, las zonas menos interesantes para ellos, como la nuestra, fueron las que mejor mantuvieron su idiosincrasia más tiempo, aunque ello significara también mayor atraso.

Hispania fue dividida mucho antes de la conquista total de la Península por los romanos en dos provincias: la Hispania Citerior y la Ulterior. Nuestra zona quedaba dentro de la Ulterior con capital en *Corduba*. Los límites de cada una de estas provincias iban variando a medida que iban anexionándose zonas nuevas. A partir de Augusto y de sus reformas, por tanto finalizada ya la conquista de Hispania, se van a crear tres provincias: mantuvo la Citerior y dividió la antigua Ulterior en dos nuevas: la Bética, con capital en *Corduba* y la Lusitania, que comprendía buena parte del actual Portugal, las tierras de los vettones, la zona de Zamora al sur del Duero y el territorio de los galaicos y los astures; la capital de esta provincia lusitana era *Emerita Augusta*, la actual Mérida. Según J.M. Roldán esto sucedió entre el 16 y el 13 a.C. Poco tiempo después el mismo Augusto amplió los límites de la Citerior a costa de algunas zonas de la Ulterior. En cualquier caso esta comarca siguió perteneciendo a la Lusitania. A partir de Vespasiano (hacia el 70 d.C.) cada una de las provincias hispanas se dividirán en *conventus*, quedando esta zona dentro del *Conventus Emeritensis*, con capital en Emérita. En este esquema administrativo había luego unidades menores de



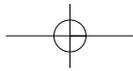


Fig. 88. Hispania en el siglo IV. La antigua tierra de los vettones dentro de la provincia Lusitana.

carácter local con su propia jurisdicción. Cada una de ellas, de tercer grado, recibía de Roma su correspondiente y diverso estatuto jurídico; se las denominaba *populi* y el esfuerzo romano era concentrarlas en *civitates*, una forma más evolucionada y organizada, más al modo del modelo romano, constituyendo centros de mayor tamaño, lugares donde se organizaba la vida más cercanamente al estilo de una *potencia* colonizadora del momento.

Las fuentes romanas no aportan demasiados datos para un conocimiento intenso de la organización administrativa de nuestra zona. Los autores Plinio *el Viejo* –2ª mitad del siglo I d.C.– y Ptolomeo –siglo II d.C.– proporcionan alguna breve e incompleta información sobre las ciudades que existían en Hispania. Del territorio de la actual provincia de Salamanca hablan muy poco. Uno cita sólo a *Salmantica* (Ptolomeo) y el otro a *Mirobriga* (posiblemente Ciudad Rodrigo). A estas referencias hay que añadir otra muy importante: el Itinerario de Antonino, de la época de Diocleciano (284-305 d.C.), en el que se describen las principales vías de comunicación de Hispania. En esta obra, cuando se habla de la Vía de Emérita a Asturica Augusta, cita las mansiones de *Caelionico*, *Ad Lippos*, *Sentice* y *Salmanticae*. Otra obra similar es el Ravennate, del siglo VII, donde se citan *Salmantica*, *Sentice*, *Appos* (identificable con *Ad Lippos*) y *Coloricum* (identificable con *Caelionico*). De todos ellos sólo *Caelionico/Coloricum* y *Ad Lippos/Appos* tienen que ver con el territorio que nos afecta. Ningún otro lugar mereció ser citado por estos historiadores y geógrafos, lo cual debe ser un indicio de la poca importancia que los demás tenían. Béjar no fue citado y no sabemos si tuvo que ver con su poca importancia o por el hecho de caer un tanto a desmano de la Vía de la Plata.

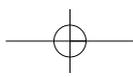
Los investigadores de esta etapa no han conseguido averiguar todavía cuantas fueron las jurisdicciones de tercer orden que pudo haber en la provincia de Salamanca, por poner el ejemplo más cercano. Aunque tuvo que haber varias, cada una de ellas controlando un determinado territorio y constituyendo la referencia principal de una zona, únicamente se han identificado tres: *Salmantica* (Salamanca), *Bletisama* (Ledesma) y *Mirobriga* (Ciudad Rodrigo). Todas ellas quedan lejos de la zona de Béjar, por tanto no parece probable que estas tierras del sur de la provincia de Salamanca pudieran estar adscritas a alguna de ellas. Quiere decirse que tuvo que haber un centro administrativo en alguna parte, lo suficientemente más grande que los pequeños poblados rurales que habría en la zona, y que no serían otra cosa que aldeas de pequeño tamaño (denominados *vicus*, *pagus* o *villas*), dependientes de estos centros administrativos, mayores o menores, pero siempre de tercer grado, en los que un representante de Roma ejercería el mando. De alguna manera aquella organización no difiere en la forma que existe hoy, es decir la escala va desde la humilde aldea hasta la capital del país, quedando entre ambas una serie de figuras intermedias que van englobando unas a otras, integrándose en una relación de dependencia logística y administrativa. El Inventario Arqueológico de la provincia de Salamanca proporciona algunos datos que merece la pena investigar. Este inventario no es todavía completo, deben faltar bastantes yacimientos por descubrir,



por tanto lo conocido es sólo una parte de lo existente. Aunque se desconoce la verdadera identidad de un yacimiento hasta que se realizan trabajos arqueológicos en él, el aspecto que dan los asentamientos identificables con la época romana en estas tierras es que se trata de pequeñas aldeas, núcleos de población de poca importancia ligados a la explotación de determinadas zonas, unas veces enfocados a la ganadería y otras, aunque seguramente menos, a la agricultura, según las posibilidades más favorables de la zona que se trate. Con esa realidad hay que preguntarse por lo que fue de la población pre romana de Las Paredejas y Los Tejares, y de Béjar, si existía esta, una vez fue conquistado y romanizado ese territorio. Tal vez se produjo una emigración, o simplemente una crisis atomizadora de la población provocada por el alistamiento de los jóvenes al ejército, como salida en un tiempo de decadencia en territorio pobre en el que no se veían perspectivas. Tampoco parece que hubiera villas en el sentido de tratarse de latifundios personalizados en una gran mansión con todas sus dependencias, como conocemos de otros lugares.

Conocemos pequeñas aldeas en las distintas áreas de lo que hemos considerado la comarca de Béjar. Así, en la zona que podríamos llamar pre montañosa de Montemayor/Baños/Peñacaballera hubo algunas aldeas que incluso merecieron cita en textos antiguos, como por ejemplo *Caelionicco*, la antigua *Caecilio Vico*, que se encuentra al parecer en la finca de La Vega, en el límite de los términos entre Peñacaballera y Puerto de Béjar. Puede que este lugar no tuviera una gran importancia, es decir que no alcanzara o se aproximara a la categoría de *civitas*, pero su posición relacionada con el Camino de la Plata le hizo distinguirse de otras aldeas, como las conocidas dentro de los términos de Lagunilla o Montemayor del Río, entre otras de la misma entidad en territorio actual extremeño y salmantino.

El Camino de la Plata, por ser una vía de comunicación importante, hizo surgir otros pequeños núcleos de población en el Valle de Sangusín, entre los que destaca la *mansio* (lugar de descanso y aprovisionamiento en una ruta, es decir una posada) denominada *Ad Lippos*, al lado mismo de la calzada, que aparece en las fuentes escritas romanas. Sin duda en el Valle de Sangusín, más cercanamente o menos de la calzada, debe haber más pequeñas aldeas de este momento que no han sido descubiertas a causa de la mala visibilidad que existe en el terreno para la detección de yacimientos arqueológicos. La vocación fundamentalmente ganadera de este valle ha hecho que se remueva poco el subsuelo y con ello que no aparezcan delatados los restos arqueológicos que pudieran identificarse como yacimientos. Por otro lado, en la zona en torno a Béjar no se conocen muchos casos, sólo el de la propia Béjar y algunos indicios en las cercanías de Navacarros que necesitan precisarse con más exactitud. El hallazgo casual por parte de M. Santonja Alonso en la zona de La Covacha, en Valdesangil, de un hacha de hierro de doble utilidad (se conocen como hachas podadoras) previsiblemente de época imperial, hace pensar en algún tipo de establecimiento de poca entidad en algún lugar en las cercanías del pueblo actual que todavía no ha sido



documentado. Sin duda de estos tuvo que haber muchos, eran lugares que se reducían a caseríos agrícolas en puntos favorables y que a su vez dependían de esas pequeñas aldeas a las que se ha hecho mención. Más abundante en aldeas de este momento parece que fue el territorio cercano al Cerro del Berrueco, con algunos pequeños núcleos en la zona de Sorihuela, de Santibañez y sobre todo en término de El Tejado y su vecino Navamorales. A parte de ser un terreno algo más favorable que los vistos anteriormente, en lo que al desarrollo de una economía agrícola se refiere, hay que tener en cuenta también que la desintegración paulatina de núcleos pre romanos romanizados, como los aludidos de Los Tejares y Las Paredejas, tuvo que dar lugar a nuevas aldeas en las inmediaciones. Lo que no sabemos seguro es si estos nuevos núcleos se fundan en el primer siglo de nuestra era o son consecuencia del cambio en el estilo de vida que aparece a partir del siglo III d.C., cuando el modelo utilizado hasta ese momento desde la conquista –la concentración de población– da paso a todo lo contrario. Esta cuestión sólo las investigaciones arqueológicas podrán dilucidarla algún día. De momento la presencia en superficie de abundantes *tegulas* romanas (las peculiares tejas de los tejados, con forma rectangular y reborde peraltado en los dos lados más largos) son las que en la mayor parte de los casos nos indican la presencia de yacimientos romanos, sin que con ello podamos llegar a mayores especificaciones. En la zona del entorno de Becedas también son conocidos algunos núcleos rurales alentados por la bondad de aquellas tierras, tanto para la práctica de la agricultura como para la ganadería a partir de la presencia abundante de agua.

Con seguridad todas estas aldeas romanas dependían de un centro administrativo mayor y eran gobernadas por oligarcas locales, muchas veces antiguos oligarcas indígenas o de procedencia indígena, asociados al gobierno romano inmediatamente de instaurarse éste para no perder su influencia y su poder. No parece probable que los pequeños establecimientos de esta comarca dependieran de alguno de los conocidos por las fuentes documentales o por la epigrafía, como *Salmantica*, *Bletisama* o *Mirobriga*. Parecen demasiado lejanos para que desde ellos fuera controlado este territorio, aunque todo podría depender de la cantidad del poblamiento. Tal vez fuera Béjar el centro administrativo que capitalizara, por lo menos, la zona del Valle de Sangusín y la de Becedas, asumiendo con ello, aunque sólo fuera lejanamente, el carácter de *capitalidad* de toda la zona. No hay base documental para asegurarlo pero sí algunos supuestos teóricos para intuirlo. En cualquier caso parece quedar claro que el centro administrativo hubo de serlo de tercera categoría dentro del esquema romano, ya que esta zona, al margen de la importancia de la vía de comunicación, no debió representar una atracción especial en la mentalidad *colonial* de Roma. Sin embargo, no muy lejos de aquí, en la Sierra de Gata, en concreto en la zona de El Cabaco, al este de esta comarca, había intereses más importantes que pudieron llegar a afectar de algún modo. Allí, en un lugar denominado *Las Cávenes*, hay numerosos restos de una explotación aurífera comenzada a partir del siglo I d.C. que no fue poca cosa y que con seguridad tuvo que implicar diferentes formas de control romano.

En todo este ambiente el ejército romano tenía el papel de control militar, de coerción y de garantía para la continuidad de los fundamentos de la conquista, que no eran otros que la explotación económica del territorio sometido, como ha sucedido siempre en todas las conquistas y ocupaciones, vayan disfrazadas de lo que vayan. Por toda la zona conquistada se distribuyeron estratégicamente campamentos romanos que servían para mantener el control de lo conquistado. Estos campamentos solían agrupar a una legión, con 4.000-5.000 infantes y unos 300 jinetes. Tenían su propio territorio de explotación económica y una zona de población subsidiaria que vivía de ellos. Como no podía haber campamentos a cada poco, existía una figura intermedia, que eran los fuertes militares, los cuales implicaban la presencia militar en lugares con determinadas condiciones. Evidentemente nuestra comarca tuvo que estar sujeta a algún tipo de control o jurisdicción militar. Algunos autores, como J.M. Roldán han considerado que el lugar romano de *Caecilio Vico* o *Caelionicco*, en el término de Puerto de Béjar, no era otra cosa que un establecimiento militar relacionado con el control del Camino de la Plata. Como ya hemos dicho, este lugar había sido fundado por Cecilio Metelo durante las guerras sertorianas en el siglo I a.C., pretendiendo el control del trecho comprendido entre el Tajo y la Sierra de Gata. Es muy probable que por aquí circulara el oro procedente de las minas en el mencionado lugar de *Las Cávenes*, en El Cabaco y el de Las Médulas en León, además de todo el tránsito de personas y ejércitos, por lo cual era preciso que hubiera algún tipo de control. Lo más probable es que no fuera una zona especialmente conflictiva, ya que no fueron construidos grandes campamentos.

Pero no es *Caelionicco* el único testimonio militar que conocemos en esta comarca. Puede que fuera el de mayor envergadura, eso sí, aunque nunca similar en efectivos a lo que era un campamento militar romano en todo el sentido de la palabra. Es decir había jerarquías también en ese aspecto. En el término de Calzada de Béjar hay un edificio en ruinas cuya singularidad ha llamado la atención desde que se perdieron los datos de su verdadera identidad. Puede verse en el lugar denominado *Las Prechoneras*, transitando por la carretera de Béjar a Sequeros, con dirección a éste último, al poco de traspasar la curva de herradura de la actual carretera, a la izquierda. Se trata de un monumental edificio que tradicionalmente se ha venido identificando con un fortín relacionado con la Calzada de la Plata. Roldán lo describe de la siguiente forma: *“Es un cuadrilátero de 28'83 por 26'8 m hecho de mampostería de granito en “opus incertum” y reforzado en las esquinas y en la puerta por sillares labrados del mismo tipo de piedra con altura de 0'36 a 0'48 m. El edificio está construido a dos aguas, probablemente con techo de madera y teja, que naturalmente ha desaparecido y orientado a este a oeste por lo que los muros que miran a estos dos puntos acaban en ángulo. Es muy interesante la puerta que se abre en el grueso del muro de más de 30 cm de espesor, de medio punto, que forma en el macizo una bóveda de cañón también de sillaría. Aún pueden observarse las quicialeras para la puerta, que debió ser de dos hojas y los agujeros para la tranca que aseguraría la puerta. En la parte opuesta, al oeste se abren los otros únicos vanos del*



Fig. 89. El «Castillo» de la Calzada.
Un punto para vigilar la calzada en tiempos difíciles.

edificio. Se trata de una hilera de saeteras a un metro de altura, muy angostas y oblicuas dirigidas precisamente hacia la calzada, lo que evidencia su carácter militar y su conexión con ella. El suelo no está allanado sino que sobresalen en él los peñascos típicos del carácter del terreno"... Este mismo autor lo fecha en el Bajo Imperio asociándolo a la necesaria vigilancia que por esa época precisaban los caminos y, también, porque en ese mismo tiempo se construyeron otros fortines con el mismo cometido en diversos puntos de Hispania. El emplazamiento en un pequeño escalón horizontal en la ladera que cae hacia el Valle de Sangusín supone una clara posición de preeminencia y de dominio sobre la zona de salida/entrada de la calzada. Si *Caelionicc* tuvo el fundamento militar que aconsejan los datos disponibles, entre éste y el fortín de Calzada de Béjar se establecía un control muy importante de una de las zonas más complicadas para el tránsito de la Calzada, dado el encajamiento que tiene lugar, el carácter montañoso y la profusa vegetación de la zona, no muy diferente hoy a la de entonces.

7.1. EL CARÁCTER DE BÉJAR EN LA ÉPOCA ROMANA

Hay que preguntarse por la causa de que Béjar no evolucionara más intensamente en época romana, manteniendo continuidad ascendente hasta alcanzar la importancia que tuvo en la Edad Media. Es cierto que no manejamos apenas datos que nos hablen de la verdadera realidad. No los tenemos de tipo arqueológico por la sola causa de que no se han llevado a cabo investigaciones de este tipo en los sitios que pueden decir algo al respecto y seguramente también porque han desaparecido muchos datos como consecuencia del arrasamiento de los estratos donde esa información pudiera quedar a lo largo de siglos de remodelaciones y de historia de la ciudad. Tampoco las fuentes aportan nada al respecto. Podremos decir que Béjar no se la citaba en el *Itinerario de Antonino* ni en el *Ravenae* porque no estaba en la Vía de la Plata, pero es que tampoco la citan los que anteriormente hablaban de las ciudades con cierta importancia. Es cierto que hay centros administrativos de tercer orden que no aparecen citados en las fuentes, aunque de ellos haya constancia a través de fuentes epigráficas. Ese es el caso, por ejemplo, de los llamados *términos augustales* que delimitaban cual era el límite de dos términos contiguos; también otro tipo de inscripciones no funerarias cuyo texto implica la importancia administrativa del sitio respecto al entorno. Quiere decirse que si bien parece un dato a tener en cuenta que un lugar de tercer orden –siempre de tercer orden, pero con alguna importancia administrativa sobre su entorno– no aparezca en las fuentes, no debe ser determinante ya que puede que simplemente fuera ignorado por el redactor o que en el trasiego de las copias de copias sobre copias de documentos, algunos nombres se hayan perdido, olvidado o simplemente eliminado para abreviar.

Debemos partir de la base de que esta zona tenía una escasa relevancia y eso explica muchas cosas. Su verdadero interés estaba en el hecho de que era atravesada por una vía importante. De esa



vía era fundamental resaltar las *mansio*, los lugares en los que se podían reponer fuerzas o cambiar los caballos. Sin duda Béjar no era un lugar importante y, además, estaba demasiado escondida en el paisaje serrano. Tal vez, a pesar de su poca importancia real, pudo haber representado un lugar de preeminencia administrativa, de bajo rango, sobre el entorno más inmediato. En ningún caso sin la categoría de la cercana *Salmantica*, favorecida por su posición respecto a una vía principal. El hecho de que Béjar pudiera haber sido un pequeño centro administrativo de su territorio podría estar motivado en la necesidad de dotar a la zona oeste de la comarca de una cabeza administrativa que sirviera de control a las aldeas rurales que existían cercanas a la Vía de la Plata. Por ejemplo de la *mansio* de *Ad Lippos*, en el término actual de Valverde de Valdelacasa, en plena Vía. Los estudios sobre este sitio de J.M. Roldán, lo únicos hasta la fecha, hablan de un complejo de pequeñas dimensiones constituido por poco más que de un edificio de cierta envergadura, edificio que tuvo que ser la posada que mencionan las fuentes. Aunque no con el mismo cometido que *Ad Lippos*, habría más aldeas rurales por la zona. De algunas hay constancia, por ejemplo, en la zona de Pinedas. Otras deben estar sin identificar todavía.

Es posible también que ese carácter de centro político-administrativo, si lo fue en realidad, se le hiciera a Béjar hereditario, permaneciendo durante toda la inmediata época visigoda y la posterior de dominación árabe, llegando hasta la plena Edad Media a ese medio gas y recibiendo entonces el impulso conocido que la hizo una ciudad medieval de notable importancia dentro del contexto general de la Meseta Norte.

De ser todo como se ha dicho, habrá que pensar que si Béjar no evolucionó a más en la época romana y en la inmediatamente posterior con respecto a lo que había sido el original castro pre romano que debió ser, es porque continuó prácticamente igual a como fue, en el mismo sitio incluso, escarpado y escondido, con los criterios de elección pre romana que servían ya mucho menos para los nuevos tiempos. En casi todos los casos la permanencia en el mismo emplazamiento pre romano, cuando se trataba de lugares muy abruptos, implicaba falta de evolución, atraso, poca influencia. *Bletisama*, la antigua Ledesma, puede ser otro caso representativo. Sin embargo sitios como *Salmantica*, también ante romanos, en lugares altos, con buena defensa natural, pero en paisajes abiertos y comunicativos, evolucionaron más favorablemente, es posible que favorecidos, entre otras razones, por el hecho de ser sitios más fáciles, menos abruptos y escondidos que lo era Béjar. Estas circunstancias ambientales puede que no le fueran favorables a nuestra ciudad para su desarrollo en un tiempo nuevo y, sobre todo, en una zona que no representaba mucha importancia.

A propósito del pasado romano de Béjar hay que hablar del único testimonio claro pero contundente, que hoy sirve para atestiguarlo: la ya mencionada lápida sepulcral aparecida en el siglo XIX en las inmediaciones de la desaparecida iglesia de Santa María de las Huertas, en la baja ladera sur de la ciudad a la altura del casco antiguo.



Fig. 90. Zona antigua de Béjar, donde debió estar enclavado el núcleo urbano en tiempo romano.



Fig. 91. Béjar. Actual zona de Santa M.ª de las Huerta donde pudo estar el cementerio de época romana.





Fig. 92. Estela funeraria de época romana hallada en Béjar.
Su existencia atestigua la presencia de población
en época romana.

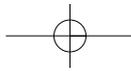
Se trata de una piedra labrada de granito, de tendencia trapezoidal, terminada en el extremo más ancho en redondo. En esa parte redondeada se lee en abreviatura la dedicatoria: D.M.S. (*Dis manibus sacrum*, que significa *Consagrado a los Dioses Manes*). Debajo se encuentra grabado el siguiente texto también en abreviaturas:

VALENTINO
AN · XX
FLAVVS · P
VALENTINA
M · F · C

El texto completo sería: VALENTINO AN(*norum*) XX. FLAVVS P(*ater*) VALENTINA M(*ater*) F(*aciendum*) C(*uraverunt*). La traducción es: *Consagrado a los dioses Manes. A Valentino que murió a los 20 años, su padre Flavo y su madre Valentina le erigieron este monumento.*

La tipología de la lápida parece indicar que fue erigida sobre la tumba de incineración del joven Valentino por sus padres Flavo y Valentina y esto fue seguramente hacia el siglo II. Los romanos cuando escribían los nombres de personas solían hacer referencia, complementariamente, a la stirpe a la que pertenecían. El hecho de que todos los nombres de esta estela carezcan de tales referencias relativas a su stirpe y familia, la sitúa cronológicamente hacia el siglo II. Y es muy posible también –se aprecia en el texto– que se tratara de gentes a las que la influencia de las costumbres romanas en estos aspectos les habían calado poco, a pesar de que utilizaban ya nombres romanos. Esta circunstancia podría tener alguna relación con la hipótesis que venimos barajando por la que Béjar hubiera sido un poblado pre romano que conoció *in situ* la romanización y que no se despobló, evolucionando muy poco debido a su escasa importancia. Sea como fuere Valentino, Flavo y Valentina son los primeros nombres de bejaranos que conocemos. En alguna parte del suelo de la ciudad hubo o hay el cementerio de los antiguos bejaranos romanizados. La aparición de la estela relacionada posiblemente con la iglesia de Santa M^a de las Huertas, en la baja ladera sur de la ciudad, puede ser indicativo de la ubicación de la necrópolis, sino en el mismo sitio donde se encontró la estela, en las cercanías. La posición en teoría sería óptima para ello.

Una pregunta que debemos hacernos obligatoriamente, ahora que sabemos con seguridad del pasado romano de Béjar, es sobre las bases económicas que la mantenían. Todo cuanto puede decirse se basa en el análisis de las posibilidades del territorio de que se trata. Como en época pre romana, su economía tuvo que basarse en la ganadería y en la pequeña agricultura desarrollada allí donde era posible obtener unos palmos de terreno. Puede que el origen de algunos o de muchos de los abancalamientos que han estado en uso para el cultivo hasta la mitad del siglo XX fueran construidos para lo mismo en esta época, constituyendo pequeñas parcelas aprovechables en solanas. Con ello, la explotación ganadera de los prados que pueden crearse en los alrededores de la ciudad, debieron servir de sustento a la reducida población de Béjar en época romana.



7.2. LA CALZADA O CAMINO DE LA PLATA

La Calzada o Camino de la Plata es el apelativo con el que se conoce a una vía romana que partiendo de *Emerita Augusta* llevaba hasta *Asturica Augusta*, la actual Astorga. Ya hemos hecho mención en repetidas ocasiones a ella a lo largo de este trabajo. Aunque institucionalizada en época romana se trata de una ruta de comunicación mucho más antigua cuya utilización, toda o en parte, puede remontarse como mínimo a la Edad del Cobre. En este tiempo observamos que hay concomitancias importantes entre las culturas de la alta Extremadura y las de la comarca de Béjar, incluso las hay también entre las de la alta Extremadura y de la zona de Zamora, por la que la calzada romana posterior transcurría camino de tierras leonesas. Quizá la explicación al hecho de que en la zona zamorana se encuentren similitudes puntuales con las culturas extremeñas en épocas tan remotas como el 3000-2500 a.C. haya que explicarlo en el hecho de la existencia allí de importantes vetas de una roca muy vistosa de color verde denominada *variscita*, valorada con un gran simbolismo en el IV y III milenio a.C., destinada a la fabricación de cuentas de collar y otros adornos que tuvieron una notable importancia durante el Neolítico y la Edad del Cobre. El comercio de este tipo de roca por toda la Meseta y Extremadura ha sido constatado a través de los análisis químicos, demostrando por tanto que proceden de allí las cuentas de collar en esa roca que hallamos con gran asiduidad en los poblados neolíticos y de la Edad del Cobre. No es extraño, pues, que ésta fuera la ruta de distribución de las variscitas de Zamora. Aunque no se puede decir que se trate de similitudes generales y por tanto de paralelismos a gran escala, lo que parece es que hay influencias de unas zonas en otras como consecuencia de los contactos. Si es así realmente, la mejor ruta para el acceso a Extremadura o para la búsqueda de estas piedras desde Extremadura, sería este camino de norte a sur. Por otra parte, las ya mencionadas similitudes culturales entre la alta Extremadura y la comarca de Béjar están atestiguadas, como dijimos en su momento al abordar la Edad del Cobre, en poblados como *El Chorrillo*, en Valdesangil o *La Teta*, en Gilbuena. Esas influencias, que son aún más claras que las que citábamos para las tierras de Zamora, tuvieron que llegar necesariamente por esta vía de comunicación, tal vez a través de algún tipo de actividad relacionada con la trashumancia de ganados o como consecuencia colateral de ese *comercio* de variscitas. Igualmente alguno de los colgantes representando ídolos antropomorfos hallados en determinados dólmenes, como el de *La Ermita* (Galisancho), en las proximidades de Alba de Tormes, parecen tener influencias de la zona extremeña, donde este tipo de colgantes fueron muy frecuentes al final del Neolítico e inicios de la Edad del Cobre.

Aunque no hay constancia del uso de este camino en tiempo inmediatamente posterior –sin duda sólo por la falta de investigaciones– la hay para un poco más adelante, ya en época tartésica, –hacia los años 800/600 a.C.– cuando sirvió para el comercio del estaño de las tierras leonesas y gallegas hasta la populosa entonces zona de Tartessos, en el bajo Guadalquivir, donde la mezcla de la influencia



Fig. 93. Trazado de la Vía de la Plata.

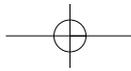


fenicia y la idiosincrasia indígena dieron una cultura muy evolucionada conocida como Cultura Tartésica. Ya fuera como producto del uso de esa ruta para el transporte del estaño o por la existencia de un comercio organizado, llegaban por esta vía numerosos productos *exóticos* que tenían como punto de partida la zona de Tartessos en la desembocadura del Guadalquivir y territorios adyacentes. Seguramente que la importancia que cobró esta vía de comunicación en ese momento fue de capital importancia para el tiempo que vino después. En la época pre romana sirvió sin duda para el contacto entre los asentamientos vettones. Recuérdese al respecto que el pueblo vettón, según las fuentes escritas, se extendía como una franja alargada que iba desde la actual Salamanca hasta el sur de la provincia de Cáceres. Con esta premisa es lógico que se dieran contactos frecuentes entre asentamientos y zonas distintas. Es más, la propia fisonomía topográfica de Vettonia, como una franja alargada de norte a sur, parece vertebrarse en torno al Camino de la Plata. Por este camino bajarían al valle del Guadalquivir los vettones y sus siempre aliados los lusitanos para organizar los saqueos a que hemos aludido en páginas anteriores. Y por aquí también llegaron las consecuentes represalias. Por ella llegó, antes de la presencia romana, el poderoso general cartaginés Aníbal hasta la Meseta con fines no demasiado concretados todavía, pero con cariz militar e intenciones posiblemente económicas, como conseguir trigo para su campaña contra Roma en la península Itálica. Mucho sería el tránsito por este camino y en determinadas épocas crucial, como para que en un determinado momento y por una causa difícil de concretar, un grupo humano se estableciera temporalmente en lo alto del cerro de La Corvera, en Navalморal de Béjar, sin duda para vigilar la llegada, vía Extremadura, de alguien lo suficientemente importante como que fuera objeto de este tipo de observaciones.

La importancia que cobró en época romana tuvo que verse mermada con las invasiones germánicas a partir del 409 y con la creciente inseguridad que caminos y rutas comerciales debieron conocer. En la invasión árabe de principios del siglo VIII fue uno de los cauces de penetración de los ejércitos árabes hacia el interior. Al final de la época medieval el trazado de esta vía serviría de frontera entre los reinos de León y Castilla. En la Edad Moderna el Honrado Concejo de la Mesta la convierte en cañada real de gran trascendencia para la economía de Castilla y de España. Hacia finales del siglo XIX la expansión del ferrocarril y el trazado de la carretera nacional 630 que une Gijón con Sevilla, la convierten en el resto histórico que ha llegado hasta hoy. En los tiempos actuales realizar a pie el tramo que va desde Aldeanueva del Camino hasta las inmediaciones de Guijuelo es un esfuerzo físico que se ve recompensado con la riqueza y variedad de un paisaje singular y evocador, que tiene tal vez su máxima expresión entre la zona de Puerto de Béjar y Calzada de Béjar, con el río Cuerpo de Hombre como compañero en un buen tramo y los robledales entre Puerto de Béjar y el puente de la Malena. Allí, la vegetación frondosa y autóctona, el río y el encajamiento del valle, vigilado por los mismos riscos que han visto pasar a tantas gentes, con tantas circunstancias, en tantos tiempos diferentes, son un placer



Fig. 94. La calzada de la Plata en el valle del río Cuerpo de Hombre.



añadido y necesario. Después, la abertura al valle de Sangusín, en el que seguramente el viajero antiguo procedente del sur respiraba más tranquilo sin la presión del paisaje ajustado e inseguro que provocó la construcción de los puestos militares de Calzada de Béjar y *Caelionico*, concebidos para protegerles del bosque y de todos sus peligros. La sensación indescriptible del paisaje mezclado con la melancolía y la intriga de tanto pasado, hacen inolvidable a este sitio, creando adicción inevitable a su belleza y obligada evocación a su historia. Este bagaje de sensaciones debe ser entendido como patrimonio de todos y respetado para siempre por cada uno en particular y, sobre todo, por quienes tienen la capacidad legada por el sistema de organizarnos la vida.

Del camino principal partían otros secundarios que servían para enlazar la vía con las diversas poblaciones de cada zona y con otras limítrofes. Sin duda hubo un camino que partiendo de la calzada llegaba a la antigua Béjar. Ese camino bien pudo ser el que hasta hace poco seguía la carretera nacional 630 en el tramo entre Puerto de Béjar y Béjar. No debe olvidarse tampoco la que hoy se llama *Carretera del Tranco del Diablo* o de Aldeacipreste que sospechosamente une la calzada, poco antes de llegar a Calzada de Béjar, con Béjar, bordeando desde allí el río Cuerpo de Hombre. Este camino pudo ser la forma de comunicación de Béjar con los viajeros que procedían del norte, mientras que la otra resultaba más cómoda procediendo del sur.

Una de las cuestiones que hay que abordar es el del nombre de la calzada. A lo largo del tiempo se le han dado distintos nombres y también diversas explicaciones a dichos nombres: *Calzada Columbrítana*, *Calzada de Guinea*, *Vía Lata*... Todos son nombres relativamente modernos, ya que en tiempos romanos, no aparece con ninguno en concreto. En el ya mencionado *Itinerario de Antonino* se la cita exclusivamente por los puntos de partida y de llegada, es decir *Iter ab Emerita Asturicam* (Camino entre Mérida y Astorga). Por lo tanto la denominación con la que la conocemos hoy –*Calzada de la Plata*– no responde a una denominación antigua, ni tiene nada que ver con la plata como metal. Ha sido tradicionalmente una denominación que se le daba en las provincias de Salamanca y Cáceres. Podría derivar etimológicamente bien del griego *πλατύς* y del latín *lata* (significando ambos *ancho*, *Vía Ancha*) o del árabe *balath* que significa *pavimento, enlosado*. J.M. Roldán se inclina más por el origen árabe del nombre actual, considerando entre otras razones, la oportunidad de que el significado de la palabra árabe *balath* (enlosado) coincidiera precisamente en las provincias donde se aplicaba esta denominación, con las zonas donde el camino aparece con más frecuencia enlosado.

La Calzada de la Plata servía de parte y complemento de un completo circuito de caminos interrelacionados que ponían en comunicación a toda la Península Ibérica. La de la Plata, como todas las demás, era una ruta comercial, militar y sin duda también una ruta de trashumancia ganadera. Servía para comunicar las importantes explotaciones mineras de la zona de Astorga con las de Sierra Morena, dando salida por Cádiz y Sevilla, camino de Roma, al oro y a la plata resultantes, a la vez que al grano y animales de la Meseta.



Fig. 95. Restos de un miliario al pie de la calzada en la zona del puente de la Malena.



Fig. 96. Donde la calzada de la Plata entra en la Meseta a través del valle de Sangusín.

La importancia militar ya ha sido aludida, baste decir ahora que ante cualquier conflicto servía para desplazar tropas con rapidez de norte a sur y viceversa.

La Calzada de la Plata, como camino romano, partía de la capital de la Lusitania, de *Emerita Augusta* y ascendía hacia el norte, camino de *Asturica Augusta*, atravesando paisajes y tierras diferentes. De alguna manera la actual carretera nacional 630 ha seguido esta ruta, aunque no exactamente sobre el mismo trazado, circunstancia que salvó de su destrucción a la calzada o al menos de quedar sepultada, como ha sucedido con algunas otras vías. Donde más parece separarse la calzada de la actual carretera es a partir de Puerto de Béjar. Desde allí la carretera buscó su pasó por Béjar, ascendiendo al puerto de Vallejera camino de Guijuelo, trazando un segmento de círculo que se prolonga hasta Salamanca. La calzada sin embargo había optado desde las inmediaciones de Puerto de Béjar por el Valle de Sangusín, descendiendo en pendiente, entre un hermoso paisaje de robledales, al puente de la Malena, de origen romano en su concepción de puente sobre ese mismo lugar y desde allí, paralela al río Cuerpo de Hombre, hasta llegar a la curva que hace el río, encaminándose en sentido inverso hacia Béjar, mientras que la calzada sigue hasta la Calzada de Béjar y desde allí, casi en línea recta, hasta Salamanca. Desde Salamanca iba hasta Zamora (*Ocelo Duri*), luego a Benavente y finalmente a *Asturica Augusta* (Astorga), donde se capitalizaba el oro que producían en abundancia las minas que hoy conocemos como Las Médulas. También en este tramo la calzada antigua siguió un cierto paralelismo con la carretera actual, con alguna breve intersección en algún caso.



Fig. 97. El puente de la Malena sucesor del puente romano de la Calzada de la Plata.

En lo que respecta a la comarca de Béjar, la calzada llegaba a la zona de Puerto de Béjar después de haber pasado por las cercanías de Baños de Montemayor y antes por Aldeanueva del Camino, de donde llegaba procedente del importante establecimiento de Caparra (Oliva de Plasencia). Hay que citar a propósito del paso por las inmediaciones de Baños de Montemayor, el hallazgo de varias inscripciones en piedra dedicadas a las ninfas que implican el origen romano de las aguas termales que existen en este lugar, ya que se asimilaba con las ninfas el carácter benefactor de las aguas para la salud.

Las principales calzadas romanas estaban concebidas como rutas de comunicación con todos los servicios posibles para su tiempo. Así a cada 20-25 millas aproximadamente se construía un lugar en el que el viajero pudiera hacer descansar a los caballos y recibiera posada. A estos lugares se les llamaba *mansio* y podían ser caseríos a modo de alquerías al lado de la vía o coincidir con núcleos de población más o menos grandes. En esta comarca hay constancia arqueológica y por las fuentes literarias (Itinerario de Antonio, Anónimo de Rávena y Ptolomeo) de dos de estas *mansio*: una en el mencionado *Caelionicco*, también citado como *Caecilio Vico* y *Coloricum*, en el término de Puerto de Béjar, entre éste y Peñacaballera y otra, más pequeña, en el pago denominado *Peña Milanero*, al lado del casco urbano de Valverde de Valdelacasa, llamada por las fuentes *Ad Lippos*. J.M. Roldán piensa que *Caelionicco* era un pequeño núcleo de población, un villorrio, refundado sobre un poblado pre romano durante las guerras civiles por



Cecilio Metelo. La falta de investigaciones arqueológicas directas impide más precisiones. De *Ad Lippos* se sabe que era poco más que un edificio de 120 por 50 m, según Roldán. Aunque el nombre de esta *mansio* ha dado lugar a distintas interpretaciones, parece que la traducción más apropiada sería *Mansión de Los Tilos*, bonito nombre que alude a un árbol que vive cómodamente en estas tierras. Hoy en el lugar donde estuvo aquel caserío, en el que tantas gentes descansaron y tantas cosas debieron suceder, es sólo un prado en el que esperan investigación los restos de aquella posada. Desde *Ad Lippos* la siguiente *mansio* de que disponía el viajero antiguo, antes de la de *Salmantica*, estaba ya fuera de la comarca de Béjar, se trataba de *Sentice*, en el término de Pedrosillo de los Aires, en la zona de La Maya.

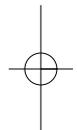
Otro de los elementos característicos de las vías importantes eran los miliarios, esas grandes piedras cilíndricas a modo de fustes de columnas. En ellos se hacía constar la milla (el kilómetro, por decirlo en términos de nuestro tiempo) en la que se encontraba el viajero de la Calzada de la Plata respecto del camino a recorrido y a recorrer. La preocupación por el mantenimiento de esta vía, como de tantas otras, fue desde la conquista romana una tarea prioritaria. Así, la frecuente reparación de éstas queda atestiguada en los miliarios donde además de hacer constar la milla de que se trataba, se hacía mención a la reparación y al magistrado o emperador responsable de la reparación, de alguna manera antecedente de los *inevitables* carteles propagandísticos de nuestro tiempo cada vez que se lleva a cabo una obra pública, pero en aquel caso destinados a perpetuarse. Abandonada la calzada como vía de comunicación, estos miliarios corrieron diferente suerte. Algunos desaparecieron para siempre y otros muchos fueron desplazados de su sitio. Pero el esfuerzo de algunos investigadores ha permitido la recuperación de una buena parte de ellos e incluso muchos han sido colocados en el lugar aproximado que les correspondió en la antigüedad, por lo que hoy el paseante por la calzada tiene en ellos un testimonio más para imaginar lo que fue en la antigüedad, comparativamente con nuestro tiempo: una carretera nacional o una autopista.

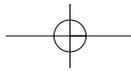
7.3. ECONOMÍA DE LA COMARCA DE BÉJAR ENTRE LOS SIGLOS I Y EL V

La época romana supuso un ligero adelanto en las formas económicas en toda Hispania. El propio hecho de que cesaran las guerras continuas y sangrientas entre los siglos I y el II tuvo que suponer un aumento demográfico general al que contribuyen en buena medida también la introducción de nuevas técnicas de explotación e incluso de la especialización de algunas zonas en determinados productos. Todas ellas serán las premisas de un impulso importante que tendrá su reflejo en la población con el aumento demográfico aludido. Dentro de este auge general determinados territorios alcanzan una notable importancia y son objeto de emigración desde zonas más pobres. Las explotaciones auríferas en el norte de la provincia de León, de la zona de Braga, de Galicia y las de Sierra Morena o la fertilidad de las vegas del Guadiana medio, en torno a Emérita, serán lugares donde se emigre buscando mejores condiciones de vida.



Fig. 98. Valle de Sangusín. Zona donde estuvo la *mansio* de *Ad Lippos*.





Nuestra comarca no estaba dentro de los polos de atracción económica, por tanto tuvo que darse algún tipo de fenómeno migratorio aprovechando la buena comunicación con dos de las zonas más pujantes que ofrecía la Vía de la Plata. Seguramente las explotaciones auríferas ya aludidas de Las Cávenas, en El Cabaco, pudo ser causa de atracción para las poblaciones vecinas, por ejemplo para la de esta comarca. Puede que una de las causas principales de ese proceso de estancamiento que sufrieron nuestras tierras durante toda la época romana tenga que ver por un lado con la debilidad de la propia base económica, que a su vez era causa de emigración cuando las guerras cesaban y daba tiempo a recuperarse demográficamente. Es posible que ni siquiera llegara hasta aquí el fenómeno de la ruralización que se dio a partir del siglo III y sobre todo durante los siglos IV y V. En ese tiempo buena parte de la vida se trasladó al campo, constituyéndose en los lugares fértiles y más rentables grandes propiedades rurales con una capacidad productiva muy importante, agrícola y artesanal, que vendía sus productos incluso a cierta distancia. Estos lugares se llamaban *villas* y en ellas se congregaba una cierta cantidad de población trabajadora constituida por esclavos y colonos, todos bajo el mando del propietario de la villa que vivía en una casa suntuosa, a menudo decorada con mosaicos. Este fenómeno se dio fundamentalmente en tierras fértiles próximas a ríos. De las provincias de Salamanca y de la de Ávila se las conoce sobre todo en sus mitades norte, en las tierras llanas susceptibles del desarrollo de la agricultura.



Fig. 99. Supuestamente esta fue la hierba vettónica de gran fama en época pre-romana y romana.

Dada la poca fertilidad general de las tierras de nuestra comarca para la agricultura, con mayor vocación ganadera forzada por las circunstancias y debido también al propio carácter rural poco transformado, es muy probable que dicho proceso de construcción de villas no tuviera calado aquí. Por ahora a partir de lo que se conoce, sólo parece probable que hubiera alguna de estas villas en la zona de Becedas, tanto en las cercanías del propio Becedas, en concreto en el término de Gilbuena, como en las proximidades de Barco de Ávila. Pero no es seguro que se tratara en realidad de una villa en el sentido estereotipado del término histórico. Pudiera ser, más bien, pequeñas aldeas campesinas en terrenos fértiles, dependientes de otros puntos más importantes.

El autor romano Plinio se refiere en una de sus crónicas sobre Hispania a la especialización que se daba en determinados lugares en el cultivo, por ejemplo, de determinadas plantas muy codiciadas como remedio contra la enfermedad. En este sentido, dada la fama que alcanzó una planta, la *hierba vetónica*, aludida a propósito de su popularidad en la época pre romana, no sería extraño que fuera cultivada y exportada, como lo fueron otras en el territorio ibérico. Plinio dijo que era una planta muy popular por sus propiedades curativas, sobre todo como antiveneno. Pero también servía contra las mordeduras de serpiente, como bebida digestiva, para los dolores de pecho y costado, para cortar el lagrimeo, para las mordeduras de mono y de hombre (!), para la hemorragia nasal... etc. El nombre la asocia con el territorio de los vettones, por lo que muy probablemente en esta zona la habría y sería popular. Sobre todo parece ser que gozó de mayor popularidad en los siglos III, IV y V, aunque se la conocía desde antes.



8. CRISIS Y DECADENCIA PAULATINA

El lento final de la época romana y la etapa visigoda: del siglo IV a la invasión árabe del 711

Con frecuencia los historiadores aluden a una crisis a partir del siglo III en el imperio cuya causa habría que atribuir a la lucha por el poder y las invasiones de los pueblos germánicos limítrofes con el imperio romano. Esta etapa tiene como características principales la frecuencia de guerras intestinas, la ruralización de la vida, la aparición de nuevas formas de relación social, que serán el antecedente de la sociedad feudal y la consolidación de la religión cristiana como credo oficial. De este ambiente van a participar los habitantes de la comarca de Béjar. Como todos los demás en la Meseta Norte van a conocer un ambiente de inseguridad propiciado por la decadencia del poder y la dificultad de mantenerlo que sucedió durante todo el siglo IV. En nuestra comarca y sus inmediaciones tenemos pruebas arqueológicas que lo dicen. Aunque no se ha investigado lo suficiente, comenzamos a tener constancia de pruebas arqueológicas que denotan una gran inseguridad. Esas pruebas parecen aún más claras en el final del siglo IV y principios del V. Se trata de la constatación de una serie de atalayas y establecimientos fortificados en lugares altos y a menudo escondidos que encontramos al menos en las provincias de Ávila y Salamanca. En todos estos lugares los restos arqueológicos encontrados hablan inequívocamente de la misma cronología. En la comarca de Béjar hay al menos dos de estos lugares: en lo alto del pico de La Teta, en Gilbuena y otro similar en El Risco, en Santibáñez de Béjar. Ambos tienen como característica común ser puntos destacados en el paisaje, sitios que se hacen ver y que implican, sobre todo, control visual de determinados territorios. En los dos casos parece que lo que hubo allí no pasó de ser una construcción muy simple, capaz de albergar a unos pocos individuos de vigilancia. Por cierto que a alguno de los individuos que estuvieron en el puesto de La Teta, en Gilbuena se le extravió una aguja de bronce que encontramos a propósito de las excavaciones en el poblado de la Edad del Cobre de las cercanías y que se encuentra en el Museo de Salamanca.

La presencia de estas atalayas, de las que se conocen más en las zonas limítrofes a esta comarca, se corresponden con otros establecimientos en lugares igualmente altos, bien visibles y de buena visibilidad, como la atalaya del Castillo, en el pueblo de El Mirón, cerca de Piedrahita, controlando con autoridad el Valle del Corneja. Aquello debió ser algo más que un punto de vigilancia a juzgar por los restos que han aparecido en las excavaciones. Un poco más allá, en las inmediaciones de Ávila encontramos una situación similar, con el surgimiento de aldeas en la sierra, en sitios escondidos, claramente temiendo algo. En algunos de estos lugares la presencia de monedas indica que el peligro tuvo que tener lugar entre finales del siglo IV y principios del V. Si Béjar estaba ya poblada en época romana, como hemos visto por la lápida de Valentino, tuvo que conocer toda esta inseguridad. Su posición en el

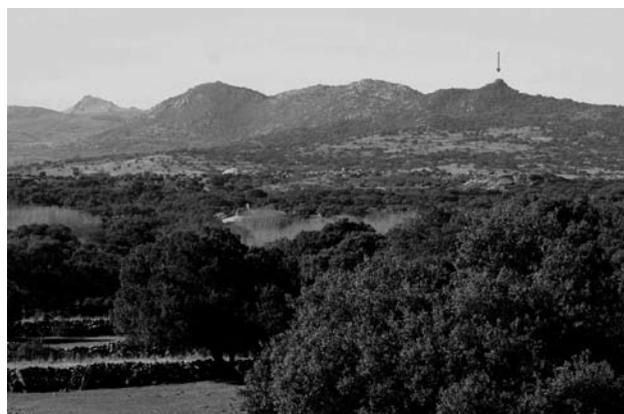


Fig. 100. Atalaya del final de la época romana en La Teta (Gilbuena).

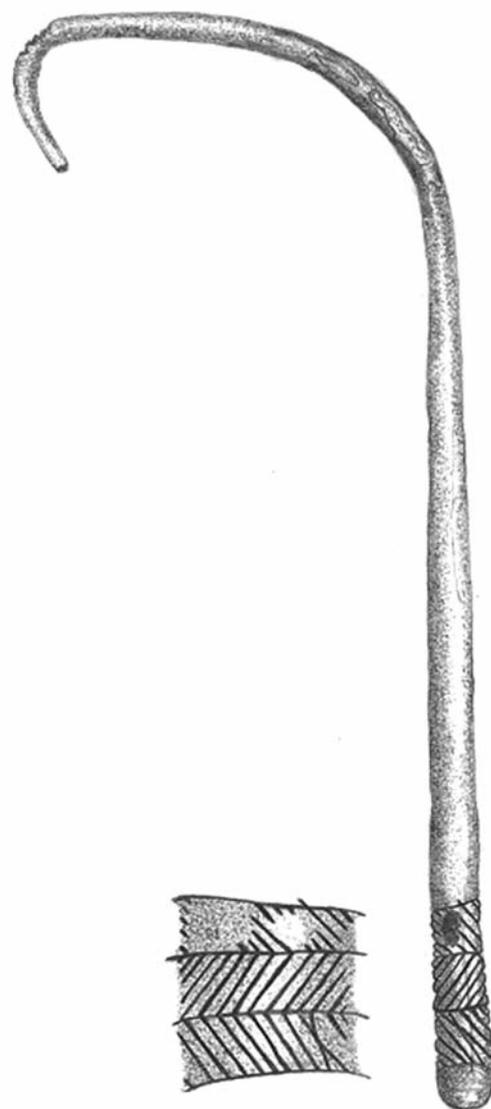


Fig. 101. La Teta (Gilbuena).
Aguja para el pelo de bronce de época romana.



paisaje, en un sitio abrupto y escondido, le fue favorable para afrontar la situación, al menos no tuvieron sus habitantes que cambiar de sitio, como sí lo hicieron los demás, buscando lugares altos y escondidos. Podemos imaginar, aunque por ahora sin pruebas, que sería el momento de dotar al asentamiento de murallas, si no las tenía, hecho que se registra en otras poblaciones que permanecen en su asentamiento original.

Habría que investigar mucho más a fondo esta cuestión, pero por lo que sabemos hasta el momento la interpretación puede tener que ver con el clima de inseguridad vivido hacia el 407. En ese año, aunque ya venía la decadencia de atrás, Constantino III se sublevó contra el emperador Honorio, adueñándose de las Galias e intentando a través de su hijo Constante adueñarse también de Hispania, algo a lo que se opusieron los primos de Honorio, Didimo y Veriniano, reclutando un ejército de colonos y esclavos en la Lusitania. Aunque parece que en principio hubo una cierta oposición, venció finalmente Geroncio a los ejércitos de Didimo y Veriniano, saqueando el territorio que ellos controlaban, que bien pudo ser el que afecta a las provincias de Ávila y Salamanca. O bien fue esta situación de guerra y de inestabilidad, o fue la consiguiente a ella, que motivó la entrada por los Pirineos de suevos, vándalos y alanos. Una o la otra, o las dos, participaron de ese clima que motivó la construcción de tales atalayas y aldeas serranas. Es de imaginar que una comarca como la nuestra, por sus características, tuvo que verse afectada directamente por estas cosas. No sería extraño situar la construcción del ya aludido Castillo de la Calzada de Béjar en este momento. En todo caso, si lo estaba ya, jugaría ahora un papel importante.

A partir de ese momento el imperio romano deja de ser definitivamente lo que fue y se inicia otra nueva etapa, que si bien no rompe con las esencias de aquello, supone una evolución, aunque nunca con el esplendor anterior. A partir del 415 el dominio visigodo va a ser el exponente histórico. Los visigodos habían penetrado en la Península Ibérica al mando de Aulfo en calidad de federados del imperio romano. Tras su llegada irán incrementándose en número uniéndose a la población existente, los hispano-romanos, pero diferenciándose de ellos por lo menos en los primeros tiempos. Por ejemplo, hasta la conversión al cristianismo de Recaredo en el 587, había cementerios arrianos y cristianos. La arqueología también nos ilustra al respecto con hallazgos de típicas tumbas visigodas en las que aparecen fíbulas y broches de cinturón muy característicos denotando que el muerto era un godo.

Naturalmente la comarca de Bejar y las tierras limítrofes se vieron involucradas en este contexto histórico. No sólo son los hallazgos arqueológicos en las inmediaciones de El Tejado y de Santibáñez de Béjar, donde ha aparecido un cancel visigodo en caliza marmórea, piedra muy utilizada en ese momento en los edificios religiosos, sino también el importante núcleo en torno a Salvatierra de Tormes, en las inmediaciones de Guijuelo, el que habla del calado de una población importante en época visigoda en el valle medio del Tormes. Algo parecido pudo darse en la zona de Santibáñez y San Esteban de la Sierra, donde hay restos de población



Fig. 102. Atalaya del final de la época romana en El Risco (Santibáñez de Béjar).



Fig. 103. Piedra posiblemente visigoda representando dos flores de lis, embutida en la mampostería del Palacio Ducal de Béjar.





de ese momento. Béjar queda en medio de esas dos zonas y a corta distancia de ambas. Constatado que en época romana Béjar estuvo ocupado, es previsible que durante la época visigoda lo estuviera también. Pero no hay ninguna constancia clara de ello. Se ha dicho que la iglesia de Santiago está sobre los cimientos de una iglesia visigoda, pero tal cosa no es más que una hipótesis posible que no obedece más que a algo probable, previsible y también deseable. No se ha producido ningún hallazgo allí que lo haga suponer con alguna certeza. Con una gran frecuencia en los sitios considerados sagrados se han ido sustituyendo unos templos por otros, incluso unas religiones por otras. Por eso no sería extraño que en el momento de la repoblación de Béjar, como en tantos otros sitios, se produjera una renovación de los viejos templos ya existentes por otros enmarcados en el nuevo estilo que inundaba toda la Europa cristiana: el románico. Pero este detalle tan previsible debe ser corroborado con datos fehacientes. Por ahora no es más que una suposición con alguna lógica teórica avalada por el hecho de que sea la más antigua de Béjar y porque no sería el primer caso que sobre una iglesia antigua se construye otra cuando aquella se queda pequeña o está arruinada e incluso que todas las ocupaciones cristianas estén sobre un templo pagano. Ese también podría ser el caso de cualquiera de las otras iglesias románicas de Béjar. Naturalmente que habría iglesias en época visigoda en Béjar, cuya huella tal vez haya que buscarla debajo de algunas de las medievales. Las escasas excavaciones que se han hecho entre la Plaza Mayor y la Antigua no han aclarado nada. Ni tampoco las observaciones en los movimientos de tierra que se han producido en los últimos años. Las investigaciones de M. Jiménez en el alto donde está situado el Palacio Ducal, tampoco ha dado datos sobre este momento y todos los anteriores. Sólo podría indicar algo al respecto un sillar con una flor de lis grabada que se encuentra embutido entre las piedras que componen el lienzo principal del Palacio Ducal. Sin duda los restos existen en alguna parte, únicamente es necesario localizarlos e investigarlos a través de la arqueología.

Se ha barajado por parte de algunos autores la posibilidad de que el obispo Juan de Biclara en el siglo VI procediera de Béjar y que por tanto ese fuera el nombre del núcleo urbano en aquel momento. Menéndez Pidal y Sánchez Albornoz fueron dos de los principales defensores de tal hipótesis. Pero actualmente la mayor parte de los autores se inclinan por situar el monasterio de Biclara, cuya fundación se le atribuye al clérigo aludido, en la zona de Tarragona. Lingüistas como Llorente Maldonado y Marcos Casquero han considerado cuando menos posible la derivación *Biclara* o *Biclara* hasta dar Béjar (*Biclara*, *Bíjaro*, *Béjaro*, *Béjar*).

No puede decirse mucho más de este momento sin pruebas para ello. Sólo constatar que esta comarca continuó poblada durante el tiempo visigodo, hasta conocer la invasión árabe que al parecer va a constituir una continuidad en esa aparente baja importancia de esta zona, hasta la nueva etapa que se inaugura tras la reconquista y repoblación de estas tierras.



Fig. 104. Santibáñez de Béjar. Cancel visigodo.





9. LOS TIEMPOS OSCUROS ENTRE LA INVASIÓN ÁRABE Y LA REPOBLACIÓN (Siglo VIII al XI)

Durante mucho tiempo se pensó que la invasión árabe supuso una total desbandada de los habitantes de la Meseta hacia no se sabe dónde, para volver, reconquistada la zona, unos trescientos años después. Habría quedado todo, en un auténtico desierto demográfico, el *Desierto del Duero*, como lo llamó algún historiador, siendo a continuación seguida su teoría por otros a través de la inercia que a veces gobierna las hipótesis interpretadoras de la Historia. Hoy se sabe que eso no fue así, aunque algo de razón hay en ello. La arqueología está contribuyendo en mucho a aportar datos para solucionar esta cuestión. A través del hallazgo de pequeñas aldeas de este tiempo, que veces parecen escondidas en zonas serranas, la arqueología va demostrando que no hubo un desierto demográfico, sino probablemente una zona sin una condición administrativa clara y fuerte, sin control político o con poco control, a diferencia de lo que existía de la mitad peninsular hacia el sur. Es posible que ante la inseguridad y la falta de un orden claro se produjera un descenso demográfico notable que empeoró aún más la situación, porque sin gente el territorio no tendría mucho interés, si no era especialmente rico.

Naturalmente dentro de esa coyuntura debió verse la comarca de Béjar. Si la propia ciudad había sido romana, es muy probable que siguiera ocupada en época visigoda y que tras la invasión árabe continuara también, aunque quizá diezmada en su ya pobre población anterior y bajo el dominio efectivo o virtual de los musulmanes que habían conquistado la zona. Lo conocido en otros lugares muy próximos, donde los elementos de la cultura árabe no aparecen por ningún lado en estos siglos oscuros, nos hace creer en lo escrito anteriormente: que fue un territorio dejado de los intereses directos de unos y otros, por lo que la falta de un poder y de un orden fuerte no serían un aliciente para vivir. Hacen falta estudios más profundos para aportar nuevos detalles. La ciudad de Béjar no los aporta, continua en este momento siendo igual de enigmática que lo parece desde la época romana. Hace falta investigar, aunque no sea fácil hallar la zona dentro del antiguo solar.



Fig. 105. Tumbas excavadas en la roca de Valcerezos (Horcajo de Montemayor).

Ante esa falta de resultados en lugares que podrían aportarlos, quizá debamos fijarnos en otros datos, que aunque todavía poco concretos, es posible que guarden pistas para investigar al respecto en el futuro. Se trata de las tumbas antropomorfas talladas en bloques o lanchares graníticos, toscas en la mayor parte de los casos, unas veces en forma de simple bañera sin detalles interiores para acomodar el cadáver, otras veces para albergar un doble enterramiento y otras de talla muy simple marcando una cabecera para encajar mejor al difunto. Este tipo de tumbas son muy propias de los ambientes serranos donde el granito aflora con abundancia. Naturalmente en el territorio de esta comarca y los inmediatos están presentes. En principio las conocemos en Navalmoral de Béjar, Sanchotello, Pinedas, en Santibáñez de la Sierra, Horcajo de Montemayor, Medinilla, BerCIMuelle, Sorihuela y Puente del Congosto. No hay que descartar nuevos hallazgos. Este tipo de manifestaciones se encuadran princi-





palmente entre los siglos VIII y X, aunque algunos autores llevan su origen algo más atrás, a los siglos VI-VII. También es posible que algunas fueran talladas ya después de la Repoblación del siglo XI. Las tumbas a veces están en sitios aparentemente aislados, es decir fuera de un núcleo de población y otras ligadas a lugares habitados si la ocupación es contemporánea de las tumbas. Sólo excavaciones científicas pueden decirlo. Otra característica es que aparecen aisladas o en pequeños grupos de unas pocas, nunca constituyendo extensas necrópolis en toda regla. Siempre están sobre un lanchar granítico más o menos evidente, casi nunca al menos en nuestra comarca, queriendo ser un punto de referencia en el paisaje. A veces es tal la discreción del lugar elegido que desconcierta a la hora de buscar una interpretación. Algunos autores consideran que el aislamiento de cada caso y el hecho de estar al margen de lugares de culto puede deberse a la existencia en aquel momento de un cristianismo poco organizado, tan poco como lo era el propio territorio político; un cristianismo que todavía se mezclaba en numerosos casos con supersticiones y ritos paganos para disgusto de la jerarquía cristiana, como quedaba constatado en los concilios.

Todas aparecen sin la cubierta, excepto un caso de Bercimuelle, cerca del Puente del Congosto, donde se ve al lado una gran laja muy tosca que la cubría y fue desplazada quizá para saber de su contenido, como la gran mayoría. Tienen forma de bañera o hacen la figura de un cadáver embalsamado, sin ataúd, con la zona de los pies más estrecha que la de los hombros, marcando la cabeza y a veces con entalles para encajar más cómodamente el sobresalir de los brazos pegados al cuerpo. Muchas también tienen un rebaje a los lados para encajar una cubierta mejor.

Una buena parte de ellas han sido atribuidas a los moros, lo cual podría estar indicando que fueron hechas antes de la llegada de los repobladores, denotando que esa ya no era su costumbre de enterrar. No sabemos tampoco quienes eran distinguidos con el enterramiento en ellas. La dispersión a veces en una zona hace considerar la posibilidad de que fueran formas de marcar la propiedad de un territorio, por la cual una construcción duradera legítima de alguna forma marcaba la propiedad en una sociedad con una determinada coyuntura y mentalidad que se servía de esas estrategias aceptadas por todos.

Estas tumbas, hoy perdidas en el paisaje cada vez más asilvestrado por la falta de uso agrario y a veces en peligro de desaparición por las canteras de piedra, merecen mucha atención, sobre todo para que no se pierdan y para que sean un recurso de difusión adecuada del Patrimonio Histórico con todas sus connotaciones en este tiempo.

Uno de los casos más elocuentes de las características que acabamos de describir son las del lugar llamado *El Maguillo*, en Sorihuela, al lado del arroyo de Valvanera. Aunque cerca hay casos aislados en La Cabeza de Béjar y en la zona del Molino de Valvanera donde hay una tallada y otra iniciada, llama la atención el conjunto referido de El Maguillo. Allí en un lanchar granítico, que no es el más prominente de la zona, se tallaron dos tumbas dobles y otras dos individuales, una un tanto separada. Dos de las dobles tienen marcado



Fig. 106. Tumba doble de El Maguillo (Sorihuela).



Fig. 107. Detalle de la cabecera pareada de la tumba doble de El Maguillo.



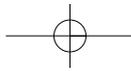


Fig. 108. Roca de las tumbas antropomorfas de Navalmoral de Béjar



Fig. 109. Una de las tumbas antropomorfas de Navalmoral de Béjar.

una especie de nicho para situar la cabeza, en realidad un adorno o referencia, porque no parece que tenga ninguna funcionalidad. Están orientadas de oeste a este, con el cadáver mirando para el este, para Jerusalén, como quedó estipulado desde un determinado momento del tiempo visigodo. Pero también en ese conjunto una de ellas va de norte a sur, contribuyendo a nuestra desorientación para interpretarla. Sólo se nos ocurre que fuera de otro momento, pero curiosamente es la que corresponde por su talla de la cabecera a un tiempo más reciente, quizá a la etapa plenomedieval, en la que era más estricta la norma de mirar hacia Jerusalén. También en El Maguillo hay alguna tumba aislada, sola y tallada en un bloque de granito aislado.

Un caso de tumbas aisladas es la de Navalmoral de Béjar, en el borde mismo del valle de Sangusín, cerca de la vía de comunicación que atravesaba entonces el valle de norte a sur. Sobre una roca se ven dos tumbas contiguas y paralelas, orientadas hacia el este. Una tiene marcada la cabecera y la otra no, esta es de las llamadas *de bañera*. Quizá respondan a dos tiempos distintos, pero a la misma intención de perpetuar la propiedad de un territorio por generaciones distintas. Un caso parecido es el de *Valcerezos*, en Horcajo de Montemayor, con al menos dos puntos con tumbas de este tipo, posiblemente las de mayor calidad de toda la comarca. En un territorio escondido en el paisaje, de vocación ganadera, aparece la tumba doble al lado del camino y relacionada con restos poco concretos de habitación. Ambas tumbas tienen marcada la cabecera y una de las dos tiene un resalte para encajar los pies. Este detalle podría ser, tratándose de un matrimonio (?), para distinguir así la diferente forma de amortajar a los hombres de las mujeres.

En *La Era* de Sanchotello hay otro conjunto que por la situación en un resalte suave del terreno, podría estar relacionado directamente con algún lugar de culto. Este lugar es interesante de estudiar y de fijar su cronología para conocer la existencia de un núcleo humano allí antes de la repoblación medieval que pudo dar origen al pueblo actual.

En definitiva, todos estos casos tan vistosos están hablando de la historia en un tiempo difícil, pero muy interesante. Los datos que manejamos actualmente son muy pocos pero dan una idea aproximada del ambiente que se debió vivir entre la desintegración del imperio romano y la reordenación de la zona con la Repoblación medieval y todas sus consecuencias, a partir del establecimiento de una frontera segura en el siglo XI. Como resumen puede decirse que el tiempo transcurrido entre el fin del imperio romano y el siglo XI-XII hubo de significar en la comarca de Béjar una larga etapa de baja población, de vida dura y tal vez insegura.

